FRANKENSTEIN

o el moderno Prometeo



MARY SHELLEY

Novela · 1818

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Sobre esta traducción

Adaptado del inglés gracias a LeyThra.

Esta es una traducción **completa** de *Frankenstein; or, The Modern Prometheus* (1818), de Mary Shelley (1797-1851), obra de dominio público. No hay resúmenes ni recortes: están las cuatro cartas iniciales de Walton, los veinticuatro capítulos del relato de Víctor Frankenstein y las cartas finales. El texto base es el de la edición inglesa de Project Gutenberg (eBook n.º 84); no se reutilizó ninguna traducción anterior al español: la traducción es un trabajo nuevo.

La novela está contada en tres capas: las cartas del capitán Walton a su hermana, el relato que Víctor le hace a Walton y, dentro de este, el relato de la criatura. Por eso encontrará comillas dentro de comillas; en los párrafos largos que continúan una cita se usa el signo » al comienzo de cada párrafo, según la costumbre española.

Se tradujo a un español neutro de Latinoamérica. Walton y su hermana se tutean; los personajes que no tienen confianza entre sí se tratan de «usted» (Víctor y Walton, la criatura y los De Lacey), y los grupos, de «ustedes». Los nombres tienen su forma tradicional en español cuando existe: Guillermo (*William*), Margarita (*Margaret*), Enrique Clerval (*Henry*), Ernesto (*Ernest*), Justina, Ginebra; se conservaron Víctor, Elizabeth, Félix, Safie y Ingolstadt. Las medidas inglesas se pasaron al sistema métrico solo cuando el sentido lo pedía; las leguas y las millas se dejaron como en el original.

La traducción la realizó Claude, una inteligencia artificial de Anthropic.

Índice

CARTA 1	**5**
CARTA 2	**10**
CARTA 3	**15**
CARTA 4	**17**
CAPÍTULO I	**28**
CAPÍTULO II	**35**
CAPÍTULO III	**44**
CAPÍTULO IV	**54**
CAPÍTULO V	**64**
CAPÍTULO VI	**73**
CAPÍTULO VII	**84**
CAPÍTULO VIII	**98**
CAPÍTULO IX	**110**
CAPÍTULO X	**119**

CAPÍTULO XI **128**

CAPÍTULO XII **138**

CAPÍTULO XIII **146**

CAPÍTULO XIV **154**

CAPÍTULO XV **161**

CAPÍTULO XVI **173**

CAPÍTULO XVII **185**

CAPÍTULO XVIII **192**

CAPÍTULO XIX **203**

CAPÍTULO XX **213**

CAPÍTULO XXI **226**

CAPÍTULO XXII **240**

CAPÍTULO XXIII **253**

CAPÍTULO XXIV **263**

Notas de la traducción **294**

CARTA 1

A la señora Saville, Inglaterra

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17—.

Te alegrará saber que ningún contratiempo ha acompañado el comienzo de una empresa que tú mirabas con tan malos presagios. Llegué aquí ayer, y mi primera tarea es asegurar a mi querida hermana que me encuentro bien y que mi confianza en el éxito de mi proyecto va en aumento.

Estoy ya muy al norte de Londres, y, mientras camino por las calles de Petersburgo, siento correr por mis mejillas una brisa fría del norte que fortalece mis nervios y me llena de deleite. ¿Entiendes este sentimiento? Esta brisa, que ha viajado desde las regiones hacia las que avanzo, me da un anticipo de esos climas helados. Alentado por este viento de promesa, mis ensueños se vuelven más fervientes y vívidos. En vano trato de persuadirme de que el polo es la sede del hielo y la desolación; se me presenta siempre en la imaginación como la región de la belleza y del deleite. Allí, Margarita, el sol es siempre visible, su ancho disco rozando apenas el horizonte y difundiendo un esplendor perpetuo. Allí —pues, con tu permiso, hermana, pondré cierta confianza en los navegantes que me precedieron—, allí la nieve y la escarcha están desterradas; y, navegando sobre un mar en

calma, podemos ser llevados a una tierra que supera en maravillas y en belleza a toda región descubierta hasta ahora en el globo habitable. Sus producciones y sus rasgos pueden no tener ejemplo, como sin duda lo son los fenómenos de los cuerpos celestes en esas soledades inexploradas. ¿Qué no puede esperarse de un país de luz eterna? Allí podré descubrir el prodigioso poder que atrae a la aguja y regular mil observaciones celestes que solo necesitan este viaje para que sus aparentes excentricidades resulten coherentes para siempre. Saciaré mi ardiente curiosidad con la vista de una parte del mundo jamás visitada, y podré pisar una tierra que nunca ha sido marcada por el pie del hombre. Estos son mis alicientes, y bastan para vencer todo temor al peligro o a la muerte y para inducirme a emprender este laborioso viaje con la alegría que siente un niño cuando se embarca en un botecito, con sus compañeros de vacaciones, en una expedición de descubrimiento por el río de su tierra natal. Pero, aun suponiendo que todas estas conjeturas sean falsas, no puedes negar el inestimable beneficio que concederé a toda la humanidad, hasta la última generación, al descubrir un paso cercano al polo hacia esos países a los que hoy se tarda tantos meses en llegar, o al averiguar el secreto del imán, lo cual, si es posible, solo puede lograrse con una empresa como la mía.

Estas reflexiones han disipado la agitación con la que comencé mi carta, y siento arder mi corazón con un entusiasmo que me eleva al cielo, pues nada contribuye tanto a tranquilizar la mente como un propósito firme: un punto en el que el alma pueda fijar su ojo intelectual. Esta

expedición ha sido el sueño favorito de mis primeros años. He leído con ardor los relatos de los diversos viajes que se han hecho con la esperanza de llegar al océano Pacífico Norte a través de los mares que rodean el polo. Quizá recuerdes que una historia de todos los viajes hechos con fines de descubrimiento componía toda la biblioteca de nuestro buen tío Tomás. Mi educación fue descuidada, pero yo amaba apasionadamente la lectura. Aquellos volúmenes fueron mi estudio día y noche, y mi familiaridad con ellos aumentó el pesar que había sentido, de niño, al saber que la orden de mi padre moribundo había prohibido a mi tío permitirme abrazar la vida marinera.

Estas visiones se desvanecieron cuando leí por primera vez a aquellos poetas cuyas efusiones cautivaron mi alma y la elevaron al cielo. También yo me hice poeta y durante un año viví en un paraíso de mi propia creación; imaginé que también yo podría obtener un nicho en el templo donde están consagrados los nombres de Homero y Shakespeare. Conoces bien mi fracaso y con cuánto peso soporté la decepción. Pero justo entonces heredé la fortuna de mi primo, y mis pensamientos volvieron al cauce de su antigua inclinación.

Han pasado seis años desde que resolví emprender lo que ahora emprendo. Aún puedo recordar la hora en que me consagré a esta gran empresa. Comencé acostumbrando mi cuerpo a las penalidades. Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del Norte; soporté voluntariamente el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño; a menudo trabajé más duro que los marineros

comunes durante el día y dediqué mis noches al estudio de las matemáticas, de la teoría de la medicina y de aquellas ramas de la ciencia física de las que un aventurero naval puede sacar mayor provecho práctico. Dos veces me contraté, en efecto, como segundo oficial en un ballenero de Groenlandia, y me desempeñé admirablemente. Debo confesar que me sentí algo orgulloso cuando mi capitán me ofreció la segunda dignidad del buque y me rogó con el mayor empeño que me quedara, tan valiosos juzgaba mis servicios.

Y ahora, querida Margarita, ¿no merezco lograr algún gran propósito? Mi vida pudo haber transcurrido en la comodidad y el lujo, pero preferí la gloria a todos los atractivos que la riqueza puso en mi camino. ¡Ojalá alguna voz alentadora respondiera afirmativamente! Mi valor y mi resolución son firmes, pero mis esperanzas fluctúan y mi ánimo a menudo decae. Estoy a punto de emprender un viaje largo y difícil, cuyas emergencias exigirán toda mi fortaleza: se me pide no solo levantar el ánimo de los demás, sino a veces sostener el mío, cuando el de ellos flaquee.

Este es el período más favorable para viajar por Rusia. Vuelan rápidamente sobre la nieve en sus trineos; el movimiento es agradable y, en mi opinión, mucho más grato que el de una diligencia inglesa. El frío no es excesivo si uno va envuelto en pieles, atuendo que ya he adoptado, pues hay gran diferencia entre caminar por la cubierta y permanecer sentado e inmóvil durante horas, cuando ningún ejercicio impide que la sangre se hiele de

verdad en las venas. No tengo ambición de perder la vida en el camino de postas entre San Petersburgo y Arcángel.

Partiré hacia esta última ciudad dentro de quince días o tres semanas; y mi intención es alquilar allí un barco, lo que puede hacerse fácilmente pagando el seguro al propietario, y contratar tantos marineros como juzgue necesarios entre los acostumbrados a la pesca de la ballena. No pienso zarpar hasta el mes de junio; ¿y cuándo regresaré? Ah, querida hermana, ¿cómo puedo responder a esta pregunta? Si tengo éxito, pasarán muchos, muchos meses, quizá años, antes de que tú y yo podamos vernos. Si fracaso, me verás pronto otra vez, o nunca.

Adiós, mi querida y excelente Margarita. Que el cielo derrame bendiciones sobre ti y me salve, para que pueda testimoniar una y otra vez mi gratitud por todo tu amor y tu bondad.

Tu afectuoso hermano,

R. Walton

CARTA 2

A la señora Saville, Inglaterra

Arcángel, 28 de marzo de 17—.

¡Qué despacio pasa aquí el tiempo, rodeado como estoy de hielo y nieve! Sin embargo, se ha dado un segundo paso hacia mi empresa. He alquilado un buque y estoy ocupado en reunir a mis marineros; los que ya he contratado parecen hombres con quienes puedo contar y poseen, ciertamente, un valor intrépido.

Pero tengo una carencia que nunca he podido satisfacer, y cuya falta siento ahora como un mal gravísimo: no tengo un amigo, Margarita. Cuando arda de entusiasmo por el éxito, no habrá nadie que participe de mi alegría; si me asalta la decepción, nadie intentará sostenerme en el abatimiento. Confiaré mis pensamientos al papel, es verdad; pero es un pobre medio para comunicar el sentimiento. Deseo la compañía de un hombre que pudiera simpatizar conmigo, cuyos ojos respondieran a los míos. Puedes juzgarme romántico, querida hermana, pero siento amargamente la falta de un amigo. No tengo a nadie cerca, amable pero valeroso, dotado de una mente cultivada además de amplia, cuyos gustos sean como los míos, que apruebe o corrija mis planes. ¡Cómo repararía un amigo así las faltas de tu pobre hermano! Soy demasiado ardiente en la ejecución y demasiado

impaciente ante las dificultades. Pero para mí es un mal aún mayor ser autodidacta: durante los primeros catorce años de mi vida corrí salvaje por un prado comunal y no leí más que los libros de viajes de nuestro tío Tomás. A esa edad conocí a los célebres poetas de nuestro propio país; pero solo cuando ya no estaba en mi poder sacar de tal convicción sus más importantes beneficios percibí la necesidad de conocer más lenguas que la de mi país natal. Ahora tengo veintiocho años y soy, en realidad, más ignorante que muchos colegiales de quince. Es cierto que he pensado más y que mis ensueños son más extensos y magníficos, pero les falta (como dicen los pintores) «equilibrio»; y necesito mucho un amigo que tenga el juicio de no despreciarme por romántico y el afecto suficiente por mí para intentar regular mi mente.

Bien, estas son quejas inútiles; ciertamente no encontraré un amigo en el ancho océano, ni siquiera aquí, en Arcángel, entre mercaderes y marinos. Sin embargo, algunos sentimientos, ajenos a la escoria de la naturaleza humana, laten incluso en estos pechos rudos. Mi teniente, por ejemplo, es un hombre de maravilloso valor y empuje; desea locamente la gloria o, más bien, por decirlo de forma más característica, el ascenso en su profesión. Es inglés y, en medio de prejuicios nacionales y profesionales no suavizados por la cultura, conserva algunas de las más nobles dotes de la humanidad. Lo conocí a bordo de un ballenero; al enterarme de que estaba sin empleo en esta ciudad, lo contraté fácilmente para que me ayudara en mi empresa.

El capitán es una persona de excelente carácter y es notable en el barco por su mansedumbre y la suavidad de su disciplina. Esta circunstancia, sumada a su conocida integridad y su valor intrépido, me hizo desear mucho contratarlo. Una juventud pasada en la soledad, mis mejores años transcurridos bajo tu dulce y femenino cuidado, ha refinado tanto el fondo de mi carácter que no puedo vencer una intensa repugnancia hacia la brutalidad habitual a bordo: nunca he creído que sea necesaria, y cuando supe de un marino igualmente notable por la bondad de su corazón y por el respeto y la obediencia que le rinde su tripulación, me sentí particularmente afortunado de poder asegurar sus servicios. Supe de él primero de un modo bastante novelesco, por una dama que le debe la felicidad de su vida. Esta es, en breve, su historia. Hace algunos años amó a una joven rusa de fortuna moderada y, habiendo reunido una suma considerable en botín de presas, el padre de la muchacha consintió en el enlace. Vio a su prometida una vez antes de la ceremonia fijada; pero ella estaba bañada en lágrimas y, arrojándose a sus pies, le suplicó que la perdonara, confesándole al mismo tiempo que amaba a otro, pero que era pobre y que su padre nunca consentiría en esa unión. Mi generoso amigo tranquilizó a la suplicante y, al saber el nombre de su amado, abandonó de inmediato su empeño. Ya había comprado con su dinero una granja en la que pensaba pasar el resto de su vida; pero se la regaló entera a su rival, junto con lo que le quedaba del botín para comprar ganado, y luego él mismo solicitó al padre de la joven que consintiera en su matrimonio con su amado.

Pero el viejo se negó rotundamente, creyéndose obligado por honor con mi amigo, quien, al ver inexorable al padre, abandonó su país y no volvió hasta saber que su antigua prometida se había casado conforme a su inclinación. «¡Qué noble persona!», exclamarás. Lo es; pero es del todo inculto: es callado como un turco, y le acompaña una especie de ignorante descuido que, si bien hace más asombrosa su conducta, resta el interés y la simpatía que de otro modo inspiraría.

Pero no supongas, porque me quejo un poco o porque puedo concebir un consuelo para mis fatigas que quizá nunca conozca, que vacilo en mis resoluciones. Estas son tan firmes como el destino, y mi viaje solo se retrasa hasta que el tiempo permita mi embarco. El invierno ha sido terriblemente severo, pero la primavera promete bien y se considera una estación notablemente temprana, de modo que quizá pueda zarpar antes de lo que esperaba. No haré nada precipitado: me conoces lo bastante para confiar en mi prudencia y consideración cuando la seguridad de otros se confía a mi cuidado.

No puedo describirte mis sensaciones ante la cercana perspectiva de mi empresa. Es imposible comunicarte una idea de la sensación trémula, mitad placentera y mitad temerosa, con la que me preparo a partir. Voy a regiones inexploradas, a «la tierra de la niebla y la nieve», pero no mataré ningún albatros; por tanto, no te alarmes por mi seguridad ni si vuelvo a ti tan agotado y doliente como el «Viejo Marinero». Sonreirás ante mi alusión, pero te revelaré un secreto. A menudo he atribuido mi apego, mi

apasionado entusiasmo, por los peligrosos misterios del océano a esa obra del más imaginativo de los poetas modernos. Hay algo que obra en mi alma que no comprendo. Soy prácticamente laborioso, minucioso, un obrero capaz de ejecutar con perseverancia y trabajo; pero, además de esto, hay un amor a lo maravilloso, una creencia en lo maravilloso, entretejidos en todos mis proyectos, que me arrastra fuera de los caminos comunes de los hombres, hasta el mar salvaje y las regiones no visitadas que voy a explorar.

Pero volvamos a consideraciones más queridas. ¿Volveré a verte después de haber recorrido inmensos mares y regresado por el cabo más meridional de África o de América? No me atrevo a esperar tal éxito, pero tampoco soporto mirar el reverso del cuadro. Sigue escribiéndome por ahora en cada ocasión: quizá reciba tus cartas en algunos momentos en que más las necesite para sostener mi ánimo. Te quiero muy tiernamente. Recuérdame con cariño, si no volvieras a saber de mí.

Tu afectuoso hermano,

Roberto Walton

CARTA 3

A la señora Saville, Inglaterra

7 de julio de 17—.

Mi querida hermana:

Escribo unas líneas a toda prisa para decirte que estoy a salvo y bastante adelantado en mi viaje. Esta carta llegará a Inglaterra en un buque mercante que ahora regresa de Arcángel; más afortunado que yo, que quizá no vea mi tierra natal en muchos años. Sin embargo, estoy de buen ánimo: mis hombres son audaces y de propósito aparentemente firme, y los témpanos de hielo flotantes que pasan continuamente junto a nosotros, indicando los peligros de la región hacia la que avanzamos, no parecen desanimarlos. Hemos alcanzado ya una latitud muy alta; pero es pleno verano y, aunque no tan cálidos como en Inglaterra, los vientos del sur, que nos empujan con rapidez hacia esas costas que tan ardientemente deseo alcanzar, respiran un grado de calor reparador que yo no esperaba.

Hasta ahora no nos ha ocurrido ningún incidente que merezca figurar en una carta. Uno o dos fuertes temporales y una vía de agua son accidentes que los navegantes experimentados apenas recuerdan anotar, y quedaré muy contento si no nos ocurre nada peor durante el viaje.

Adiós, querida Margarita. Ten por seguro que, por mi bien tanto como por el tuyo, no afrontaré el peligro a la ligera. Seré sereno, perseverante y prudente.

Pero el éxito coronará mis esfuerzos. ¿Por qué no? Hasta aquí he llegado, trazando un camino seguro por mares sin sendero, siendo las propias estrellas testigos y testimonios de mi triunfo. ¿Por qué no seguir adelante sobre el elemento indómito y a la vez obediente? ¿Qué puede detener el corazón decidido y la voluntad resuelta del hombre?

Mi corazón desbordado se vierte así sin querer. Pero debo terminar. ¡El cielo bendiga a mi amada hermana!

R. W.

CARTA 4

A la señora Saville, Inglaterra

5 de agosto de 17—.

Nos ha ocurrido un accidente tan extraño que no puedo dejar de consignarlo, aunque es muy probable que me veas antes de que estos papeles lleguen a tus manos.

El pasado lunes (31 de julio) estuvimos casi rodeados por el hielo, que cerró el barco por todos lados y apenas le dejó el espacio de mar en que flotaba. Nuestra situación era algo peligrosa, sobre todo porque nos envolvía una niebla muy espesa. En consecuencia, nos pusimos al pairo, con la esperanza de que cambiara algo en la atmósfera y el tiempo.

Hacia las dos se disipó la bruma y vimos, tendidas en todas direcciones, vastas e irregulares llanuras de hielo que parecían no tener fin. Algunos de mis compañeros gimieron, y mi propia mente empezó a ponerse alerta con pensamientos ansiosos, cuando una extraña visión atrajo de pronto nuestra atención y desvió nuestra inquietud de nuestra propia situación. Divisamos un carruaje bajo, montado sobre un trineo y tirado por perros, que pasaba hacia el norte a media milla de distancia; un ser que tenía forma de hombre, pero al parecer de estatura gigantesca, iba sentado en el trineo y guiaba a los perros. Seguimos con nuestros telescopios el rápido avance del viajero hasta

que se perdió entre las lejanas desigualdades del hielo.

Esta aparición despertó nuestro más absoluto asombro. Estábamos, según creíamos, a muchos cientos de millas de cualquier tierra; pero esa aparición parecía indicar que no estaba, en realidad, tan lejos como habíamos supuesto. Sin embargo, encerrados por el hielo, era imposible seguir su rastro, que habíamos observado con la mayor atención.

Unas dos horas después de este suceso oímos el mar de fondo, y antes de la noche el hielo se rompió y liberó a nuestro barco. Nos pusimos al pairo, no obstante, hasta la mañana, temiendo encontrar en la oscuridad esas grandes masas sueltas que flotan tras la ruptura del hielo. Aproveché ese tiempo para descansar unas horas.

Por la mañana, sin embargo, en cuanto hubo luz, subí a cubierta y encontré a todos los marineros atareados en un costado del barco, hablando al parecer con alguien que estaba en el mar. Era, en efecto, un trineo, como el que habíamos visto antes, que había derivado hacia nosotros durante la noche sobre un gran fragmento de hielo. Solo quedaba vivo un perro; pero dentro iba un ser humano a quien los marineros trataban de persuadir de que subiera al barco. No era, como parecía serlo el otro viajero, un salvaje habitante de alguna isla ignorada, sino un europeo. Cuando aparecí en cubierta, el capitán dijo: «Aquí está nuestro capitán, y no permitirá que perezca usted en alta mar».

Al verme, el desconocido me habló en inglés, aunque con acento extranjero. «Antes de subir a su barco —dijo—, ¿tendría la bondad de informarme adónde se dirige?»

Puedes imaginar mi asombro al oír semejante pregunta de un hombre al borde de la destrucción y para quien yo habría supuesto que mi barco sería un recurso que no habría cambiado por la más preciosa riqueza que la tierra pueda ofrecer. Respondí, sin embargo, que íbamos en viaje de descubrimiento hacia el polo norte.

Al oír esto pareció satisfecho y consintió en subir a bordo. ¡Dios mío! Margarita, si hubieras visto al hombre que así capitulaba por su salvación, tu sorpresa habría sido ilimitada. Tenía los miembros casi helados y el cuerpo espantosamente demacrado por la fatiga y el sufrimiento. Nunca vi a un hombre en condición tan miserable. Intentamos llevarlo al camarote, pero en cuanto dejó el aire fresco se desmayó. En consecuencia, lo volvimos a llevar a cubierta y lo reanimamos frotándolo con aguardiente y obligándolo a tragar un poco. Apenas dio señales de vida lo envolvimos en mantas y lo colocamos junto a la chimenea de la cocina. Poco a poco se recuperó y tomó un poco de sopa, que lo restableció maravillosamente.

Pasaron dos días así antes de que pudiera hablar, y a menudo temí que sus sufrimientos le hubieran quitado el entendimiento. Cuando se hubo recobrado en cierta medida, lo trasladé a mi propio camarote y lo atendí tanto como mi deber me lo permitía. Nunca vi una criatura más interesante: sus ojos suelen tener una expresión de salvajismo, e incluso de locura, pero hay momentos en que, si alguien realiza un acto de bondad con él o le presta el más pequeño servicio, todo su semblante se ilumina, por

así decir, con un rayo de benevolencia y dulzura que nunca vi igualado. Pero por lo general está melancólico y desesperado, y a veces rechina los dientes, como impaciente por el peso de las desgracias que lo oprimen.

Cuando mi huésped estuvo algo recuperado, tuve gran trabajo para mantener a raya a los hombres, que deseaban hacerle mil preguntas; pero no consentí que lo atormentaran con su ociosa curiosidad, en un estado de cuerpo y de mente cuya recuperación dependía evidentemente del reposo absoluto. Una vez, sin embargo, el teniente le preguntó por qué había llegado tan lejos sobre el hielo en un vehículo tan extraño.

Su semblante adoptó al instante un aspecto del más profundo abatimiento, y respondió: «Para buscar a alguien que huyó de mí».

«¿Y el hombre a quien perseguía viajaba del mismo modo?»

«Sí.»

«Entonces creo que lo hemos visto, pues el día antes de recogerlo vimos unos perros que tiraban de un trineo, con un hombre dentro, a través del hielo.»

Esto despertó la atención del desconocido, que hizo multitud de preguntas sobre la ruta que había seguido el demonio, como él lo llamaba. Poco después, cuando estuvo a solas conmigo, me dijo: «Sin duda he excitado su curiosidad, así como la de estas buenas gentes; pero usted es demasiado considerado para hacer preguntas».

«Ciertamente; sería muy impertinente e inhumano de mi parte molestarlo con cualquier indagación mía.»

«Y sin embargo usted me rescató de una situación extraña y peligrosa; benévolamente me devolvió a la vida.»

Poco después me preguntó si creía que la ruptura del hielo había destruido el otro trineo. Respondí que no podía contestar con certeza, pues el hielo no se había roto hasta cerca de la medianoche, y el viajero podía haber llegado a un lugar seguro antes de esa hora; pero de esto no podía juzgar.

Desde entonces un nuevo espíritu de vida animó la decaída figura del desconocido. Manifestó el mayor afán de estar en cubierta para vigilar el trineo que había aparecido antes; pero lo he persuadido de que permanezca en el camarote, pues está demasiado débil para soportar la crudeza de la atmósfera. He prometido que alguien vigilaría por él y le avisaría al instante si apareciera algún objeto nuevo.

Tal es mi diario de lo relativo a este extraño suceso hasta el día de hoy. El desconocido ha mejorado poco a poco de salud, pero está muy callado y parece inquieto cuando entra en su camarote alguien que no sea yo. Sin embargo, sus modales son tan conciliadores y gentiles que todos los marineros se interesan por él, aunque han tenido muy poco trato con él. Por mi parte, empiezo a quererlo como a un hermano, y su dolor constante y profundo me llena de simpatía y compasión. Debió de ser una criatura noble en sus mejores días, pues aun en la ruina es tan atractivo y amable.

Dije en una de mis cartas, mi querida Margarita, que no hallaría amigo en el ancho océano; sin embargo, he encontrado a un hombre a quien, antes de que su espíritu fuera quebrantado por la desgracia, habría sido feliz de poseer como hermano de mi corazón.

Continuaré mi diario sobre el desconocido a intervalos, si tengo nuevos incidentes que anotar.

13 de agosto de 17—.

Mi afecto por mi huésped crece cada día. Excita a la vez mi admiración y mi compasión en un grado asombroso. ¿Cómo puedo ver destruida por la desgracia a una criatura tan noble sin sentir el más punzante dolor? Es tan gentil, y sin embargo tan sabio; su mente está tan cultivada y, cuando habla, aunque sus palabras están escogidas con el más fino arte, fluyen con rapidez y una elocuencia sin igual.

Se ha recuperado ya mucho de su enfermedad y está continuamente en cubierta, vigilando al parecer el trineo que precedía al suyo. Y, sin embargo, aunque infeliz, no está tan por completo ocupado en su propia desdicha como para no interesarse hondamente por los proyectos de los demás. Ha conversado a menudo conmigo sobre los míos, que le he comunicado sin disfraz. Entró con atención en todos mis argumentos en favor de mi eventual éxito y en cada minucioso detalle de las medidas que había tomado para asegurarlo. Me dejé llevar fácilmente, por la simpatía que él mostraba, a usar el lenguaje de mi corazón, a dar voz al ardor abrasador de mi alma y a decir, con todo el fervor que me caldeaba, con cuánto gusto

sacrificaría mi fortuna, mi existencia, toda mi esperanza, al avance de mi empresa. La vida o la muerte de un hombre eran un precio pequeño por adquirir el conocimiento que buscaba, por el dominio que adquiriría y transmitiría sobre los enemigos elementales de nuestra raza. Mientras hablaba, una oscura tristeza se extendió por el semblante de mi oyente. Al principio noté que trataba de reprimir su emoción; se puso las manos ante los ojos y mi voz tembló y me faltó al ver rodar rápidas lágrimas entre sus dedos; un gemido brotó de su pecho agitado. Hice una pausa; al fin habló, con acento entrecortado: «¡Hombre desdichado! ¿Comparte usted mi locura? ¿Ha bebido usted también del brebaje embriagador? ¡Escúcheme; déjeme revelarle mi historia, y arrojará la copa de sus labios!»

Tales palabras, como puedes imaginar, excitaron con fuerza mi curiosidad; pero el paroxismo de dolor que se había apoderado del desconocido venció sus debilitadas fuerzas, y fueron necesarias muchas horas de reposo y de tranquila conversación para devolverle la compostura.

Vencida la violencia de sus sentimientos, pareció despreciarse por ser esclavo de la pasión; y, sofocando la oscura tiranía de la desesperación, me llevó de nuevo a conversar sobre mí mismo. Me pidió la historia de mis primeros años. El relato fue pronto contado, pero despertó diversas cadenas de reflexión. Hablé de mi deseo de encontrar un amigo, de mi sed de una simpatía más íntima con una mente semejante de la que jamás me había tocado en suerte, y expresé mi convicción de que un hombre

podía jactarse de poca felicidad si no disfrutaba de esta bendición.

«Estoy de acuerdo con usted —respondió el desconocido—; somos criaturas sin formar, apenas a medio hacer, si uno más sabio, mejor, más querido que nosotros (tal debe ser un amigo) no presta su ayuda para perfeccionar nuestra débil y defectuosa naturaleza. Yo tuve una vez un amigo, la más noble de las criaturas humanas, y tengo derecho, por tanto, a juzgar sobre la amistad. Usted tiene esperanza, y el mundo ante sí, y no tiene motivo para la desesperación. Pero yo, yo lo he perdido todo y no puedo empezar la vida de nuevo.»

Al decir esto su semblante se volvió expresivo de un dolor sereno y arraigado que me llegó al corazón. Pero calló y poco después se retiró a su camarote.

Aun quebrantado de espíritu como está, nadie puede sentir más hondamente que él las bellezas de la naturaleza. El cielo estrellado, el mar y todo espectáculo que ofrecen estas maravillosas regiones parecen tener aún el poder de elevar su alma sobre la tierra. Un hombre así tiene una doble existencia: puede sufrir desdicha y verse abrumado por las decepciones, y sin embargo, cuando se ha recogido en sí mismo, es como un espíritu celeste rodeado de un halo, en cuyo círculo no se atreven a entrar ni el dolor ni la necedad.

¿Sonreirás ante el entusiasmo que expreso por este divino vagabundo? No lo harías si lo vieras. Tú has sido educada y refinada por los libros y por el retiro del mundo, y eres por tanto algo exigente; pero esto solo te hace más

apta para apreciar los extraordinarios méritos de este hombre maravilloso. A veces he procurado descubrir qué cualidad posee que lo eleva inmensurablemente por encima de cualquier otra persona que haya conocido. Creo que es un discernimiento intuitivo, un poder de juicio rápido pero jamás fallido, una penetración en las causas de las cosas, inigualable en claridad y precisión; añádase a esto una facilidad de expresión y una voz cuyas variadas entonaciones son una música que subyuga el alma.

19 de agosto de 17—.

Ayer el desconocido me dijo: «Puede percibir fácilmente, capitán Walton, que he sufrido grandes e inigualables desgracias. Había resuelto en un tiempo que el recuerdo de estos males muriera conmigo, pero usted me ha convencido de cambiar mi determinación. Usted busca el conocimiento y la sabiduría, como yo los busqué una vez, y espero ardientemente que la satisfacción de sus deseos no sea una serpiente que lo pique, como lo ha sido la mía. No sé si el relato de mis desastres le será útil; sin embargo, cuando reflexiono que usted sigue el mismo camino, exponiéndose a los mismos peligros que me han hecho lo que soy, imagino que podrá deducir de mi historia una moraleja apropiada, que lo guíe si triunfa en su empresa y lo consuele en caso de fracaso. Prepárese para oír sucesos que suelen juzgarse maravillosos. Si estuviéramos entre los paisajes más mansos de la naturaleza, podría temer encontrar su incredulidad, quizá su burla; pero muchas cosas parecerán posibles en estas regiones salvajes y misteriosas que provocarían la risa de quienes ignoran los

poderes siempre variados de la naturaleza; ni puedo dudar de que mi relato lleva, en su serie, evidencia interna de la verdad de los hechos que lo componen.»

Puedes imaginar fácilmente que me gratificó mucho la comunicación que ofrecía, pero no podía soportar que renovara su dolor con el relato de sus desgracias. Sentía el mayor afán de oír la narración prometida, en parte por curiosidad y en parte por un fuerte deseo de mejorar su suerte si estaba en mi mano. Expresé estos sentimientos en mi respuesta.

«Se lo agradezco —replicó—, por su simpatía, pero es inútil; mi destino está casi cumplido. Espero solo un suceso, y entonces reposaré en paz. Comprendo su sentimiento —continuó, al percibir que yo quería interrumpirlo—, pero se equivoca, amigo mío, si me permite llamarlo así; nada puede alterar mi destino; escuche mi historia y verá cuán irrevocablemente está determinado.»

Me dijo entonces que empezaría su narración al día siguiente, cuando yo estuviera libre. Esta promesa me arrancó las más cálidas gracias. He resuelto cada noche, cuando mis deberes no me ocupen imperiosamente, anotar, lo más cerca posible de sus propias palabras, lo que haya relatado durante el día. Si estoy ocupado, tomaré al menos notas. Este manuscrito te dará sin duda el mayor placer; pero ¡con qué interés y simpatía lo leeré yo, que lo conozco y que lo oigo de sus propios labios, algún día futuro! Aun ahora, al comenzar mi tarea, su voz de plenos tonos suena en mis oídos; sus ojos lustrosos se posan en

mí con toda su melancólica dulzura; veo su mano delgada alzada con animación, mientras los rasgos de su rostro se irradian con el alma que hay dentro. ¡Extraña y desgarradora debe de ser su historia, espantosa la tormenta que abrazó al valiente buque en su rumbo y lo destrozó... así!

CAPÍTULO I

Soy ginebrino de nacimiento, y mi familia es una de las más distinguidas de aquella república. Mis antepasados fueron durante muchos años consejeros y síndicos, y mi padre había desempeñado varios cargos públicos con honor y reputación. Todos los que lo conocían lo respetaban por su integridad y su infatigable atención a los asuntos públicos. Pasó sus años jóvenes perpetuamente ocupado en los asuntos de su país; una variedad de circunstancias le había impedido casarse temprano, y no fue hasta el declive de la vida cuando se hizo marido y padre de familia.

Como las circunstancias de su matrimonio ilustran su carácter, no puedo abstenerme de relatarlas. Uno de sus amigos más íntimos era un comerciante que, de una situación floreciente, cayó, por numerosos infortunios, en la pobreza. Este hombre, llamado Beaufort, era de disposición orgullosa e inflexible y no podía soportar vivir en la pobreza y el olvido en el mismo país donde antes se había distinguido por su rango y magnificencia. Habiendo pagado, por tanto, sus deudas del modo más honorable, se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió ignorado y en la miseria. Mi padre quería a Beaufort con la más verdadera amistad y quedó profundamente afligido por su retiro en tan desdichadas circunstancias. Deploró amargamente el falso orgullo que llevó a su amigo a una conducta tan poco digna del afecto que los unía. No perdió

tiempo en tratar de buscarlo, con la esperanza de persuadirlo de que empezara el mundo de nuevo mediante su crédito y su ayuda.

Beaufort había tomado medidas eficaces para ocultarse, y pasaron diez meses antes de que mi padre descubriera su morada. Rebosante de alegría por este descubrimiento, se apresuró a la casa, que estaba situada en una calle miserable cerca del Reuss. Pero, al entrar, solo la miseria y la desesperación le dieron la bienvenida. Beaufort había salvado muy poco dinero del naufragio de su fortuna, pero bastaba para proveerle de sustento durante algunos meses, y entretanto esperaba conseguir algún empleo respetable en una casa de comercio. El intervalo se pasó, en consecuencia, en la inacción; su dolor solo se hizo más hondo y lacerante cuando tuvo ocio para reflexionar, y al fin se adueñó tan firmemente de su mente que, al cabo de tres meses, yacía en un lecho de enfermedad, incapaz de todo esfuerzo.

Su hija lo atendía con la mayor ternura, pero veía con desesperación que su pequeño fondo disminuía con rapidez y que no había otra perspectiva de sustento. Pero Carolina Beaufort poseía una mente de temple poco común, y su valor se alzó para sostenerla en la adversidad. Consiguió labores sencillas; trenzó paja y por diversos medios se las arregló para ganar una miseria apenas suficiente para sostener la vida.

Pasaron varios meses así. Su padre empeoraba; ella estaba más enteramente ocupada en atenderlo; sus medios de subsistencia disminuían; y en el décimo mes su

padre murió en sus brazos, dejándola huérfana y mendiga. Este último golpe la abatió, y estaba de rodillas junto al ataúd de Beaufort, llorando amargamente, cuando mi padre entró en la habitación. Llegó como un espíritu protector para la pobre muchacha, que se puso a su cuidado; y, tras el entierro de su amigo, la condujo a Ginebra y la puso bajo la protección de una pariente. Dos años después de este suceso, Carolina fue su esposa.

Había una considerable diferencia de edad entre mis padres, pero esta circunstancia pareció unirlos aún más estrechamente en lazos de devoto afecto. Había un sentido de justicia en el recto ánimo de mi padre que hacía necesario que aprobara mucho para amar con fuerza. Quizá en años anteriores había sufrido por la indignidad, descubierta demasiado tarde, de alguien amado, y por eso estaba dispuesto a dar mayor valor a la probidad probada. Había en su apego a mi madre una muestra de gratitud y de culto, muy distinta del cariño chocho de la vejez, pues lo inspiraban el respeto por sus virtudes y el deseo de ser el medio de recompensarla, en cierto grado, por los pesares que había soportado; pero esto daba una gracia inexpresable a su conducta con ella. Todo se hacía ceder a sus deseos y a su comodidad. Se esforzaba por abrigarla, como el jardinero abriga a una hermosa planta exótica, de todo viento más rudo, y por rodearla de todo lo que pudiera excitar emociones placenteras en su alma suave y benévola. Su salud, e incluso la tranquilidad de su espíritu hasta entonces constante, se habían quebrantado por lo que había pasado. Durante los dos años transcurridos antes de su matrimonio, mi padre había abandonado poco

a poco todas sus funciones públicas; e inmediatamente después de su unión buscaron el clima agradable de Italia, y el cambio de escena e interés que acompaña a un viaje por esa tierra de maravillas, como reconstituyente para su debilitado cuerpo.

De Italia visitaron Alemania y Francia. Yo, su hijo mayor, nací en Nápoles y, siendo niño de pecho, los acompañé en sus andanzas. Durante varios años fui su único hijo. Aunque estaban muy unidos entre sí, parecían sacar inagotables reservas de afecto de una verdadera mina de amor para prodigármelas a mí. Las tiernas caricias de mi madre y la sonrisa de benévolo placer de mi padre al mirarme son mis primeros recuerdos. Fui su juguete y su ídolo, y algo mejor: su hijo, la criatura inocente e indefensa que el cielo les había concedido, a quien debían educar para el bien y cuya suerte futura, de felicidad o de desgracia, estaba en sus manos dirigir, según cumplieran sus deberes para conmigo. Con esta honda conciencia de lo que debían al ser a quien habían dado la vida, añadida al activo espíritu de ternura que animaba a ambos, puede imaginarse que, mientras en cada hora de mi infancia recibía una lección de paciencia, de caridad y de dominio de mí mismo, me guiaba un cordón de seda tan suave que todo me parecía una sola cadena de goces.

Durante mucho tiempo fui su único cuidado. Mi madre había deseado mucho tener una hija, pero yo seguí siendo su único vástago. Cuando tenía unos cinco años, durante una excursión más allá de las fronteras de Italia, pasaron una semana a orillas del lago de Como. Su disposición

benévola los llevaba a menudo a entrar en las chozas de los pobres. Esto, para mi madre, era más que un deber; era una necesidad, una pasión (recordando lo que había sufrido y cómo había sido socorrida), actuar a su vez como ángel de la guarda de los afligidos. En uno de sus paseos, una pobre choza en los pliegues de un valle les llamó la atención por singularmente desconsolada, mientras que el número de niños medio vestidos reunidos a su alrededor hablaba de la penuria en su peor forma. Un día, cuando mi padre había ido solo a Milán, mi madre, acompañada por mí, visitó esa morada. Encontró a un campesino y su mujer, laboriosos, doblados por el afán y el trabajo, repartiendo una escasa comida entre cinco bebés hambrientos. Entre ellos había una que atrajo a mi madre muy por encima de todos los demás. Parecía de otra estirpe. Los otros cuatro eran vagabundillos de ojos oscuros y recios; esta niña era delgada y muy blanca. Su cabello era el oro vivo más brillante y, a pesar de la pobreza de su ropa, parecía poner una corona de distinción en su cabeza. Su frente era clara y amplia, sus ojos azules sin nubes, y sus labios y el modelado de su rostro tan expresivos de sensibilidad y dulzura que nadie podía contemplarla sin verla como de una especie distinta, un ser enviado del cielo y portador de un sello celestial en todos sus rasgos.

La campesina, al percibir que mi madre fijaba ojos de asombro y admiración en la hermosa niña, le comunicó con afán su historia. No era hija suya, sino hija de un noble milanés. Su madre era alemana y había muerto al darla a luz. La criatura había sido puesta con estas buenas gentes

para criarla: entonces estaban mejor. No hacía mucho que se habían casado, y su primer hijo acababa de nacer. El padre de su protegida era uno de esos italianos criados en el recuerdo de la antigua gloria de Italia, uno de los «schiavi ognor frementi», que se esforzó por obtener la libertad de su país. Fue víctima de su debilidad. No se sabía si había muerto o si aún languidecía en las mazmorras de Austria. Sus bienes fueron confiscados; su hija quedó huérfana y mendiga. Continuó con sus padres de leche y floreció en su rústica morada, más hermosa que una rosa de jardín entre zarzas de hojas oscuras.

Cuando mi padre volvió de Milán, encontró jugando conmigo en el vestíbulo de nuestra villa a una niña más hermosa que un querubín pintado, una criatura que parecía irradiar resplandor con su mirada y cuya figura y movimientos eran más ligeros que los de la gamuza de los montes. La aparición se explicó pronto. Con su permiso, mi madre convenció a sus rústicos guardianes de que le cedieran a su protegida. Querían a la dulce huérfana. Su presencia les había parecido una bendición, pero sería injusto con ella mantenerla en la pobreza y la necesidad cuando la Providencia le ofrecía tan poderosa protección. Consultaron al cura de su aldea, y el resultado fue que Elizabeth Lavenza pasó a ser huésped de la casa de mis padres, más que mi hermana, la hermosa y adorada compañera de todas mis ocupaciones y mis placeres.

Todos querían a Elizabeth. El apego apasionado y casi reverencial con que todos la miraban se volvió, mientras lo compartía, mi orgullo y mi deleite. En la tarde anterior a

su llegada a mi casa, mi madre había dicho en broma: «Tengo un lindo regalo para mi Víctor: mañana lo tendrá». Y cuando, al día siguiente, me presentó a Elizabeth como su prometido regalo, yo, con infantil seriedad, interpreté sus palabras al pie de la letra y consideré a Elizabeth como mía: mía para protegerla, quererla y cuidarla. Todos los elogios que se le tributaban los recibía como hechos a una posesión mía. Nos llamábamos familiarmente por el nombre de primos. Ninguna palabra, ninguna expresión podría dar cuerpo al tipo de relación en que ella estaba conmigo: más que mi hermana, pues hasta la muerte sería solo mía.

CAPÍTULO II

Nos criamos juntos; no había ni un año de diferencia en nuestras edades. No necesito decir que éramos ajenos a toda especie de desunión o disputa. La armonía era el alma de nuestra compañía, y la diversidad y el contraste que existían en nuestros caracteres nos acercaban más. Elizabeth era de disposición más serena y concentrada; pero yo, con todo mi ardor, era capaz de una aplicación más intensa y me hería más hondamente la sed de conocimiento. Ella se ocupaba en seguir las creaciones aéreas de los poetas; y en las majestuosas y maravillosas escenas que rodeaban nuestro hogar suizo —las sublimes formas de las montañas, los cambios de las estaciones, la tempestad y la calma, el silencio del invierno y la vida y el tumulto de nuestros veranos alpinos— halló amplio campo para la admiración y el deleite. Mientras mi compañera contemplaba con espíritu serio y satisfecho las magníficas apariencias de las cosas, yo me deleitaba en investigar sus causas. El mundo era para mí un secreto que deseaba adivinar. La curiosidad, la investigación ferviente para aprender las leyes ocultas de la naturaleza, la alegría afín al éxtasis cuando se me desplegaban, están entre las primeras sensaciones que recuerdo.

Al nacer un segundo hijo, siete años menor que yo, mis padres abandonaron por completo su vida errante y se fijaron en su país natal. Poseíamos una casa en Ginebra y una quinta en Belrive, en la orilla oriental del lago, a una

distancia algo mayor de una legua de la ciudad. Residíamos sobre todo en esta última, y la vida de mis padres transcurría en considerable retiro. Era mi temperamento evitar la multitud y apegarme fervorosamente a unos pocos. Era, pues, indiferente a mis condiscípulos en general; pero me unía con los lazos de la más estrecha amistad a uno de ellos. Enrique Clerval era hijo de un comerciante de Ginebra. Era un muchacho de singular talento y fantasía. Amaba la aventura, la dureza e incluso el peligro por sí mismo. Estaba profundamente versado en libros de caballerías y de romances. Componía canciones heroicas y empezó a escribir muchos cuentos de encantamiento y aventura caballeresca. Intentaba hacernos representar comedias y entrar en mascaradas cuyos personajes se tomaban de los héroes de Roncesvalles, de la Tabla Redonda del rey Arturo y de la comitiva caballeresca que derramó su sangre para redimir el santo sepulcro de manos de los infieles.

Ningún ser humano pudo pasar una infancia más feliz que yo. Mis padres estaban poseídos del mismo espíritu de bondad e indulgencia. Sentíamos que no eran los tiranos que rigen nuestra suerte conforme a su capricho, sino los agentes y creadores de todos los muchos deleites de que gozábamos. Cuando me mezclaba con otras familias, discernía claramente cuán particularmente afortunada era mi suerte, y la gratitud ayudaba al desarrollo del amor filial.

Mi temperamento era a veces violento y mis pasiones vehementes; pero, por alguna ley de mi temple, no se

dirigían a pasatiempos infantiles sino a un ansioso deseo de aprender, y no de aprenderlo todo indistintamente. Confieso que ni la estructura de las lenguas, ni el código de los gobiernos, ni la política de los diversos estados tenían atractivo para mí. Eran los secretos del cielo y de la tierra lo que deseaba conocer; y, ya fuera la sustancia exterior de las cosas o el espíritu interior de la naturaleza y el misterioso alma del hombre lo que me ocupaba, mis indagaciones se dirigían siempre a los secretos metafísicos o, en su más alto sentido, físicos del mundo.

Entretanto Clerval se ocupaba, por así decir, de las relaciones morales de las cosas. El activo escenario de la vida, las virtudes de los héroes y las acciones de los hombres eran su tema; y su esperanza y su sueño era llegar a ser uno de aquellos cuyos nombres figuran en la historia como los valientes y aventureros benefactores de nuestra especie. El alma santa de Elizabeth brillaba como una lámpara consagrada a un santuario en nuestro apacible hogar. Su simpatía era la nuestra; su sonrisa, su voz suave, la dulce mirada de sus ojos celestiales estaban siempre allí para bendecirnos y animarnos. Era el espíritu vivo del amor para suavizar y atraer; yo habría podido volverme hosco en mi estudio, áspero por el ardor de mi naturaleza, de no ser porque ella estaba allí para someterme a una semejanza de su propia dulzura. Y Clerval: ¿podía algo malo invadir el noble espíritu de Clerval? Y sin embargo quizá no habría sido tan perfectamente humano, tan considerado en su generosidad, tan lleno de bondad y ternura en medio de su pasión por las hazañas aventureras, si ella no le hubiera

desplegado la verdadera belleza de la beneficencia y hecho del hacer el bien el fin y propósito de su ambición elevada.

Siento un exquisito placer en detenerme en los recuerdos de la niñez, antes de que la desgracia manchara mi mente y trocara sus brillantes visiones de extensa utilidad en sombrías y estrechas reflexiones sobre mí mismo. Además, al trazar el cuadro de mis primeros días registro también los sucesos que llevaron, por pasos insensibles, a mi posterior relato de desdicha, pues, cuando quiero explicarme el nacimiento de la pasión que luego rigió mi destino, la veo surgir, como un río de montaña, de fuentes innobles y casi olvidadas; pero, hinchándose en su avance, se convirtió en el torrente que, en su curso, ha barrido todas mis esperanzas y alegrías.

La filosofía natural es el genio que ha regido mi destino; deseo, por tanto, en esta narración exponer los hechos que llevaron a mi predilección por esa ciencia. Cuando tenía trece años fuimos todos de excursión de placer a los baños cercanos a Thonon; la inclemencia del tiempo nos obligó a permanecer un día confinados en la posada. En esta casa encontré por casualidad un volumen de las obras de Cornelio Agripa. Lo abrí con apatía; la teoría que intenta demostrar y los maravillosos hechos que relata cambiaron pronto este sentimiento en entusiasmo. Una nueva luz pareció amanecer en mi mente y, saltando de alegría, comuniqué mi descubrimiento a mi padre. Mi padre miró con descuido la portada de mi libro y dijo: «¡Ah! ¡Cornelio Agripa! Mi querido Víctor, no pierdas el tiempo con esto;

es triste basura».

Si, en lugar de este comentario, mi padre se hubiera tomado el trabajo de explicarme que los principios de Agripa habían sido enteramente refutados y que se había introducido un sistema moderno de ciencia que poseía poderes mucho mayores que el antiguo, porque los poderes de este último eran quiméricos, mientras que los del primero eran reales y prácticos, en tales circunstancias habría arrojado ciertamente a Agripa a un lado y habría contentado mi imaginación, caldeada como estaba, volviendo con mayor ardor a mis estudios anteriores. Es incluso posible que la cadena de mis ideas nunca hubiera recibido el impulso fatal que llevó a mi ruina. Pero la mirada superficial que mi padre había echado a mi volumen de ningún modo me aseguró que conociera su contenido, y seguí leyendo con la mayor avidez.

Cuando volví a casa, mi primer cuidado fue procurarme las obras completas de este autor, y luego las de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié con deleite las salvajes fantasías de estos escritores; me parecían tesoros conocidos por pocos además de mí. He dicho de mí mismo que siempre estuve imbuido de un ferviente anhelo de penetrar los secretos de la naturaleza. A pesar del intenso trabajo y los maravillosos descubrimientos de los filósofos modernos, siempre salía de mis estudios descontento e insatisfecho. Se dice que sir Isaac Newton confesó que se sentía como un niño que recoge conchas junto al gran e inexplorado océano de la verdad. Aquellos de sus

sucesores en cada rama de la filosofía natural con quienes yo trataba parecían, incluso a mi comprensión de muchacho, novatos empeñados en la misma tarea.

El campesino ignorante contemplaba los elementos a su alrededor y conocía sus usos prácticos. El filósofo más sabio sabía poco más. Había descorrido solo en parte el velo del rostro de la Naturaleza, pero sus rasgos inmortales seguían siendo un prodigio y un misterio. Podía disecar, hacer anatomías y poner nombres; pero, por no hablar de una causa final, las causas en sus grados secundarios y terciarios le eran por completo desconocidas. Yo había contemplado las fortificaciones y los obstáculos que parecían impedir a los seres humanos entrar en la ciudadela de la naturaleza, y temeraria e ignorantemente me había lamentado.

Pero aquí había libros, y aquí había hombres que habían penetrado más hondo y sabían más. Me fié de su palabra en todo lo que afirmaban, y me hice su discípulo. Puede parecer extraño que tal cosa ocurriera en el siglo dieciocho; pero, mientras seguía la rutina de la educación en las escuelas de Ginebra, fui en gran medida autodidacta en lo tocante a mis estudios favoritos. Mi padre no era científico, y me dejaron luchar con la ceguera de un niño unida a la sed de conocimiento de un estudiante. Bajo la guía de mis nuevos preceptores me lancé con la mayor diligencia a la búsqueda de la piedra filosofal y del elixir de la vida; pero este último absorbió pronto toda mi atención. La riqueza era un objeto inferior, pero ¡qué gloria acompañaría al descubrimiento si yo

pudiera desterrar la enfermedad del cuerpo humano y hacer al hombre invulnerable a toda muerte que no fuera violenta!

Y no eran estas mis únicas visiones. El levantar fantasmas o demonios era una promesa liberalmente otorgada por mis autores favoritos, y yo buscaba su cumplimiento con el mayor afán; y si mis conjuros siempre fracasaban, atribuía el fallo más a mi propia inexperiencia y error que a falta de habilidad o de fidelidad en mis maestros. Y así por un tiempo me ocupé de sistemas desacreditados, mezclando, como un inexperto, mil teorías contradictorias y debatiéndome desesperadamente en un verdadero fangal de conocimientos múltiples, guiado por una imaginación ardiente y un razonar de niño, hasta que un accidente volvió a cambiar la corriente de mis ideas.

Cuando tenía unos quince años nos habíamos retirado a nuestra casa cerca de Belrive, cuando presenciamos una tormenta violentísima y terrible. Avanzaba desde detrás de las montañas del Jura, y el trueno estallaba de pronto con espantoso estruendo desde varios puntos del cielo. Permanecí, mientras duró la tormenta, observando su avance con curiosidad y deleite. Estando en la puerta, vi de repente brotar un chorro de fuego de un viejo y hermoso roble que se alzaba a unas veinte yardas de nuestra casa; y en cuanto se desvaneció la luz deslumbrante, el roble había desaparecido y no quedaba más que un tocón calcinado. Cuando lo visitamos a la mañana siguiente, encontramos el árbol destrozado de un modo singular. No estaba astillado por el golpe, sino

enteramente reducido a finas cintas de madera. Nunca vi nada tan completamente destruido.

Antes de esto no ignoraba las leyes más obvias de la electricidad. En esta ocasión estaba con nosotros un hombre de gran investigación en filosofía natural y, excitado por esta catástrofe, se puso a explicar una teoría que había formado sobre la electricidad y el galvanismo, que me resultó a la vez nueva y asombrosa. Todo lo que dijo echó muy en la sombra a Cornelio Agripa, Alberto Magno y Paracelso, los señores de mi imaginación; pero por alguna fatalidad el derrumbe de estos hombres me quitó las ganas de proseguir mis estudios habituales. Me parecía que nada se sabría ni se podría saber jamás. Todo lo que tanto tiempo había ocupado mi atención se volvió de pronto despreciable. Por uno de esos caprichos de la mente a que quizá estamos más sujetos en la primera juventud, abandoné de golpe mis ocupaciones anteriores, tuve la historia natural y toda su progenie por una creación deforme y abortiva, y concebí el mayor desdén por una pretendida ciencia que ni siquiera había podido pisar el umbral del verdadero conocimiento. En este estado de ánimo me volqué a las matemáticas y a las ramas de estudio pertenecientes a esa ciencia, por estar edificadas sobre cimientos seguros y ser, por tanto, dignas de mi consideración.

Así de extrañamente están construidas nuestras almas, y por ligaduras tan leves estamos atados a la prosperidad o a la ruina. Cuando miro atrás, me parece que este cambio casi milagroso de inclinación y de voluntad fue la

sugestión inmediata del ángel de la guarda de mi vida: el último esfuerzo del espíritu de conservación por alejar la tormenta que ya pendía de las estrellas y estaba lista para envolverme. Su victoria fue anunciada por una tranquilidad y una alegría del alma insólitas, que siguieron al abandono de mis antiguos y últimamente atormentadores estudios. Así se me iba a enseñar a asociar el mal con su prosecución y la felicidad con su abandono.

Fue un fuerte esfuerzo del espíritu del bien, pero fue ineficaz. El Destino era demasiado poderoso, y sus leyes inmutables habían decretado mi total y terrible destrucción.

CAPÍTULO III

Cuando alcancé la edad de diecisiete años, mis padres resolvieron que me hiciera estudiante de la universidad de Ingolstadt. Hasta entonces había asistido a las escuelas de Ginebra, pero mi padre juzgó necesario, para completar mi educación, que conociera otras costumbres que las de mi país natal. Mi partida quedó, pues, fijada para una fecha cercana, pero antes de que llegara el día resuelto ocurrió la primera desgracia de mi vida: un presagio, por así decir, de mi futura miseria.

Elizabeth había contraído la escarlatina; su enfermedad era grave y estaba en el mayor peligro. Durante su enfermedad se habían aducido muchos argumentos para persuadir a mi madre de que se abstuviera de asistirla. Al principio cedió a nuestros ruegos, pero cuando supo que la vida de su favorita corría peligro, no pudo ya dominar su ansiedad. Asistió a su lecho de enferma; sus vigilantes cuidados triunfaron sobre la malignidad de la dolencia: Elizabeth se salvó, pero las consecuencias de esta imprudencia fueron fatales para su salvadora. Al tercer día mi madre enfermó; su fiebre venía acompañada de los síntomas más alarmantes, y los semblantes de sus médicos pronosticaban lo peor. En su lecho de muerte la fortaleza y benignidad de esta mejor de las mujeres no la abandonaron. Juntó las manos de Elizabeth y las mías. «Hijos míos —dijo—, mis más firmes esperanzas de felicidad futura estaban puestas en la perspectiva de su

unión. Esta expectativa será ahora el consuelo de su padre. Elizabeth, amor mío, tú debes ocupar mi lugar con mis hijos menores. ¡Ay! Lamento que me separen de ustedes; y, feliz y amada como he sido, ¿no es duro dejarlos a todos? Pero estos pensamientos no me convienen; procuraré resignarme alegremente a la muerte y albergaré la esperanza de encontrarlos en otro mundo.»

Murió con calma, y su semblante expresaba afecto aun en la muerte. No necesito describir los sentimientos de quienes ven rotos sus más queridos lazos por ese mal irreparable, el vacío que se presenta al alma y la desesperación que se muestra en el rostro. Pasa tanto tiempo antes de que la mente pueda persuadirse de que aquella a quien veíamos cada día y cuya misma existencia parecía parte de la nuestra ha podido partir para siempre, de que el brillo de unos ojos amados ha podido extinguirse y el sonido de una voz tan familiar y querida al oído ha podido callarse para no oírse jamás. Estas son las reflexiones de los primeros días; pero cuando el paso del tiempo prueba la realidad del mal, entonces empieza la verdadera amargura del dolor. Y sin embargo, ¿a quién no ha arrebatado esa mano ruda alguna querida unión? ¿Y por qué habría de describir un pesar que todos han sentido y han de sentir? Llega al fin el momento en que el dolor es más un desahogo que una necesidad; y la sonrisa que juega en los labios, aunque pueda juzgarse un sacrilegio, no es desterrada. Mi madre había muerto, pero teníamos aún deberes que cumplir; debíamos continuar nuestra marcha con los demás y aprender a considerarnos afortunados mientras quede uno a quien el despojador no

ha arrebatado.

Mi partida a Ingolstadt, que estos sucesos habían aplazado, quedó de nuevo decidida. Obtuve de mi padre una tregua de algunas semanas. Me parecía un sacrilegio abandonar tan pronto el reposo, semejante a la muerte, de la casa de luto y lanzarme al meollo de la vida. Era nuevo en el dolor, pero no por ello me alarmaba menos. No quería perder de vista a los que me quedaban y, sobre todo, deseaba ver a mi dulce Elizabeth consolada en algún grado.

Ella, en efecto, velaba su pena y se esforzaba por actuar de consoladora de todos nosotros. Miraba la vida con firmeza y asumía sus deberes con valor y celo. Se consagró a quienes le habían enseñado a llamar tío y primos. Nunca estuvo tan encantadora como en este tiempo, en que volvió a traer el sol de sus sonrisas y lo gastó en nosotros. Olvidaba incluso su propio pesar en su empeño por hacernos olvidar el nuestro.

Llegó al fin el día de mi partida. Clerval pasó con nosotros la última velada. Había procurado persuadir a su padre de que le permitiera acompañarme y ser mi condiscípulo, pero en vano. Su padre era un comerciante de mente estrecha y veía ociosidad y ruina en las aspiraciones y la ambición de su hijo. Enrique sentía hondamente la desgracia de verse privado de una educación liberal. Hablaba poco, pero cuando hablaba yo leía en su ojo encendido y en su mirada animada una resolución contenida pero firme de no encadenarse a los miserables pormenores del comercio.

Nos quedamos hasta tarde. No podíamos separarnos unos de otros ni persuadirnos de decir la palabra «¡Adiós!». Se dijo, y nos retiramos so pretexto de buscar reposo, cada uno creyendo engañado al otro; pero cuando al alba bajé al carruaje que debía llevarme lejos, allí estaban todos: mi padre, de nuevo, para bendecirme; Clerval, para estrechar una vez más mi mano; mi Elizabeth, para renovar sus ruegos de que escribiera a menudo y prodigar las últimas atenciones femeninas a su compañero de juegos y amigo.

Me arrojé en la silla de posta que debía llevarme y me abandoné a las reflexiones más melancólicas. Yo, que siempre había estado rodeado de compañeros amables, continuamente empeñados en darnos placer mutuo, estaba ahora solo. En la universidad adonde iba debía hacerme mis propios amigos y ser mi propio protector. Mi vida había sido hasta entonces notablemente retirada y doméstica, y esto me había dado una repugnancia invencible hacia los rostros nuevos. Quería a mis hermanos, a Elizabeth y a Clerval; estos eran «viejos rostros familiares», pero me creía totalmente inadecuado para la compañía de extraños. Tales eran mis reflexiones al comenzar el viaje; pero, a medida que avanzaba, mi ánimo y mis esperanzas se levantaron. Deseaba ardientemente adquirir conocimiento. A menudo, en casa, me había parecido duro permanecer encerrado en un solo lugar durante mi juventud y había anhelado entrar en el mundo y ocupar mi puesto entre los demás seres humanos. Ahora se cumplían mis deseos, y habría sido, en verdad, una necedad arrepentirse.

Tuve ocio suficiente para estas y otras muchas reflexiones durante mi viaje a Ingolstadt, que fue largo y fatigoso. Al fin el alto campanario blanco de la ciudad se presentó a mis ojos. Descendí y me condujeron a mi solitario alojamiento para pasar la velada a mi antojo.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a algunos de los principales profesores. La casualidad —o más bien la influencia maligna, el Ángel de la Destrucción, que ejerció sobre mí un poder omnipotente desde el momento en que aparté mis reacios pasos de la puerta de mi padre— me llevó primero al señor Krempe, profesor de filosofía natural. Era un hombre tosco, pero profundamente imbuido de los secretos de su ciencia. Me hizo varias preguntas sobre mis progresos en las diversas ramas de la ciencia pertenecientes a la filosofía natural. Respondí con descuido y, en parte por desprecio, mencioné los nombres de mis alquimistas como los principales autores que había estudiado. El profesor me miró fijamente. «¿De veras —dijo— ha empleado usted su tiempo en estudiar tales tonterías?»

Respondí que sí. «Cada minuto —continuó el señor Krempe con calor—, cada instante que ha malgastado usted en esos libros está total y enteramente perdido. Ha cargado su memoria con sistemas desacreditados y nombres inútiles. ¡Dios santo! ¿En qué tierra desierta ha vivido, donde nadie tuvo la bondad de informarle de que esas fantasías que tan ávidamente ha bebido tienen mil años y son tan rancias como antiguas? Poco esperaba yo,

en esta época ilustrada y científica, encontrar a un discípulo de Alberto Magno y de Paracelso. Mi querido señor, debe usted empezar sus estudios enteramente de nuevo.»

Diciendo esto, se apartó y escribió una lista de varios libros de filosofía natural que quería que me procurase, y me despidió tras mencionar que a principios de la semana siguiente pensaba comenzar un curso de lecciones sobre filosofía natural en sus relaciones generales, y que el señor Waldman, un colega, daría clase de química los días alternos en que él faltara.

Volví a casa sin decepción, pues he dicho que hacía tiempo consideraba inútiles a los autores que el profesor reprobaba; pero volví nada más inclinado a recurrir a estos estudios en forma alguna. El señor Krempe era un hombrecillo rechoncho de voz áspera y semblante repulsivo; el maestro, por tanto, no me predispuso en favor de sus estudios. Quizá en un tono demasiado filosófico y encadenado, he dado cuenta de las conclusiones a que había llegado en mis primeros años sobre ellos. De niño no me había contentado con los resultados que prometían los profesores modernos de ciencias naturales. Con una confusión de ideas que solo se explica por mi extrema juventud y mi falta de guía en tales materias, había desandado los pasos del saber por los senderos del tiempo y cambiado los descubrimientos de los investigadores recientes por los sueños de alquimistas olvidados. Además, yo despreciaba los usos de la filosofía natural moderna. Era muy distinto cuando los maestros de

la ciencia buscaban la inmortalidad y el poder; tales miras, aunque vanas, eran grandiosas; pero ahora la escena había cambiado. La ambición del investigador parecía limitarse a aniquilar aquellas visiones en que se fundaba principalmente mi interés por la ciencia. Se me exigía cambiar quimeras de grandeza ilimitada por realidades de poco valor.

Tales fueron mis reflexiones durante los dos o tres primeros días de mi residencia en Ingolstadt, que se emplearon sobre todo en familiarizarme con los lugares y con los principales habitantes de mi nueva morada. Pero al comenzar la semana siguiente, pensé en la información que el señor Krempe me había dado sobre las clases. Y aunque no podía consentir en ir a oír a aquel hombrecillo presuntuoso soltar sentencias desde un púlpito, recordé lo que había dicho del señor Waldman, a quien no había visto nunca, pues hasta entonces había estado fuera de la ciudad.

En parte por curiosidad y en parte por ociosidad, entré en el aula, donde el señor Waldman entró poco después. Este profesor era muy distinto de su colega. Parecía de unos cincuenta años, pero con un aspecto que expresaba la mayor benevolencia; unas pocas canas cubrían sus sienes, pero las de la nuca eran casi negras. Su persona era baja pero notablemente erguida, y su voz la más dulce que yo había oído. Comenzó su lección con un resumen de la historia de la química y de los diversos adelantos hechos por diferentes hombres de saber, pronunciando con fervor los nombres de los descubridores más distinguidos. Luego

echó una ojeada al estado actual de la ciencia y explicó muchos de sus términos elementales. Tras hacer unos pocos experimentos preparatorios, concluyó con un panegírico de la química moderna, cuyos términos nunca olvidaré:

«Los antiguos maestros de esta ciencia —dijo— prometían imposibles y no realizaban nada. Los maestros modernos prometen muy poco; saben que los metales no pueden transmutarse y que el elixir de la vida es una quimera; pero estos filósofos, cuyas manos parecen hechas solo para chapotear en la tierra y sus ojos para escudriñar el microscopio o el crisol, han realizado, en verdad, milagros. Penetran en los recovecos de la naturaleza y muestran cómo obra en sus escondrijos. Ascienden a los cielos; han descubierto cómo circula la sangre y la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido poderes nuevos y casi ilimitados; pueden mandar sobre los truenos del cielo, remedar el terremoto e incluso burlar el mundo invisible con sus propias sombras.»

Tales fueron las palabras del profesor —mejor dicho, las palabras del destino— enunciadas para destruirme. A medida que seguía, sentí como si mi alma luchara cuerpo a cuerpo con un enemigo palpable; una a una se tocaron las diversas teclas que formaban el mecanismo de mi ser; cuerda tras cuerda sonó, y pronto mi mente se llenó de un solo pensamiento, una sola concepción, un solo propósito. Tanto se ha hecho, exclamó el alma de Frankenstein; mucho más, mucho más lograré yo; siguiendo los pasos ya marcados, abriré un camino nuevo, exploraré poderes

desconocidos y desplegaré ante el mundo los más hondos misterios de la creación.

No cerré los ojos aquella noche. Mi ser interior estaba en estado de insurrección y tumulto; sentía que de allí surgiría el orden, pero no tenía poder para producirlo. Poco a poco, tras el alba, vino el sueño. Desperté, y mis pensamientos de la víspera eran como un sueño. Solo quedaba una resolución de volver a mis antiguos estudios y consagrarme a una ciencia para la cual creía poseer un talento natural. Ese mismo día visité al señor Waldman. Sus modales en privado eran aún más suaves y atractivos que en público, pues cierta dignidad en su porte durante la lección se trocaba en su casa en la mayor afabilidad y bondad. Le di casi el mismo relato de mis anteriores ocupaciones que había dado a su colega. Escuchó con atención la breve narración de mis estudios y sonrió ante los nombres de Cornelio Agripa y Paracelso, pero sin el desprecio que había mostrado el señor Krempe. Dijo que «estos eran hombres a cuyo infatigable celo los filósofos modernos debían la mayor parte de los cimientos de su conocimiento. Nos habían dejado, como tarea más fácil, dar nuevos nombres y ordenar en clasificaciones coherentes los hechos que ellos, en gran medida, habían sido los instrumentos de sacar a la luz. Los trabajos de los hombres de genio, por erróneamente dirigidos que estén, casi nunca dejan de redundar finalmente en sólida ventaja de la humanidad». Escuché su declaración, que fue hecha sin presunción ni afectación, y luego añadí que su lección había eliminado mis prejuicios contra los químicos modernos; me expresé en términos mesurados, con la

modestia y deferencia debidas de un joven a su maestro, sin dejar escapar (la inexperiencia de la vida me habría avergonzado) nada del entusiasmo que estimulaba mis proyectados trabajos. Le pedí consejo sobre los libros que debía procurarme.

«Me alegra —dijo el señor Waldman— haber ganado un discípulo; y si su aplicación iguala a su capacidad, no dudo de su éxito. La química es la rama de la filosofía natural en que se han hecho y pueden hacerse los mayores adelantos; por eso la he hecho mi estudio particular; pero al mismo tiempo no he descuidado las demás ramas de la ciencia. Sería un químico muy lamentable el hombre que atendiera solo a ese departamento del saber humano. Si su deseo es llegar a ser realmente un hombre de ciencia y no un mero experimentador menudo, le aconsejaría que se aplicara a todas las ramas de la filosofía natural, incluidas las matemáticas.»

Luego me llevó a su laboratorio y me explicó los usos de sus diversas máquinas, instruyéndome sobre lo que debía procurarme y prometiéndome el uso de las suyas cuando hubiera avanzado lo bastante en la ciencia como para no descomponer su mecanismo. Me dio también la lista de libros que le había pedido, y me despedí.

Así terminó un día memorable para mí; decidió mi destino futuro.

CAPÍTULO IV

Desde este día la filosofía natural, y en particular la química, en el sentido más comprensivo del término, se convirtió casi en mi única ocupación. Leí con ardor aquellas obras, tan llenas de genio y discernimiento, que los investigadores modernos han escrito sobre estas materias. Asistí a las lecciones y cultivé el trato de los hombres de ciencia de la universidad, y hallé incluso en el señor Krempe mucho buen sentido y verdadera información, combinados, es cierto, con una fisonomía y unos modales repulsivos, pero no por ello menos valiosos. En el señor Waldman hallé un verdadero amigo. Su gentileza no se tiñó jamás de dogmatismo, y sus enseñanzas se daban con un aire de franqueza y buen natural que desterraba toda idea de pedantería. De mil maneras me allanó el camino del saber y hizo claras y fáciles a mi comprensión las indagaciones más abstrusas. Mi aplicación fue al principio fluctuante e incierta; ganó fuerza a medida que avanzaba y pronto se hizo tan ardiente y ansiosa que las estrellas desaparecían a menudo en la luz de la mañana mientras yo seguía ocupado en mi laboratorio.

Como me aplicaba tan de cerca, fácilmente se concibe que mi progreso fue rápido. Mi ardor era, en verdad, el asombro de los estudiantes, y mi aprovechamiento el de los maestros. El profesor Krempe me preguntaba a menudo, con sonrisa socarrona, cómo le iba a Cornelio

Agripa, mientras el señor Waldman expresaba el más sincero júbilo por mi progreso. Pasaron dos años de este modo, durante los cuales no visité Ginebra, sino que estuve ocupado, en cuerpo y alma, en la persecución de ciertos descubrimientos que esperaba hacer. Solo quienes los han experimentado pueden concebir los atractivos de la ciencia. En otros estudios se llega hasta donde otros han llegado antes que uno, y no hay más que saber; pero en una investigación científica hay continuo alimento para el descubrimiento y la maravilla. Una mente de capacidad moderada que persigue de cerca un estudio debe llegar infaliblemente a un gran aprovechamiento en él; y yo, que buscaba continuamente alcanzar un solo objeto y estaba envuelto solo en él, mejoré tan rápidamente que al cabo de dos años hice algunos descubrimientos en el perfeccionamiento de ciertos instrumentos químicos que me granjearon gran estima y admiración en la universidad. Cuando hube llegado a este punto y me hube familiarizado con la teoría y la práctica de la filosofía natural tanto como dependía de las lecciones de cualquiera de los profesores de Ingolstadt, no siendo ya mi residencia allí propicia a mis adelantos, pensé en volver con mis amigos y mi ciudad natal, cuando ocurrió un incidente que prolongó mi estancia.

Uno de los fenómenos que habían atraído particularmente mi atención era la estructura del cuerpo humano y, en verdad, la de cualquier animal dotado de vida. ¿De dónde, me preguntaba a menudo, procedía el principio de la vida? Era una pregunta audaz, y una que siempre se ha considerado un misterio; y sin embargo,

¡con cuántas cosas estaríamos a punto de familiarizarnos si la cobardía o el descuido no frenaran nuestras indagaciones! Revolví estas circunstancias en mi mente y resolví desde entonces aplicarme más particularmente a las ramas de la filosofía natural que se relacionan con la fisiología. Si no me hubiera animado un entusiasmo casi sobrenatural, mi aplicación a este estudio habría sido fastidiosa y casi intolerable. Para examinar las causas de la vida, debemos recurrir primero a la muerte. Me familiaricé con la ciencia de la anatomía, pero esto no bastaba; debía observar también la decadencia y corrupción naturales del cuerpo humano. En mi educación, mi padre había tomado las mayores precauciones para que mi mente no se impresionara con horrores sobrenaturales. No recuerdo haber temblado jamás ante un cuento de superstición ni haber temido la aparición de un espíritu. La oscuridad no tenía efecto sobre mi fantasía, y un cementerio era para mí meramente el receptáculo de cuerpos privados de vida que, de ser sede de la belleza y la fuerza, se habían vuelto alimento del gusano. Ahora me vi llevado a examinar la causa y el progreso de esta decadencia y forzado a pasar días y noches en bóvedas y osarios. Mi atención se fijó en todos los objetos más insoportables a la delicadeza de los sentimientos humanos. Vi cómo la bella forma del hombre se degradaba y consumía; contemplé la corrupción de la muerte suceder a la mejilla florida de la vida; vi cómo el gusano heredaba las maravillas del ojo y del cerebro. Me detuve, examinando y analizando todas las minucias de la causación, tal como se ejemplifica en el cambio de la vida

a la muerte, y de la muerte a la vida, hasta que de en medio de esta oscuridad irrumpió sobre mí una luz repentina: una luz tan brillante y maravillosa, pero tan simple, que, mientras me mareaba ante la inmensidad de la perspectiva que iluminaba, me sorprendió que entre tantos hombres de genio que habían dirigido sus indagaciones hacia la misma ciencia yo solo estuviera reservado para descubrir un secreto tan asombroso.

Recuerde que no estoy registrando la visión de un loco. El sol no brilla con más certeza en los cielos que lo que ahora afirmo es verdad. Algún milagro pudo haberlo producido, pero las etapas del descubrimiento fueron distintas y probables. Tras días y noches de increíble trabajo y fatiga, logré descubrir la causa de la generación y de la vida; más aún, me hice capaz de conferir animación a la materia inanimada.

El asombro que había experimentado al principio ante este descubrimiento cedió pronto lugar al deleite y al arrebato. Tras tanto tiempo empleado en penoso trabajo, llegar de un golpe a la cumbre de mis deseos era la consumación más gratificante de mis afanes. Pero este descubrimiento era tan grande y abrumador que todos los pasos por los que había sido llevado progresivamente a él quedaron borrados, y solo contemplé el resultado. Lo que había sido el estudio y el deseo de los hombres más sabios desde la creación del mundo estaba ahora a mi alcance. No que, como una escena de magia, todo se me abriera de una vez: la información que había obtenido era más bien de naturaleza para dirigir mis esfuerzos en cuanto los

orientara hacia el objeto de mi búsqueda que para exhibir ese objeto ya cumplido. Era como el árabe que había sido sepultado con los muertos y encontró un pasaje a la vida, ayudado solo por una luz vacilante y al parecer ineficaz.

Veo por su ansia y por la maravilla y la esperanza que expresan sus ojos, amigo mío, que espera usted que se le informe del secreto que conozco; eso no puede ser; escuche con paciencia hasta el final de mi historia y percibirá fácilmente por qué soy reservado sobre ese asunto. No lo conduciré, desprevenido y ardiente como yo era entonces, a su destrucción y desdicha infalible. Aprenda de mí, si no por mis preceptos, al menos por mi ejemplo, cuán peligrosa es la adquisición de conocimiento y cuánto más feliz es el hombre que cree que su ciudad natal es el mundo que aquel que aspira a hacerse más grande de lo que su naturaleza permite.

Cuando vi puesto en mis manos un poder tan asombroso, dudé largo tiempo sobre la manera de emplearlo. Aunque poseía la capacidad de conferir animación, preparar un armazón para recibirla, con todas sus complicaciones de fibras, músculos y venas, seguía siendo una labor de inconcebible dificultad y trabajo. Dudé al principio si intentaría la creación de un ser como yo o la de uno de organización más simple; pero mi imaginación estaba demasiado exaltada por mi primer éxito para permitirme dudar de mi capacidad de dar vida a un animal tan complejo y maravilloso como el hombre. Los materiales que tenía entonces a mi alcance apenas parecían adecuados para una empresa tan ardua, pero no

dudaba de que al fin tendría éxito. Me preparé para una multitud de reveses; mis operaciones podían verse frustradas sin cesar y mi obra resultar, al final, imperfecta; sin embargo, al considerar el progreso que cada día se produce en la ciencia y la mecánica, me animé a esperar que mis intentos actuales sentaran al menos los cimientos de un éxito futuro. Tampoco podía considerar la magnitud y complejidad de mi plan como argumento alguno de su impracticabilidad. Con estos sentimientos comencé la creación de un ser humano. Como la pequeñez de las partes era un gran obstáculo para mi rapidez, resolví, contra mi primera intención, hacer al ser de estatura gigantesca, es decir, de unos ocho pies de altura y de proporciones correspondientemente grandes. Tras haber tomado esta determinación y haber pasado algunos meses reuniendo y ordenando con éxito mis materiales, comencé.

Nadie puede concebir la variedad de sentimientos que me llevaban adelante, como un huracán, en el primer entusiasmo del éxito. La vida y la muerte se me aparecían como límites ideales que yo rompería primero, derramando un torrente de luz sobre nuestro oscuro mundo. Una nueva especie me bendeciría como su creador y fuente; muchas naturalezas felices y excelentes me deberían su ser. Ningún padre podría reclamar la gratitud de su hijo tan por completo como yo merecería la de ellos. Siguiendo estas reflexiones, pensé que, si podía conferir animación a la materia inanimada, podría con el tiempo (aunque ahora lo hallé imposible) renovar la vida allí donde la muerte había entregado aparentemente el cuerpo a la corrupción.

Estos pensamientos sostenían mi ánimo mientras proseguía mi empresa con ardor incansable. Mi mejilla se había puesto pálida de estudio, y mi persona se había demacrado por el encierro. A veces, al borde mismo de la certeza, fracasaba; sin embargo, seguía aferrado a la esperanza que el día siguiente o la hora siguiente podía realizar. Un secreto que yo solo poseía era la esperanza a la que me había consagrado; y la luna contemplaba mis labores de medianoche mientras, con afán incansable y sin aliento, perseguía a la naturaleza hasta sus escondrijos. ¿Quién concebirá los horrores de mi secreto trabajo, mientras chapoteaba entre las humedades impías de la tumba o torturaba al animal vivo para animar el barro sin vida? Mis miembros tiemblan ahora y mis ojos se nublan con el recuerdo; pero entonces un impulso irresistible y casi frenético me empujaba adelante; parecía haber perdido toda alma y sensación salvo para esta única empresa. No fue, en verdad, sino un trance pasajero, que solo me hizo sentir con renovada agudeza en cuanto, dejando de actuar el estímulo antinatural, volví a mis viejos hábitos. Reuní huesos de osarios y perturbé, con dedos profanos, los tremendos secretos del cuerpo humano. En una habitación solitaria, o más bien celda, en lo alto de la casa, separada de todas las demás estancias por una galería y una escalera, tenía mi taller de inmunda creación; los globos de mis ojos se salían de sus órbitas atendiendo a los pormenores de mi tarea. La sala de disección y el matadero me proporcionaban muchos de mis materiales; y a menudo mi naturaleza humana se volvía con asco de mi ocupación, mientras, aún impulsado

por un afán que crecía sin cesar, llevaba mi obra cerca de su conclusión.

Pasaron los meses de verano mientras yo estaba así empeñado, en cuerpo y alma, en una sola empresa. Era una estación hermosísima; nunca dieron los campos una cosecha más abundante ni rindieron las viñas una vendimia más lozana, pero mis ojos eran insensibles a los encantos de la naturaleza. Y los mismos sentimientos que me hacían descuidar los paisajes a mi alrededor me hacían también olvidar a aquellos amigos que estaban tantas millas ausentes y a quienes hacía tanto tiempo que no veía. Sabía que mi silencio los inquietaba, y recordaba bien las palabras de mi padre: «Sé que mientras estés contento contigo mismo pensarás en nosotros con afecto y tendremos noticias tuyas con regularidad. Debes perdonarme si considero cualquier interrupción en tu correspondencia una prueba de que tus otros deberes están igualmente descuidados».

Sabía bien, pues, cuáles serían los sentimientos de mi padre, pero no podía arrancar mis pensamientos de mi ocupación, repugnante en sí misma, pero que se había apoderado irresistiblemente de mi imaginación. Quería, por así decir, aplazar todo lo relativo a mis sentimientos de afecto hasta que el gran objeto, que se tragaba todo hábito de mi naturaleza, estuviera terminado.

Pensaba entonces que mi padre sería injusto si atribuyera mi descuido a vicio o falta de mi parte, pero ahora estoy convencido de que tenía razón en concebir que yo no estaría del todo libre de culpa. Un ser humano

perfecto debería conservar siempre una mente calma y apacible y no permitir nunca que una pasión o un deseo pasajero perturbe su tranquilidad. No creo que la búsqueda del conocimiento sea una excepción a esta regla. Si el estudio al que te aplicas tiende a debilitar tus afectos y a destruir tu gusto por esos placeres sencillos en los que no puede mezclarse aleación alguna, entonces ese estudio es ciertamente ilícito, es decir, impropio de la mente humana. Si esta regla se observara siempre; si ningún hombre permitiera que empeño alguno interfiriera con la tranquilidad de sus afectos domésticos, Grecia no habría sido esclavizada, César habría perdonado a su patria, América se habría descubierto más gradualmente y los imperios de México y del Perú no habrían sido destruidos.

Pero olvido que estoy moralizando en la parte más interesante de mi relato, y su semblante me recuerda que prosiga.

Mi padre no hizo reproche alguno en sus cartas y solo notó mi silencio indagando más particularmente que antes sobre mis ocupaciones. Pasaron el invierno, la primavera y el verano durante mis labores; pero no velé la flor ni las hojas que se abrían —espectáculos que antes me daban supremo deleite—, tan hondamente estaba absorto en mi tarea. Las hojas de aquel año se habían marchitado antes de que mi obra se acercara a su fin, y ahora cada día me mostraba más claramente cuán bien había tenido éxito. Pero mi entusiasmo estaba frenado por mi ansiedad, y parecía más bien un condenado por esclavitud a trabajar en las minas, o en algún otro oficio insalubre, que un

artista ocupado en su tarea favorita. Cada noche me oprimía una fiebre lenta, y me volví nervioso hasta un grado dolorosísimo; la caída de una hoja me sobresaltaba, y evitaba a mis semejantes como si hubiera cometido un crimen. A veces me alarmaba la ruina en que advertía que me había convertido; solo la energía de mi propósito me sostenía: mis labores terminarían pronto, y creía que el ejercicio y la distracción ahuyentarían entonces la enfermedad incipiente; y me prometía ambas cosas cuando mi creación estuviera completa.

CAPÍTULO V

Fue en una lúgubre noche de noviembre cuando vi el cumplimiento de mis afanes. Con una ansiedad que casi llegaba a la agonía, reuní a mi alrededor los instrumentos de la vida para infundir una chispa de ser en la cosa sin vida que yacía a mis pies. Era ya la una de la madrugada; la lluvia golpeteaba tristemente contra los cristales y mi vela estaba casi consumida cuando, a la luz mortecina de la llama a medio apagar, vi abrirse el ojo amarillo y apagado de la criatura; respiró con dificultad, y un movimiento convulsivo agitó sus miembros.

¿Cómo describir mis emociones ante esta catástrofe, o cómo delinear al desdichado a quien con tan infinito trabajo y cuidado me había esforzado en formar? Sus miembros eran proporcionados, y yo había escogido sus facciones como hermosas. ¡Hermosas! ¡Gran Dios! Su piel amarilla apenas cubría la obra de músculos y arterias de debajo; su cabello era de un negro lustroso y fluido; sus dientes, de blancura de perla; pero estas exuberancias solo formaban un contraste más horrible con sus ojos acuosos, que parecían casi del mismo color que las pardas órbitas blancuzcas en que estaban engastados, con su tez apergaminada y sus labios negros y rectos.

Los diversos accidentes de la vida no son tan cambiantes como los sentimientos de la naturaleza humana. Había trabajado duramente casi dos años con el único propósito de infundir vida a un cuerpo inanimado. Por ello me había

privado de descanso y de salud. Lo había deseado con un ardor que excedía en mucho la moderación; pero ahora que había terminado, la belleza del sueño se desvaneció y un horror sin aliento y un asco llenaron mi corazón. Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, salí corriendo de la habitación y estuve largo tiempo recorriendo mi alcoba, incapaz de aquietar mi mente para dormir. Al fin la laxitud sucedió al tumulto que antes había soportado, y me arrojé vestido sobre la cama, procurando buscar unos momentos de olvido. Pero fue en vano; dormí, en efecto, pero me perturbaron los sueños más salvajes. Creí ver a Elizabeth, en la flor de la salud, paseando por las calles de Ingolstadt. Encantado y sorprendido, la abracé, pero al imprimir el primer beso en sus labios, se pusieron lívidos con el tinte de la muerte; sus facciones parecieron cambiar, y creí tener en mis brazos el cadáver de mi madre muerta; un sudario envolvía su figura, y vi los gusanos de la tumba arrastrándose en los pliegues de la franela. Desperté sobresaltado de horror; un sudor frío cubría mi frente, me castañeteaban los dientes y todos mis miembros se convulsionaban; cuando, a la luz tenue y amarilla de la luna, que se abría paso por las contraventanas, vi al desdichado, al miserable monstruo que yo había creado. Alzaba el cortinaje de la cama; y sus ojos, si ojos pueden llamarse, estaban fijos en mí. Sus mandíbulas se abrieron y murmuró unos sonidos inarticulados, mientras una mueca le arrugaba las mejillas. Quizá habló, pero no oí; una mano se extendía, al parecer para detenerme, pero escapé y me precipité escaleras abajo. Me refugié en el patio perteneciente a la

casa que habitaba, donde permanecí el resto de la noche, paseando de un lado a otro en la mayor agitación, escuchando atentamente, atrapando y temiendo cada sonido como si hubiera de anunciar la aproximación del cadáver demoníaco al que tan miserablemente había dado la vida.

¡Oh! Ningún mortal podría soportar el horror de aquel rostro. Una momia otra vez dotada de animación no podría ser tan horrenda como aquel desdichado. Lo había contemplado inacabado; era feo entonces, pero cuando aquellos músculos y articulaciones fueron capaces de movimiento, se volvió una cosa como ni el mismo Dante habría podido concebir.

Pasé la noche miserablemente. A veces mi pulso latía tan rápido y recio que sentía la palpitación de cada arteria; otras, casi caía al suelo de languidez y extrema debilidad. Mezclada con este horror, sentía la amargura de la decepción; los sueños que habían sido mi alimento y grato descanso durante tanto tiempo se habían vuelto un infierno para mí; ¡y el cambio había sido tan rápido, el derrumbe tan completo!

La mañana, lúgubre y lluviosa, amaneció al fin y descubrió a mis ojos insomnes y doloridos la iglesia de Ingolstadt, su blanco campanario y su reloj, que marcaba las seis. El portero abrió las puertas del patio, que aquella noche había sido mi asilo, y salí a las calles, recorriéndolas con paso rápido, como si buscara evitar al desdichado a quien temía que cada vuelta de calle presentara a mi vista. No me atreví a volver al aposento que habitaba, sino que

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

me sentí impelido a apresurarme, aunque empapado por la lluvia que caía de un cielo negro y desconsolador.

Continué caminando así durante algún tiempo, procurando aliviar con el ejercicio corporal la carga que pesaba sobre mi mente. Atravesé las calles sin concepción clara de dónde estaba ni de lo que hacía. Mi corazón palpitaba en la náusea del miedo, y me apresuraba con pasos irregulares, sin atreverme a mirar a mi alrededor:

> Como quien, por solitario camino,
> anda con miedo y pavor,
> y, tras volverse una vez, sigue andando
> sin volver más la cabeza;
> porque sabe que un espantoso demonio
> le pisa los talones.
>
> *(Coleridge, «La balada del viejo marinero».)*

Siguiendo así, llegué al fin frente a la posada donde solían detenerse las diversas diligencias y coches. Aquí me detuve, sin saber por qué; pero permanecí unos minutos con los ojos fijos en un coche que venía hacia mí desde el otro extremo de la calle. Al acercarse observé que era la diligencia suiza; se detuvo justo donde yo estaba y, al abrirse la portezuela, vi a Enrique Clerval, quien, al verme, saltó al instante. «¡Mi querido Frankenstein! —exclamó—. ¡Qué contento estoy de verte! ¡Qué suerte que estés aquí justo en el momento en que me apeo!»

Nada podía igualar mi alegría al ver a Clerval; su presencia trajo a mis pensamientos a mi padre, a Elizabeth y todas aquellas escenas del hogar tan queridas a mi recuerdo. Le estreché la mano y en un momento olvidé mi

horror y mi desgracia; sentí de pronto, y por primera vez en muchos meses, una alegría calma y serena. Recibí, pues, a mi amigo del modo más cordial, y caminamos hacia mi colegio. Clerval siguió hablando un rato de nuestros amigos comunes y de su buena fortuna al habérsele permitido venir a Ingolstadt. «Fácilmente puedes creer —dijo— cuán grande fue la dificultad para persuadir a mi padre de que todo el conocimiento necesario no estaba comprendido en el noble arte de la teneduría de libros; y, en verdad, creo que lo dejé incrédulo hasta el último momento, pues su constante respuesta a mis incansables ruegos era la misma que la del maestro de escuela holandés en *El vicario de Wakefield*: "Tengo diez mil florines al año sin griego, y como de buena gana sin griego". Pero su afecto por mí venció al fin su aversión al estudio, y me ha permitido emprender un viaje de descubrimiento a la tierra del saber.»

«Me causa el mayor placer verte; pero dime cómo dejaste a mi padre, a mis hermanos y a Elizabeth.»

«Muy bien, y muy felices, solo un poco inquietos de que tengan noticias tuyas tan raramente. Por cierto, pienso sermonearte yo mismo un poco por ellos. Pero, mi querido Frankenstein —continuó, deteniéndose en seco y mirándome de lleno al rostro—, antes no había reparado en lo mal que te ves; tan flaco y pálido; pareces haber velado varias noches.»

«Has acertado; últimamente he estado tan hondamente metido en una ocupación que no me he permitido el descanso suficiente, como ves; pero espero, espero

sinceramente, que todos esos quehaceres hayan terminado ya y que por fin esté libre.»

Temblaba en exceso; no podía soportar pensar, y mucho menos aludir, a los sucesos de la noche anterior. Caminé con paso rápido y pronto llegamos a mi colegio. Reflexioné entonces, y el pensamiento me hizo estremecer, que la criatura que había dejado en mi aposento podía seguir allí, viva y caminando. Temía ver a este monstruo, pero temía aún más que Enrique lo viera. Rogándole, pues, que esperase unos minutos al pie de la escalera, me lancé hacia mi cuarto. Mi mano estaba ya en el cerrojo de la puerta antes de que recobrara el juicio. Me detuve entonces y un escalofrío frío me recorrió. Abrí la puerta de golpe, como acostumbran hacer los niños cuando esperan que un espectro los aguarde al otro lado; pero no apareció nada. Entré temeroso: la habitación estaba vacía, y mi alcoba estaba también libre de su horrible huésped. Apenas podía creer que me hubiera tocado tan gran fortuna, pero cuando me aseguré de que mi enemigo había huido de veras, aplaudí de alegría y corrí abajo hacia Clerval.

Subimos a mi cuarto, y el criado trajo enseguida el desayuno; pero yo no podía contenerme. No me poseía solo la alegría; sentía que la carne me hormigueaba de exceso de sensibilidad, y el pulso me latía rápido. No podía permanecer ni un instante en el mismo sitio; salté sobre las sillas, di palmadas y reí a carcajadas. Clerval atribuyó al principio mi insólito ánimo a la alegría por su llegada, pero cuando me observó con más atención, vio en mis ojos

un extravío que no podía explicarse, y mi risa fuerte, desenfrenada y sin corazón lo asustó y lo asombró.

«Mi querido Víctor —exclamó—, ¿qué, por Dios, te pasa? No rías de ese modo. ¡Qué mal estás! ¿Cuál es la causa de todo esto?»

«No me preguntes —grité, poniéndome las manos ante los ojos, pues me pareció ver deslizarse en la habitación al espectro temido—; él puede decírtelo. ¡Oh, sálvame! ¡Sálvame!» Imaginé que el monstruo me agarraba; me debatí furiosamente y caí en un ataque.

¡Pobre Clerval! ¿Qué debieron de ser sus sentimientos? Un encuentro que esperaba con tanta alegría, tan extrañamente trocado en amargura. Pero yo no fui testigo de su dolor, pues estaba sin sentido y no recobré mis sentidos durante mucho, mucho tiempo.

Este fue el comienzo de una fiebre nerviosa que me tuvo confinado durante varios meses. Durante todo ese tiempo Enrique fue mi único enfermero. Supe después que, conociendo la avanzada edad de mi padre y su falta de aptitud para un viaje tan largo, y cuán desdichada haría a Elizabeth mi enfermedad, les ahorró esta pena ocultándoles la gravedad de mi mal. Sabía que yo no podía tener un enfermero más amable y atento que él mismo; y, firme en la esperanza que sentía de mi recuperación, no dudaba de que, en lugar de hacerles daño, les prestaba el más grande servicio que podía.

Pero yo estaba en realidad muy enfermo, y seguramente nada sino las ilimitadas e incesantes atenciones de mi amigo habría podido devolverme a la vida. La figura del

monstruo a quien había dado existencia estaba siempre ante mis ojos, y deliraba sin cesar sobre él. Sin duda mis palabras sorprendieron a Enrique; al principio las creyó divagaciones de mi imaginación perturbada, pero la pertinacia con que volvía continuamente al mismo tema lo persuadió de que mi mal debía en verdad su origen a algún suceso extraordinario y terrible.

Muy lentamente, y con frecuentes recaídas que alarmaron y afligieron a mi amigo, me recuperé. Recuerdo que la primera vez que fui capaz de observar los objetos exteriores con algún placer, noté que las hojas caídas habían desaparecido y que los tiernos brotes asomaban en los árboles que sombreaban mi ventana. Era una primavera divina, y la estación contribuyó grandemente a mi convalecencia. Sentí también renacer en mi pecho sentimientos de alegría y afecto; mi melancolía desapareció y en poco tiempo estuve tan alegre como antes de que me atacara la fatal pasión.

«Queridísimo Clerval —exclamé—, qué bueno, qué extremadamente bueno eres conmigo. Todo este invierno, en lugar de dedicarlo al estudio, como te prometías, se ha consumido en mi cuarto de enfermo. ¿Cómo podré pagártelo jamás? Siento el mayor remordimiento por la decepción de que he sido causa, pero me perdonarás.»

«Me pagarás por completo si no te alteras, sino que te pones bien lo más pronto posible; y como pareces de tan buen ánimo, puedo hablarte de un asunto, ¿no es cierto?»

Temblé. ¡Un asunto! ¿Cuál podría ser? ¿Aludiría a un objeto en el que ni siquiera me atrevía a pensar?

«Cálmate —dijo Clerval, que notó mi cambio de color—, no lo mencionaré si te agita; pero tu padre y tu prima serían muy felices si recibieran una carta tuya de tu propio puño. Apenas saben lo enfermo que has estado y están inquietos por tu largo silencio.»

«¿Eso es todo, mi querido Enrique? ¿Cómo pudiste suponer que mi primer pensamiento no volaría hacia esos queridos, queridísimos amigos a quienes amo y que tanto merecen mi amor?»

«Si este es tu estado de ánimo actual, amigo mío, quizá te alegre ver una carta que lleva aquí varios días para ti; es de tu prima, creo.»

CAPÍTULO VI

Clerval puso entonces en mis manos la siguiente carta. Era de mi propia Elizabeth:

«Mi queridísimo primo:

»Has estado enfermo, muy enfermo, y ni siquiera las constantes cartas del querido y bondadoso Enrique bastan para tranquilizarme por ti. Se te prohíbe escribir, sostener una pluma; sin embargo, una palabra tuya, querido Víctor, es necesaria para calmar nuestros temores. Durante mucho tiempo he pensado que cada correo traería esta línea, y mis persuasiones han refrenado a mi tío de emprender un viaje a Ingolstadt. Le he impedido afrontar los inconvenientes y quizá peligros de un viaje tan largo, ¡pero cuántas veces he lamentado no poder hacerlo yo misma! Me figuro que la tarea de asistir a tu lecho de enfermo ha recaído en alguna vieja enfermera mercenaria, que jamás podría adivinar tus deseos ni atenderlos con el cuidado y el afecto de tu pobre prima. Pero eso ya pasó: Clerval escribe que en efecto vas mejorando. Espero con ansia que confirmes pronto esta noticia con tu propia letra.

»Ponte bien, y vuelve con nosotros. Encontrarás un hogar feliz y alegre y amigos que te quieren entrañablemente. La salud de tu padre es vigorosa, y solo pide verte, solo estar seguro de que estás bien; y ninguna preocupación nublará jamás su benévolo semblante.

¡Cuánto te alegraría notar el progreso de nuestro Ernesto! Tiene ahora dieciséis años y está lleno de actividad y espíritu. Desea ser un verdadero suizo y entrar al servicio extranjero, pero no podemos separarnos de él, al menos hasta que su hermano mayor vuelva con nosotros. A mi tío no le agrada la idea de una carrera militar en un país lejano, pero Ernesto nunca tuvo tus dotes de aplicación. Mira el estudio como un odioso grillete; pasa su tiempo al aire libre, trepando colinas o remando en el lago. Temo que se vuelva un holgazán a menos que cedamos en el punto y le permitamos abrazar la profesión que ha elegido.

»Poca alteración, salvo el crecimiento de nuestros queridos niños, ha tenido lugar desde que nos dejaste. El lago azul y las montañas nevadas no cambian nunca; y pienso que nuestro plácido hogar y nuestros corazones contentos se rigen por las mismas leyes inmutables. Mis ocupaciones menudas llenan mi tiempo y me distraen, y soy recompensada por cualquier esfuerzo viendo a mi alrededor solo rostros felices y bondadosos. Desde que nos dejaste, un solo cambio ha tenido lugar en nuestra pequeña casa. ¿Recuerdas en qué ocasión entró Justina Moritz en nuestra familia? Probablemente no; te contaré, pues, su historia en pocas palabras. La señora Moritz, su madre, era una viuda con cuatro hijos, de los cuales Justina era la tercera. Esta muchacha había sido siempre la favorita de su padre, pero por una extraña perversidad su madre no podía soportarla y, tras la muerte del señor Moritz, la trató muy mal. Mi tía lo observó y, cuando Justina tenía doce años, persuadió a su madre de que le permitiera vivir en nuestra casa. Las instituciones

republicanas de nuestro país han producido costumbres más sencillas y felices que las que prevalecen en las grandes monarquías que lo rodean. De ahí que haya menos distinción entre las diversas clases de sus habitantes; y los órdenes inferiores, al no ser ni tan pobres ni tan despreciados, tienen modales más refinados y morales. Un criado en Ginebra no significa lo mismo que un criado en Francia o Inglaterra. Justina, así recibida en nuestra familia, aprendió los deberes de una sirvienta, condición que, en nuestro afortunado país, no incluye la idea de ignorancia ni de sacrificio de la dignidad de un ser humano.

»Justina, quizá recuerdes, era gran favorita tuya; y recuerdo que una vez comentaste que, si estabas de mal humor, una mirada de Justina bastaba para disiparlo, por la misma razón que da Ariosto respecto de la belleza de Angélica: parecía tan franca de corazón y feliz. Mi tía le tomó un gran cariño, por el cual se vio inducida a darle una educación superior a la que había proyectado al principio. Este beneficio fue plenamente retribuido; Justina era la criatura más agradecida del mundo: no quiero decir que hiciera profesiones de gratitud (nunca oí ninguna salir de sus labios), pero se veía en sus ojos que casi adoraba a su protectora. Aunque su carácter era alegre y en muchos aspectos irreflexivo, prestaba la mayor atención a cada gesto de mi tía. La tenía por modelo de toda excelencia y se esforzaba en imitar su fraseología y sus modales, de modo que aun ahora a menudo me la recuerda.

»Cuando murió mi queridísima tía, todos estaban demasiado ocupados en su propio dolor para reparar en la pobre Justina, que la había asistido durante su enfermedad con el más ansioso afecto. La pobre Justina cayó muy enferma; pero otras pruebas le estaban reservadas.

»Uno a uno murieron sus hermanos y su hermana; y su madre, con la excepción de su hija descuidada, quedó sin hijos. La conciencia de la mujer se turbó; empezó a pensar que la muerte de sus favoritos era un juicio del cielo para castigar su parcialidad. Era católica romana; y creo que su confesor confirmó la idea que había concebido. Así, pues, pocos meses después de tu partida a Ingolstadt, Justina fue llamada a casa por su madre arrepentida. ¡Pobre muchacha! Lloró al abandonar nuestra casa; estaba muy cambiada desde la muerte de mi tía; el dolor había dado suavidad y una dulzura cautivadora a sus modales, que antes se distinguían por su viveza. Ni su residencia en casa de su madre era de índole a devolverle la alegría. La pobre mujer era muy vacilante en su arrepentimiento. A veces rogaba a Justina que le perdonara su dureza, pero mucho más a menudo la acusaba de haber causado la muerte de sus hermanos y hermana. El constante desasosiego sumió al fin a la señora Moritz en una decadencia, que al principio aumentó su irritabilidad, pero ahora está en paz para siempre. Murió con los primeros fríos, a principios de este último invierno. Justina acaba de volver con nosotros; y te aseguro que la quiero tiernamente. Es muy lista y gentil, y extremadamente bonita; como mencioné antes, su porte y su expresión me recuerdan continuamente a mi querida tía.

»Debo decirte también unas palabras, mi querido primo, del pequeño y querido Guillermo. Ojalá pudieras verlo; es muy alto para su edad, con dulces ojos azules risueños, pestañas oscuras y cabello rizado. Cuando sonríe, aparecen dos hoyuelos en cada mejilla, que están rosadas de salud. Ya ha tenido una o dos pequeñas novias, pero Luisa Biron es su favorita, una linda niñita de cinco años.

»Ahora, querido Víctor, me atrevo a decir que deseas que te concedan un poco de chismorreo sobre la buena gente de Ginebra. La linda señorita Mansfield ha recibido ya las visitas de felicitación por su próximo matrimonio con un joven inglés, John Melbourne, Esq. Su fea hermana, Manon, se casó el otoño pasado con el señor Duvillard, el rico banquero. Tu condiscípulo favorito, Luis Manoir, ha sufrido varias desgracias desde que Clerval salió de Ginebra. Pero ya ha recobrado el ánimo y se dice que está a punto de casarse con una viva y linda francesa, la señora Tavernier. Es viuda y mucho mayor que Manoir; pero es muy admirada y favorita de todos.

»He escrito hasta ponerme de mejor ánimo, querido primo; pero mi ansiedad vuelve sobre mí al concluir. Escribe, queridísimo Víctor: una línea, una palabra será una bendición para nosotros. Diez mil gracias a Enrique por su bondad, su afecto y sus muchas cartas; se lo agradecemos sinceramente. ¡Adiós, primo mío; cuídate, y, te lo suplico, escribe!

»Elizabeth Lavenza.

»Ginebra, 18 de marzo de 17—.»

«¡Querida, querida Elizabeth! —exclamé al leer su carta—. Escribiré al instante y los libraré de la ansiedad que deben de sentir.» Escribí, y este esfuerzo me fatigó mucho; pero mi convalecencia había comenzado y avanzaba con regularidad. A las dos semanas pude salir de mi cuarto.

Uno de mis primeros deberes, al recuperarme, fue presentar a Clerval a los diversos profesores de la universidad. Al hacerlo, sufrí una especie de trato áspero, poco adecuado a las heridas que mi mente había recibido. Desde la noche fatal, el fin de mis labores y el principio de mis desgracias, había concebido una violenta antipatía incluso al nombre de la filosofía natural. Cuando estuve por lo demás del todo restablecido, la vista de un instrumento químico renovaba toda la agonía de mis síntomas nerviosos. Enrique lo vio y había retirado de mi vista todos mis aparatos. También había cambiado mi alojamiento, pues percibió que yo había tomado aversión a la habitación que antes había sido mi laboratorio. Pero estos cuidados de Clerval resultaron inútiles cuando visité a los profesores. El señor Waldman me infligió tortura cuando elogió, con bondad y calor, los asombrosos progresos que había hecho en las ciencias. Pronto percibió que el tema me disgustaba; pero sin adivinar la verdadera causa, atribuyó mis sentimientos a la modestia, y cambió la conversación de mi adelanto a la ciencia misma, con el deseo, como yo veía evidentemente, de hacerme hablar. ¿Qué podía hacer? Quería agradar, y me atormentaba. Sentí como si hubiera puesto cuidadosamente ante mi vista, uno a uno, aquellos instrumentos que luego se

usarían para darme una muerte lenta y cruel. Me retorcía bajo sus palabras, y sin embargo no me atrevía a mostrar el dolor que sentía. Clerval, cuyos ojos y sentimientos eran siempre rápidos en discernir las sensaciones de los demás, eludió el tema, alegando en excusa su total ignorancia; y la conversación tomó un giro más general. Di las gracias a mi amigo desde el corazón, pero no hablé. Vi claramente que estaba sorprendido, pero nunca intentó sonsacarme mi secreto; y aunque lo quería con una mezcla de afecto y reverencia que no conocía límites, nunca pude persuadirme de confiarle aquel suceso que estaba tan a menudo presente en mi recuerdo, pero cuyo detalle, temía, solo lo grabaría más hondamente al contarlo a otro.

El señor Krempe no fue igualmente dócil; y, en mi condición de entonces, de sensibilidad casi insoportable, sus ásperos y toscos encomios me causaron aún más dolor que la benévola aprobación del señor Waldman. «¡Maldito muchacho! —gritó—. Pues, señor Clerval, le aseguro que nos ha dejado atrás a todos. Sí, abra los ojos si quiere; pero es cierto, no obstante. Un jovenzuelo que hace unos pocos años creía en Cornelio Agripa tan firmemente como en el Evangelio se ha puesto ahora a la cabeza de la universidad; y si no lo bajan pronto, todos quedaremos en ridículo. Sí, sí —continuó, observando mi rostro expresivo de sufrimiento—, el señor Frankenstein es modesto; excelente cualidad en un joven. Los jóvenes deben desconfiar de sí mismos, ¿sabe usted, señor Clerval? Yo mismo lo era de joven; pero eso se gasta en muy poco tiempo.»

El señor Krempe había comenzado ahora un elogio de sí mismo, lo cual, afortunadamente, desvió la conversación de un tema que me resultaba tan molesto.

Clerval nunca había simpatizado con mis gustos por la ciencia natural; y sus estudios literarios diferían por completo de los que me habían ocupado a mí. Había venido a la universidad con el propósito de hacerse dueño completo de las lenguas orientales, y así abriría un campo para el plan de vida que se había trazado. Resuelto a no seguir una carrera sin gloria, volvió los ojos hacia Oriente, que ofrecía alcance a su espíritu de empresa. Las lenguas persa, árabe y sánscrita ocuparon su atención, y fui fácilmente inducido a emprender los mismos estudios. La ociosidad siempre me había sido molesta, y ahora que quería huir de la reflexión y aborrecía mis anteriores estudios, sentí gran alivio en ser condiscípulo de mi amigo, y hallé no solo instrucción sino consuelo en las obras de los orientalistas. No intenté, como él, un conocimiento crítico de sus dialectos, pues no pensaba hacer otro uso de ellos que el de un pasatiempo temporal. Leía meramente para entender su sentido, y ellos pagaban bien mis trabajos. Su melancolía es sosegadora, y su alegría elevadora, en un grado que nunca experimenté estudiando a los autores de ningún otro país. Cuando se leen sus escritos, la vida parece consistir en un sol cálido y un jardín de rosas, en las sonrisas y ceños de una bella enemiga y en el fuego que consume el propio corazón. ¡Cuán distinto de la poesía viril y heroica de Grecia y Roma!

El verano pasó en estas ocupaciones, y mi regreso a Ginebra quedó fijado para fines del otoño; pero, retrasado por varios accidentes, llegaron el invierno y la nieve, los caminos se juzgaron intransitables y mi viaje se aplazó hasta la primavera siguiente. Sentí amargamente este retraso, pues anhelaba ver mi ciudad natal y a mis queridos amigos. Mi regreso solo se había demorado tanto por no querer dejar a Clerval en un lugar extraño antes de que conociera a algunos de sus habitantes. El invierno, sin embargo, se pasó alegremente; y aunque la primavera fue extraordinariamente tardía, cuando llegó su belleza compensó su tardanza.

Había comenzado ya el mes de mayo, y esperaba a diario la carta que debía fijar la fecha de mi partida, cuando Enrique propuso una excursión a pie por los alrededores de Ingolstadt, para que yo pudiera despedirme personalmente del campo que había habitado tanto tiempo. Accedí con gusto a esta propuesta: era aficionado al ejercicio, y Clerval había sido siempre mi compañero favorito en los paseos de esta clase que había dado por los paisajes de mi país natal.

Pasamos quince días en estas andanzas: mi salud y mi ánimo se habían restablecido hacía tiempo, y cobraron nueva fuerza con el aire saludable que respiraba, los incidentes naturales de nuestro avance y la conversación de mi amigo. El estudio me había aislado antes del trato con mis semejantes y me había vuelto insociable; pero Clerval despertó los mejores sentimientos de mi corazón; me enseñó de nuevo a amar el aspecto de la naturaleza y

los rostros alegres de los niños. ¡Excelente amigo! Cuán sinceramente me querías y te esforzabas por elevar mi mente hasta que estuviera a la altura de la tuya. Una empresa egoísta me había encogido y estrechado, hasta que tu gentileza y tu afecto caldearon y abrieron mis sentidos; volví a ser la misma criatura feliz que, pocos años atrás, querida y amada por todos, no tenía pena ni cuidado. Cuando era feliz, la naturaleza inanimada tenía el poder de darme las más deliciosas sensaciones. Un cielo sereno y campos verdes me llenaban de éxtasis. La estación presente era, en verdad, divina; las flores de primavera brotaban en los setos, mientras las de verano estaban ya en capullo. No me turbaban los pensamientos que durante el año anterior me habían oprimido, pese a mis esfuerzos por sacudirlos, con una carga invencible.

Enrique se regocijaba en mi alegría y simpatizaba sinceramente con mis sentimientos: se esforzaba por divertirme mientras expresaba las sensaciones que llenaban su alma. Los recursos de su mente en esta ocasión eran verdaderamente asombrosos: su conversación estaba llena de imaginación; y muy a menudo, imitando a los escritores persas y árabes, inventaba cuentos de maravillosa fantasía y pasión. Otras veces recitaba mis poemas favoritos, o me llevaba a argumentar, lo cual sostenía con gran ingenio.

Volvimos a nuestro colegio un domingo por la tarde: los campesinos bailaban, y todos los que encontrábamos parecían alegres y felices. Mi propio ánimo estaba alto, y brincaba con sentimientos de desenfrenada alegría y

regocijo.

CAPÍTULO VII

A mi regreso encontré la siguiente carta de mi padre:

«Mi querido Víctor:

»Probablemente has esperado con impaciencia una carta que fijara la fecha de tu regreso con nosotros; y al principio me tentó escribir solo unas líneas, mencionando meramente el día en que te esperaría. Pero eso sería una bondad cruel, y no me atrevo a hacerlo. ¿Cuál sería tu sorpresa, hijo mío, cuando esperabas una acogida feliz y alegre, al contemplar, por el contrario, lágrimas y desventura? Y ¿cómo, Víctor, puedo relatarte nuestra desgracia? La ausencia no puede haberte vuelto insensible a nuestras alegrías y penas; ¿y cómo infligiré dolor a mi hijo largamente ausente? Quisiera prepararte para la funesta noticia, pero sé que es imposible; aun ahora tu ojo recorre la página buscando las palabras que han de transmitirte las horribles nuevas.

»¡Guillermo ha muerto! ¡Aquel dulce niño, cuyas sonrisas deleitaban y caldeaban mi corazón, tan gentil y sin embargo tan alegre! ¡Víctor, lo han asesinado!

»No intentaré consolarte; me limitaré a relatar las circunstancias del suceso.

»El jueves pasado (7 de mayo), yo, mi sobrina y tus dos hermanos fuimos a pasear a Plainpalais. La tarde era cálida y serena, y prolongamos nuestro paseo más de lo habitual. Era ya el anochecer cuando pensamos en volver;

y entonces descubrimos que Guillermo y Ernesto, que habían ido por delante, no se hallaban. Descansamos, pues, en un banco hasta que regresaran. Poco después llegó Ernesto y preguntó si habíamos visto a su hermano; dijo que había estado jugando con él, que Guillermo había echado a correr para esconderse, que lo buscó en vano y que luego esperó largo rato, pero que no volvió.

»Este relato nos alarmó bastante, y seguimos buscándolo hasta que cayó la noche, cuando Elizabeth conjeturó que podría haber vuelto a la casa. No estaba allí. Volvimos otra vez, con antorchas; pues yo no podía descansar al pensar que mi dulce niño se había perdido y estaba expuesto a todas las humedades y rocíos de la noche; Elizabeth sufría también una angustia extrema. Hacia las cinco de la mañana descubrí a mi hermoso niño, a quien la víspera había visto florido y activo de salud, tendido en la hierba, lívido e inmóvil; la huella del dedo del asesino estaba en su cuello.

»Fue llevado a casa, y la angustia visible en mi semblante traicionó el secreto a Elizabeth. Quiso ardientemente ver el cadáver. Al principio traté de impedírselo, pero insistió y, entrando en la habitación donde yacía, examinó apresuradamente el cuello de la víctima y, juntando las manos, exclamó: “¡Oh Dios! ¡He asesinado a mi niño querido!”

»Se desmayó, y fue reanimada con extrema dificultad. Cuando volvió a la vida, fue solo para llorar y suspirar. Me dijo que aquella misma tarde Guillermo la había importunado para que le dejara llevar una miniatura muy

valiosa de tu madre que ella poseía. Ese retrato ha desaparecido, y fue sin duda la tentación que impulsó al asesino al crimen. No tenemos por ahora rastro de él, aunque nuestros esfuerzos por descubrirlo no cesan; ¡pero no devolverán a mi amado Guillermo!

»Ven, queridísimo Víctor; solo tú puedes consolar a Elizabeth. Llora continuamente y se acusa injustamente de ser la causa de su muerte; sus palabras me traspasan el corazón. Todos somos desdichados; pero ¿no será eso un motivo más para que tú, hijo mío, vuelvas y seas nuestro consolador? ¡Tu querida madre! ¡Ay, Víctor! Ahora digo: ¡Gracias a Dios que no vivió para presenciar la cruel y miserable muerte de su querido benjamín!

»Ven, Víctor; no con pensamientos rumiantes de venganza contra el asesino, sino con sentimientos de paz y gentileza, que sanen, en lugar de enconar, las heridas de nuestras almas. Entra en la casa de luto, amigo mío, pero con bondad y afecto hacia quienes te quieren, y no con odio hacia tus enemigos.

»Tu afectuoso y afligido padre,

»Alfonso Frankenstein.

»Ginebra, 12 de mayo de 17—.»

Clerval, que había observado mi semblante mientras leía esta carta, se sorprendió al ver la desesperación que sucedió a la alegría que al principio expresé al recibir noticias de mis amigos. Arrojé la carta sobre la mesa y me cubrí el rostro con las manos.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Mi querido Frankenstein —exclamó Enrique al verme llorar con amargura—, ¿has de ser siempre desdichado? Mi querido amigo, ¿qué ha pasado?»

Le hice una seña para que tomara la carta, mientras yo caminaba de un lado a otro de la habitación en la más extrema agitación. Las lágrimas brotaron también de los ojos de Clerval al leer el relato de mi desgracia.

«No puedo ofrecerte consuelo alguno, amigo mío —dijo—; tu desastre es irreparable. ¿Qué piensas hacer?»

«Ir al instante a Ginebra: ven conmigo, Enrique, a encargar los caballos.»

Durante nuestro paseo, Clerval procuró decir algunas palabras de consuelo; solo pudo expresar su simpatía sincera. «¡Pobre Guillermo! —dijo—. ¡Querido y hermoso niño, duerme ahora con su madre ángel! ¿Quién que lo hubiera visto radiante y alegre en su joven belleza no habría de llorar su pérdida prematura? ¡Morir tan miserablemente; sentir la garra del asesino! ¡Cuánto más miserable el asesino que pudo destruir una inocencia radiante! ¡Pobrecillo! Un solo consuelo tenemos: sus amigos lo lloran y se lamentan, pero él descansa. El tormento ha pasado, sus sufrimientos han terminado para siempre. Un terrón cubre su gentil figura, y no conoce el dolor. Ya no puede ser objeto de lástima; debemos reservarla para sus desdichados sobrevivientes.»

Así habló Clerval mientras corríamos por las calles; las palabras se grabaron en mi mente y las recordé después en la soledad. Pero ahora, en cuanto llegaron los caballos, subí de prisa a un cabriolé y me despedí de mi amigo.

Mi viaje fue muy melancólico. Al principio quería apresurarme, pues anhelaba consolar y compadecer a mis amigos queridos y afligidos; pero, al acercarme a mi ciudad natal, aflojé el paso. Apenas podía sostener la multitud de sentimientos que se agolpaban en mi mente. Pasé por parajes familiares a mi juventud, pero que no había visto en casi seis años. ¡Cuán alterado podía estar todo durante ese tiempo! Había ocurrido un cambio repentino y desolador; pero mil pequeñas circunstancias podían haber obrado poco a poco otras alteraciones que, aunque se hicieran con más tranquilidad, no por eso serían menos decisivas. Me venció el miedo; no me atrevía a avanzar, temiendo mil males sin nombre que me hacían temblar, aunque no podía definirlos.

Permanecí dos días en Lausana, en este doloroso estado de ánimo. Contemplé el lago: las aguas estaban plácidas; todo alrededor estaba en calma; y las montañas nevadas, «los palacios de la naturaleza», no habían cambiado. Poco a poco la escena calma y celestial me restauró, y continué mi viaje hacia Ginebra.

El camino corría al lado del lago, que se iba estrechando a medida que me acercaba a mi ciudad natal. Descubrí más distintamente los negros flancos del Jura y la cumbre resplandeciente del Mont Blanc. Lloré como un niño. «¡Queridas montañas! ¡Mi hermoso lago! ¿Cómo reciben a su caminante? Sus cumbres están despejadas; el cielo y el lago son azules y plácidos. ¿Es esto un pronóstico de paz, o una burla de mi desdicha?»

Temo, amigo mío, hacerme tedioso deteniéndome en estas circunstancias preliminares; pero fueron días de comparativa felicidad, y pienso en ellos con placer. ¡Patria mía, mi amada patria! ¿Quién, sino un nativo, puede decir el deleite que sentí al contemplar de nuevo tus arroyos, tus montañas y, más que todo, tu hermoso lago?

Sin embargo, a medida que me acercaba a casa, la pena y el miedo volvieron a vencerme. Cerraba también la noche a mi alrededor; y cuando apenas podía ver las oscuras montañas, me sentí aún más sombrío. El cuadro se me apareció como una vasta y confusa escena de mal, y presentí oscuramente que estaba destinado a convertirme en el más desdichado de los seres humanos. ¡Ay! Profeticé con verdad, y me equivoqué solo en una circunstancia: que en toda la desdicha que imaginaba y temía, no concebí ni la centésima parte de la angustia que me estaba destinado soportar.

Era plena oscuridad cuando llegué a los alrededores de Ginebra; las puertas de la ciudad estaban ya cerradas, y me vi obligado a pasar la noche en Secheron, una aldea a media legua de la ciudad. El cielo estaba sereno; y, como no podía descansar, resolví visitar el lugar donde había sido asesinado mi pobre Guillermo. Como no podía atravesar la ciudad, me vi obligado a cruzar el lago en un bote para llegar a Plainpalais. Durante esta breve travesía vi el relámpago jugando en la cumbre del Mont Blanc en las más hermosas figuras. La tormenta parecía acercarse rápidamente y, al desembarcar, subí a una colina baja para observar su avance. Avanzaba; los cielos se nublaron,

y pronto sentí venir la lluvia lentamente en grandes gotas, pero su violencia aumentó enseguida.

Dejé mi asiento y seguí caminando, aunque la oscuridad y la tormenta crecían a cada minuto y el trueno estallaba con terrífico estruendo sobre mi cabeza. Lo repetían el eco del Salève, del Jura y de los Alpes de Saboya; vivos relámpagos deslumbraban mis ojos, iluminando el lago y haciéndolo parecer una vasta lámina de fuego; luego, por un instante, todo parecía de una oscuridad de pez, hasta que el ojo se recobraba del fogonazo anterior. La tormenta, como es frecuente en Suiza, aparecía a la vez en varias partes del cielo. La más violenta pendía exactamente al norte de la ciudad, sobre la parte del lago que se extiende entre el promontorio de Belrive y la aldea de Copet. Otra tormenta iluminaba el Jura con tenues destellos; y otra oscurecía y a veces revelaba el Môle, una montaña puntiaguda al este del lago.

Mientras contemplaba la tempestad, tan hermosa y a la vez terrífica, seguí vagando con paso apresurado. Esta noble guerra en el cielo elevó mi ánimo; junté las manos y exclamé en voz alta: «¡Guillermo, querido ángel! ¡Este es tu funeral, este tu canto fúnebre!». Al decir estas palabras, percibí en la penumbra una figura que se deslizó furtivamente de detrás de un grupo de árboles cercano; me detuve inmóvil, mirando con intensidad: no podía equivocarme. Un relámpago iluminó el objeto y me descubrió claramente su forma; su estatura gigantesca y la deformidad de su aspecto, más horrendo de lo que corresponde a la humanidad, me informaron al instante de

que era el desdichado, el inmundo demonio a quien yo había dado la vida. ¿Qué hacía allí? ¿Podría ser (me estremecí ante la concepción) el asesino de mi hermano? Apenas cruzó esa idea por mi imaginación, me convencí de su verdad; me castañeteaban los dientes y me vi forzado a apoyarme contra un árbol. La figura pasó rápida junto a mí, y la perdí en la oscuridad. Nada con forma humana habría podido destruir al hermoso niño. ¡Él era el asesino! No podía dudarlo. La mera presencia de la idea era una prueba irresistible del hecho. Pensé en perseguir al diablo; pero habría sido en vano, pues otro relámpago me lo descubrió colgado de las rocas de la subida casi perpendicular del Mont Salève, una colina que limita Plainpalais por el sur. Pronto alcanzó la cumbre y desapareció.

Permanecí inmóvil. El trueno cesó; pero la lluvia seguía, y la escena estaba envuelta en una oscuridad impenetrable. Revolví en mi mente los sucesos que hasta ahora había procurado olvidar: toda la serie de mis avances hacia la creación; la aparición de la obra de mis propias manos junto a mi lecho; su partida. Habían transcurrido casi dos años desde la noche en que recibió vida por primera vez; ¿y era este su primer crimen? ¡Ay! Había soltado en el mundo a un desdichado depravado, cuyo deleite estaba en la carnicería y la miseria; ¿no había asesinado a mi hermano?

Nadie puede concebir la angustia que sufrí durante el resto de la noche, que pasé, frío y mojado, al aire libre. Pero no sentía la inclemencia del tiempo; mi imaginación

estaba atareada en escenas de mal y desesperación. Consideraba al ser que había arrojado entre la humanidad, dotándolo de voluntad y poder para realizar propósitos de horror, como el hecho que acababa de cometer, casi a la luz de mi propio vampiro, mi propio espíritu suelto de la tumba y forzado a destruir todo lo que me era querido.

Amaneció, y dirigí mis pasos hacia la ciudad. Las puertas estaban abiertas y me apresuré a la casa de mi padre. Mi primer pensamiento fue revelar lo que sabía del asesino y hacer que se iniciara al instante la persecución. Pero me detuve al reflexionar en la historia que tenía que contar. Un ser que yo mismo había formado y dotado de vida me había salido al encuentro a medianoche entre los precipicios de una montaña inaccesible. Recordé también la fiebre nerviosa que me había atacado justo en la época en que fechaba mi creación, y que daría aire de delirio a un relato por lo demás tan absolutamente improbable. Sabía bien que, si cualquier otro me hubiera comunicado semejante relación, yo la habría tenido por desvaríos de la locura. Además, la extraña naturaleza del animal eludiría toda persecución, aun si se me diera tanto crédito como para persuadir a mis parientes de iniciarla. Y entonces, ¿de qué serviría la persecución? ¿Quién podría detener a una criatura capaz de escalar los flancos desplomados del Mont Salève? Estas reflexiones me decidieron, y resolví guardar silencio.

Eran cerca de las cinco de la mañana cuando entré en casa de mi padre. Dije a los criados que no molestaran a la familia, y pasé a la biblioteca para esperar su hora

habitual de levantarse.

Habían transcurrido seis años, pasados en un sueño salvo por una huella indeleble, y estaba en el mismo lugar donde había abrazado por última vez a mi padre antes de partir para Ingolstadt. ¡Amado y venerable padre! Aún me quedaba. Contemplé el retrato de mi madre, que estaba sobre la repisa de la chimenea. Era un asunto histórico, pintado por deseo de mi padre, y representaba a Carolina Beaufort en una agonía de desesperación, arrodillada junto al ataúd de su padre muerto. Su atuendo era rústico y su mejilla pálida; pero había un aire de dignidad y belleza que apenas permitía el sentimiento de lástima. Debajo de este cuadro había una miniatura de Guillermo; y mis lágrimas fluyeron al mirarla. Mientras estaba así ocupado, entró Ernesto: había oído mi llegada y se apresuró a darme la bienvenida: «Bienvenido, queridísimo Víctor —dijo—. ¡Ah! Ojalá hubieras venido hace tres meses, y nos habrías encontrado a todos alegres y contentos. Vienes ahora a compartir una desdicha que nada puede aliviar; pero tu presencia, espero, reanimará a nuestro padre, que parece hundirse bajo su infortunio; y tus persuasiones inducirán a la pobre Elizabeth a cesar sus vanas y atormentadoras autoacusaciones. ¡Pobre Guillermo! ¡Era nuestro querido y nuestro orgullo!»

Lágrimas sin freno caían de los ojos de mi hermano; un sentimiento de agonía mortal se deslizó por mi cuerpo. Antes solo había imaginado la desdicha de mi hogar desolado; la realidad vino sobre mí como un desastre nuevo, y no menos terrible. Traté de calmar a Ernesto;

pregunté más minuciosamente por mi padre, y aquí nombré a mi prima.

«Ella es la que más necesita consuelo —dijo Ernesto—; se acusó de haber causado la muerte de mi hermano, y eso la hizo muy desdichada. Pero ya que el asesino ha sido descubierto...»

«¡El asesino descubierto! ¡Dios santo! ¿Cómo puede ser? ¿Quién podría intentar perseguirlo? Es imposible; tanto valdría tratar de alcanzar los vientos o encerrar un torrente de montaña con una paja. ¡Yo también lo vi; anoche estaba libre!»

«No sé lo que quieres decir —replicó mi hermano, con acento de asombro—, pero para nosotros el descubrimiento que hemos hecho completa nuestra desdicha. Nadie quería creerlo al principio; y aun ahora Elizabeth no se deja convencer, a pesar de toda la evidencia. En efecto, ¿quién creería que Justina Moritz, tan amable y cariñosa con toda la familia, pudiera volverse de repente capaz de un crimen tan espantoso, tan horrible?»

«¡Justina Moritz! ¡Pobre, pobre muchacha! ¿Es ella la acusada? ¡Pero es injustamente; todos lo saben; nadie lo cree, seguramente, Ernesto?»

«Nadie lo creyó al principio; pero han salido a la luz varias circunstancias que casi nos han forzado a la convicción; y su propia conducta ha sido tan confusa que añade a la evidencia de los hechos un peso que, temo, no deja esperanza de duda. Pero será juzgada hoy, y entonces lo oirás todo.»

Me relató entonces que, la mañana en que se descubrió el asesinato del pobre Guillermo, Justina había caído enferma y permaneció en cama varios días. En ese intervalo, una de las criadas, al examinar por casualidad la ropa que había llevado la noche del crimen, había descubierto en su bolsillo el retrato de mi madre, que se había juzgado la tentación del asesino. La criada se lo mostró al instante a otra, quien, sin decir palabra a nadie de la familia, fue a un magistrado; y, por su declaración, Justina fue apresada. Al ser acusada del hecho, la pobre muchacha confirmó en gran medida la sospecha con su extrema confusión de modales.

Era un relato extraño, pero no sacudió mi fe; y respondí con vehemencia: «Todos están equivocados; yo conozco al asesino. Justina, la pobre y buena Justina, es inocente».

En ese instante entró mi padre. Vi la infelicidad hondamente impresa en su semblante, pero se esforzó por recibirme alegremente; y, tras intercambiar nuestro triste saludo, habría introducido algún otro tema que el de nuestro desastre, si Ernesto no hubiera exclamado: «¡Dios santo, papá! Víctor dice que sabe quién fue el asesino del pobre Guillermo».

«Nosotros también lo sabemos, por desgracia —replicó mi padre—, pues en verdad habría preferido ignorarlo para siempre a descubrir tanta depravación e ingratitud en alguien a quien estimaba tanto.»

«Mi querido padre, te equivocas; Justina es inocente.»

«Si lo es, Dios no permita que sufra como culpable. Será juzgada hoy, y espero, espero sinceramente, que sea

absuelta.»

Este discurso me calmó. Estaba firmemente convencido en mi interior de que Justina, y en verdad todo ser humano, era inocente de este crimen. No temía, por tanto, que pudiera presentarse prueba circunstancial lo bastante fuerte para condenarla. Mi relato no era de los que se anuncian públicamente; su asombroso horror sería tomado por locura por el vulgo. ¿Existía, en efecto, alguien, aparte de mí, el creador, que creyera, a menos que sus sentidos lo convencieran, en la existencia del monumento viviente de presunción e ignorancia temeraria que yo había soltado sobre el mundo?

Pronto se nos unió Elizabeth. El tiempo la había cambiado desde que la vi por última vez; la había dotado de una hermosura que superaba la belleza de sus años infantiles. Había la misma candidez, la misma viveza, pero aliadas a una expresión más llena de sensibilidad e inteligencia. Me recibió con el mayor afecto. «Tu llegada, mi querido primo —dijo—, me llena de esperanza. Tú quizá encuentres algún medio de justificar a mi pobre e inocente Justina. ¡Ay! ¿Quién está a salvo si ella es condenada por un crimen? Confío en su inocencia tan ciertamente como en la mía propia. Nuestra desgracia es doblemente dura para nosotros; no solo hemos perdido a ese hermoso niño querido, sino que a esta pobre muchacha, a quien amo sinceramente, se la van a arrebatar con un destino aún peor. Si la condenan, no conoceré jamás la alegría. Pero no la condenarán, estoy segura de que no; y entonces volveré a ser feliz, aun después de la triste muerte de mi

pequeño Guillermo.»

«Es inocente, mi Elizabeth —dije—, y eso será probado; no temas nada, y alienta tu ánimo con la seguridad de su absolución.»

«¡Qué bueno y generoso eres! Todos los demás creen en su culpa, y eso me hacía desdichada, porque sabía que era imposible; y ver a todos los demás prevenidos de modo tan mortal me dejaba sin esperanza y desesperada.» Lloró.

«Queridísima sobrina —dijo mi padre—, seca tus lágrimas. Si es, como crees, inocente, confía en la justicia de nuestras leyes y en la actividad con que impediré la más leve sombra de parcialidad.»

CAPÍTULO VIII

Pasamos unas pocas horas tristes hasta las once, hora en que debía comenzar el juicio. Como mi padre y el resto de la familia estaban obligados a asistir como testigos, los acompañé al tribunal. Durante toda esta miserable burla de la justicia sufrí una tortura viva. Se iba a decidir si el resultado de mi curiosidad y de mis artificios sin ley causaría la muerte de dos de mis semejantes: uno, un bebé risueño lleno de inocencia y alegría; la otra, asesinada de modo mucho más espantoso, con todos los agravantes de infamia que podían hacer memorable el crimen por su horror. Justina era también una muchacha de mérito y poseía cualidades que prometían hacer feliz su vida; ahora todo iba a ser borrado en una tumba ignominiosa, ¡y yo era la causa! Mil veces antes me habría confesado culpable del crimen atribuido a Justina, pero yo estaba ausente cuando se cometió, y tal declaración habría sido tomada por desvaríos de un loco y no habría exculpado a quien sufría por mi causa.

El aspecto de Justina era sereno. Iba vestida de luto, y su semblante, siempre atractivo, se había vuelto, por la solemnidad de sus sentimientos, exquisitamente hermoso. Sin embargo, parecía confiada en su inocencia y no temblaba, aunque la miraban y execraban millares, pues toda la bondad que su belleza habría suscitado de otro modo quedaba borrada en la mente de los espectadores por la imaginación de la enormidad que se suponía que

había cometido. Estaba tranquila, pero su tranquilidad era evidentemente forzada; y como su confusión se había aducido antes como prueba de su culpa, se esforzó por dar a su ánimo una apariencia de valor. Al entrar en el tribunal echó una mirada alrededor y descubrió pronto dónde estábamos sentados. Una lágrima pareció empañarle el ojo al vernos, pero se recobró enseguida, y una mirada de afecto doliente pareció atestiguar su completa inocencia.

Comenzó el juicio y, después de que el acusador expuso el cargo, se llamó a varios testigos. Varios hechos extraños se combinaban contra ella, que podrían haber hecho vacilar a cualquiera que no tuviera la prueba de su inocencia que yo tenía. Había estado fuera toda la noche en que se cometió el asesinato y, hacia la madrugada, una vendedora del mercado la había visto no lejos del lugar donde se encontró después el cuerpo del niño asesinado. La mujer le preguntó qué hacía allí, pero ella tenía un aspecto muy extraño y solo dio una respuesta confusa e ininteligible. Volvió a la casa hacia las ocho, y cuando alguien le preguntó dónde había pasado la noche, respondió que había estado buscando al niño y preguntó con ansia si se había sabido algo de él. Cuando le mostraron el cuerpo, cayó en violentos accesos de histeria y guardó cama varios días. Se presentó entonces el retrato que la criada había encontrado en su bolsillo; y cuando Elizabeth, con voz vacilante, probó que era el mismo que, una hora antes de que se echara de menos al niño, ella le había puesto al cuello, un murmullo de horror e indignación llenó el tribunal.

Se llamó a Justina para su defensa. A medida que avanzaba el juicio, su semblante había cambiado. La sorpresa, el horror y la desdicha se expresaban con fuerza en él. A veces luchaba con las lágrimas, pero cuando se le pidió que alegara, reunió sus fuerzas y habló con voz audible aunque variable.

«Dios sabe —dijo— cuán enteramente soy inocente. Pero no pretendo que mis protestas deban absolverme; apoyo mi inocencia en una explicación llana y sencilla de los hechos que se han aducido contra mí, y espero que el carácter que siempre he tenido incline a mis jueces a una interpretación favorable allí donde alguna circunstancia parezca dudosa o sospechosa.»

Relató entonces que, con permiso de Elizabeth, había pasado la tarde de la noche del crimen en casa de una tía en Chêne, una aldea situada a una legua de Ginebra. A su regreso, hacia las nueve, se encontró con un hombre que le preguntó si había visto algo del niño perdido. Esta noticia la alarmó y pasó varias horas buscándolo, hasta que se cerraron las puertas de Ginebra y se vio forzada a permanecer varias horas de la noche en un granero perteneciente a una cabaña, no queriendo llamar a los habitantes, que bien la conocían. La mayor parte de la noche la pasó aquí velando; hacia la madrugada creyó que durmió unos minutos; unos pasos la perturbaron y despertó. Era el alba, y dejó su asilo para intentar de nuevo hallar a mi hermano. Si había pasado cerca del lugar donde yacía su cuerpo, fue sin saberlo. Que hubiera estado desconcertada al ser interrogada por la vendedora

no era sorprendente, pues había pasado una noche en vela y la suerte del pobre Guillermo era aún incierta. Respecto al retrato no pudo dar explicación alguna.

«Sé —continuó la infeliz víctima— cuán pesada y fatalmente esta circunstancia pesa contra mí, pero no tengo poder de explicarla; y, una vez expresada mi total ignorancia, solo me queda conjeturar las probabilidades por las que pudo ponerse en mi bolsillo. Pero también aquí me veo detenida. Creo que no tengo enemigo en la tierra, y seguramente nadie habría sido tan malvado como para destruirme sin motivo. ¿Lo puso allí el asesino? No sé de oportunidad alguna que se le ofreciera para hacerlo; o, si la hubo, ¿por qué habría robado la joya para desprenderse de ella tan pronto?

»Encomiendo mi causa a la justicia de mis jueces, pero no veo lugar para la esperanza. Pido permiso para que se interrogue a unos pocos testigos sobre mi carácter, y si su testimonio no pesa más que mi supuesta culpa, deberé ser condenada, aunque empeñaría mi salvación en mi inocencia.»

Se llamó a varios testigos que la habían conocido muchos años y hablaron bien de ella; pero el temor y el odio hacia el crimen del que la suponían culpable los hacían tímidos y reacios a presentarse. Elizabeth veía que hasta este último recurso, sus excelentes disposiciones y su conducta irreprochable, estaba a punto de fallar a la acusada, cuando, aunque violentamente agitada, pidió permiso para dirigirse al tribunal.

«Soy —dijo— la prima del desdichado niño que fue asesinado, o más bien su hermana, pues fui educada por sus padres y he vivido con ellos desde entonces y aun mucho antes de su nacimiento. Puede juzgarse, pues, indecoroso que me presente en esta ocasión, pero cuando veo a una semejante a punto de perecer por la cobardía de sus pretendidos amigos, deseo que se me permita hablar para decir lo que sé de su carácter. Conozco bien a la acusada. He vivido en la misma casa que ella, una vez durante cinco años y otra durante casi dos. Durante todo ese tiempo me pareció la más amable y benévola de las criaturas humanas. Cuidó a la señora Frankenstein, mi tía, en su última enfermedad, con el mayor afecto y esmero, y después asistió a su propia madre durante una larga dolencia de un modo que excitó la admiración de cuantos la conocían, tras lo cual volvió a vivir en casa de mi tío, donde fue querida por toda la familia. Estaba cálidamente apegada al niño que ahora está muerto y se portaba con él como una madre afectuosísima. Por mi parte, no vacilo en decir que, a pesar de toda la evidencia presentada contra ella, creo y confío en su perfecta inocencia. No tenía tentación para tal acción; en cuanto a la baratija en que se apoya la prueba principal, si ella la hubiera deseado con ahínco, yo se la habría dado de buena gana, tanto la estimo y aprecio.»

Un murmullo de aprobación siguió al sencillo y poderoso alegato de Elizabeth, pero fue suscitado por su generosa intervención, y no en favor de la pobre Justina, contra quien la indignación pública se volvió con renovada violencia, acusándola de la más negra ingratitud. Ella

misma lloró mientras hablaba Elizabeth, pero no respondió. Mi propia agitación y angustia fueron extremas durante todo el juicio. Yo creía en su inocencia; la sabía. ¿Podía el demonio que había (no lo dudé un momento) asesinado a mi hermano haber traicionado también, en su infernal juego, a la inocente a la muerte y la ignominia? No pude sostener el horror de mi situación y, cuando percibí que la voz popular y los semblantes de los jueces habían condenado ya a mi infeliz víctima, salí del tribunal en agonía. Los tormentos de la acusada no igualaban los míos; a ella la sostenía la inocencia, pero los colmillos del remordimiento desgarraban mi pecho y no soltaban su presa.

Pasé una noche de desdicha sin mezcla. Por la mañana fui al tribunal; tenía los labios y la garganta resecos. No me atreví a hacer la pregunta fatal, pero me conocían, y el oficial adivinó la causa de mi visita. Se habían echado las bolas; todas eran negras, y Justina estaba condenada.

No puedo pretender describir lo que entonces sentí. Antes había experimentado sensaciones de horror, y he procurado darles expresión adecuada, pero las palabras no pueden transmitir una idea de la desesperación que me enfermaba el corazón entonces. La persona a quien me dirigí añadió que Justina ya había confesado su culpa. «Esa prueba —observó— apenas se requería en un caso tan palmario, pero me alegro de ella, y, en verdad, a ninguno de nuestros jueces le gusta condenar a un criminal por pruebas circunstanciales, por decisivas que sean.»

Era una noticia extraña e inesperada; ¿qué podía significar? ¿Me habían engañado los ojos? ¿Y estaba yo realmente tan loco como el mundo entero creería que estaba si revelaba el objeto de mis sospechas? Me apresuré a volver a casa, y Elizabeth preguntó con ansia el resultado.

«Prima —respondí—, está decidido como podías esperar; todos los jueces prefieren que diez inocentes sufran antes que escape un culpable. Pero ha confesado.»

Fue un golpe terrible para la pobre Elizabeth, que había confiado con firmeza en la inocencia de Justina. «¡Ay! —dijo—. ¿Cómo volveré a creer jamás en la bondad humana? Justina, a quien quería y estimaba como a una hermana, ¿cómo pudo adoptar esas sonrisas de inocencia solo para traicionar? Sus ojos mansos parecían incapaces de severidad o malicia, y sin embargo ha cometido un asesinato.»

Poco después supimos que la pobre víctima había expresado el deseo de ver a mi prima. Mi padre no quería que fuera, pero dijo que dejaba a su propio juicio y sentimientos decidir. «Sí —dijo Elizabeth—, iré, aunque sea culpable; y tú, Víctor, me acompañarás; no puedo ir sola.» La idea de esta visita era una tortura para mí, y sin embargo no pude negarme.

Entramos en la lóbrega celda de la prisión y vimos a Justina sentada sobre algo de paja en el extremo más lejano; tenía las manos esposadas y la cabeza apoyada en las rodillas. Se levantó al vernos entrar y, cuando nos dejaron a solas con ella, se arrojó a los pies de Elizabeth,

llorando amargamente. Mi prima lloró también.

«¡Oh, Justina! —dijo—. ¿Por qué me robaste mi último consuelo? Yo confiaba en tu inocencia, y aunque era entonces muy desdichada, no lo era tanto como ahora.»

«¿Y usted también cree que soy tan, tan malvada? ¿Se une también a mis enemigos para aplastarme, para condenarme como asesina?» Su voz se ahogaba en sollozos.

«Levántate, pobre muchacha —dijo Elizabeth—; ¿por qué te arrodillas, si eres inocente? No soy una de tus enemigas, te creí sin culpa, a pesar de toda evidencia, hasta que oí que tú misma habías declarado tu culpa. Ese informe, dices, es falso; y ten por seguro, querida Justina, que nada puede sacudir ni por un momento mi confianza en ti, salvo tu propia confesión.»

«Confesé, pero confesé una mentira. Confesé para obtener la absolución; pero ahora esa falsedad pesa en mi corazón más que todos mis otros pecados. ¡Que el Dios del cielo me perdone! Desde que me condenaron, mi confesor me ha asediado; amenazó e intimidó hasta que casi empecé a creer que yo era el monstruo que él decía. Amenazó con la excomunión y el fuego del infierno en mis últimos momentos si seguía obstinada. Querida señora, no tenía a nadie que me apoyara; todos me miraban como a una desdichada condenada a la ignominia y la perdición. ¿Qué podía hacer? En una hora aciaga suscribí una mentira; y solo ahora soy verdaderamente miserable.»

Hizo una pausa, llorando, y luego continuó: «Pensaba con horror, mi dulce señora, que usted creyera que su

Justina, a quien su bendita tía había honrado tanto y a quien usted quería, era una criatura capaz de un crimen que solo el mismo diablo pudo perpetrar. ¡Querido Guillermo! ¡Queridísimo y bendito niño! Pronto volveré a verte en el cielo, donde todos seremos felices; y eso me consuela, ahora que voy a sufrir ignominia y muerte».

«¡Oh, Justina! ¡Perdóname por haber desconfiado de ti un solo momento! ¿Por qué confesaste? Pero no te aflijas, querida. No temas. Proclamaré, probaré tu inocencia. Ablandaré los corazones de piedra de tus enemigos con mis lágrimas y mis ruegos. ¡No morirás! ¡Tú, mi compañera de juegos, mi compañera, mi hermana, perecer en el cadalso! ¡No! ¡No! Nunca podría sobrevivir a una desgracia tan horrible.»

Justina sacudió la cabeza con tristeza. «No temo morir —dijo—; ese tormento ya pasó. Dios levanta mi debilidad y me da valor para soportar lo peor. Dejo un mundo triste y amargo; y si usted me recuerda y piensa en mí como en una injustamente condenada, estoy resignada al destino que me aguarda. ¡Aprenda de mí, querida señora, a someterse con paciencia a la voluntad del cielo!»

Durante esta conversación yo me había retirado a un rincón de la celda, donde podía ocultar la horrible angustia que me poseía. ¡Desesperación! ¿Quién osaba hablar de eso? La pobre víctima, que al día siguiente debía cruzar la espantosa frontera entre la vida y la muerte, no sentía, como yo, una agonía tan honda y amarga. Rechiné los dientes, apretándolos, y lancé un gemido que salía de lo más íntimo de mi alma. Justina se sobresaltó. Cuando

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

vio quién era, se acercó a mí y dijo: «Querido señor, es usted muy bondadoso al visitarme; usted, espero, no cree que soy culpable».

No pude responder. «No, Justina —dijo Elizabeth—; él está más convencido de tu inocencia que yo, pues aun cuando oyó que habías confesado, no lo creyó.»

«Se lo agradezco de veras. En estos últimos momentos siento la más sincera gratitud hacia quienes piensan en mí con bondad. ¡Cuán dulce es el afecto de los demás para una desdichada como yo! Quita más de la mitad de mi desgracia, y siento que podría morir en paz ahora que mi inocencia es reconocida por usted, querida señora, y por su primo.»

Así trataba la pobre doliente de consolar a los demás y a sí misma. Logró, en efecto, la resignación que deseaba. Pero yo, el verdadero asesino, sentía vivo en mi pecho el gusano inmortal, que no permitía esperanza ni consuelo. Elizabeth lloraba también y era desdichada, pero la suya era también la desdicha de la inocencia, que, como una nube que pasa sobre la hermosa luna, por un tiempo oculta pero no puede empañar su brillo. La angustia y la desesperación habían penetrado hasta el centro de mi corazón; llevaba dentro un infierno que nada podía apagar. Estuvimos varias horas con Justina, y fue con gran dificultad como Elizabeth pudo arrancarse. «Ojalá —gritó— tuviera que morir contigo; no puedo vivir en este mundo de miseria.»

Justina adoptó un aire de alegría mientras reprimía con dificultad sus amargas lágrimas. Abrazó a Elizabeth y dijo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

con voz de emoción medio sofocada: «Adiós, dulce señora, queridísima Elizabeth, mi amada y única amiga; que el cielo, en su bondad, la bendiga y la conserve; que esta sea la última desgracia que sufra jamás. Viva, y sea feliz, y haga felices a los demás».

Y al día siguiente Justina murió. La desgarradora elocuencia de Elizabeth no logró mover a los jueces de su firme convicción en la criminalidad de la santa doliente. Mis apasionadas e indignadas apelaciones se perdieron en ellos. Y cuando recibí sus respuestas frías y oí el duro e insensible razonamiento de estos hombres, mi proyectada confesión murió en mis labios. Así podía proclamarme loco, pero no revocar la sentencia dictada contra mi desdichada víctima. ¡Pereció en el cadalso como asesina!

De los tormentos de mi propio corazón me volví a contemplar el hondo y mudo pesar de mi Elizabeth. ¡Esto también era obra mía! Y el dolor de mi padre, y la desolación de aquel hogar tan sonriente poco antes, ¡todo era obra de mis manos tres veces malditas! Lloran, desdichados, ¡pero estas no son sus últimas lágrimas! Otra vez alzarán el lamento fúnebre, y el sonido de sus lamentaciones se oirá una y otra vez. Frankenstein, su hijo, su pariente, su amigo de antaño y tan querido; él, que gastaría cada gota vital de sangre por ustedes, que no tiene pensamiento ni sentido de alegría sino reflejado también en sus queridos semblantes, que llenaría el aire de bendiciones y gastaría su vida en servirles, les manda llorar, derramar innumerables lágrimas; dichoso más allá de sus esperanzas si así se satisface el inexorable destino,

y si la destrucción se detiene antes de que la paz de la tumba haya sucedido a sus tristes tormentos.

Así hablaba mi alma profética mientras, desgarrado por el remordimiento, el horror y la desesperación, veía a los que amaba gastar un dolor vano sobre las tumbas de Guillermo y Justina, las primeras víctimas desventuradas de mis artes impías.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CAPÍTULO IX

Nada hay más doloroso para la mente humana que, después de haber sido excitados los sentimientos por una rápida sucesión de acontecimientos, la calma muerta de la inacción y de la certeza que sigue y priva al alma a la vez de esperanza y de temor. Justina murió, descansó, y yo estaba vivo. La sangre fluía libremente en mis venas, pero un peso de desesperación y remordimiento oprimía mi corazón que nada podía quitar. El sueño huyó de mis ojos; vagaba como un espíritu maligno, pues había cometido obras de daño de horror indescriptible, y más, mucho más (me persuadía) quedaba aún por venir. Sin embargo, mi corazón rebosaba de bondad y amor a la virtud. Había empezado la vida con intenciones benévolas y tenía sed del momento en que las pondría en práctica y me haría útil a mis semejantes. Ahora todo estaba arruinado; en lugar de aquella serenidad de conciencia que me permitía mirar el pasado con satisfacción de mí mismo y de allí recoger promesa de nuevas esperanzas, me apresaron el remordimiento y el sentimiento de culpa, que me arrastraron a un infierno de tormentos intensos como ningún lenguaje puede describir.

Este estado de ánimo se cebó en mi salud, que quizá nunca se había recuperado del todo del primer golpe sufrido. Evitaba el rostro del hombre; todo sonido de alegría o de complacencia era tortura para mí; la soledad era mi único consuelo: honda, oscura, mortal soledad.

Mi padre observó con pena la alteración perceptible en mi carácter y hábitos y procuró, con argumentos deducidos de los sentimientos de su serena conciencia y su vida sin culpa, inspirarme fortaleza y despertar en mí el valor de disipar la nube oscura que se cernía sobre mí. «¿Crees, Víctor —dijo—, que yo no sufro también? Nadie pudo querer a un hijo más de lo que yo quería a tu hermano —le vinieron lágrimas a los ojos al hablar—, pero ¿no es un deber para con los sobrevivientes que nos abstengamos de aumentar su infelicidad con una apariencia de dolor inmoderado? Es también un deber para contigo mismo, pues el pesar excesivo impide la mejora o el goce, o incluso el cumplimiento de la utilidad cotidiana, sin la cual ningún hombre es apto para la sociedad.»

Este consejo, aunque bueno, era totalmente inaplicable a mi caso; yo habría sido el primero en ocultar mi pena y consolar a mis amigos si el remordimiento no hubiera mezclado su amargura, y el terror su alarma, con mis otras sensaciones. Ahora solo podía responder a mi padre con una mirada de desesperación y procurar esconderme de su vista.

Por esa época nos retiramos a nuestra casa de Belrive. Este cambio me fue particularmente agradable. El cierre de las puertas regularmente a las diez y la imposibilidad de permanecer en el lago pasada esa hora habían hecho muy enojosa para mí nuestra residencia dentro de los muros de Ginebra. Ahora estaba libre. A menudo, después de que el resto de la familia se retiraba a dormir, tomaba

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

el bote y pasaba muchas horas sobre el agua. A veces, con las velas desplegadas, me llevaba el viento; y a veces, tras remar hasta el medio del lago, dejaba al bote seguir su propio curso y me entregaba a mis miserables reflexiones. A menudo me tentaba, cuando todo estaba en paz a mi alrededor y yo era la única cosa inquieta que vagaba desasosegada en una escena tan hermosa y celestial (si exceptúo algún murciélago, o las ranas, cuyo áspero e interrumpido croar solo se oía cuando me acercaba a la orilla), a menudo, digo, me tentaba arrojarme al lago silencioso, para que las aguas se cerraran sobre mí y mis calamidades para siempre. Pero me refrenaba al pensar en la heroica y sufriente Elizabeth, a quien amaba tiernamente y cuya existencia estaba ligada a la mía. Pensaba también en mi padre y en mi hermano sobreviviente; ¿debía yo, con mi vil deserción, dejarlos expuestos y desprotegidos a la malicia del demonio que había soltado entre ellos?

En estos momentos lloraba amargamente y deseaba que la paz volviera a mi mente solo para poder darles consuelo y felicidad. Pero eso no podía ser. El remordimiento extinguía toda esperanza. Yo había sido autor de males irremediables, y vivía en diario temor de que el monstruo que había creado perpetrara alguna nueva maldad. Tenía el oscuro presentimiento de que no todo había terminado y de que aún cometería algún crimen señalado que por su enormidad casi borrara el recuerdo del pasado. Siempre había motivo de temor mientras quedara algo que yo amara. No puede concebirse mi aborrecimiento de este demonio. Al pensar en él rechinaba los dientes, mis ojos se

inflamaban y deseaba ardientemente extinguir aquella vida que tan irreflexivamente había dado. Al reflexionar en sus crímenes y su malicia, mi odio y mi venganza rompían todos los límites de la moderación. Habría hecho una peregrinación a la cima más alta de los Andes si, estando allí, hubiera podido precipitarlo a su base. Quería verlo de nuevo, para descargar sobre su cabeza toda la extensión de mi aborrecimiento y vengar las muertes de Guillermo y Justina.

Nuestra casa era la casa del luto. La salud de mi padre estaba hondamente quebrantada por el horror de los recientes sucesos. Elizabeth estaba triste y abatida; ya no se deleitaba en sus ocupaciones ordinarias; todo placer le parecía un sacrilegio contra los muertos; pensaba entonces que el eterno duelo y las lágrimas eran el justo tributo que debía pagar a una inocencia tan destruida y arruinada. Ya no era aquella criatura feliz que en su primera juventud vagaba conmigo por las orillas del lago y hablaba con éxtasis de nuestras perspectivas futuras. La primera de aquellas penas que se envían para destetarnos de la tierra la había visitado, y su influencia sombría apagó sus más queridas sonrisas.

«Cuando reflexiono, mi querido primo —dijo—, en la miserable muerte de Justina Moritz, ya no veo el mundo y sus obras como antes me parecían. Antes miraba los relatos de vicio e injusticia que leía en los libros u oía de otros como cuentos de días antiguos o males imaginarios; al menos eran remotos y más familiares a la razón que a la imaginación; pero ahora la desdicha ha llegado a casa, y

los hombres me parecen monstruos sedientos de la sangre de los otros. Sin embargo, soy sin duda injusta. Todos creyeron culpable a esa pobre muchacha; y si hubiera podido cometer el crimen por el que sufrió, ciertamente habría sido la más depravada de las criaturas humanas. ¡Por unas pocas joyas, haber asesinado al hijo de su benefactor y amigo, un niño a quien había criado desde su nacimiento y que parecía querer como si fuera suyo! No podría consentir la muerte de ningún ser humano, pero ciertamente habría considerado a tal criatura indigna de permanecer en la sociedad de los hombres. Pero era inocente. Sé, siento que era inocente; tú eres de la misma opinión, y eso me confirma. ¡Ay, Víctor! Cuando la falsedad puede parecerse tanto a la verdad, ¿quién puede asegurarse una felicidad cierta? Me siento como si caminara al borde de un precipicio hacia el cual se agolpan millares tratando de lanzarme al abismo. Guillermo y Justina fueron asesinados, y el asesino escapa; anda por el mundo libre, y quizá respetado. Pero aun si me condenaran a sufrir en el cadalso por los mismos crímenes, no cambiaría de lugar con tal desdichado.»

Escuché este discurso con la más extrema agonía. Yo, no de hecho, pero sí en efecto, era el verdadero asesino. Elizabeth leyó mi angustia en mi semblante y, tomando amablemente mi mano, dijo: «Queridísimo amigo, debes calmarte. Estos sucesos me han afectado, Dios sabe cuán hondamente; pero no soy tan desdichada como tú. Hay en tu semblante una expresión de desesperación, y a veces de venganza, que me hace temblar. Querido Víctor, destierra estas oscuras pasiones. Recuerda a los amigos que te

rodean, que centran en ti todas sus esperanzas. ¿Hemos perdido el poder de hacerte feliz? ¡Ah! Mientras nos amemos, mientras seamos fieles unos a otros, aquí en esta tierra de paz y belleza, tu patria, podemos cosechar toda bendición tranquila: ¿qué puede perturbar nuestra paz?».

¿Y no podían tales palabras, de quien yo estimaba tiernamente sobre todo otro don de la fortuna, bastar para ahuyentar al demonio que acechaba en mi corazón? Aun mientras hablaba me acerqué a ella, como aterrado, no fuera que en aquel mismo instante el destructor estuviera cerca para arrebatármela.

Así, ni la ternura de la amistad, ni la belleza de la tierra ni del cielo podían redimir mi alma de la desdicha; los mismos acentos del amor eran ineficaces. Me envolvía una nube que ninguna influencia benéfica podía penetrar. El ciervo herido que arrastra sus miembros desfallecientes a algún matorral no hollado, para contemplar allí la flecha que lo ha traspasado y morir, no era sino un símbolo mío.

A veces podía hacer frente a la sombría desesperación que me abrumaba, pero a veces las pasiones torbellino de mi alma me impulsaban a buscar, mediante el ejercicio corporal y el cambio de lugar, algún alivio a mis intolerables sensaciones. Fue durante un acceso de esta clase cuando dejé de repente mi hogar y, dirigiendo mis pasos hacia los cercanos valles alpinos, busqué en la magnificencia, en la eternidad de tales escenas, olvidarme de mí y de mis penas efímeras, porque humanas. Mis andanzas se dirigieron hacia el valle de Chamonix. Lo había visitado con frecuencia durante mi niñez. Habían

pasado seis años desde entonces: yo era una ruina, pero nada había cambiado en aquellas escenas salvajes y perdurables.

Hice la primera parte de mi viaje a caballo. Luego alquilé una mula, por ser más segura de pie y menos expuesta a sufrir daño en estos ásperos caminos. El tiempo era bueno; era hacia mediados de agosto, casi dos meses después de la muerte de Justina, aquella miserable época de la que fechaba toda mi desdicha. El peso sobre mi espíritu se aligeró sensiblemente al internarme más hondo en el barranco del Arve. Las inmensas montañas y precipicios que se cernían sobre mí por todos lados, el sonido del río rabiando entre las rocas y el chocar de las cascadas a mi alrededor hablaban de un poder grande como la Omnipotencia, y cesé de temer o de inclinarme ante ningún ser menos todopoderoso que el que había creado y regía los elementos, aquí exhibidos en su más terrífico aspecto. Aún más, a medida que ascendía, el valle tomaba un carácter más magnífico y asombroso. Castillos en ruinas colgados de los precipicios de montañas de pinos, el impetuoso Arve y cabañas que aquí y allá asomaban entre los árboles formaban una escena de singular belleza. Pero estaba aumentada y hecha sublime por los poderosos Alpes, cuyas blancas y brillantes pirámides y cúpulas se alzaban sobre todo, como pertenecientes a otra tierra, moradas de otra raza de seres.

Pasé el puente de Pélissier, donde el barranco que forma el río se abrió ante mí, y comencé a ascender la

montaña que lo domina. Poco después entré en el valle de Chamonix. Este valle es más maravilloso y sublime, pero no tan hermoso y pintoresco como el de Servoz, por el que acababa de pasar. Las altas montañas nevadas eran sus límites inmediatos, pero no vi más castillos en ruinas ni campos fértiles. Inmensos glaciares se acercaban al camino; oí el retumbar de trueno de la avalancha al caer y noté el humo de su paso. El Mont Blanc, el supremo y magnífico Mont Blanc, se alzaba de entre las agujas circundantes, y su tremenda cúpula dominaba el valle.

Un hormigueo de placer, perdido hacía mucho, me vino a menudo durante este viaje. Alguna vuelta del camino, algún objeto nuevo percibido y reconocido de repente me recordaban días pasados y se asociaban con la alegría despreocupada de la niñez. Los mismos vientos susurraban en acentos sosegadores, y la maternal Naturaleza me mandaba no llorar más. Luego otra vez la influencia bondadosa cesaba de obrar: me hallaba de nuevo encadenado al dolor y entregado a toda la desdicha de la reflexión. Entonces espoleaba a mi animal, procurando olvidar así el mundo, mis temores y, más que todo, a mí mismo; o, de modo más desesperado, me apeaba y me arrojaba sobre la hierba, abrumado por el horror y la desesperación.

Al fin llegué a la aldea de Chamonix. El agotamiento sucedió a la extrema fatiga de cuerpo y de mente que había soportado. Por un corto espacio de tiempo permanecí en la ventana observando los pálidos relámpagos que jugaban sobre el Mont Blanc y

escuchando el rumor del Arve, que proseguía su ruidoso camino por debajo. Los mismos sonidos arrulladores actuaban como canción de cuna para mis sensaciones demasiado vivas; cuando coloqué la cabeza en la almohada, el sueño se deslizó sobre mí; lo sentí venir y bendije al dador del olvido.

CAPÍTULO X

Pasé el día siguiente vagando por el valle. Me detuve junto a las fuentes del Arveiron, que nacen en un glaciar que, con paso lento, avanza desde la cima de las colinas para cerrar el valle. Ante mí estaban los flancos abruptos de vastas montañas; el muro helado del glaciar se cernía sobre mí; unos pocos pinos destrozados se esparcían alrededor; y el solemne silencio de esta gloriosa sala de audiencias de la imperial Naturaleza solo era roto por las olas bulliciosas o la caída de algún vasto fragmento, el sonido de trueno de la avalancha o el crujido, repercutido por las montañas, del hielo acumulado, que, por el silencioso obrar de leyes inmutables, se rasgaba y desgarraba de tanto en tanto como si fuera un juguete en sus manos. Estas escenas sublimes y magníficas me proporcionaron el mayor consuelo que era capaz de recibir. Me elevaron por encima de toda pequeñez de sentimiento y, aunque no quitaron mi pena, la sometieron y tranquilizaron. En cierto grado, también, distrajeron mi mente de los pensamientos sobre los que había cavilado durante el último mes. Me retiré a descansar por la noche; mis sueños fueron, por así decir, servidos y atendidos por el conjunto de formas grandiosas que había contemplado durante el día. Se congregaban a mi alrededor; la cima nevada inmaculada, el pináculo reluciente, los bosques de pinos y el barranco desnudo y quebrado, el águila que se cernía entre las nubes: todos se reunían en torno a mí y

me mandaban tener paz.

¿Adónde habían huido cuando a la mañana siguiente desperté? Todo lo que inspiraba el alma huyó con el sueño, y una oscura melancolía nubló cada pensamiento. La lluvia caía a torrentes y espesas brumas escondían las cumbres de las montañas, de modo que ni siquiera veía los rostros de aquellos poderosos amigos. Aun así quise penetrar su velo brumoso y buscarlos en sus retiros nubosos. ¿Qué eran para mí la lluvia y la tormenta? Trajeron mi mula a la puerta, y resolví subir a la cumbre del Montanvert. Recordaba el efecto que la vista del tremendo y siempre móvil glaciar había producido en mi mente cuando lo vi por primera vez. Me había llenado entonces de un éxtasis sublime que daba alas al alma y le permitía remontarse del mundo oscuro a la luz y la alegría. La vista de lo imponente y majestuoso en la naturaleza había tenido siempre, en verdad, el efecto de solemnizar mi mente y hacerme olvidar los cuidados pasajeros de la vida. Decidí ir sin guía, pues conocía bien el sendero, y la presencia de otro destruiría la solitaria grandeza de la escena.

La subida es escarpada, pero el sendero está tallado en continuos y cortos zigzags, que permiten superar la perpendicularidad de la montaña. Es una escena terriblemente desolada. En mil sitios pueden percibirse las huellas de la avalancha invernal, donde los árboles yacen rotos y esparcidos por el suelo, algunos enteramente destruidos, otros doblados, apoyados en las rocas salientes de la montaña o atravesados sobre otros árboles. El sendero, a medida que se asciende, está cortado por

barrancos de nieve, por los que ruedan continuamente piedras desde lo alto; uno de ellos es particularmente peligroso, pues el más leve sonido, aun hablar en voz alta, produce una conmoción del aire suficiente para atraer la destrucción sobre la cabeza de quien habla. Los pinos no son altos ni frondosos, pero son sombríos y añaden un aire de severidad a la escena. Miré el valle de abajo; vastas brumas se alzaban de los ríos que lo cruzaban y se enroscaban en espesas guirnaldas alrededor de las montañas opuestas, cuyas cumbres estaban ocultas en nubes uniformes, mientras la lluvia caía del cielo oscuro y añadía a la melancólica impresión que recibía de los objetos a mi alrededor. ¡Ay! ¿Por qué se jacta el hombre de sensibilidades superiores a las evidentes en el bruto? Eso solo los hace seres más necesitados. Si nuestros impulsos se limitaran al hambre, la sed y el deseo, seríamos casi libres; pero ahora nos mueve todo viento que sopla, y una palabra casual o la escena que esa palabra pueda transmitirnos.

> Descansamos; un sueño tiene poder de envenenar el reposo.
> Nos levantamos; un solo pensamiento errante mancha el día.
> Sentimos, concebimos o razonamos; reímos o lloramos,
> abrazamos un dolor querido o echamos lejos las penas;
> es lo mismo: pues, sea gozo o pesar,
> el camino de su partida sigue libre.
> El ayer del hombre quizá nunca se parezca a su mañana;
> ¡nada puede durar, salvo la mudanza!

Era casi mediodía cuando llegué a lo alto de la subida. Durante un rato me senté sobre la roca que domina el mar

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

de hielo. Una bruma lo cubría, y también las montañas circundantes. Pronto una brisa disipó la nube, y descendí al glaciar. La superficie es muy desigual, se alza como las olas de un mar agitado, desciende hondo y está salpicada de grietas que se hunden profundamente. El campo de hielo tiene casi una legua de ancho, pero tardé casi dos horas en cruzarlo. La montaña opuesta es una roca desnuda y perpendicular. Desde el lado donde ahora estaba, el Montanvert quedaba exactamente enfrente, a distancia de una legua; y sobre él se alzaba el Mont Blanc, en pavorosa majestad. Permanecí en un hueco de la roca, contemplando esta maravillosa y estupenda escena. El mar, o más bien el vasto río de hielo, serpenteaba entre sus montañas dependientes, cuyas cumbres aéreas se cernían sobre sus recovecos. Sus picos helados y relucientes brillaban a la luz del sol sobre las nubes. Mi corazón, antes dolorido, se hinchó ahora de algo como alegría; exclamé: «Espíritus errantes, si en verdad vagan y no descansan en sus lechos estrechos, concédanme esta tenue dicha, o llévenme, como compañero suyo, lejos de los goces de la vida».

Al decir esto vi de pronto la figura de un hombre, a cierta distancia, que avanzaba hacia mí con velocidad sobrehumana. Saltaba sobre las grietas del hielo entre las que yo había caminado con cautela; su estatura, además, al acercarse, parecía exceder la del hombre. Me turbé; una niebla me cubrió los ojos y sentí que me invadía un desmayo, pero me repuso enseguida el viento frío de las montañas. Percibí, al acercarse la forma (¡visión tremenda y aborrecida!), que era el desdichado a quien había

creado. Temblé de rabia y horror, resuelto a esperar su aproximación y luego trabarme con él en combate mortal. Se acercó; su semblante hablaba de amarga angustia, combinada con desdén y malignidad, mientras su fealdad sobrenatural lo hacía casi demasiado horrible para ojos humanos. Pero apenas lo observé; la rabia y el odio me habían privado al principio del habla, y solo la recobré para abrumarlo con palabras expresivas de furiosa detestación y desprecio.

«Demonio —exclamé—, ¿te atreves a acercarte a mí? ¿Y no temes la fiera venganza de mi brazo descargada sobre tu miserable cabeza? ¡Fuera, vil insecto! O más bien, ¡quédate, para que te pisotee hasta hacerte polvo! Y, ¡oh!, ¡quién pudiera, con la extinción de tu miserable existencia, restituir a esas víctimas que has asesinado tan diabólicamente!»

«Esperaba esta acogida —dijo el demonio—. Todos los hombres odian a los desdichados; ¿cuánto, pues, debo de ser odiado yo, que soy miserable más allá de todo lo que vive? Y sin embargo tú, mi creador, me detestas y desprecias, a mí, tu criatura, a quien estás ligado por vínculos que solo la aniquilación de uno de nosotros puede disolver. Piensas matarme. ¿Cómo te atreves a jugar así con la vida? Cumple tu deber conmigo, y yo cumpliré el mío contigo y con el resto de la humanidad. Si accedes a mis condiciones, los dejaré a ellos y a ti en paz; pero si te niegas, saciaré la voracidad de la muerte hasta que se harte con la sangre de tus amigos restantes.»

«¡Monstruo aborrecido! ¡Demonio que eres! Los tormentos del infierno son una venganza demasiado suave para tus crímenes. ¡Maldito diablo! Me reprochas tu creación; ven, pues, para que apague la chispa que tan negligentemente di.»

Mi rabia no tenía límites; me lancé sobre él, impulsado por todos los sentimientos que pueden armar a un ser contra la existencia de otro.

Él me eludió fácilmente y dijo:

«¡Cálmate! Te ruego que me oigas antes de dar rienda suelta a tu odio sobre mi cabeza entregada. ¿No he sufrido bastante, que buscas aumentar mi desdicha? La vida, aunque no sea sino una acumulación de angustia, me es querida, y la defenderé. Recuerda que me has hecho más poderoso que tú; mi altura es superior a la tuya, mis articulaciones más flexibles. Pero no me dejaré tentar a ponerme en oposición a ti. Soy tu criatura, y seré incluso suave y dócil con mi señor y rey natural si tú también cumples tu parte, la que me debes. Oh, Frankenstein, no seas equitativo con todos los demás y me pises a mí solo, a quien más se debe tu justicia, y hasta tu clemencia y tu afecto. Recuerda que soy tu criatura; debería ser tu Adán, pero soy más bien el ángel caído, a quien apartas de la dicha sin falta alguna. Dondequiera veo felicidad, de la cual solo yo estoy irrevocablemente excluido. Yo era benévolo y bueno; la desdicha me hizo demonio. Hazme feliz, y volveré a ser virtuoso.»

«¡Fuera! No quiero oírte. No puede haber comunidad entre tú y yo; somos enemigos. Fuera, o midamos nuestras

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

fuerzas en un combate en el que uno debe caer.»

«¿Cómo puedo conmoverte? ¿No habrá ruegos que te hagan volver un ojo favorable sobre tu criatura, que implora tu bondad y compasión? Créeme, Frankenstein, yo era benévolo; mi alma ardía de amor y humanidad; pero ¿no estoy solo, miserablemente solo? Tú, mi creador, me aborreces; ¿qué esperanza puedo recoger de tus semejantes, que nada me deben? Me desprecian y me odian. Las montañas desiertas y los glaciares lúgubres son mi refugio. He vagado aquí muchos días; las cuevas de hielo, que solo yo no temo, son una morada para mí, y la única que el hombre no me regatea. Saludo estos cielos desolados, pues son más bondadosos conmigo que tus semejantes. Si la multitud de la humanidad supiera de mi existencia, haría como tú, y se armaría para mi destrucción. ¿No he de odiar, pues, a los que me aborrecen? No pactaré con mis enemigos. Soy desdichado, y ellos compartirán mi desdicha. Sin embargo, está en tu poder recompensarme y librarlos de un mal que solo te queda hacer tan grande que no solo tú y tu familia, sino millares de otros, sean tragados por los torbellinos de su furia. Deja que tu compasión se conmueva, y no me desdeñes. Escucha mi relato; cuando lo hayas oído, abandóname o compadéceme, según juzgues que lo merezco. Pero óyeme. A los culpables se les permite, por las leyes humanas, sangrientas como son, hablar en su propia defensa antes de ser condenados. Escúchame, Frankenstein. Me acusas de asesinato, y sin embargo destruirías, con la conciencia satisfecha, a tu propia criatura. ¡Oh, alabada sea la justicia eterna del hombre!

Sin embargo, no te pido que me perdones; escúchame, y luego, si puedes y si quieres, destruye la obra de tus manos.»

«¿Por qué evocas en mi memoria —repliqué— circunstancias en las que me estremezco de reflexionar, de las que he sido el miserable origen y autor? ¡Maldito sea el día, aborrecido demonio, en que viste la luz por primera vez! ¡Malditas (aunque me maldigo a mí mismo) las manos que te formaron! Me has hecho desdichado más allá de toda expresión. No me has dejado poder para considerar si soy justo contigo o no. ¡Fuera! Líbrame de la vista de tu detestada forma.»

«Así te libro, creador mío —dijo, y puso sus manos odiadas ante mis ojos, que aparté de mí con violencia—; así te quito una vista que aborreces. Aún puedes escucharme y concederme tu compasión. Por las virtudes que una vez poseí, te exijo esto. Oye mi relato; es largo y extraño, y la temperatura de este lugar no es apropiada a tus delicadas sensaciones; ven a la cabaña de la montaña. El sol está aún alto en el cielo; antes de que descienda a esconderse tras tus precipicios nevados e ilumine otro mundo, habrás oído mi historia y podrás decidir. De ti depende que yo abandone para siempre la vecindad del hombre y lleve una vida inofensiva, o me convierta en el azote de tus semejantes y el autor de tu propia pronta ruina.»

Al decir esto abrió la marcha por el hielo; lo seguí. Mi corazón estaba lleno y no le respondí, pero, mientras avanzaba, sopesé los diversos argumentos que había

empleado y resolví al menos escuchar su relato. Me urgía en parte la curiosidad, y la compasión confirmó mi resolución. Hasta entonces lo había supuesto asesino de mi hermano, y buscaba ansiosamente una confirmación o negación de esta opinión. Por primera vez, además, sentí cuáles eran los deberes de un creador para con su criatura, y que debía hacerlo feliz antes de quejarme de su maldad. Estos motivos me instaron a acceder a su demanda. Cruzamos, pues, el hielo y ascendimos por la roca opuesta. El aire era frío, y la lluvia empezó otra vez a caer; entramos en la cabaña, el demonio con aire de exultación, yo con corazón pesado y ánimo abatido. Pero consentí en escuchar y, sentándome junto al fuego que mi odioso compañero había encendido, así comenzó su relato.

CAPÍTULO XI

«Con considerable dificultad recuerdo la era original de mi ser; todos los sucesos de aquel período aparecen confusos e indistintos. Una extraña multiplicidad de sensaciones me asaltó, y veía, sentía, oía y olía a la vez; y pasó, en verdad, mucho tiempo antes de que aprendiera a distinguir entre las operaciones de mis diversos sentidos. Poco a poco, recuerdo, una luz más fuerte presionó mis nervios, de modo que me vi obligado a cerrar los ojos. La oscuridad vino entonces sobre mí y me turbó, pero apenas lo había sentido cuando, al abrir los ojos, como ahora supongo, la luz volvió a derramarse sobre mí. Caminé y, creo, descendí, pero pronto hallé una gran alteración en mis sensaciones. Antes me habían rodeado cuerpos oscuros y opacos, impenetrables a mi tacto y a mi vista; pero ahora descubrí que podía vagar libremente, sin obstáculos que no pudiera salvar o evitar. La luz se me hizo cada vez más opresiva, y, cansándome el calor al andar, busqué un lugar donde recibir sombra. Era el bosque cercano a Ingolstadt; y aquí me tendí junto a un arroyo, descansando de mi fatiga, hasta que me sentí atormentado por el hambre y la sed. Esto me sacó de mi estado casi aletargado, y comí unas bayas que encontré colgando de los árboles o tiradas por el suelo. Calmé mi sed en el arroyo, y luego, acostándome, me venció el sueño.

»Estaba oscuro cuando desperté; sentí también frío, y medio asustado, por así decir, instintivamente, al verme tan desolado. Antes de dejar tu aposento, por una sensación de frío, me había cubierto con algunas ropas, pero eran insuficientes para protegerme del relente de la noche. Yo era un pobre, desvalido, miserable desdichado; no sabía ni distinguía nada; pero sintiendo que el dolor me invadía por todos lados, me senté y lloré.

»Pronto una luz suave se deslizó sobre los cielos y me dio una sensación de placer. Me levanté de un salto y vi una forma radiante alzarse de entre los árboles. *[La luna.]* La contemplé con una especie de asombro. Se movía lentamente, pero iluminaba mi camino, y salí de nuevo en busca de bayas. Aún tenía frío cuando bajo uno de los árboles encontré una enorme capa, con la que me cubrí, y me senté en el suelo. Ninguna idea distinta ocupaba mi mente; todo era confuso. Sentía luz, y hambre, y sed, y oscuridad; innumerables sonidos resonaban en mis oídos, y por todos lados me saludaban varios olores; el único objeto que podía distinguir era la luna brillante, y fijé en ella los ojos con placer.

»Pasaron varios cambios de día y de noche, y el orbe de la noche había menguado mucho, cuando empecé a distinguir mis sensaciones unas de otras. Poco a poco vi claramente el arroyo cristalino que me daba de beber y los árboles que me sombreaban con su follaje. Me deleité cuando descubrí por primera vez que un sonido agradable, que a menudo saludaba mis oídos, procedía de las gargantas de los animalillos alados que tantas veces me

habían interceptado la luz de los ojos. Empecé también a observar, con mayor exactitud, las formas que me rodeaban y a percibir los límites del techo radiante de luz que me cubría como un dosel. A veces intentaba imitar los agradables cantos de los pájaros, pero no podía. A veces deseaba expresar mis sensaciones a mi modo, pero los sonidos toscos e inarticulados que brotaban de mí me asustaban hasta devolverme al silencio.

»La luna había desaparecido de la noche, y de nuevo, con forma menguada, se mostró, mientras yo seguía en el bosque. Mis sensaciones se habían vuelto ya distintas, y mi mente recibía cada día ideas adicionales. Mis ojos se acostumbraron a la luz y a percibir los objetos en sus formas justas; distinguí el insecto de la hierba, y poco a poco una hierba de otra. Descubrí que el gorrión no lanzaba sino notas ásperas, mientras las del mirlo y el tordo eran dulces y seductoras.

»Un día, oprimido por el frío, encontré un fuego que habían dejado unos mendigos errantes, y me venció el deleite por el calor que de él sentí. En mi alegría metí la mano entre las brasas vivas, pero la retiré enseguida con un grito de dolor. Qué extraño, pensé, que la misma causa produzca efectos tan opuestos. Examiné los materiales del fuego y, para mi alegría, descubrí que estaba hecho de madera. Reuní enseguida unas ramas, pero estaban mojadas y no ardían. Me dolió esto y me quedé quieto observando la operación del fuego. La madera mojada que había puesto cerca del calor se secó y se inflamó ella misma. Reflexioné sobre esto y, tocando las diversas

ramas, descubrí la causa y me ocupé en juntar gran cantidad de leña, para secarla y tener abundante provisión de fuego. Cuando llegó la noche y trajo consigo el sueño, tenía el mayor temor de que mi fuego se apagara. Lo cubrí con cuidado de leña seca y hojas y puse encima ramas mojadas; y luego, extendiendo mi capa, me tendí en el suelo y me hundí en el sueño.

»Era de mañana cuando desperté, y mi primer cuidado fue visitar el fuego. Lo descubrí, y una brisa suave lo avivó pronto en llama. Observé esto también e inventé un abanico de ramas, que reanimaba las brasas cuando estaban casi extinguidas. Cuando llegó de nuevo la noche, descubrí con placer que el fuego daba luz además de calor y que el descubrimiento de este elemento me era útil para mi comida, pues hallé que algunos de los desperdicios que los viajeros habían dejado estaban asados, y sabían mucho más sabrosos que las bayas que cogía de los árboles. Procuré, pues, aderezar mi comida del mismo modo, poniéndola sobre las brasas vivas. Descubrí que las bayas se estropeaban con esta operación, y las nueces y raíces mejoraban mucho.

»La comida, sin embargo, se hizo escasa, y a menudo pasaba el día entero buscando en vano unas pocas bellotas para aplacar las punzadas del hambre. Al advertirlo, resolví abandonar el lugar que había habitado hasta entonces, para buscar uno donde las pocas necesidades que experimentaba se satisficieran más fácilmente. En esta emigración lamenté enormemente la pérdida del fuego que había obtenido por accidente y que no sabía

reproducir. Dediqué varias horas a la seria consideración de esta dificultad, pero me vi obligado a renunciar a todo intento de suplirlo y, envolviéndome en mi capa, atravesé el bosque hacia el sol poniente. Pasé tres días en estas andanzas y al fin descubrí el campo abierto. Una gran nevada había caído la noche anterior, y los campos eran de un blanco uniforme; el aspecto era desconsolador, y sentí los pies helados por la sustancia fría y húmeda que cubría el suelo.

»Eran como las siete de la mañana, y ansiaba obtener comida y refugio; al fin percibí una pequeña choza, en un alto, que sin duda había sido construida para comodidad de algún pastor. Era una vista nueva para mí, y examiné la estructura con gran curiosidad. Al hallar la puerta abierta, entré. Un anciano estaba sentado en ella, junto a un fuego sobre el cual preparaba su desayuno. Se volvió al oír un ruido y, al verme, chilló fuertemente y, abandonando la choza, corrió por los campos con una velocidad de la que apenas parecía capaz su debilitada figura. Su aspecto, distinto de todo lo que había visto antes, y su huida me sorprendieron algo. Pero me encantó el aspecto de la choza; aquí no podían penetrar la nieve ni la lluvia; el suelo estaba seco; y se me presentaba entonces como un refugio tan exquisito y divino como el Pandemónium pareció a los demonios del infierno tras sus sufrimientos en el lago de fuego. Devoré con avidez los restos del desayuno del pastor, que consistían en pan, queso, leche y vino; este último, sin embargo, no me gustó. Luego, vencido por la fatiga, me tendí entre algo de paja y me quedé dormido.

»Era mediodía cuando desperté y, atraído por el calor del sol, que brillaba vivamente sobre el suelo blanco, decidí reanudar mis viajes; y, depositando los restos del desayuno del campesino en una alforja que encontré, avancé por los campos durante varias horas, hasta que al ponerse el sol llegué a una aldea. ¡Qué milagroso me pareció aquello! Las chozas, las casitas más aseadas y las casas señoriales atrajeron mi admiración por turnos. Las verduras de los huertos, la leche y el queso que vi colocados en las ventanas de algunas de las casitas, excitaron mi apetito. Entré en una de las mejores, pero apenas había puesto el pie dentro de la puerta, los niños chillaron y una de las mujeres se desmayó. Toda la aldea se alborotó; unos huyeron, otros me atacaron, hasta que, gravemente magullado por las piedras y muchas otras clases de armas arrojadizas, escapé al campo abierto y me refugié con miedo en un cobertizo bajo, completamente desnudo y de miserable aspecto tras los palacios que había visto en la aldea. Este cobertizo, sin embargo, lindaba con una casita de aspecto aseado y agradable, pero tras mi reciente experiencia tan cara, no me atreví a entrar en ella. Mi lugar de refugio estaba construido de madera, pero tan bajo que apenas podía sentarme erguido en él. No habían puesto, sin embargo, madera sobre la tierra que formaba el suelo, pero estaba seco; y aunque el viento entraba por innumerables rendijas, lo encontré un asilo agradable contra la nieve y la lluvia.

»Aquí, pues, me retiré y me tendí, feliz de haber hallado un abrigo, por miserable que fuera, contra la inclemencia de la estación y más aún contra la barbarie del hombre. En

cuanto amaneció, salí arrastrándome de mi perrera para ver la casita contigua y descubrir si podía permanecer en la vivienda que había encontrado. Estaba situada contra la parte trasera de la casita y rodeada, por los lados que estaban expuestos, de una pocilga y una clara charca de agua. Una parte estaba abierta, y por ella me había metido; pero ahora cubrí con piedras y madera cada grieta por la que pudiera ser percibido, aunque de tal modo que pudiera moverlas en ocasiones para salir; toda la luz de que gozaba entraba por la pocilga, y eso me bastaba.

»Habiendo arreglado así mi morada y alfombrado con paja limpia, me retiré, pues vi la figura de un hombre a distancia, y recordaba demasiado bien mi trato de la noche anterior para ponerme en su poder. Primero, sin embargo, había provisto mi sustento para ese día con una hogaza de pan grosero que hurté y una taza con la que podía beber más cómodamente que con la mano el agua pura que corría junto a mi retiro. El suelo estaba algo elevado, de modo que se mantenía perfectamente seco, y por su cercanía a la chimenea de la casita estaba tolerablemente caliente.

»Así provisto, resolví residir en este cobertizo hasta que ocurriera algo que alterara mi determinación. Era, en verdad, un paraíso comparado con el desolado bosque, mi antigua residencia, las ramas goteantes de lluvia y la tierra húmeda. Comí mi desayuno con placer y me disponía a quitar un tablón para procurarme un poco de agua cuando oí un paso y, mirando por una pequeña rendija, vi a una joven criatura, con un cubo en la cabeza,

pasar ante mi cobertizo. La muchacha era joven y de porte gentil, distinta de lo que desde entonces he hallado que son los campesinos y las criadas de granja. Sin embargo, iba pobremente vestida, con una tosca falda azul y una chaqueta de lino por único atuendo; su cabello rubio estaba trenzado pero sin adorno: parecía paciente aunque triste. La perdí de vista y, en cosa de un cuarto de hora, volvió llevando el cubo, ahora parcialmente lleno de leche. Mientras caminaba, al parecer incomodada por la carga, un joven la encontró, cuyo semblante expresaba un abatimiento más hondo. Pronunciando unos pocos sonidos con aire de melancolía, tomó el cubo de su cabeza y lo llevó él mismo a la casita. Ella lo siguió, y desaparecieron. Poco después vi otra vez al joven, con algunas herramientas en la mano, cruzar el campo detrás de la casita; y la muchacha estaba también ocupada, unas veces en la casa y otras en el patio.

»Al examinar mi morada, descubrí que una de las ventanas de la casita había ocupado antes parte de ella, pero los cristales habían sido rellenados con madera. En uno de ellos había una pequeña rendija casi imperceptible por la que el ojo apenas podía penetrar. A través de esta hendidura se veía una pequeña habitación, encalada y limpia pero muy desprovista de muebles. En un rincón, junto a un pequeño fuego, estaba sentado un anciano, apoyando la cabeza en las manos en actitud desconsolada. La joven estaba ocupada en arreglar la casa; pero enseguida sacó algo de un cajón, que ocupó sus manos, y se sentó junto al anciano, quien, tomando un instrumento, empezó a tocar y a producir sonidos más dulces que la voz

del tordo o del ruiseñor. Era una vista encantadora, incluso para mí, pobre desdichado que nunca había contemplado nada hermoso. Los cabellos de plata y el semblante benévolo del anciano campesino ganaron mi reverencia, mientras los modales gentiles de la muchacha atrajeron mi amor. Tocó un aire dulce y lastimero que, percibí, arrancaba lágrimas de los ojos de su amable compañera, de lo cual el anciano no se dio cuenta hasta que ella sollozó audiblemente; entonces pronunció unos pocos sonidos y la bella criatura, dejando su labor, se arrodilló a sus pies. Él la levantó y sonrió con tal bondad y afecto que sentí sensaciones de naturaleza peculiar y abrumadora; eran una mezcla de dolor y placer, como nunca había experimentado antes, ni por el hambre o el frío, el calor o la comida; y me retiré de la ventana, incapaz de soportar estas emociones.

»Poco después volvió el joven, llevando a los hombros una carga de leña. La muchacha lo recibió en la puerta, ayudó a aliviarlo de su carga y, tomando parte del combustible, lo puso en el fuego a la casita; luego ella y el joven se apartaron a un rincón, y él le mostró una gran hogaza y un pedazo de queso. Ella pareció complacida y fue al huerto por algunas raíces y plantas, que puso en agua y luego al fuego. Continuó después su trabajo, mientras el joven iba al huerto y parecía atareado en cavar y arrancar raíces. Después de estar así ocupado una hora, la joven se le unió y entraron juntos en la casita.

»El anciano había estado, entretanto, pensativo, pero a la aparición de sus compañeros asumió un aire más alegre,

y se sentaron a comer. La comida fue despachada con rapidez. La joven estuvo otra vez ocupada en arreglar la casa, el anciano caminó ante la casita al sol unos minutos, apoyado en el brazo del joven. Nada podía superar en belleza el contraste entre estas dos excelentes criaturas. Uno era viejo, de cabellos de plata y un semblante que irradiaba benevolencia y amor; el más joven era esbelto y de figura graciosa, y sus facciones estaban moldeadas con la más fina simetría, pero sus ojos y su actitud expresaban la más extrema tristeza y abatimiento. El anciano volvió a la casita, y el joven, con herramientas distintas de las que había usado por la mañana, dirigió sus pasos por los campos.

»La noche cerró pronto, pero con extremo asombro descubrí que los campesinos tenían un medio de prolongar la luz mediante el uso de velas, y me deleité al descubrir que la puesta del sol no ponía fin al placer que experimentaba observando a mis vecinos humanos. Por la tarde la joven y su compañero estuvieron empleados en diversas ocupaciones que yo no entendía; y el anciano volvió a tomar el instrumento que producía los sonidos divinos que me habían encantado por la mañana. En cuanto hubo terminado, el joven empezó, no a tocar, sino a emitir sonidos monótonos que no se parecían ni a la armonía del instrumento del anciano ni a los cantos de los pájaros; supe después que leía en voz alta, pero entonces no sabía nada de la ciencia de las palabras ni de las letras.

»La familia, tras estar ocupada así por un corto tiempo, apagó sus luces y se retiró, supuse yo, a descansar.»

CAPÍTULO XII

«Me tendí en mi paja, pero no pude dormir. Pensé en los sucesos del día. Lo que más me había impresionado eran los modales gentiles de esta gente, y anhelaba unirme a ellos, pero no me atrevía. Recordaba demasiado bien el trato que había sufrido la noche anterior de los bárbaros aldeanos, y resolví, fuera cual fuese la línea de conducta que más adelante juzgara correcto seguir, permanecer por ahora tranquilamente en mi cobertizo, observando y procurando descubrir los motivos que influían en sus acciones.

»Los campesinos se levantaron a la mañana siguiente antes del sol. La joven arregló la casa y preparó la comida, y el joven partió después de la primera comida.

»Este día se pasó en la misma rutina que el anterior. El joven estuvo constantemente ocupado fuera, y la muchacha en diversas labores dentro. El anciano, a quien pronto percibí ciego, empleaba sus horas de ocio en su instrumento o en la contemplación. Nada podía superar el amor y el respeto que los jóvenes campesinos mostraban hacia su venerable compañero. Cumplían con él cada pequeño oficio de afecto y deber con gentileza, y él los recompensaba con sus sonrisas benévolas.

»No eran enteramente felices. El joven y su compañera a menudo se apartaban y parecían llorar. No veía causa para su infelicidad, pero me afectaba hondamente. Si tan

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

hermosas criaturas eran desdichadas, era menos extraño que yo, un ser imperfecto y solitario, fuera miserable. ¿Pero por qué eran infelices estos seres gentiles? Poseían una casa deliciosa (pues tal era a mis ojos) y todo lujo; tenían un fuego que los calentaba cuando tenían frío y deliciosos manjares cuando tenían hambre; vestían excelentes ropas; y, más aún, gozaban de la compañía y del habla de los otros, intercambiando cada día miradas de afecto y bondad. ¿Qué implicaban sus lágrimas? ¿Expresaban realmente dolor? Al principio fui incapaz de resolver estas cuestiones, pero la atención perpetua y el tiempo me explicaron muchas apariencias que al principio eran enigmáticas.

»Transcurrió un período considerable antes de que descubriera una de las causas de la inquietud de esta amable familia: era la pobreza, y sufrían ese mal en un grado muy angustioso. Su alimento consistía enteramente en las verduras de su huerto y la leche de una vaca, que daba muy poca durante el invierno, cuando sus amos apenas podían procurar comida para mantenerla. A menudo, creo, sufrían muy agudamente las punzadas del hambre, en especial los dos jóvenes campesinos, pues varias veces pusieron comida ante el anciano cuando no reservaban ninguna para sí.

»Este rasgo de bondad me conmovió sensiblemente. Había tenido la costumbre, durante la noche, de robar una parte de su provisión para mi propio consumo, pero cuando descubrí que al hacerlo causaba pena a los campesinos, me abstuve y me conformé con bayas, nueces

y raíces que cogía de un bosque vecino.

»Descubrí también otro medio por el cual podía ayudar a sus labores. Hallé que el joven pasaba gran parte de cada día juntando leña para el fuego de la familia, y durante la noche tomaba a menudo sus herramientas, cuyo uso descubrí pronto, y traía leña suficiente para el consumo de varios días.

»Recuerdo que la primera vez que hice esto, la joven, al abrir la puerta por la mañana, pareció muy asombrada al ver un gran montón de leña fuera. Pronunció algunas palabras en voz alta, y se le unió el joven, que también expresó sorpresa. Observé con placer que no fue al bosque ese día, sino que lo pasó reparando la casa y cultivando el huerto.

»Poco a poco hice un descubrimiento de aún mayor importancia. Descubrí que esta gente poseía un método para comunicarse unos a otros su experiencia y sentimientos mediante sonidos articulados. Percibí que las palabras que pronunciaban producían a veces placer o dolor, sonrisas o tristeza, en las mentes y semblantes de los oyentes. Era, en verdad, una ciencia divina, y deseé ardientemente familiarizarme con ella. Pero me frustraban todos los intentos que hacía con este fin. Su pronunciación era rápida, y las palabras que emitían, sin tener conexión aparente con objetos visibles, no me permitían descubrir ninguna clave con la que desentrañar el misterio de su referencia. Con gran aplicación, sin embargo, y tras haber permanecido durante el espacio de varias revoluciones de la luna en mi cobertizo, descubrí los nombres que se

daban a algunos de los objetos más familiares del discurso; aprendí y apliqué las palabras fuego, leche, pan y leña. Aprendí también los nombres de los propios campesinos. El joven y su compañera tenían cada uno varios nombres, pero el anciano solo tenía uno, que era padre. A la muchacha se la llamaba hermana o Ágata, y al joven Félix, hermano o hijo. No puedo describir el deleite que sentí cuando aprendí las ideas apropiadas a cada uno de estos sonidos y fui capaz de pronunciarlos. Distinguí varias otras palabras sin poder aún entenderlas ni aplicarlas, como bueno, queridísima, desdichado.

»Pasé el invierno de este modo. Los modales gentiles y la belleza de los campesinos me los hicieron muy queridos; cuando eran infelices, me sentía abatido; cuando se regocijaban, simpatizaba en sus alegrías. Veía pocos seres humanos fuera de ellos, y si algún otro entraba por casualidad en la casita, sus modales ásperos y su andar tosco solo realzaban a mis ojos los superiores méritos de mis amigos. El anciano, pude percibir, a menudo procuraba animar a sus hijos, como a veces comprobé que los llamaba, a sacudirse la melancolía. Hablaba con acento alegre, con una expresión de bondad que daba placer incluso a mí. Ágata escuchaba con respeto, con los ojos a veces llenos de lágrimas, que procuraba enjugar sin ser vista; pero por lo general hallaba que su semblante y su tono eran más alegres después de haber escuchado las exhortaciones de su padre. No así Félix. Era siempre el más triste del grupo, y aun para mis sentidos sin práctica parecía haber sufrido más hondamente que sus amigos. Pero si su semblante era más doliente, su voz era más

alegre que la de su hermana, en especial cuando se dirigía al anciano.

»Podría mencionar innumerables casos que, aunque leves, marcaban las disposiciones de estos amables campesinos. En medio de la pobreza y la necesidad, Félix llevaba con placer a su hermana la primera florecilla blanca que asomaba bajo el suelo nevado. Temprano por la mañana, antes de que ella se levantara, quitaba la nieve que obstruía su camino a la lechería, sacaba agua del pozo y traía la leña del cobertizo, donde, para su perpetuo asombro, hallaba su provisión siempre repuesta por una mano invisible. De día, creo, trabajaba a veces para un granjero vecino, pues a menudo salía y no volvía hasta la comida, pero no traía leña consigo. Otras veces trabajaba en el huerto, pero como había poco que hacer en la estación helada, leía al anciano y a Ágata.

»Esta lectura me había intrigado en extremo al principio, pero poco a poco descubrí que emitía muchos de los mismos sonidos cuando leía que cuando hablaba. Conjeturé, pues, que encontraba en el papel signos del habla que entendía, y anhelé ardientemente comprender también estos; pero ¿cómo era posible, si ni siquiera entendía los sonidos de los que eran signos? Mejoré, sin embargo, sensiblemente en esta ciencia, pero no lo bastante para seguir ninguna clase de conversación, aunque aplicaba toda mi mente al empeño, pues percibí fácilmente que, aunque anhelaba ansiosamente darme a conocer a los campesinos, no debía intentarlo hasta haberme hecho primero dueño de su lengua, conocimiento

que podría capacitarme para hacerles pasar por alto la deformidad de mi figura, pues de esta también me había enterado el contraste perpetuamente presentado a mis ojos.

»Había admirado las formas perfectas de mis campesinos: su gracia, belleza y delicadas tez; pero ¡cuánto me aterré cuando me vi en un estanque transparente! Al principio retrocedí, incapaz de creer que fuera realmente yo quien se reflejaba en el espejo; y cuando me convencí por completo de que era en realidad el monstruo que soy, me llené de las más amargas sensaciones de abatimiento y mortificación. ¡Ay! Aún no conocía enteramente los efectos fatales de esta miserable deformidad.

»A medida que el sol se hizo más cálido y la luz del día más larga, la nieve desapareció y vi los árboles desnudos y la tierra negra. Desde entonces Félix estuvo más ocupado, y desaparecieron las señales conmovedoras de hambruna inminente. Su comida, como averigüé después, era tosca, pero sana; y obtenían suficiente. Varias clases nuevas de plantas brotaron en el huerto, que ellos cuidaban; y estas señales de comodidad aumentaban a diario al avanzar la estación.

»El anciano, apoyado en su hijo, caminaba cada día al mediodía, cuando no llovía, como averigüé que se llamaba cuando los cielos derramaban sus aguas. Esto ocurría con frecuencia, pero un viento fuerte secaba pronto la tierra, y la estación se hizo mucho más agradable que antes.

»Mi modo de vida en mi cobertizo era uniforme. Por la mañana atendía a los movimientos de los campesinos, y cuando se dispersaban en diversas ocupaciones, dormía; el resto del día lo pasaba observando a mis amigos. Cuando se habían retirado a descansar, si había luna o la noche era estrellada, iba a los bosques y recogía mi propia comida y combustible para la casita. Cuando volvía, tantas veces como era necesario, les despejaba el camino de la nieve y realizaba aquellos oficios que había visto hacer a Félix. Averigüé después que estas labores, realizadas por una mano invisible, los asombraban mucho; y una o dos veces los oí, en estas ocasiones, pronunciar las palabras espíritu bueno, maravilloso; pero no entendí entonces la significación de estos términos.

»Mis pensamientos se hicieron ahora más activos, y anhelé descubrir los motivos y sentimientos de estas hermosas criaturas; tenía curiosidad por saber por qué Félix parecía tan desdichado y Ágata tan triste. Pensé (¡necio desdichado!) que podría estar en mi poder devolver la felicidad a esta gente merecedora. Cuando dormía o estaba ausente, las formas del venerable padre ciego, de la gentil Ágata y del excelente Félix revoloteaban ante mí. Los miraba como seres superiores que serían los árbitros de mi destino futuro. Formé en mi imaginación mil cuadros de presentarme a ellos y de su recepción de mí. Imaginaba que se disgustarían, hasta que, con mi porte gentil y mis palabras conciliadoras, ganara primero su favor y luego su amor.

»Estos pensamientos me exhilararon y me llevaron a aplicarme con renovado ardor a adquirir el arte del lenguaje. Mis órganos eran, en verdad, ásperos, pero flexibles; y aunque mi voz era muy distinta de la suave música de sus tonos, pronunciaba las palabras que entendía con tolerable facilidad. Era como el asno y el perrillo faldero; y sin embargo seguramente el gentil asno, cuyas intenciones eran afectuosas, aunque sus modales fueran rudos, merecía mejor trato que golpes y execración.

»Las agradables lluvias y la cálida templanza de la primavera alteraron mucho el aspecto de la tierra. Los hombres que antes de este cambio parecían haber estado ocultos en cuevas se dispersaron y se emplearon en diversas artes de cultivo. Los pájaros cantaban en notas más alegres, y las hojas empezaban a brotar en los árboles. ¡Feliz, feliz tierra! Morada digna de dioses, que tan poco antes era desolada, húmeda e insalubre. Mi ánimo se elevó por el aspecto encantador de la naturaleza; el pasado fue borrado de mi memoria, el presente era tranquilo y el futuro estaba dorado por brillantes rayos de esperanza y anticipaciones de alegría.»

CAPÍTULO XIII

«Me apresuro ahora a la parte más conmovedora de mi historia. Relataré sucesos que me impresionaron con sentimientos que, de lo que había sido, me han hecho lo que soy.

»La primavera avanzó rápidamente; el tiempo se hizo hermoso y los cielos sin nubes. Me sorprendía que lo que antes era desierto y sombrío floreciera ahora con las más hermosas flores y verdor. Mis sentidos eran gratificados y refrescados por mil aromas de deleite y mil vistas de belleza.

»Fue en uno de esos días, cuando mis campesinos descansaban periódicamente del trabajo —el anciano tocaba la guitarra y los hijos lo escuchaban—, cuando observé que el semblante de Félix estaba melancólico más allá de toda expresión; suspiraba con frecuencia, y una vez su padre interrumpió su música, y conjeturé por su ademán que preguntaba la causa de la tristeza de su hijo. Félix respondió con acento alegre, y el anciano estaba reanudando su música cuando alguien llamó a la puerta.

»Era una dama a caballo, acompañada por un campesino como guía. La dama iba vestida con un traje oscuro y cubierta con un espeso velo negro. Ágata hizo una pregunta, a la que la desconocida solo respondió pronunciando, con dulce acento, el nombre de Félix. Su voz era musical pero distinta de la de cualquiera de mis

amigos. Al oír esta palabra, Félix se acercó apresuradamente a la dama, quien, al verlo, levantó su velo, y vi un semblante de belleza y expresión angelicales. Su cabello de un negro de cuervo reluciente y curiosamente trenzado; sus ojos oscuros, pero gentiles, aunque animados; sus facciones de proporción regular, y su tez maravillosamente blanca, cada mejilla teñida de un lindo rosa.

»Félix pareció arrebatado de deleite al verla, todo rasgo de pena se desvaneció de su rostro, y expresó al instante un grado de alegría extática del que apenas habría creído capaz; sus ojos chispeaban mientras sus mejillas se sonrojaban de placer; y en aquel momento lo creí tan hermoso como la desconocida. Ella parecía afectada por sentimientos distintos; enjugándose unas lágrimas de sus bellos ojos, tendió la mano a Félix, quien la besó con arrobo y la llamó, hasta donde pude distinguir, su dulce árabe. Ella no pareció entenderlo, pero sonrió. Él la ayudó a desmontar y, despidiendo a su guía, la condujo a la casita. Hubo cierta conversación entre él y su padre, y la joven desconocida se arrodilló a los pies del anciano y habría besado su mano, pero él la levantó y la abrazó con afecto.

»Pronto percibí que, aunque la desconocida emitía sonidos articulados y parecía tener una lengua propia, ni ella era entendida por los campesinos ni los entendía a ellos. Hacían muchas señas que yo no comprendía, pero vi que su presencia difundía alegría por la casita, disipando su tristeza como el sol disipa las brumas de la mañana.

Félix parecía singularmente feliz y con sonrisas de deleite daba la bienvenida a su árabe. Ágata, la siempre gentil Ágata, besó las manos de la hermosa desconocida y, señalando a su hermano, hizo señas que me parecieron significar que había estado triste hasta que ella llegó. Pasaron así algunas horas, mientras ellos, por sus semblantes, expresaban un gozo cuya causa yo no comprendía. Pronto descubrí, por la frecuente repetición de algún sonido que la desconocida repetía tras ellos, que se esforzaba por aprender su lengua; y la idea se me ocurrió al instante de que debía hacer uso de las mismas lecciones con el mismo fin. La desconocida aprendió unas veinte palabras en la primera lección; la mayoría, en verdad, eran las que ya había entendido, pero aproveché las otras.

»Al caer la noche, Ágata y la árabe se retiraron temprano. Cuando se separaron, Félix besó la mano de la desconocida y dijo: “Buenas noches, dulce Safie”. Se quedó levantado mucho más tiempo, conversando con su padre, y por la frecuente repetición de su nombre conjeturé que la encantadora huésped era el tema de su conversación. Deseé ardientemente entenderlos y dirigí todas mis facultades a ese fin, pero lo hallé de todo punto imposible.

»A la mañana siguiente Félix salió a su trabajo, y, terminadas las ocupaciones habituales de Ágata, la árabe se sentó a los pies del anciano y, tomando su guitarra, tocó unos aires tan arrobadoramente hermosos que arrancaron de mis ojos lágrimas de pena y de deleite a la vez. Cantó, y

su voz fluía en rica cadencia, creciendo o muriendo como un ruiseñor de los bosques.

»Cuando hubo terminado, entregó la guitarra a Ágata, que al principio la rehusó. Tocó un aire sencillo, y su voz lo acompañó en dulces acentos, pero distintos de la maravillosa melodía de la desconocida. El anciano pareció arrobado y dijo algunas palabras que Ágata procuró explicar a Safie, con las que parecía querer expresar que ella le daba el mayor deleite con su música.

»Los días pasaron ahora tan apaciblemente como antes, con la sola alteración de que la alegría había ocupado el lugar de la tristeza en los semblantes de mis amigos. Safie era siempre alegre y feliz; ella y yo progresamos rápidamente en el conocimiento de la lengua, de modo que en dos meses empecé a comprender la mayoría de las palabras pronunciadas por mis protectores.

»Entretanto, la tierra negra se cubrió de hierba, y las verdes orillas se salpicaron de innumerables flores, dulces al olfato y a los ojos, estrellas de pálido resplandor entre los bosques iluminados por la luna; el sol se hizo más cálido, las noches claras y balsámicas; y mis paseos nocturnos eran un placer extremo para mí, aunque se acortaban considerablemente por el tardío ocaso y el temprano orto del sol, pues nunca me aventuraba fuera durante el día, temeroso de encontrar el mismo trato que había soportado en la primera aldea en que entré.

»Mis días se pasaban en atenta aplicación, para dominar más pronto la lengua; y puedo jactarme de que progresé más rápidamente que la árabe, que entendía muy poco y

conversaba con acentos rotos, mientras yo comprendía y podía imitar casi todas las palabras que se pronunciaban.

»Mientras progresaba en el habla, aprendí también la ciencia de las letras tal como se enseñaba a la desconocida, y esto abrió ante mí un vasto campo de asombro y deleite.

»El libro con el que Félix instruía a Safie era *Las ruinas de los imperios* de Volney. No habría entendido el sentido de este libro si Félix, al leerlo, no hubiera dado explicaciones muy minuciosas. Había elegido esta obra, dijo, porque el estilo declamatorio estaba construido a imitación de los autores orientales. Por esta obra obtuve un conocimiento somero de la historia y una visión de los diversos imperios existentes hoy en el mundo; me dio una idea de las costumbres, gobiernos y religiones de las distintas naciones de la tierra. Oí hablar de los indolentes asiáticos, del estupendo genio y actividad mental de los griegos, de las guerras y la maravillosa virtud de los primeros romanos, de su posterior degeneración, de la decadencia de aquel poderoso imperio, de la caballería, el cristianismo y los reyes. Oí hablar del descubrimiento del hemisferio americano y lloré con Safie por la desventurada suerte de sus habitantes originarios.

»Estas maravillosas narraciones me inspiraron extraños sentimientos. ¿Era el hombre, en verdad, a la vez tan poderoso, tan virtuoso y magnífico, y sin embargo tan vicioso y bajo? Parecía a veces un mero vástago del principio del mal y a veces todo lo que puede concebirse de noble y divino. Ser un hombre grande y virtuoso

parecía el más alto honor que puede alcanzar a un ser sensible; ser bajo y vicioso, como muchos han sido según los registros, parecía la más baja degradación, una condición más abyecta que la del topo ciego o el gusano inofensivo. Durante mucho tiempo no pude concebir cómo un hombre podía salir a asesinar a su semejante, ni siquiera por qué había leyes y gobiernos; pero cuando oí detalles de vicio y derramamiento de sangre, mi asombro cesó y me aparté con disgusto y repugnancia.

»Cada conversación de los campesinos me abría ahora nuevas maravillas. Mientras escuchaba las lecciones que Félix daba a la árabe, se me explicó el extraño sistema de la sociedad humana. Oí hablar de la división de la propiedad, de la inmensa riqueza y la sórdida pobreza, del rango, la descendencia y la sangre noble.

»Las palabras me llevaron a volverme hacia mí mismo. Aprendí que las posesiones más estimadas por tus semejantes eran la alta e inmaculada ascendencia unida a las riquezas. Un hombre podía ser respetado con una sola de estas ventajas, pero sin ninguna era considerado, salvo en casos rarísimos, un vagabundo y un esclavo, condenado a malgastar sus fuerzas para el provecho de unos pocos elegidos. ¿Y qué era yo? De mi creación y de mi creador era absolutamente ignorante, pero sabía que no poseía dinero, ni amigos, ni propiedad de ninguna clase. Estaba, además, dotado de una figura horriblemente deforme y repugnante; no era siquiera de la misma naturaleza que el hombre. Era más ágil que ellos y podía subsistir con dieta más tosca; soportaba los extremos de calor y frío con

menos daño a mi cuerpo; mi estatura excedía con mucho la suya. Cuando miraba alrededor no veía ni oía hablar de ninguno como yo. ¿Era yo, entonces, un monstruo, una mancha sobre la tierra, de la que huían todos los hombres y a quien todos desconocían?

»No puedo describirte la agonía que estas reflexiones me infligieron; traté de disiparlas, pero el pesar solo aumentaba con el conocimiento. ¡Oh, ojalá hubiera permanecido para siempre en mi bosque natal, sin conocer ni sentir más allá de las sensaciones de hambre, sed y calor!

»¡De qué extraña naturaleza es el conocimiento! Se aferra a la mente, una vez que se ha apoderado de ella, como el liquen a la roca. A veces deseaba sacudirme todo pensamiento y sentimiento, pero aprendí que no había sino un medio de vencer la sensación de dolor, y era la muerte, un estado que temía pero no entendía. Admiraba la virtud y los buenos sentimientos y amaba los modales gentiles y las cualidades amables de mis campesinos, pero estaba excluido de su trato, salvo por medios que obtenía a hurtadillas, cuando no era visto ni conocido, y que más bien aumentaban que satisfacían el deseo que tenía de ser uno entre mis semejantes. Las gentiles palabras de Ágata y las animadas sonrisas de la encantadora árabe no eran para mí. Las suaves exhortaciones del anciano y la viva conversación del querido Félix no eran para mí. ¡Miserable, infeliz desdichado!

»Otras lecciones se me grabaron aún más hondo. Oí hablar de la diferencia de sexos, y del nacimiento y

crecimiento de los niños, de cómo el padre se embelesaba con las sonrisas del infante y las vivas ocurrencias del niño mayor, de cómo toda la vida y los cuidados de la madre estaban envueltos en la preciosa carga, de cómo la mente de la juventud se expandía y ganaba conocimiento, del hermano, la hermana y todas las diversas relaciones que ligan a un ser humano con otro en vínculos mutuos.

»¿Pero dónde estaban mis amigos y parientes? Ningún padre había velado mis días de infancia, ninguna madre me había bendecido con sonrisas y caricias; o si lo habían hecho, toda mi vida pasada era ahora una mancha, un vacío ciego en el que no distinguía nada. Desde mi primer recuerdo había sido como entonces era, en estatura y proporción. Nunca había visto aún un ser que se me pareciera o que reclamara trato alguno conmigo. ¿Qué era yo? La pregunta volvía otra vez, para ser respondida solo con gemidos.

»Pronto explicaré a qué tendían estos sentimientos, pero permíteme ahora volver a los campesinos, cuya historia excitó en mí tan variados sentimientos de indignación, deleite y asombro, pero que todos terminaron en un amor y reverencia adicionales por mis protectores (pues así me placía llamarlos, en una inocente y medio dolorosa autoilusión).»

CAPÍTULO XIV

«Transcurrió algún tiempo antes de que supiera la historia de mis amigos. Era una que no podía dejar de grabarse hondamente en mi mente, pues desplegaba una serie de circunstancias, cada una interesante y maravillosa para alguien tan enteramente inexperto como yo.

»El nombre del anciano era De Lacey. Descendía de una buena familia de Francia, donde había vivido muchos años en la opulencia, respetado por sus superiores y querido por sus iguales. Su hijo se había criado para el servicio de su país, y Ágata había alternado con damas de la más alta distinción. Pocos meses antes de mi llegada habían vivido en una gran y lujosa ciudad llamada París, rodeados de amigos y poseyendo todo goce que la virtud, el refinamiento del intelecto o el gusto, acompañados de una fortuna moderada, podían proporcionar.

»El padre de Safie había sido la causa de su ruina. Era un mercader turco y había habitado en París muchos años cuando, por alguna razón que no pude averiguar, se hizo odioso al gobierno. Fue apresado y arrojado a prisión el mismo día en que Safie llegó de Constantinopla para reunirse con él. Fue juzgado y condenado a muerte. La injusticia de su sentencia era muy flagrante; todo París estaba indignado; y se juzgó que su religión y su riqueza, más que el crimen que se le imputaba, habían sido la causa de su condena.

»Félix había estado presente por casualidad en el juicio; su horror e indignación fueron incontrolables al oír la decisión del tribunal. Hizo, en ese momento, un solemne voto de librarlo y luego buscó alrededor los medios. Tras muchos intentos infructuosos de lograr entrada en la prisión, encontró una ventana fuertemente enrejada en una parte sin vigilancia del edificio, que alumbraba el calabozo del desdichado mahometano, quien, cargado de cadenas, esperaba con desesperación la ejecución de la bárbara sentencia. Félix visitó la reja de noche y dio a conocer al preso sus intenciones en su favor. El turco, asombrado y encantado, procuró encender el celo de su libertador con promesas de recompensa y riqueza. Félix rechazó sus ofertas con desdén, pero cuando vio a la hermosa Safie, a quien se permitía visitar a su padre y que por sus gestos expresaba su viva gratitud, el joven no pudo menos de reconocer en su interior que el cautivo poseía un tesoro que recompensaría plenamente su esfuerzo y su riesgo.

»El turco percibió pronto la impresión que su hija había causado en el corazón de Félix y procuró asegurárselo más enteramente a sus intereses con la promesa de su mano en matrimonio tan pronto como fuera conducido a un lugar seguro. Félix era demasiado delicado para aceptar esta oferta, pero esperaba la probabilidad del hecho como la consumación de su felicidad.

»Durante los días siguientes, mientras avanzaban los preparativos para la fuga del mercader, el celo de Félix se caldeó con varias cartas que recibió de esta encantadora

muchacha, que halló medios de expresar sus pensamientos en la lengua de su amante con ayuda de un anciano, sirviente de su padre, que entendía el francés. Le agradecía en los más ardientes términos sus proyectados servicios hacia su padre, y al mismo tiempo deploraba suavemente su propia suerte.

»Tengo copias de estas cartas, pues hallé medios, durante mi residencia en el cobertizo, de procurarme los útiles de escribir; y las cartas estuvieron a menudo en manos de Félix o de Ágata. Antes de partir te las daré; probarán la verdad de mi relato; pero ahora, como el sol ya declina mucho, solo tendré tiempo de repetirte su sustancia.

»Safie relataba que su madre era una árabe cristiana, apresada y hecha esclava por los turcos; recomendada por su belleza, había ganado el corazón del padre de Safie, que se casó con ella. La joven hablaba en términos elevados y entusiastas de su madre, que, nacida en libertad, desdeñaba la servidumbre a la que ahora estaba reducida. Instruyó a su hija en los dogmas de su religión y le enseñó a aspirar a poderes de intelecto más elevados y a una independencia de espíritu vedada a las seguidoras femeninas de Mahoma. Esta dama murió, pero sus lecciones quedaron indeleblemente grabadas en la mente de Safie, que se indisponía ante la perspectiva de volver a Asia y ser emparedada entre los muros de un harén, con solo permiso de ocuparse en diversiones infantiles, mal avenidas con el temple de su alma, ya acostumbrada a grandes ideas y a una noble emulación de la virtud. La

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

perspectiva de casarse con un cristiano y permanecer en un país donde se permitía a las mujeres ocupar un rango en la sociedad la encantaba.

»Se fijó el día para la ejecución del turco, pero la noche anterior abandonó su prisión y antes de la mañana estaba a muchas leguas de París. Félix había procurado pasaportes a nombre de su padre, su hermana y él mismo. Había comunicado antes su plan al primero, que ayudó al engaño abandonando su casa, so pretexto de un viaje, y se ocultó, con su hija, en un oscuro barrio de París.

»Félix condujo a los fugitivos por Francia hasta Lyon y a través del Mont Cenis hasta Liorna, donde el mercader había decidido esperar una oportunidad favorable de pasar a alguna parte de los dominios turcos.

»Safie resolvió permanecer con su padre hasta el momento de su partida, antes de la cual el turco renovó su promesa de que ella se uniría a su libertador; y Félix permaneció con ellos esperando ese acontecimiento; y entretanto gozó de la compañía de la árabe, que mostraba hacia él el más sencillo y tierno afecto. Conversaban entre sí por medio de un intérprete, y a veces con la interpretación de las miradas; y Safie le cantaba los aires divinos de su país natal.

»El turco permitió que tuviera lugar esta intimidad y alentó las esperanzas de los jóvenes amantes, mientras en su corazón había formado planes muy distintos. Aborrecía la idea de que su hija se uniera a un cristiano, pero temía el resentimiento de Félix si parecía tibio, pues sabía que aún estaba en poder de su libertador si este optaba por

traicionarlo ante el Estado italiano que habitaban. Revolvió mil planes con los que poder prolongar el engaño hasta que ya no fuera necesario, y llevarse secretamente a su hija cuando partiera. Sus planes se vieron facilitados por las noticias que llegaron de París.

»El gobierno de Francia estaba muy enfurecido por la fuga de su víctima y no escatimó esfuerzos para descubrir y castigar a su libertador. La trama de Félix fue pronto descubierta, y De Lacey y Ágata fueron arrojados a prisión. La noticia llegó a Félix y lo despertó de su sueño de placer. Su padre ciego y anciano y su gentil hermana yacían en un calabozo inmundo mientras él gozaba del aire libre y de la compañía de aquella a quien amaba. Esta idea fue una tortura para él. Convino rápidamente con el turco que, si este hallaba una oportunidad favorable de fuga antes de que Félix pudiera volver a Italia, Safie permanecería como pensionista en un convento de Liorna; y luego, dejando a la encantadora árabe, se apresuró a París y se entregó a la venganza de la ley, esperando librar a De Lacey y a Ágata con este proceder.

»No lo logró. Permanecieron encerrados cinco meses antes de que tuviera lugar el juicio, cuyo resultado los privó de su fortuna y los condenó a un perpetuo destierro de su país natal.

»Encontraron un miserable asilo en la casita de Alemania, donde yo los descubrí. Félix supo pronto que el pérfido turco, por quien él y su familia soportaban tan inaudita opresión, al descubrir que su libertador estaba así reducido a la pobreza y la ruina, se hizo traidor a los

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

buenos sentimientos y al honor y había abandonado Italia con su hija, enviando insultantemente a Félix una miseria de dinero para ayudarle, decía, en algún plan de futura manutención.

»Tales fueron los sucesos que roían el corazón de Félix y lo hacían, cuando lo vi por primera vez, el más miserable de su familia. Habría podido soportar la pobreza, y mientras esta angustia había sido el premio de su virtud, se gloriaba en ella; pero la ingratitud del turco y la pérdida de su amada Safie eran desgracias más amargas e irreparables. La llegada de la árabe infundió ahora nueva vida en su alma.

»Cuando la noticia llegó a Liorna de que Félix había sido despojado de su riqueza y rango, el mercader ordenó a su hija que no pensara más en su amante, sino que se preparase para volver a su país natal. La naturaleza generosa de Safie se sintió ultrajada por esta orden; intentó discutir con su padre, pero él la dejó con enojo, reiterando su tiránico mandato.

»Pocos días después, el turco entró en el aposento de su hija y le dijo apresuradamente que tenía razones para creer que su residencia en Liorna había sido divulgada y que sería pronto entregado al gobierno francés; había, por consiguiente, alquilado un barco para llevarlo a Constantinopla, ciudad hacia la cual zarparía en pocas horas. Pensaba dejar a su hija al cuidado de un criado de confianza, para que lo siguiera con calma con la mayor parte de sus bienes, que aún no habían llegado a Liorna.

»Estando sola, Safie resolvió en su mente el plan de conducta que le convendría seguir en esta emergencia. Una residencia en Turquía le era aborrecible; su religión y sus sentimientos eran igualmente adversos a ella. Por unos papeles de su padre que cayeron en sus manos se enteró del destierro de su amante y supo el nombre del lugar donde residía entonces. Dudó algún tiempo, pero al fin formó su determinación. Llevándose algunas joyas que le pertenecían y una suma de dinero, dejó Italia con una criada, natural de Liorna pero que entendía la lengua común de Turquía, y partió para Alemania.

»Llegó sin novedad a una ciudad a unas veinte leguas de la casita de De Lacey, cuando su criada cayó peligrosamente enferma. Safie la cuidó con el más devoto afecto, pero la pobre muchacha murió, y la árabe quedó sola, desconocedora de la lengua del país y absolutamente ignorante de las costumbres del mundo. Cayó, sin embargo, en buenas manos. La italiana había mencionado el nombre del lugar al que se dirigían, y tras su muerte la mujer de la casa en que habían vivido cuidó de que Safie llegara sin riesgo a la casita de su amante.»

CAPÍTULO XV

«Tal fue la historia de mis amados campesinos. Me impresionó hondamente. Aprendí, por las visiones de la vida social que desarrollaba, a admirar sus virtudes y a deprecar los vicios de la humanidad.

»Hasta entonces había mirado el crimen como un mal lejano; la benevolencia y la generosidad estaban siempre presentes ante mí, incitando en mí el deseo de llegar a ser un actor en la ajetreada escena donde se suscitaban y exhibían tantas cualidades admirables. Pero al dar cuenta del progreso de mi intelecto, no debo omitir una circunstancia que ocurrió a principios del mes de agosto del mismo año.

»Una noche, durante mi visita habitual al bosque vecino donde recogía mi propia comida y traía leña para mis protectores, encontré en el suelo una maleta de cuero que contenía varias prendas de vestir y algunos libros. Me apoderé ansiosamente del botín y volví con él a mi cobertizo. Afortunadamente los libros estaban escritos en la lengua cuyos elementos había adquirido en la casita; consistían en *El paraíso perdido*, un volumen de las *Vidas* de Plutarco y *Las penas de Werther*. La posesión de estos tesoros me dio un deleite extremo; ahora estudiaba continuamente y ejercitaba mi mente en estas historias, mientras mis amigos estaban ocupados en sus tareas ordinarias.

»Apenas puedo describirte el efecto de estos libros. Produjeron en mí una infinidad de imágenes y sentimientos nuevos que a veces me elevaban al éxtasis, pero más frecuentemente me hundían en el más profundo abatimiento. En *Las penas de Werther*, además del interés de su historia sencilla y conmovedora, se discuten tantas opiniones y se arrojan tantas luces sobre lo que hasta entonces me habían sido temas oscuros, que hallé en él una fuente inagotable de especulación y asombro. Los modales gentiles y domésticos que describía, combinados con sentimientos y afectos elevados que tenían por objeto algo fuera de uno mismo, concordaban bien con mi experiencia entre mis protectores y con las necesidades que estaban siempre vivas en mi propio pecho. Pero consideré a Werther mismo un ser más divino que cualquiera que hubiera visto o imaginado; su carácter no contenía pretensión, pero se hundía hondo. Las disquisiciones sobre la muerte y el suicidio estaban calculadas para llenarme de asombro. No pretendí entrar en los méritos del caso, pero me incliné hacia las opiniones del héroe, cuya extinción lloré sin entenderla con precisión.

»Mientras leía, sin embargo, aplicaba mucho a mis propios sentimientos y condición. Me hallaba semejante y a la vez extrañamente desemejante a los seres de que leía y cuya conversación escuchaba. Simpatizaba con ellos y en parte los entendía, pero mi mente estaba sin formar; no dependía de nadie y no estaba emparentado con nadie. “El camino de mi partida estaba libre”, y no había nadie que lamentara mi aniquilación. Mi persona era horrenda y mi

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

estatura gigantesca. ¿Qué significaba esto? ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino? Estas preguntas volvían continuamente, pero yo era incapaz de resolverlas.

»El volumen de las *Vidas* de Plutarco que yo poseía contenía las historias de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Este libro tuvo un efecto muy distinto en mí del de *Las penas de Werther*. De las imaginaciones de Werther aprendí abatimiento y melancolía, pero Plutarco me enseñó altos pensamientos; me elevó por encima de la esfera miserable de mis propias reflexiones, para admirar y amar a los héroes de épocas pasadas. Muchas cosas que leí superaban mi entendimiento y experiencia. Tenía un conocimiento muy confuso de reinos, vastas extensiones de país, poderosos ríos y mares sin límites. Pero ignoraba por completo las ciudades y las grandes reuniones de hombres. La casita de mis protectores había sido la única escuela en que había estudiado la naturaleza humana, pero este libro desarrolló escenas de acción nuevas y más poderosas. Leí de hombres ocupados en asuntos públicos, gobernando o masacrando a su especie. Sentí surgir en mí el mayor ardor por la virtud y el aborrecimiento del vicio, en la medida en que entendía la significación de esos términos, relativos como eran, tal como yo los aplicaba, únicamente al placer y al dolor. Inducido por estos sentimientos, me vi llevado, por supuesto, a admirar a los pacíficos legisladores, Numa, Solón y Licurgo, con preferencia a Rómulo y Teseo. Las vidas patriarcales de mis protectores hicieron que estas impresiones se arraigaran firmemente

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

en mi mente; quizá, si mi primera introducción a la humanidad la hubiera hecho un joven soldado, ardiente de gloria y matanza, me habrían imbuido sensaciones distintas.

»Pero *El paraíso perdido* excitó emociones distintas y mucho más hondas. Lo leí, como había leído los otros volúmenes que habían caído en mis manos, como una historia verdadera. Movió todo sentimiento de asombro y temor reverencial que el cuadro de un Dios omnipotente en guerra con sus criaturas era capaz de excitar. A menudo refería a la mía las diversas situaciones, según su semejanza me impresionaba. Como Adán, yo no estaba aparentemente unido por vínculo alguno a ningún otro ser existente; pero su estado era muy distinto del mío en todo lo demás. Había salido de las manos de Dios como criatura perfecta, feliz y próspera, guardada por el especial cuidado de su Creador; se le permitía conversar con seres de naturaleza superior y adquirir conocimiento de ellos, pero yo era miserable, desvalido y solo. Muchas veces consideré a Satanás como el emblema más apropiado de mi condición, pues a menudo, como él, cuando veía la dicha de mis protectores, la amarga hiel de la envidia se levantaba en mí.

»Otra circunstancia fortaleció y confirmó estos sentimientos. Poco después de mi llegada al cobertizo descubrí unos papeles en el bolsillo del vestido que había tomado de tu laboratorio. Al principio los había descuidado, pero ahora que era capaz de descifrar los caracteres en que estaban escritos, empecé a estudiarlos

con diligencia. Era tu diario de los cuatro meses que precedieron a mi creación. Describías minuciosamente en estos papeles cada paso que dabas en el progreso de tu obra; esta historia estaba mezclada con relatos de sucesos domésticos. Sin duda recuerdas estos papeles. Aquí están. Todo lo que hace referencia a mi maldito origen está relatado en ellos; todo el detalle de aquella serie de circunstancias repugnantes que lo produjeron está puesto a la vista; la más minuciosa descripción de mi odiosa y repugnante persona está dada, en un lenguaje que pintaba tus propios horrores y hacía indeleble el mío. Me enfermé al leer. "¡Día aborrecible en que recibí la vida!", exclamé en agonía. "¡Maldito creador! ¿Por qué formaste un monstruo tan horrible que hasta tú te apartaste de mí con disgusto? Dios, en su piedad, hizo al hombre hermoso y seductor, a su imagen; pero mi forma es un inmundo tipo de la tuya, más horrible aún por la misma semejanza. Satanás tenía sus compañeros, demonios, para admirarlo y alentarlo, pero yo estoy solitario y aborrecido."

»Estas eran las reflexiones de mis horas de abatimiento y soledad; pero cuando contemplaba las virtudes de los campesinos, sus disposiciones amables y benévolas, me persuadía de que cuando conocieran mi admiración por sus virtudes me compadecerían y pasarían por alto mi deformidad personal. ¿Podrían apartar de su puerta a uno, por monstruoso que fuera, que solicitaba su compasión y amistad? Resolví, al menos, no desesperar, sino prepararme de todos modos para una entrevista con ellos que decidiría mi suerte. Aplacé este intento algunos meses más, pues la importancia atribuida a su éxito me inspiraba

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

un pavor de fracasar. Además, hallaba que mi entendimiento mejoraba tanto con la experiencia de cada día que no quería comenzar esta empresa hasta que unos meses más hubieran añadido a mi sagacidad.

»Varios cambios, entretanto, tuvieron lugar en la casita. La presencia de Safie difundió felicidad entre sus habitantes, y comprobé también que reinaba allí un mayor grado de abundancia. Félix y Ágata pasaban más tiempo en diversión y conversación, y eran ayudados en sus labores por criados. No parecían ricos, pero estaban contentos y felices; sus sentimientos eran serenos y pacíficos, mientras los míos se hacían cada día más tumultuosos. El aumento de conocimiento solo me descubría más claramente qué miserable paria era. Albergaba esperanza, es cierto, pero se desvanecía cuando veía mi persona reflejada en el agua o mi sombra al claro de luna, tan frágil como esa imagen y esa sombra inconstante.

»Procuré aplastar estos temores y fortalecerme para la prueba que en unos meses resolví afrontar; y a veces dejaba mis pensamientos, sin freno de la razón, vagar por los campos del Paraíso, y osaba imaginar criaturas amables y hermosas simpatizando con mis sentimientos y alegrando mi tristeza; sus semblantes angelicales respiraban sonrisas de consuelo. Pero todo era un sueño; ninguna Eva calmaba mis penas ni compartía mis pensamientos; yo estaba solo. Recordaba la súplica de Adán a su Creador. Pero ¿dónde estaba el mío? Me había abandonado, y en la amargura de mi corazón lo maldije.

»Así pasó el otoño. Vi, con sorpresa y pena, decaer y caer las hojas, y la naturaleza asumir de nuevo el aspecto estéril y desolado que tenía cuando vi por primera vez los bosques y la hermosa luna. Sin embargo, no hacía caso de la inclemencia del tiempo; estaba mejor adaptado por mi conformación para soportar el frío que el calor. Pero mis principales deleites eran la vista de las flores, los pájaros y todo el alegre atavío del verano; cuando estos me abandonaron, me volví con más atención hacia los campesinos. Su felicidad no disminuyó por la ausencia del verano. Se amaban y simpatizaban unos con otros; y sus alegrías, que dependían entre sí, no se interrumpían por los casos que ocurrían alrededor. Cuanto más los veía, mayor era mi deseo de reclamar su protección y bondad; mi corazón ansiaba ser conocido y amado por estas amables criaturas; ver sus dulces miradas dirigidas hacia mí con afecto era el último límite de mi ambición. No osaba pensar que las apartarían de mí con desdén y horror. A los pobres que se detenían a su puerta nunca los echaban. Yo pedía, es cierto, mayores tesoros que un poco de comida o descanso: requería bondad y simpatía; pero no me creía enteramente indigno de ella.

»El invierno avanzó, y había tenido lugar una entera revolución de las estaciones desde que desperté a la vida. Mi atención en esta época se dirigía únicamente hacia mi plan de introducirme en la casita de mis protectores. Revolví muchos proyectos, pero aquel en que me fijé finalmente fue entrar en la vivienda cuando el viejo ciego estuviera solo. Tuve sagacidad suficiente para descubrir que la fealdad antinatural de mi persona era el principal

objeto de horror para quienes me habían visto antes. Mi voz, aunque áspera, no tenía nada terrible; pensé, pues, que si en ausencia de sus hijos podía ganar la buena voluntad y mediación del viejo De Lacey, podría por su medio ser tolerado por mis protectores más jóvenes.

»Un día, cuando el sol brillaba sobre las hojas rojas que cubrían el suelo y difundía alegría, aunque negaba calor, Safie, Ágata y Félix partieron a un largo paseo por el campo, y el anciano, por deseo propio, quedó solo en la casita. Cuando sus hijos se hubieron marchado, tomó su guitarra y tocó varios aires lastimeros pero dulces, más dulces y lastimeros que ninguno que le hubiera oído tocar antes. Al principio su semblante estaba iluminado de placer, pero al continuar, le sucedieron la reflexión y la tristeza; al fin, dejando el instrumento a un lado, se sentó absorto en sus pensamientos.

»Mi corazón latía rápido; esta era la hora y el momento de la prueba, que decidiría mis esperanzas o realizaría mis temores. Los criados se habían ido a una feria vecina. Todo estaba en silencio dentro y alrededor de la casita; era una excelente oportunidad; sin embargo, cuando procedí a ejecutar mi plan, me fallaron los miembros y caí al suelo. Me levanté de nuevo y, ejerciendo toda la firmeza de que era dueño, quité los tablones que había colocado ante mi cobertizo para ocultar mi retiro. El aire fresco me reanimó, y con renovada determinación me acerqué a la puerta de su casita.

»Llamé. “¿Quién es?”, dijo el anciano. “Entre.”

»Entré. “Perdone esta intrusión —dije—; soy un viajero que necesita un poco de descanso; me obligaría usted mucho si me permitiera permanecer unos minutos junto al fuego.”

»“Entre —dijo De Lacey—, y procuraré aliviar sus necesidades como pueda; pero, por desgracia, mis hijos están fuera de casa, y como soy ciego, temo que me será difícil procurarle comida.”

»“No se moleste, mi amable anfitrión; tengo comida; solo necesito calor y descanso.”

»Me senté, y siguió un silencio. Sabía que cada minuto era precioso para mí, pero permanecí indeciso de qué manera comenzar la entrevista, cuando el anciano me habló.

»“Por su lenguaje, forastero, supongo que es usted compatriota mío; ¿es francés?”

»“No; pero me educó una familia francesa y solo entiendo esa lengua. Voy ahora a reclamar la protección de unos amigos, a quienes quiero sinceramente y de cuyo favor tengo algunas esperanzas.”

»“¿Son alemanes?”

»“No, son franceses. Pero cambiemos de tema. Soy una criatura desafortunada y abandonada; miro alrededor y no tengo pariente ni amigo en la tierra. Estas amables personas a las que voy nunca me han visto y saben poco de mí. Estoy lleno de temores, pues si fracaso allí, soy un paria en el mundo para siempre.”

»“No desespere. No tener amigos es, en verdad, una desgracia, pero los corazones de los hombres, cuando no están prevenidos por algún interés propio evidente, están llenos de amor fraternal y caridad. Confíe, pues, en sus esperanzas; y si esos amigos son buenos y amables, no desespere.”

»“Son bondadosos; son las criaturas más excelentes del mundo; pero, por desgracia, están prevenidos contra mí. Tengo buenas disposiciones; mi vida ha sido hasta ahora inofensiva y en cierto grado beneficiosa; pero un fatal prejuicio nubla sus ojos, y donde deberían ver a un amigo sensible y bondadoso, ven solo a un monstruo detestable.”

»“Eso es, en verdad, desafortunado; pero si es usted realmente inocente, ¿no puede desengañarlos?”

»“Estoy a punto de emprender esa tarea; y es por eso que siento tantos terrores abrumadores. Quiero tiernamente a esos amigos; he estado, sin saberlo ellos, durante muchos meses en la costumbre de bondades diarias hacia ellos; pero creen que deseo hacerles daño, y es ese prejuicio el que deseo vencer.”

»“¿Dónde residen esos amigos?”

»“Cerca de este lugar.”

»El anciano hizo una pausa y luego continuó: “Si me confía sin reservas los pormenores de su relato, quizá pueda serle útil para desengañarlos. Soy ciego y no puedo juzgar de su semblante, pero hay algo en sus palabras que me persuade de que es usted sincero. Soy pobre y desterrado, pero me dará verdadero placer ser de algún

modo útil a una criatura humana."

»"¡Hombre excelente! Se lo agradezco y acepto su generosa oferta. Me levanta del polvo con esta bondad; y confío en que, con su ayuda, no seré expulsado de la sociedad y simpatía de sus semejantes."

»"¡Dios no lo quiera! Aunque fuera usted realmente criminal, pues eso solo podría llevarlo a la desesperación y no instigarlo a la virtud. Yo también soy desafortunado; mi familia y yo hemos sido condenados, aunque inocentes; juzgue, pues, si no siento sus desgracias."

»"¿Cómo agradecerle, mi mejor y único benefactor? De sus labios he oído por primera vez la voz de la bondad dirigida hacia mí; le estaré eternamente agradecido; y su presente humanidad me asegura el éxito con esos amigos a quienes estoy a punto de encontrar."

»"¿Puedo saber los nombres y la residencia de esos amigos?"

»Hice una pausa. Este, pensé, era el momento de la decisión, que iba a robarme o a darme la felicidad para siempre. Luché en vano por la firmeza suficiente para responderle, pero el esfuerzo destruyó todas mis fuerzas restantes; me hundí en la silla y sollocé en voz alta. En ese momento oí los pasos de mis protectores más jóvenes. No tenía un momento que perder, pero, asiendo la mano del anciano, grité: "¡Ahora es el momento! ¡Sálveme y protéjame! Usted y su familia son los amigos que busco. ¡No me abandone en la hora de la prueba!"

»"¡Gran Dios! —exclamó el anciano—. ¿Quién es usted?"

»En ese instante se abrió la puerta de la casita, y entraron Félix, Safie y Ágata. ¿Quién puede describir su horror y consternación al verme? Ágata se desmayó, y Safie, incapaz de atender a su amiga, salió corriendo de la casita. Félix se lanzó adelante y con fuerza sobrenatural me arrancó de su padre, a cuyas rodillas me aferraba; en un arrebato de furia, me arrojó al suelo y me golpeó violentamente con un palo. Podría haberlo desgarrado miembro a miembro, como el león despedaza al antílope. Pero el corazón se me hundió dentro como con amarga náusea, y me contuve. Lo vi a punto de repetir su golpe cuando, vencido por el dolor y la angustia, abandoné la casita y, en el tumulto general, escapé sin ser notado a mi cobertizo.»

CAPÍTULO XVI

«¡Maldito, maldito creador! ¿Por qué viví? ¿Por qué, en aquel instante, no extinguí la chispa de existencia que tan caprichosamente me habías dado? No lo sé; la desesperación aún no se había apoderado de mí; mis sentimientos eran de rabia y venganza. Con placer habría podido destruir la casita y sus habitantes y saciarme con sus chillidos y su miseria.

»Cuando llegó la noche dejé mi retiro y vagué por el bosque; y ahora, ya no refrenado por el miedo al descubrimiento, di rienda suelta a mi angustia en aullidos pavorosos. Era como una bestia salvaje que hubiera roto las redes, destruyendo los objetos que me estorbaban y recorriendo el bosque con una rapidez de ciervo. ¡Oh! ¡Qué noche miserable pasé! Las frías estrellas brillaban en burla, y los árboles desnudos agitaban sus ramas sobre mí; de vez en cuando estallaba la dulce voz de un pájaro en medio de la quietud universal. Todos, salvo yo, estaban en reposo o disfrute; yo, como el arcidemonio, llevaba un infierno dentro, y, sintiéndome sin simpatía, deseaba arrancar los árboles, esparcir estrago y destrucción a mi alrededor, y luego sentarme y gozar de la ruina.

»Pero esto era un lujo de sensación que no podía durar; me fatigué de exceso de esfuerzo corporal y me hundí en la hierba húmeda en la enfermiza impotencia de la desesperación. No había nadie entre las miríadas de hombres que existían que me compadeciera o ayudara; ¿y

debía yo sentir bondad hacia mis enemigos? No: desde ese momento declaré guerra eterna a la especie y, más que a todos, a aquel que me había formado y me había enviado a esta insoportable miseria.

»Salió el sol; oí voces de hombres y supe que era imposible volver a mi retiro durante ese día. Me oculté, pues, en unos espesos matorrales, resuelto a dedicar las horas siguientes a reflexionar sobre mi situación.

»El agradable sol y el aire puro del día me devolvieron cierto grado de tranquilidad; y cuando consideré lo ocurrido en la casita, no pude menos de creer que había sido demasiado precipitado en mis conclusiones. Ciertamente había obrado imprudentemente. Era evidente que mi conversación había interesado al padre en mi favor, y fui un necio al exponer mi persona al horror de sus hijos. Debía haber familiarizado conmigo al viejo De Lacey, y poco a poco haberme dado a conocer al resto de su familia, cuando estuvieran preparados para mi aproximación. Pero no creía irremediables mis errores, y tras mucha consideración resolví volver a la casita, buscar al anciano y ganarlo a mi partido con mis razones.

»Estos pensamientos me calmaron, y por la tarde me hundí en un profundo sueño; pero la fiebre de mi sangre no permitió que me visitaran sueños apacibles. La horrible escena del día anterior se representaba sin cesar ante mis ojos; las mujeres huían y el enfurecido Félix me arrancaba de los pies de su padre. Desperté exhausto y, viendo que ya era de noche, salí a rastras de mi escondite y fui en busca de comida.

»Cuando mi hambre se hubo aplacado, dirigí mis pasos hacia el conocido sendero que conducía a la casita. Allí todo estaba en paz. Me arrastré a mi cobertizo y permanecí en silenciosa espera de la hora acostumbrada en que se levantaba la familia. Esa hora pasó, el sol subió alto en los cielos, pero los campesinos no aparecieron. Temblé violentamente, aprehendiendo alguna espantosa desgracia. El interior de la casita estaba oscuro y no oí movimiento alguno; no puedo describir la agonía de este suspenso.

»Poco después pasaron dos campesinos, pero, deteniéndose cerca de la casita, entraron en conversación, con violentos ademanes; pero no entendí lo que decían, pues hablaban la lengua del país, que difería de la de mis protectores. Poco después, sin embargo, se acercó Félix con otro hombre; me sorprendí, pues sabía que no había salido de la casita esa mañana, y esperé ansiosamente descubrir por su discurso el significado de estas insólitas apariencias.

»"¿Se da cuenta —le decía su compañero— de que se verá obligado a pagar tres meses de alquiler y a perder el producto de su huerto? No deseo aprovecharme injustamente, y le ruego, por tanto, que se tome unos días para pensar en su determinación."

»"Es del todo inútil —replicó Félix—; nunca más podremos habitar su casita. La vida de mi padre está en el mayor peligro, debido a la espantosa circunstancia que le he relatado. Mi esposa y mi hermana no se recobrarán jamás de su horror. Le suplico que no razone más

conmigo. Tome posesión de su vivienda y déjeme huir de este lugar."

»Félix temblaba violentamente al decir esto. Él y su compañero entraron en la casita, donde permanecieron unos minutos, y luego se marcharon. Nunca volví a ver a ningún miembro de la familia De Lacey.

»Continué el resto del día en mi cobertizo en un estado de absoluta y estúpida desesperación. Mis protectores se habían ido y habían roto el único vínculo que me ataba al mundo. Por primera vez los sentimientos de venganza y odio llenaron mi pecho, y no me esforcé por controlarlos, sino que, dejándome llevar por la corriente, incliné mi mente hacia el daño y la muerte. Cuando pensaba en mis amigos, en la voz suave de De Lacey, los ojos gentiles de Ágata y la exquisita belleza de la árabe, estos pensamientos se desvanecían y un chorro de lágrimas me aliviaba algo. Pero de nuevo, cuando reflexionaba en que me habían despreciado y abandonado, volvía la ira, una furia de ira, e incapaz de dañar nada humano, volví mi furor hacia objetos inanimados. Al avanzar la noche, coloqué una variedad de combustibles alrededor de la casita y, tras destruir todo vestigio de cultivo en el huerto, esperé con impaciencia forzada hasta que la luna se hundió para comenzar mis operaciones.

»Al avanzar la noche, un viento fiero se levantó de los bosques y dispersó pronto las nubes que se habían demorado en los cielos; la ráfaga corría como una poderosa avalancha y produjo una especie de demencia en mi espíritu que rompió todos los límites de la razón y la

reflexión. Encendí la rama seca de un árbol y bailé con furor alrededor de la casita condenada, con los ojos aún fijos en el horizonte occidental, cuyo borde la luna casi tocaba. Una parte de su orbe se ocultó al fin, y agité mi tizón; se hundió, y con un fuerte grito prendí fuego a la paja, el brezo y los arbustos que había reunido. El viento atizó el fuego, y la casita fue pronto envuelta por las llamas, que se aferraban a ella y la lamían con sus lenguas bífidas y destructoras.

»Tan pronto como me convencí de que ninguna ayuda podría salvar parte alguna de la vivienda, abandoné la escena y busqué refugio en los bosques.

»Y ahora, con el mundo ante mí, ¿adónde dirigiría mis pasos? Resolví huir lejos de la escena de mis desgracias; pero para mí, odiado y despreciado, todo país debía ser igualmente horrible. Al fin el pensamiento de ti cruzó mi mente. Supe por tus papeles que eras mi padre, mi creador; ¿y a quién podría acudir con más propiedad que a aquel que me había dado la vida? Entre las lecciones que Félix había dado a Safie no se había omitido la geografía; había aprendido de ellas las situaciones relativas de los diferentes países de la tierra. Habías mencionado Ginebra como el nombre de tu ciudad natal, y hacia este lugar resolví dirigirme.

»Pero ¿cómo iba a orientarme? Sabía que debía viajar en dirección suroeste para llegar a mi destino, pero el sol era mi única guía. No conocía los nombres de las ciudades por las que debía pasar, ni podía pedir información a un solo ser humano; pero no desesperé. Solo de ti podía esperar

socorro, aunque hacia ti no sentía sentimiento sino el de odio. ¡Insensible, despiadado creador! Me habías dotado de percepciones y pasiones y luego me habías arrojado al mundo como objeto del desprecio y el horror de la humanidad. Pero solo sobre ti tenía yo algún derecho a compasión y reparación, y de ti decidí buscar esa justicia que en vano intenté ganar de cualquier otro ser que llevara la forma humana.

»Mis viajes fueron largos y los sufrimientos que soporté, intensos. Era tarde en el otoño cuando dejé el distrito en que tanto tiempo había residido. Viajaba solo de noche, temeroso de encontrar el rostro de un ser humano. La naturaleza decaía a mi alrededor, y el sol se volvió sin calor; llovía y nevaba en torno mío; poderosos ríos estaban helados; la superficie de la tierra era dura, fría y desnuda, y no hallaba refugio. ¡Oh, tierra! ¡Cuántas veces imprequé maldiciones sobre la causa de mi ser! La mansedumbre de mi naturaleza había huido, y todo dentro de mí se había convertido en hiel y amargura. Cuanto más me acercaba a tu morada, más hondamente sentía encenderse en mi corazón el espíritu de venganza. Nevaba, y las aguas se endurecían, pero yo no descansaba. Unos pocos incidentes de tanto en tanto me orientaban, y poseía un mapa del país; pero a menudo me desviaba mucho de mi camino. La agonía de mis sentimientos no me permitía respiro; no ocurría incidente del que mi rabia y miseria no pudieran extraer su alimento; pero una circunstancia que sucedió cuando llegué a los confines de Suiza, cuando el sol había recobrado su calor y la tierra empezaba a verdear de nuevo, confirmó de modo especial la amargura y el horror

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

de mis sentimientos.

»Generalmente descansaba durante el día y viajaba solo cuando la noche me aseguraba de la vista del hombre. Una mañana, sin embargo, al hallar que mi camino pasaba por un bosque profundo, me aventuré a continuar mi viaje después de salir el sol; el día, que era uno de los primeros de la primavera, me alegró incluso a mí con la belleza de su luz y la suavidad del aire. Sentí que emociones de gentileza y placer, que parecían muertas hacía tiempo, revivían en mí. Medio sorprendido por la novedad de estas sensaciones, me dejé llevar por ellas y, olvidando mi soledad y deformidad, osé ser feliz. Suaves lágrimas bañaron de nuevo mis mejillas, y hasta alcé mis ojos húmedos con gratitud hacia el bendito sol, que me concedía tal alegría.

»Seguí serpenteando por los senderos del bosque hasta llegar a su límite, que bordeaba un río profundo y rápido, en el cual muchos de los árboles inclinaban sus ramas, ahora brotando con la fresca primavera. Aquí me detuve, sin saber exactamente qué camino seguir, cuando oí el sonido de voces que me indujo a ocultarme bajo la sombra de un ciprés. Apenas me había escondido cuando una muchacha vino corriendo hacia el lugar donde yo estaba oculto, riendo, como si huyera de alguien en broma. Continuó su carrera por los flancos escarpados del río, cuando de repente se le resbaló el pie y cayó en la corriente rápida. Salí de golpe de mi escondite y, con extremo trabajo, por la fuerza de la corriente, la salvé y la arrastré a la orilla. Estaba sin sentido, y procuré por todos

los medios a mi alcance devolverle la animación, cuando fui interrumpido de repente por la aproximación de un rústico, que era probablemente la persona de quien ella había huido en broma. Al verme, se lanzó hacia mí y, arrancando a la muchacha de mis brazos, se apresuró hacia las partes más profundas del bosque. Lo seguí rápidamente, sin saber apenas por qué; pero cuando el hombre me vio acercarme, apuntó a mi cuerpo una escopeta que llevaba y disparó. Caí al suelo, y mi agresor, con mayor rapidez, escapó al bosque.

»¡Esta era, pues, la recompensa de mi benevolencia! Había salvado a un ser humano de la destrucción y, como recompensa, me retorcía ahora bajo el miserable dolor de una herida que destrozaba carne y hueso. Los sentimientos de bondad y gentileza que había albergado pocos momentos antes dieron lugar a una rabia infernal y a rechinar de dientes. Inflamado por el dolor, juré odio eterno y venganza a toda la humanidad. Pero la agonía de mi herida me venció; mi pulso se detuvo y me desmayé.

»Durante algunas semanas llevé una vida miserable en los bosques, procurando curar la herida que había recibido. La bala había entrado en mi hombro, y no sabía si se había quedado allí o había pasado de parte a parte; en todo caso no tenía medios de extraerla. Mis sufrimientos aumentaban también por el opresivo sentido de la injusticia e ingratitud de su inflicción. Mis votos diarios se elevaban por venganza: una venganza profunda y mortal, tal que sola compensaría los ultrajes y la angustia que había soportado.

»Tras algunas semanas mi herida sanó, y continué mi viaje. Las fatigas que soportaba ya no podían ser aliviadas por el sol brillante ni las suaves brisas de la primavera; toda alegría era sólo una burla que insultaba mi desolado estado y me hacía sentir más dolorosamente que no estaba hecho para el goce del placer.

»Pero mis fatigas se acercaban ahora a su fin, y a los dos meses de entonces llegué a los alrededores de Ginebra.

»Era de tarde cuando llegué, y me retiré a un escondite entre los campos que la rodean para meditar de qué manera debía dirigirme a ti. Me oprimían la fatiga y el hambre y era demasiado desdichado para disfrutar de las suaves brisas de la tarde o de la perspectiva del sol poniéndose tras las estupendas montañas del Jura.

»En ese momento un leve sueño me alivió del dolor de la reflexión, que fue turbado por la aproximación de un hermoso niño, que vino corriendo al hueco que yo había elegido, con todo el retozo de la infancia. De repente, mientras lo contemplaba, me asaltó la idea de que esta pequeña criatura no tenía prejuicios y había vivido demasiado poco para haber absorbido un horror a la deformidad. Si, por tanto, pudiera apresarlo y educarlo como mi compañero y amigo, no estaría tan desolado en esta tierra poblada.

»Impulsado por este arrebato, me apoderé del muchacho cuando pasaba y lo atraje hacia mí. En cuanto vio mi forma, se puso las manos ante los ojos y lanzó un agudo chillido; le aparté a la fuerza la mano del rostro y dije: “Niño, ¿qué significa esto? No pienso hacerte daño;

escúchame.”

»Él forcejeó violentamente. “¡Suélteme! —gritó—. ¡Monstruo! ¡Desdichado feo! Quiere comerme y despedazarme. Es usted un ogro. Suélteme, o se lo diré a mi papá.”

»“Muchacho, nunca volverás a ver a tu padre; debes venir conmigo.”

»“¡Horrible monstruo! ¡Suélteme! Mi papá es síndico: es el señor Frankenstein: ¡él lo castigará! No se atreve a retenerme.”

»“¡Frankenstein! Perteneces, pues, a mi enemigo, a aquel contra quien he jurado venganza eterna; serás mi primera víctima.”

»El niño seguía forcejeando y me cargaba de epítetos que llevaban la desesperación a mi corazón; le agarré la garganta para silenciarlo, y en un momento yacía muerto a mis pies.

»Contemplé a mi víctima, y mi corazón se hinchó de exultación y triunfo infernal; dando palmadas, exclamé: “Yo también puedo crear desolación; mi enemigo no es invulnerable; esta muerte le llevará la desesperación, y mil otras miserias lo atormentarán y destruirán”.

»Al fijar los ojos en el niño, vi algo que relucía en su pecho. Lo tomé; era el retrato de una mujer hermosísima. A pesar de mi malignidad, me ablandó y me atrajo. Por unos momentos contemplé con deleite sus ojos oscuros, orlados de profundas pestañas, y sus lindos labios; pero enseguida volvió mi rabia; recordé que estaba privado

para siempre de los deleites que tan hermosas criaturas podían conceder y que aquella cuya semejanza contemplaba, al mirarme a mí, habría cambiado ese aire de divina benignidad por uno expresivo de asco y espanto.

»¿Puedes extrañarte de que tales pensamientos me transportaran de rabia? Solo me extraño de que en aquel momento, en lugar de desahogar mis sensaciones en exclamaciones y agonía, no me lanzara entre la humanidad y pereciera en el intento de destruirla.

»Mientras me dominaban estos sentimientos, dejé el lugar donde había cometido el asesinato y, buscando un escondite más apartado, entré en un granero que me había parecido vacío. Una mujer dormía sobre algo de paja; era joven, no tan hermosa, en verdad, como aquella cuyo retrato tenía, pero de aspecto agradable y floreciente en el encanto de la juventud y la salud. Aquí, pensé, hay una de esas cuyas sonrisas, que dan alegría, se conceden a todos menos a mí. Y entonces me incliné sobre ella y susurré: “Despierta, bella, tu amante está cerca, aquel que daría su vida solo por obtener una mirada de afecto de tus ojos; amada mía, ¡despierta!”.

»La durmiente se movió; un estremecimiento de terror me recorrió. ¿Y si despertaba, y me veía, y me maldecía y denunciaba al asesino? Así actuaría ciertamente si sus ojos oscurecidos se abrieran y me vieran. El pensamiento era locura; agitó al demonio dentro de mí: no yo, sino ella sufrirá; el asesinato que he cometido, porque estoy para siempre privado de todo lo que ella podía darme, ella lo expiará. El crimen tuvo su fuente en ella; ¡suyo sea el

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

castigo! Gracias a las lecciones de Félix y a las leyes sanguinarias del hombre, había aprendido ya a obrar el mal. Me incliné sobre ella y coloqué el retrato con seguridad en uno de los pliegues de su vestido. Ella se movió de nuevo, y huí.

»Durante algunos días rondé el lugar donde habían tenido lugar estas escenas, a veces deseando verte, a veces resuelto a dejar el mundo y sus miserias para siempre. Al fin vagué hacia estas montañas, y he recorrido sus inmensos recovecos, consumido por una pasión ardiente que tú solo puedes satisfacer. No nos separaremos hasta que me hayas prometido cumplir mi demanda. Estoy solo y soy miserable; el hombre no querrá tratar conmigo; pero una tan deforme y horrible como yo no se negaría a mí. Mi compañera debe ser de la misma especie y tener los mismos defectos. Este ser debes crearlo tú.»

CAPÍTULO XVII

El ser terminó de hablar y fijó sus ojos en mí en espera de una respuesta. Pero yo estaba aturdido, perplejo e incapaz de ordenar mis ideas lo bastante para entender toda la extensión de su propuesta. Continuó:

«Debes crear para mí una hembra con quien pueda vivir en el intercambio de esas simpatías necesarias para mi ser. Esto solo tú puedes hacerlo, y te lo exijo como un derecho que no debes negarte a conceder.»

La última parte de su relato había encendido de nuevo en mí la ira que se había extinguido mientras narraba su vida pacífica entre los campesinos, y al decir esto ya no pude reprimir la rabia que ardía en mí.

«Me niego —respondí—; y ninguna tortura me arrancará jamás un consentimiento. Puedes hacerme el más miserable de los hombres, pero nunca me harás vil a mis propios ojos. ¿Crearé otro como tú, cuya maldad unida podría desolar el mundo? ¡Fuera! Te he respondido; puedes torturarme, pero nunca consentiré.»

«Te equivocas —replicó el demonio—; y en lugar de amenazar, me contento con razonar contigo. Soy malicioso porque soy miserable. ¿No me rehúye y odia toda la humanidad? Tú, mi creador, me harías pedazos y triunfarías; recuérdalo, y dime por qué debo yo compadecer al hombre más de lo que él me compadece a mí. No lo llamarías asesinato si pudieras precipitarme en

una de esas grietas de hielo y destruir mi cuerpo, obra de tus propias manos. ¿Respetaré al hombre cuando me condena? Que viva conmigo en el intercambio de bondad, y en lugar de daño le concedería todo beneficio con lágrimas de gratitud por su aceptación. Pero eso no puede ser; los sentidos humanos son barreras insuperables a nuestra unión. Sin embargo, la mía no será la sumisión de la esclavitud abyecta. Vengaré mis agravios; si no puedo inspirar amor, causaré miedo, y principalmente hacia ti, mi archienemigo, porque mi creador, juro odio inextinguible. Ten cuidado; trabajaré en tu destrucción y no terminaré hasta desolar tu corazón, de modo que maldigas la hora de tu nacimiento.»

Una rabia diabólica lo animaba al decir esto; su rostro se arrugó en contorsiones demasiado horribles para ser contempladas por ojos humanos; pero enseguida se calmó y prosiguió:

«Pensaba razonar. Esta pasión me es perjudicial, pues no reflexionas que eres la causa de su exceso. Si algún ser sintiera emociones de benevolencia hacia mí, se las devolvería cien y cien veces; ¡por amor de esa sola criatura haría las paces con toda la especie! Pero ahora me entrego a sueños de dicha que no pueden realizarse. Lo que te pido es razonable y moderado; exijo una criatura de otro sexo, pero tan horrenda como yo; la gratificación es pequeña, pero es todo lo que puedo recibir, y me contentará. Es cierto, seremos monstruos, aislados de todo el mundo; pero por eso mismo estaremos más unidos uno a otro. Nuestras vidas no serán felices, pero serán

inofensivas y libres de la miseria que ahora siento. ¡Oh, mi creador, hazme feliz; déjame sentir gratitud hacia ti por un beneficio! Déjame ver que excito la simpatía de algún ser existente; ¡no me niegues mi petición!»

Me conmoví. Me estremecí al pensar en las posibles consecuencias de mi consentimiento, pero sentí que había cierta justicia en su argumento. Su relato y los sentimientos que ahora expresaba lo mostraban criatura de finas sensaciones, y ¿no le debía yo, como su hacedor, toda la porción de felicidad que estaba en mi poder darle? Vio mi cambio de sentimiento y continuó:

«Si consientes, ni tú ni ningún otro ser humano nos verá jamás; me iré a los vastos páramos de Sudamérica. Mi alimento no es el del hombre; no destruyo al cordero ni al cabrito para saciar mi apetito; bellotas y bayas me dan suficiente sustento. Mi compañera será de la misma naturaleza que yo y se contentará con la misma comida. Haremos nuestro lecho de hojas secas; el sol brillará sobre nosotros como sobre el hombre y madurará nuestro alimento. El cuadro que te presento es pacífico y humano, y debes sentir que solo podrías negarlo por capricho de poder y crueldad. Sin piedad como has sido conmigo, veo ahora compasión en tus ojos; déjame aprovechar el momento favorable y persuadirte a que prometas lo que tan ardientemente deseo.»

«Propones —repliqué— huir de las moradas del hombre, habitar esos páramos donde las bestias del campo serán tus únicas compañeras. ¿Cómo puedes tú, que anhelas el amor y la simpatía del hombre, perseverar en este

destierro? Volverás y buscarás de nuevo su bondad, y encontrarás su detestación; tus malas pasiones se renovarán, y tendrás entonces una compañera que te ayude en la tarea de destrucción. Esto no puede ser; deja de discutir el punto, pues no puedo consentir.»

«¡Cuán inconstantes son tus sentimientos! Hace un momento te conmovían mis razones, ¿y por qué te endureces de nuevo a mis quejas? Te juro, por la tierra que habito y por ti que me hiciste, que con la compañera que me otorgues dejaré la vecindad del hombre y habitaré, donde sea, el más salvaje de los lugares. ¡Mis malas pasiones habrán huido, pues encontraré simpatía! Mi vida fluirá serenamente, y en mis momentos postreros no maldeciré a mi hacedor.»

Sus palabras tuvieron un extraño efecto en mí. Lo compadecí y a veces sentí el deseo de consolarlo, pero cuando lo miraba, cuando veía la inmunda masa que se movía y hablaba, mi corazón se revolvía y mis sentimientos se alteraban hacia el horror y el odio. Traté de sofocar estas sensaciones; pensé que, como no podía simpatizar con él, no tenía derecho a negarle la pequeña porción de felicidad que aún estaba en mi poder darle.

«Juras —dije— ser inofensivo; ¿pero no has mostrado ya un grado de malicia que razonablemente debería hacerme desconfiar de ti? ¿No podría ser incluso esto una treta que aumentara tu triunfo al ofrecer un campo más amplio a tu venganza?»

«¿Cómo es esto? No se puede jugar conmigo, y exijo una respuesta. Si no tengo lazos ni afectos, el odio y el vicio

serán mi suerte; el amor de otra destruirá la causa de mis crímenes, y llegaré a ser una cosa de cuya existencia todos ignorarán. Mis vicios son hijos de una soledad forzada que aborrezco, y mis virtudes surgirán necesariamente cuando viva en comunión con una igual. Sentiré los afectos de un ser sensible y quedaré enlazado a la cadena de existencia y acontecimientos de la que ahora estoy excluido.»

Hice una pausa de algún tiempo para reflexionar sobre todo lo que había relatado y los diversos argumentos que había empleado. Pensé en la promesa de virtudes que había mostrado al abrirse su existencia y el posterior marchitamiento de todo buen sentimiento por el asco y el desprecio que sus protectores le habían manifestado. Su poder y sus amenazas no se omitían en mis cálculos; una criatura que podía existir en las cuevas de hielo de los glaciares y esconderse de la persecución entre los riscos de precipicios inaccesibles era un ser que poseía facultades con las que sería vano medirse. Tras una larga pausa de reflexión concluí que la justicia debida tanto a él como a mis semejantes exigía de mí que accediera a su petición. Volviéndome a él, pues, dije:

«Consiento en tu demanda, bajo tu solemne juramento de abandonar Europa para siempre, y todo otro lugar en la vecindad del hombre, tan pronto como yo entregue en tus manos una hembra que te acompañe en tu destierro.»

«Juro —exclamó— por el sol, y por el azul cielo del firmamento, y por el fuego de amor que arde en mi corazón, que si concedes mi ruego, mientras existan no volverás a verme. Parte a tu hogar y comienza tus labores;

observaré su progreso con inefable ansiedad; y no temas, que cuando estés listo apareceré.»

Diciendo esto, me dejó de repente, temeroso quizá de algún cambio en mis sentimientos. Lo vi descender la montaña con mayor velocidad que el vuelo de un águila, y pronto se perdió entre las ondulaciones del mar de hielo.

Su relato había ocupado el día entero, y el sol estaba al borde del horizonte cuando partió. Sabía que debía apresurar mi descenso hacia el valle, pues pronto me envolvería la oscuridad; pero mi corazón estaba pesado y mis pasos lentos. El trabajo de serpentear entre los senderillos de la montaña y afirmar firmemente los pies al avanzar me desconcertaba, ocupado como estaba por las emociones que los sucesos del día habían producido. La noche estaba muy avanzada cuando llegué al lugar de descanso a mitad de camino y me senté junto a la fuente. Las estrellas brillaban a intervalos al pasar las nubes por encima de ellas; los pinos oscuros se alzaban ante mí, y aquí y allá yacía en el suelo un árbol roto; era una escena de maravillosa solemnidad y agitó extraños pensamientos en mí. Lloré amargamente y, juntando las manos en agonía, exclamé: «¡Oh! Estrellas y nubes y vientos, todos ustedes están a punto de burlarse de mí; si de veras me compadecen, aplasten la sensación y la memoria; déjenme volverme nada; pero si no, márchense, márchense y déjenme en la oscuridad».

Eran pensamientos salvajes y miserables, pero no puedo describiros cómo me pesaba el eterno centelleo de las estrellas y cómo escuchaba cada ráfaga de viento como si

fuera un sordo y feo siroco que venía a consumirme.

Amanecía antes de que llegara a la aldea de Chamonix; no tomé descanso, sino que volví de inmediato a Ginebra. Ni siquiera en mi propio corazón podía dar expresión a mis sensaciones: pesaban sobre mí con peso de montaña, y su exceso destruía mi agonía bajo ellas. Así volví a casa y, entrando en la casa, me presenté a la familia. Mi aspecto macilento y extraviado despertó intensa alarma, pero no contesté pregunta alguna, apenas hablé. Me sentía como puesto bajo un anatema, como si no tuviera derecho a reclamar su simpatía, como si nunca más pudiera gozar de su compañía. Sin embargo, aun así los amaba hasta la adoración; y, para salvarlos, resolví dedicarme a mi más aborrecida tarea. La perspectiva de tal ocupación hacía pasar ante mí toda otra circunstancia de la existencia como un sueño, y solo ese pensamiento tenía para mí la realidad de la vida.

CAPÍTULO XVIII

Día tras día, semana tras semana, pasaron a mi regreso a Ginebra; y no podía reunir el valor para reanudar mi trabajo. Temía la venganza del demonio defraudado, pero no podía vencer mi repugnancia a la tarea que se me había impuesto. Descubrí que no podía componer una hembra sin dedicar de nuevo varios meses a profundo estudio y laboriosa investigación. Había oído de algunos descubrimientos hechos por un filósofo inglés, cuyo conocimiento era material para mi éxito, y a veces pensaba en obtener el consentimiento de mi padre para visitar Inglaterra con ese fin; pero me aferraba a todo pretexto de dilación y rehuía dar el primer paso en una empresa cuya necesidad inmediata empezaba a parecerme menos absoluta. Un cambio, en verdad, se había producido en mí; mi salud, que hasta entonces había declinado, estaba ahora muy restablecida; y mi ánimo, cuando no lo frenaba el recuerdo de mi desdichada promesa, se elevaba proporcionalmente. Mi padre vio este cambio con placer, y volvió sus pensamientos hacia el mejor método de desarraigar los restos de mi melancolía, que de vez en cuando volvía a golpes y con una negrura devoradora ensombrecía el sol que se aproximaba. En estos momentos me refugiaba en la más perfecta soledad. Pasaba días enteros en el lago, solo en un botecito, observando las nubes y escuchando el rizarse de las olas, silencioso y desganado. Pero el aire fresco y el sol brillante rara vez

dejaban de devolverme cierto grado de compostura, y a mi regreso respondía a los saludos de mis amigos con una sonrisa más pronta y un corazón más alegre.

Fue tras volver de una de estas excursiones cuando mi padre, llamándome aparte, me habló así:

«Me alegra observar, mi querido hijo, que has reanudado tus placeres anteriores y pareces volver a ti mismo. Y sin embargo sigues siendo infeliz y sigues evitando nuestra sociedad. Durante algún tiempo me perdí en conjeturas sobre la causa de esto, pero ayer me asaltó una idea, y si está bien fundada, te conjuro a que la confieses. La reserva en tal punto no solo sería inútil, sino que atraería una triple desdicha sobre todos nosotros.»

Temblé violentamente ante su exordio, y mi padre continuó:

«Confieso, hijo mío, que siempre he esperado tu matrimonio con nuestra querida Elizabeth como el lazo de nuestro bienestar doméstico y el sostén de mis años declinantes. Estuvieron ligados el uno al otro desde su más tierna infancia; estudiaron juntos y parecían, en disposiciones y gustos, enteramente adecuados el uno al otro. Pero tan ciega es la experiencia del hombre que lo que concebí como los mejores auxiliares de mi plan puede haberlo destruido por completo. Tú, quizá, la consideras tu hermana, sin deseo alguno de que llegue a ser tu esposa. Más aún, puedes haber encontrado a otra a quien amar; y considerándote ligado en honor a Elizabeth, esta lucha puede ocasionar la aguda desdicha que pareces sentir.»

«Mi querido padre, tranquilízate. Amo a mi prima tierna y sinceramente. Nunca vi mujer que excitara, como Elizabeth, mi más cálida admiración y afecto. Mis futuras esperanzas y perspectivas están enteramente ligadas a la expectativa de nuestra unión.»

«La expresión de tus sentimientos sobre este asunto, mi querido Víctor, me da más placer del que he experimentado en algún tiempo. Si sientes así, seremos ciertamente felices, por más que los sucesos presentes echen una sombra sobre nosotros. Pero es esta sombra, que parece haberse apoderado tan fuertemente de tu mente, la que deseo disipar. Dime, pues, si te opones a una inmediata solemnización del matrimonio. Hemos sido desafortunados, y los recientes sucesos nos han sacado de esa tranquilidad cotidiana propia de mis años y achaques. Tú eres más joven; sin embargo, no supongo, poseyendo como posees una fortuna holgada, que un matrimonio temprano interfiera en modo alguno con los planes futuros de honor y utilidad que hayas formado. No supongas, sin embargo, que deseo dictarte la felicidad ni que una dilación de tu parte me causaría seria inquietud. Interpreta mis palabras con franqueza y respóndeme, te lo suplico, con confianza y sinceridad.»

Escuché a mi padre en silencio y permanecí algún tiempo incapaz de ofrecer respuesta alguna. Revolví rápidamente en mi mente una multitud de pensamientos y traté de llegar a alguna conclusión. ¡Ay! Para mí, la idea de una unión inmediata con mi Elizabeth era de horror y consternación. Estaba ligado por una solemne promesa

que aún no había cumplido y no osaba romper, o, si lo hacía, ¡qué múltiples desdichas no podrían cernirse sobre mí y mi devota familia! ¿Podía entrar en una fiesta con este peso mortal aún colgado de mi cuello y doblegándome al suelo? Debía cumplir mi compromiso y dejar partir al monstruo con su compañera antes de permitirme gozar del deleite de una unión de la que esperaba paz.

Recordé también la necesidad que se me imponía de viajar a Inglaterra o de entrar en larga correspondencia con aquellos filósofos de ese país cuyos conocimientos y descubrimientos eran de uso indispensable para mí en mi empresa actual. El último método de obtener la información deseada era lento e insatisfactorio; además, tenía una aversión insuperable a la idea de entregarme a mi repugnante tarea en la casa de mi padre mientras estaba en trato familiar con los que amaba. Sabía que mil accidentes temibles podían ocurrir, el más leve de los cuales revelaría un relato capaz de estremecer de horror a todos los míos. Era consciente también de que a menudo perdería todo dominio de mí, toda capacidad de ocultar las desgarradoras sensaciones que me poseerían durante el avance de mi ocupación sobrenatural. Debía ausentarme de todo lo que amaba mientras estuviera así empleado. Una vez comenzada, se acabaría pronto, y podría ser restituido a mi familia en paz y felicidad. Cumplida mi promesa, el monstruo partiría para siempre. O (así lo imaginaba mi tierna fantasía) algún accidente podría entretanto ocurrir para destruirlo y poner fin a mi esclavitud para siempre.

Estos sentimientos dictaron mi respuesta a mi padre. Expresé el deseo de visitar Inglaterra, pero, ocultando las verdaderas razones de esta petición, revestí mis deseos con un disfraz que no suscitó sospecha, mientras urgía mi deseo con un ahínco que indujo fácilmente a mi padre a ceder. Tras tan largo período de una melancolía absorbente que se parecía a la locura en su intensidad y efectos, se alegró de encontrar que yo era capaz de complacerme en la idea de tal viaje, y esperaba que el cambio de escena y la diversión variada me hubieran devuelto por completo a mí mismo antes de mi regreso.

La duración de mi ausencia se dejó a mi elección; unos pocos meses, o a lo sumo un año, era el período previsto. Una paternal y amable precaución había tomado para asegurar que tuviera un compañero. Sin comunicármelo previamente, había dispuesto, de acuerdo con Elizabeth, que Clerval se me uniera en Estrasburgo. Esto interfería con la soledad que codiciaba para la prosecución de mi tarea; sin embargo, al comienzo de mi viaje, la presencia de mi amigo no podía ser en modo alguno un impedimento, y en verdad me alegré de que así se me ahorraran muchas horas de solitaria y enloquecedora reflexión. Más aún, Enrique podría interponerse entre mí y la intrusión de mi enemigo. Si estuviera solo, ¿no me impondría a veces su aborrecida presencia para recordarme mi tarea o para contemplar su progreso?

A Inglaterra, pues, estaba destinado, y se entendió que mi unión con Elizabeth tendría lugar inmediatamente a mi regreso. La edad de mi padre lo hacía sumamente reacio a

la demora. Por mi parte, había una recompensa que me prometía de mis detestados trabajos, un consuelo por mis inigualados sufrimientos: era la perspectiva de aquel día en que, liberado de mi miserable esclavitud, pudiera reclamar a Elizabeth y olvidar el pasado en mi unión con ella.

Hice ahora los preparativos de mi viaje, pero un sentimiento me obsesionaba que me llenaba de miedo y agitación. Durante mi ausencia dejaría a mis amigos inconscientes de la existencia de su enemigo y desprotegidos de sus ataques, exasperado como podía estar por mi partida. Pero había prometido seguirme adondequiera que fuese, ¿y no me acompañaría a Inglaterra? Esta imaginación era espantosa en sí misma, pero tranquilizadora en cuanto suponía la seguridad de mis amigos. Me agonizaba la idea de la posibilidad de que ocurriera lo contrario. Pero durante todo el período en que fui esclavo de mi criatura me dejé gobernar por los impulsos del momento; y mis sensaciones presentes insinuaban con fuerza que el demonio me seguiría y eximiría a mi familia del peligro de sus maquinaciones.

Fue a fines de septiembre cuando dejé de nuevo mi país natal. Mi viaje había sido sugerencia mía, y Elizabeth, por tanto, accedió, pero estaba llena de inquietud ante la idea de que yo sufriera, lejos de ella, los embates de la desdicha y el pesar. Había sido su cuidado el procurarme un compañero en Clerval, y sin embargo un hombre es ciego a mil circunstancias menudas que reclaman la atención solícita de una mujer. Anhelaba pedirme que

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

apresurara mi regreso; mil emociones contrarias la dejaron muda mientras me daba su adiós lloroso y silencioso.

Me arrojé al carruaje que debía llevarme, apenas sabiendo adónde iba y despreocupado de lo que pasaba alrededor. Solo recordé, y fue con amarga angustia como lo pensé, ordenar que se empaquetaran mis instrumentos químicos para ir conmigo. Lleno de lúgubres imaginaciones, pasé por muchas escenas hermosas y majestuosas, pero mis ojos estaban fijos y sin observar. Solo podía pensar en la meta de mis viajes y la obra que debía ocuparme mientras duraran.

Tras algunos días pasados en lánguida indolencia, durante los cuales recorrí muchas leguas, llegué a Estrasburgo, donde esperé dos días a Clerval. Llegó. ¡Ay, cuán grande era el contraste entre nosotros! Estaba atento a cada escena nueva, alegre al ver las bellezas del sol poniente y más feliz al verlo salir y comenzar un nuevo día. Me señalaba los colores cambiantes del paisaje y las apariencias del cielo. «Esto es vivir —exclamaba—; ¡ahora disfruto de la existencia! ¡Pero tú, mi querido Frankenstein, por qué estás abatido y triste!» En verdad, yo estaba ocupado por pensamientos sombríos y no veía ni el descenso de la estrella vespertina ni el dorado amanecer reflejado en el Rin. Y usted, amigo mío, se divertiría mucho más con el diario de Clerval, que observaba el paisaje con ojo de sentimiento y deleite, que escuchando mis reflexiones. Yo, un miserable desdichado, acosado por una maldición que cerraba toda vía al

disfrute.

Habíamos convenido en descender el Rin en barco desde Estrasburgo hasta Róterdam, desde donde podríamos embarcarnos para Londres. Durante este viaje pasamos muchas islas pobladas de sauces y vimos varias hermosas ciudades. Nos detuvimos un día en Mannheim y, al quinto de nuestra salida de Estrasburgo, llegamos a Maguncia. El curso del Rin por debajo de Maguncia se vuelve mucho más pintoresco. El río desciende rápidamente y serpentea entre colinas no altas, pero empinadas y de bellas formas. Vimos muchos castillos en ruinas en los bordes de precipicios, rodeados de bosques negros, altos e inaccesibles. Esta parte del Rin presenta, en verdad, un paisaje singularmente variado. En un lugar se ven colinas escarpadas, castillos en ruinas que dominan tremendos precipicios, con el oscuro Rin precipitándose por debajo; y en la súbita vuelta de un promontorio, florecientes viñedos con verdes orillas en pendiente, un río serpenteante y ciudades populosas ocupan la escena.

Viajamos en la época de la vendimia y oímos el canto de los trabajadores mientras nos deslizábamos corriente abajo. Hasta yo, deprimido de mente y con el ánimo continuamente agitado por sentimientos sombríos, hasta yo me complací. Me tendí en el fondo del barco, y mientras contemplaba el cielo azul sin nubes, me pareció beber una tranquilidad que me había sido extraña mucho tiempo. Y si estas eran mis sensaciones, ¿quién puede describir las de Enrique? Se sentía como si lo hubieran transportado al País de las Hadas y gozaba de una felicidad rara vez

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

probada por el hombre. «He visto —dijo— las escenas más hermosas de mi propio país; he visitado los lagos de Lucerna y de Uri, donde las montañas nevadas descienden casi perpendicularmente al agua, proyectando sombras negras e impenetrables que darían un aspecto lúgubre y triste si no fuera por las islas verdísimas que alivian la vista con su alegre apariencia; he visto este lago agitado por una tempestad, cuando el viento levantaba torbellinos de agua y daba una idea de lo que debe ser la tromba marina en el gran océano; y las olas azotan con furia la base de la montaña, donde el sacerdote y su amante fueron sepultados por una avalancha y donde se dice que sus voces moribundas aún se oyen en las pausas del viento nocturno; he visto las montañas del Valais y el cantón de Vaud; pero este país, Víctor, me agrada más que todas esas maravillas. Las montañas de Suiza son más majestuosas y extrañas, pero hay un encanto en las orillas de este río divino que nunca antes vi igualado. Mira ese castillo que se cierne sobre aquel precipicio; y ese otro en la isla, casi oculto entre el follaje de esos hermosos árboles; y ahora ese grupo de trabajadores que salen de entre sus vides; y esa aldea medio escondida en el hueco de la montaña. Oh, seguramente el espíritu que habita y guarda este lugar tiene un alma más en armonía con el hombre que los que apilan el glaciar o se retiran a las cumbres inaccesibles de las montañas de nuestro propio país.»

¡Clerval! ¡Amado amigo! Aun ahora me deleita registrar tus palabras y detenerme en el elogio que tan eminentemente mereces. Era un ser formado en la «poesía

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

misma de la naturaleza». Su imaginación salvaje y entusiasta estaba templada por la sensibilidad de su corazón. Su alma desbordaba de ardientes afectos, y su amistad era de esa naturaleza devota y maravillosa que los mundanos nos enseñan a buscar solo en la imaginación. Pero ni siquiera las simpatías humanas bastaban para satisfacer su mente ansiosa. El paisaje de la naturaleza exterior, que otros miran solo con admiración, él lo amaba con ardor:

> La catarata sonora
> lo obsesionaba como una pasión: la alta roca,
> la montaña y el bosque hondo y sombrío,
> sus colores y sus formas eran entonces para él
> un apetito, un sentimiento y un amor
> que no necesitaban de un encanto más remoto,
> suplido por el pensamiento, ni de un interés
> no prestado por el ojo.
>
> *(Wordsworth, «Tintern Abbey».)*

¿Y dónde existe ahora? ¿Se ha perdido para siempre este ser gentil y hermoso? ¿Ha perecido esta mente, tan repleta de ideas, de imaginaciones fantásticas y magníficas, que formaba un mundo cuya existencia dependía de la vida de su creador? ¿Existe ahora solo en mi memoria? No, no es así; tu forma, tan divinamente labrada y resplandeciente de belleza, ha decaído, pero tu espíritu aún visita y consuela a tu desdichado amigo.

Perdone este desahogo de dolor; estas palabras ineficaces son solo un leve tributo al inigualado valor de Enrique, pero consuelan mi corazón, rebosante de la angustia que su recuerdo crea. Proseguiré mi relato.

Pasado Colonia, descendimos a las llanuras de Holanda; y resolvimos tomar la posta el resto de nuestro camino, pues el viento era contrario y la corriente del río demasiado suave para ayudarnos.

Nuestro viaje perdió aquí el interés que nacía de los hermosos paisajes, pero llegamos en pocos días a Róterdam, desde donde seguimos por mar a Inglaterra. Fue en una clara mañana, en los últimos días de diciembre, cuando vi por primera vez los blancos acantilados de Britania. Las orillas del Támesis presentaban una escena nueva; eran llanas pero fértiles, y casi cada ciudad estaba marcada por el recuerdo de alguna historia. Vimos el fuerte de Tilbury y recordamos la Armada Invencible, y Gravesend, Woolwich y Greenwich, lugares de los que había oído hablar incluso en mi país.

Al fin vimos las numerosas torres de Londres, San Pablo descollando sobre todas, y la Torre, famosa en la historia inglesa.

CAPÍTULO XIX

Londres era nuestro punto de reposo por entonces; resolvimos permanecer varios meses en esta maravillosa y celebrada ciudad. Clerval deseaba el trato de los hombres de genio y talento que florecían en esta época, pero esto era para mí un objeto secundario; me ocupaba principalmente de los medios de obtener la información necesaria para el cumplimiento de mi promesa y me valí pronto de las cartas de presentación que había traído conmigo, dirigidas a los más distinguidos filósofos naturales.

Si este viaje hubiera tenido lugar en mis días de estudio y felicidad, me habría proporcionado un placer inexpresable. Pero un tizón había caído sobre mi existencia, y yo visitaba a esas personas solo en busca de la información que pudieran darme sobre el tema en que mi interés era tan terriblemente profundo. La compañía me era enojosa; cuando estaba solo, podía llenar mi mente con las vistas del cielo y de la tierra; la voz de Enrique me calmaba, y así podía engañarme con una paz transitoria. Pero rostros atareados, desinteresantes, alegres, devolvían la desesperación a mi corazón. Veía una barrera insuperable puesta entre mí y mis semejantes; esta barrera estaba sellada con la sangre de Guillermo y de Justina, y reflexionar en los sucesos relacionados con esos nombres llenaba mi alma de angustia.

Pero en Clerval veía la imagen de mi antiguo yo; era inquisitivo y ansioso de ganar experiencia e instrucción. La diferencia de costumbres que observaba era para él una fuente inagotable de instrucción y diversión. Perseguía también un objeto que hacía mucho tenía en vista. Su designio era visitar la India, en la creencia de que tenía, en su conocimiento de sus diversas lenguas y en las opiniones que se había formado de su sociedad, los medios de ayudar materialmente al progreso de la colonización y el comercio europeos. Solo en Gran Bretaña podía impulsar la ejecución de su plan. Estaba siempre ocupado, y el único freno a sus goces era mi ánimo triste y abatido. Procuré ocultarlo cuanto pude, para no privarlo de los placeres naturales a quien entraba en una nueva escena de vida, sin la perturbación de ningún cuidado o recuerdo amargo. A menudo me negaba a acompañarlo, alegando otro compromiso, para quedarme solo. Empecé también ahora a reunir los materiales necesarios para mi nueva creación, y esto era para mí como la tortura de gotas de agua que caen continuamente, una a una, sobre la cabeza. Cada pensamiento dedicado a ello era una angustia extrema, y cada palabra que decía en alusión a ello hacía temblar mis labios y palpitar mi corazón.

Tras pasar algunos meses en Londres, recibimos una carta de una persona de Escocia que había sido antes nuestro visitante en Ginebra. Mencionaba las bellezas de su país natal y nos preguntaba si no eran suficiente aliciente para inducirnos a prolongar nuestro viaje hacia el norte hasta Perth, donde residía. Clerval deseaba ansiosamente aceptar esta invitación, y yo, aunque

aborrecía la sociedad, quería ver de nuevo montañas y arroyos y todas las maravillosas obras con que la Naturaleza adorna sus moradas elegidas.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre, y ahora era febrero. Resolvimos, por tanto, iniciar nuestro viaje hacia el norte al expirar otro mes. En esta expedición no pensábamos seguir el gran camino de Edimburgo, sino visitar Windsor, Oxford, Matlock y los lagos de Cumberland, decididos a llegar al final de esta gira hacia fines de julio. Empaqueté mis instrumentos químicos y los materiales que había reunido, decidido a terminar mis labores en algún rincón oscuro de las tierras altas del norte de Escocia.

Dejamos Londres el 27 de marzo y permanecimos unos días en Windsor, paseando por su hermoso bosque. Era una escena nueva para nosotros, montañeses; los majestuosos robles, la cantidad de caza y los rebaños de gamos majestuosos eran novedades para nosotros.

De allí seguimos a Oxford. Al entrar en esta ciudad, nuestras mentes se llenaron del recuerdo de los sucesos que allí se habían desarrollado hacía más de siglo y medio. Fue aquí donde Carlos I había reunido sus fuerzas. Esta ciudad le había permanecido fiel, cuando toda la nación había abandonado su causa para unirse al estandarte del Parlamento y de la libertad. La memoria de aquel infortunado rey y sus compañeros, el amable Falkland, el insolente Goring, su reina y su hijo, daba un interés peculiar a cada parte de la ciudad que pudiera suponerse que habían habitado. El espíritu de edades más antiguas

halló aquí una morada, y nos deleitábamos en seguir sus huellas. Si estos sentimientos no hubieran hallado una gratificación imaginaria, el aspecto de la ciudad tenía en sí mismo belleza suficiente para obtener nuestra admiración. Los colegios son antiguos y pintorescos; las calles son casi magníficas; y el hermoso Isis, que corre a su lado por prados de exquisito verdor, se extiende en una plácida lámina de aguas que refleja su majestuoso conjunto de torres, y agujas, y cúpulas, abrigadas entre árboles antiguos.

Disfruté de esta escena, y sin embargo mi disfrute estaba amargado tanto por la memoria del pasado como por la anticipación del futuro. Yo estaba formado para la felicidad pacífica. Durante mis días juveniles el descontento nunca visitó mi mente, y si alguna vez me vencía el tedio, la vista de lo bello en la naturaleza o el estudio de lo excelente y sublime en las producciones del hombre podían siempre interesar mi corazón y comunicar elasticidad a mi ánimo. Pero soy un árbol fulminado; el rayo ha entrado en mi alma; y sentí entonces que sobreviviría para exhibir lo que pronto dejaré de ser: un miserable espectáculo de humanidad naufragada, digno de lástima para otros e intolerable para mí.

Pasamos un período considerable en Oxford, paseando por sus alrededores y procurando identificar cada lugar que pudiera relacionarse con la época más animada de la historia inglesa. Nuestros pequeños viajes de descubrimiento se prolongaban a menudo por los sucesivos objetos que se presentaban. Visitamos la tumba

del ilustre Hampden y el campo donde cayó aquel patriota. Por un momento mi alma se elevó de sus degradantes y miserables temores para contemplar las divinas ideas de libertad y abnegación de que estas vistas eran los monumentos y los recordatorios. Por un instante osé sacudirme las cadenas y mirar a mi alrededor con espíritu libre y elevado, pero el hierro se había comido mi carne, y volví a hundirme, temblando y sin esperanza, en mi miserable yo.

Dejamos Oxford con pesar y seguimos a Matlock, que era nuestro siguiente lugar de descanso. El paisaje en la vecindad de esta aldea se parecía en mayor grado al de Suiza; pero todo está en escala menor, y las colinas verdes carecen de la corona de lejanos Alpes blancos que siempre acompañan a las montañas de pinos de mi país natal. Visitamos la maravillosa cueva y los pequeños gabinetes de historia natural, donde las curiosidades se disponen del mismo modo que en las colecciones de Servoz y de Chamonix. Este último nombre me hizo temblar al pronunciarlo Enrique, y me apresuré a abandonar Matlock, con el cual esa terrible escena quedaba así asociada.

Desde Derby, siguiendo hacia el norte, pasamos dos meses en Cumberland y Westmorland. Casi podía imaginarme ahora entre las montañas suizas. Los pequeños parches de nieve que aún persistían en los lados septentrionales de las montañas, los lagos y el chocar de los arroyos rocosos eran vistas familiares y queridas para mí. Aquí también hicimos algunas amistades, que casi

lograron engañarme hasta la felicidad. El deleite de Clerval era proporcionalmente mayor que el mío; su mente se expandía en compañía de hombres de talento, y descubría en su propia naturaleza mayores capacidades y recursos de los que habría podido imaginar poseer mientras se asociaba con sus inferiores. «Podría pasar mi vida aquí —me dijo—; y entre estas montañas apenas echaría de menos Suiza y el Rin.»

Pero descubrió que la vida de un viajero incluye mucho dolor entre sus goces. Sus sentimientos están siempre en tensión; y cuando empieza a hundirse en el reposo, se ve obligado a dejar aquello en lo que descansa con placer por algo nuevo, que de nuevo ocupa su atención y que también abandona por otras novedades.

Apenas habíamos visitado los diversos lagos de Cumberland y Westmorland y concebido afecto por algunos de los habitantes, cuando se aproximó el plazo de nuestra cita con nuestro amigo escocés, y los dejamos para seguir viaje. Por mi parte, no lo lamenté. Hacía ya algún tiempo que había descuidado mi promesa, y temía los efectos de la decepción del demonio. Podía permanecer en Suiza y descargar su venganza sobre mis parientes. Esta idea me perseguía y atormentaba en cada momento en que de otro modo habría podido arrebatar reposo y paz. Esperaba mis cartas con impaciencia febril; si se retrasaban, me sentía miserable y vencido por mil temores; y cuando llegaban y veía el sobrescrito de Elizabeth o de mi padre, apenas osaba leer y averiguar mi suerte. A veces pensaba que el demonio me seguía y

podría apresurar mi negligencia asesinando a mi compañero. Cuando estos pensamientos me poseían, no dejaba a Enrique ni un momento, sino que lo seguía como su sombra, para protegerlo de la imaginada rabia de su destructor. Me sentía como si hubiera cometido algún gran crimen, cuya conciencia me obsesionaba. Era inocente, pero en verdad había atraído sobre mi cabeza una horrible maldición, tan mortal como la del crimen.

Visité Edimburgo con ojos y mente lánguidos; y sin embargo esa ciudad habría podido interesar al ser más desdichado. A Clerval no le gustó tanto como Oxford, pues la antigüedad de esta última le agradaba más. Pero la belleza y regularidad de la ciudad nueva de Edimburgo, su romántico castillo y sus alrededores, los más deliciosos del mundo, el Arthur's Seat, la fuente de San Bernardo y las colinas Pentland lo compensaron del cambio y lo llenaron de alegría y admiración. Pero yo estaba impaciente por llegar al término de mi viaje.

Dejamos Edimburgo a la semana, pasando por Coupar, San Andrés y a lo largo de las orillas del Tay, hasta Perth, donde nos esperaba nuestro amigo. Pero yo no estaba de humor para reír y conversar con extraños ni para entrar en sus sentimientos o planes con el buen humor que se espera de un huésped; y así dije a Clerval que deseaba hacer solo la gira por Escocia. «Diviértete tú —dije—, y que este sea nuestro punto de cita. Puedo estar ausente un mes o dos; pero no te opongas a mis movimientos, te lo ruego; déjame en paz y soledad por un corto tiempo; y cuando vuelva, espero que sea con un corazón más ligero,

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

más acorde con tu temperamento.»

Enrique quiso disuadirme, pero, viéndome resuelto a este plan, cesó de objetar. Me rogó que escribiera a menudo. «Preferiría estar contigo —dijo— en tus paseos solitarios que con esta gente escocesa, a quienes no conozco; apresúrate, pues, mi querido amigo, a volver, para que pueda sentirme de nuevo algo en casa, lo que no puedo hacer en tu ausencia.»

Habiéndome separado de mi amigo, determiné visitar algún lugar remoto de Escocia y terminar mi obra en soledad. No dudaba de que el monstruo me seguía y se me descubriría cuando yo hubiera terminado, para recibir a su compañera.

Con esta resolución atravesé las tierras altas del norte y fijé como escena de mis labores una de las más remotas de las Orcadas. Era un lugar apto para tal obra, siendo apenas más que una roca cuyos altos flancos eran continuamente golpeados por las olas. El suelo era estéril, y apenas proporcionaba pasto para unas pocas vacas miserables y harina de avena para sus habitantes, que eran cinco personas, cuyos miembros enjutos y escuálidos daban muestras de su miserable alimentación. Las verduras y el pan, cuando se permitían tales lujos, e incluso el agua dulce, había que procurarlos del continente, que estaba a unas cinco millas de distancia.

En toda la isla no había sino tres miserables chozas, y una de ellas estaba vacía cuando llegué. Esta alquilé. Contenía solo dos habitaciones, y estas exhibían toda la sordidez de la más miserable penuria. La techumbre se

había hundido, las paredes estaban sin revocar y la puerta fuera de sus goznes. La mandé reparar, compré algún mobiliario y tomé posesión, incidente que sin duda habría ocasionado alguna sorpresa si todos los sentidos de los campesinos no hubieran estado embotados por la necesidad y la sórdida pobreza. Tal como era, viví sin que me miraran ni molestaran, apenas agradecido por la miseria de comida y ropa que daba, tanto embota el sufrimiento hasta las sensaciones más toscas de los hombres.

En este retiro dedicaba la mañana al trabajo; pero por la tarde, cuando el tiempo lo permitía, caminaba por la playa pedregosa del mar para escuchar las olas rugiendo y estrellándose a mis pies. Era una escena monótona pero siempre cambiante. Pensaba en Suiza; era muy distinta de este paisaje desolado y pavoroso. Sus colinas están cubiertas de viñas, y sus casitas están esparcidas espesamente por las llanuras. Sus hermosos lagos reflejan un cielo azul y suave, y cuando los agitan los vientos, su tumulto no es sino como el juego de un niño vivaz comparado con los rugidos del océano gigante.

De este modo distribuí mis ocupaciones cuando llegué por primera vez, pero a medida que avanzaba en mi labor, se me hacía cada día más horrible y enojosa. A veces no podía decidirme a entrar en mi laboratorio durante varios días, y otras veces trabajaba día y noche para completar mi obra. Era, en verdad, un proceso inmundo aquel en que estaba empeñado. Durante mi primer experimento, una especie de frenesí entusiasta me había cegado al horror de

mi ocupación; mi mente estaba intensamente fija en la consumación de mi labor, y mis ojos cerrados al horror de mis procedimientos. Pero ahora lo acometía a sangre fría, y mi corazón se enfermaba a menudo ante la obra de mis manos.

Así situado, empleado en la más detestable ocupación, sumido en una soledad donde nada podía por un instante apartar mi atención de la escena real en que estaba empeñado, mi ánimo se volvió desigual; me puse inquieto y nervioso. A cada momento temía encontrar a mi perseguidor. A veces me sentaba con los ojos fijos en el suelo, temiendo alzarlos no fueran a encontrar el objeto que tanto temía ver. Temía alejarme de la vista de mis semejantes por si, estando solo, venía a reclamar su compañera.

Entretanto trabajaba, y mi labor estaba ya considerablemente adelantada. Miraba hacia su terminación con una esperanza trémula y ansiosa que no osaba someter a cuestión, pero que estaba mezclada con oscuros presagios de mal que me enfermaban el corazón en el pecho.

CAPÍTULO XX

Estaba sentado una tarde en mi laboratorio; el sol se había puesto, y la luna apenas salía del mar; no tenía luz suficiente para mi tarea, y permanecía ocioso, en una pausa de consideración sobre si debía dejar mi trabajo por la noche o apresurar su conclusión con una atención sin descanso. Mientras estaba sentado, se me ocurrió una serie de reflexiones que me llevó a considerar los efectos de lo que ahora hacía. Tres años antes, había estado empeñado de la misma manera y había creado un demonio cuya inigualada barbarie había desolado mi corazón y lo había llenado para siempre del más amargo remordimiento. Estaba ahora a punto de formar otro ser de cuyas disposiciones ignoraba igualmente; ella podía llegar a ser diez mil veces más maligna que su compañero y deleitarse, por sí mismo, en el asesinato y la desdicha. Él había jurado abandonar la vecindad del hombre y esconderse en desiertos, pero ella no; y ella, que con toda probabilidad llegaría a ser un animal pensante y razonador, podía negarse a cumplir un pacto hecho antes de su creación. Hasta podían odiarse entre sí; la criatura que ya vivía aborrecía su propia deformidad, ¿y no podría concebir un aborrecimiento mayor de ella cuando viniera ante sus ojos en forma femenina? Ella también podía apartarse con asco de él hacia la belleza superior del hombre; podía dejarlo, y él quedar otra vez solo, exasperado por la nueva provocación de ser abandonado

por una de su propia especie.

Aun si abandonaran Europa y habitaran los desiertos del nuevo mundo, uno de los primeros resultados de esas simpatías de que el demonio tenía sed serían hijos, y una raza de diablos se propagaría sobre la tierra, que podría hacer de la existencia misma de la especie humana una condición precaria y llena de terror. ¿Tenía yo derecho, para mi propio beneficio, a infligir esta maldición a generaciones eternas? Antes me habían conmovido los sofismas del ser que había creado; me había dejado sin sentido por sus diabólicas amenazas; pero ahora, por primera vez, la maldad de mi promesa irrumpió sobre mí; me estremecí al pensar que las edades futuras podrían maldecirme como su peste, cuyo egoísmo no había vacilado en comprar su propia paz al precio, quizá, de la existencia de toda la raza humana.

Temblé y el corazón me falló dentro cuando, al alzar la vista, vi a la luz de la luna al demonio en la ventana. Una mueca espectral arrugaba sus labios mientras me miraba, sentado cumpliendo la tarea que él me había asignado. Sí, me había seguido en mis viajes; había rondado en los bosques, se había escondido en cuevas o refugiado en anchos y desiertos brezales; y venía ahora a notar mi progreso y reclamar el cumplimiento de mi promesa.

Al mirarlo, su semblante expresaba el extremo de la malicia y la traición. Pensé con una sensación de locura en mi promesa de crear a otra como él y, temblando de pasión, desgarré la cosa en que estaba ocupado. El desdichado me vio destruir a la criatura de cuya existencia

futura dependía su felicidad y, con un aullido de desesperación y venganza diabólicas, se retiró.

Salí de la habitación y, cerrando la puerta, hice en mi corazón un solemne voto de no reanudar nunca mis labores; y entonces, con pasos temblorosos, busqué mi propio aposento. Estaba solo; nadie estaba cerca para disipar la tristeza y aliviarme de la enfermiza opresión de las más terribles ensoñaciones.

Pasaron varias horas, y permanecí junto a mi ventana mirando el mar; estaba casi inmóvil, pues los vientos se habían acallado, y toda la naturaleza reposaba bajo el ojo de la luna tranquila. Unas pocas barcas de pesca solo manchaban el agua, y de vez en cuando la suave brisa traía el sonido de voces cuando los pescadores se llamaban unos a otros. Sentí el silencio, aunque apenas era consciente de su extrema profundidad, hasta que mi oído fue detenido de pronto por el chapoteo de remos cerca de la orilla, y una persona desembarcó cerca de mi casa.

A los pocos minutos oí el crujir de mi puerta, como si alguien tratara de abrirla suavemente. Temblé de pies a cabeza; sentí un presentimiento de quién era y quise despertar a uno de los campesinos que vivían en una cabaña no lejos de la mía; pero me venció la sensación de impotencia, tan a menudo sentida en sueños espantosos, cuando en vano procuras huir de un peligro inminente, y quedé clavado en el sitio.

Enseguida oí el sonido de pasos por el pasillo; la puerta se abrió y apareció el desdichado a quien temía. Cerrando

la puerta, se acercó a mí y dijo con voz sofocada:

«Has destruido la obra que empezaste; ¿qué pretendes? ¿Te atreves a romper tu promesa? He soportado fatiga y miseria; dejé Suiza contigo; me arrastré por las orillas del Rin, entre sus islas de sauces y sobre las cumbres de sus colinas. He morado muchos meses en los brezales de Inglaterra y en los desiertos de Escocia. He soportado una fatiga, un frío y un hambre incalculables; ¿te atreves a destruir mis esperanzas?»

«¡Fuera! Sí rompo mi promesa; nunca crearé otra como tú, igual en deformidad y maldad.»

«Esclavo, antes razoné contigo, pero te has probado indigno de mi condescendencia. Recuerda que tengo poder; te crees miserable, pero puedo hacerte tan desdichado que la luz del día te sea odiosa. Eres mi creador, pero yo soy tu amo; ¡obedece!»

«La hora de mi irresolución ha pasado, y el período de tu poder ha llegado. Tus amenazas no pueden moverme a cometer un acto de maldad; pero me confirman en la determinación de no crearte una compañera en el vicio. ¿Soltaré, a sangre fría, sobre la tierra a un demonio cuyo deleite está en la muerte y la desdicha? ¡Fuera! Soy firme, y tus palabras solo exasperarán mi rabia.»

El monstruo vio mi determinación en mi rostro y rechinó los dientes en la impotencia de la ira. «¿Va cada hombre —gritó— a encontrar esposa para su seno, y cada bestia a tener su pareja, y yo estar solo? Yo tenía sentimientos de afecto, y se pagaron con detestación y desprecio. ¡Hombre! Puedes odiar, ¡pero cuidado! Tus horas pasarán

en pavor y miseria, y pronto caerá el rayo que ha de arrebatarte tu felicidad para siempre. ¿Has de ser feliz mientras yo me arrastro en la intensidad de mi desdicha? Puedes destruir mis otras pasiones, pero la venganza permanece: ¡venganza, desde ahora más querida que la luz o el alimento! Puedo morir, pero primero tú, mi tirano y atormentador, maldecirás el sol que contempla tu miseria. Cuidado, que soy intrépido y por tanto poderoso. Vigilaré con la astucia de la serpiente, para picar con su veneno. Hombre, te arrepentirás de los agravios que infliges.»

«Demonio, calla; y no envenenes el aire con estos sonidos de malicia. Te he declarado mi resolución, y no soy cobarde para doblegarme ante palabras. Déjame; soy inexorable.»

«Está bien. Me voy; pero recuerda, estaré contigo en tu noche de bodas.»

Me lancé adelante y exclamé: «¡Villano! Antes de firmar mi sentencia de muerte, asegúrate de estar tú mismo a salvo».

Habría querido apresarlo, pero me eludió y abandonó la casa con precipitación. A los pocos momentos lo vi en su bote, que cruzó las aguas con velocidad de flecha y pronto se perdió entre las olas.

Todo quedó de nuevo en silencio, pero sus palabras resonaban en mis oídos. Ardía de rabia por perseguir al asesino de mi paz y precipitarlo al océano. Caminaba de un lado a otro de mi habitación apresurado y perturbado, mientras mi imaginación conjuraba mil imágenes para

atormentarme y aguijonearme. ¿Por qué no lo había seguido y trabado con él en lucha mortal? Pero había permitido que se fuera, y había dirigido su curso hacia el continente. Me estremecí al pensar quién podría ser la próxima víctima sacrificada a su insaciable venganza. Y entonces pensé de nuevo en sus palabras: «Estaré contigo en tu noche de bodas». Ese, pues, era el plazo fijado para el cumplimiento de mi destino. En esa hora moriría y satisfaría y extinguiría a un tiempo su malicia. La perspectiva no me movió a temor; sin embargo, cuando pensé en mi amada Elizabeth, en sus lágrimas y su pena sin fin, cuando hallara a su amante tan bárbaramente arrebatado, lágrimas, las primeras que derramaba en muchos meses, brotaron de mis ojos, y resolví no caer ante mi enemigo sin una amarga lucha.

La noche pasó, y el sol salió del océano; mis sentimientos se calmaron, si puede llamarse calma cuando la violencia de la rabia se hunde en las profundidades de la desesperación. Dejé la casa, el horrible escenario de la contienda de la noche anterior, y caminé por la playa del mar, que casi consideraba una barrera insuperable entre mí y mis semejantes; más aún, un deseo de que así resultara se deslizó en mí. Deseaba pasar mi vida en esa roca estéril, fatigosamente, es cierto, pero sin interrupción por ningún súbito choque de desdicha. Si volvía, era para ser sacrificado o para ver morir a los que más amaba bajo la garra de un demonio a quien yo mismo había creado.

Caminé por la isla como un espectro inquieto, separado de todo lo que amaba y miserable en la separación.

Cuando llegó el mediodía, y el sol subió más alto, me tendí en la hierba y me venció un sueño profundo. Había estado despierto toda la noche anterior, mis nervios estaban agitados y mis ojos inflamados por la vigilia y la desdicha. El sueño en que ahora me hundí me reanimó; y al despertar, sentí de nuevo que pertenecía a una raza de seres humanos como yo, y empecé a reflexionar sobre lo ocurrido con mayor compostura; sin embargo, las palabras del demonio resonaban aún en mis oídos como un doblar de muertos; parecían un sueño, pero distintas y opresivas como una realidad.

El sol había descendido mucho, y yo seguía sentado en la orilla, satisfaciendo mi apetito, que se había vuelto voraz, con una torta de avena, cuando vi una barca de pesca desembarcar cerca de mí, y uno de los hombres me trajo un paquete; contenía cartas de Ginebra, y una de Clerval rogándome que me reuniera con él. Decía que estaba gastando su tiempo infructuosamente donde estaba, que cartas de los amigos que había hecho en Londres le pedían su regreso para completar la negociación en que habían entrado para su empresa india. No podía retrasar más su partida; pero como su viaje a Londres podría ser seguido, aún antes de lo que ahora conjeturaba, por su viaje más largo, me rogaba que le dedicara tanto de mi compañía como pudiera ahorrar. Me suplicaba, pues, que dejara mi isla solitaria y me reuniera con él en Perth, para que siguiéramos juntos hacia el sur. Esta carta me devolvió en cierto grado a la vida, y determiné dejar mi isla al cabo de dos días.

Sin embargo, antes de partir, había una tarea que cumplir, en la que me estremecía de reflexionar; debía empaquetar mis instrumentos químicos, y para ello debía entrar en la habitación que había sido escena de mi odiosa obra, y debía manejar aquellos utensilios cuya vista me enfermaba. A la mañana siguiente, al amanecer, reuní valor suficiente y abrí la puerta de mi laboratorio. Los restos de la criatura a medio terminar, que había destruido, yacían esparcidos en el suelo, y casi sentí como si hubiera mutilado la carne viva de un ser humano. Me detuve para recobrarme y luego entré en la cámara. Con mano temblorosa saqué los instrumentos de la habitación, pero reflexioné que no debía dejar las reliquias de mi obra para excitar el horror y la sospecha de los campesinos; y las puse, pues, en una cesta, con gran cantidad de piedras, y guardándolas, determiné arrojarlas al mar esa misma noche; y entretanto me senté en la playa, ocupado en limpiar y ordenar mi aparato químico.

Nada podía ser más completo que la alteración que había tenido lugar en mis sentimientos desde la noche de la aparición del demonio. Antes había considerado mi promesa con sombría desesperación como cosa que, con cualesquiera consecuencias, debía cumplirse; pero ahora sentía como si me hubieran quitado una tela de delante de los ojos y por primera vez viera claramente. La idea de renovar mis labores no se me ocurrió ni por un instante; la amenaza que había oído pesaba en mis pensamientos, pero no reflexionaba en que un acto voluntario mío pudiera evitarla. Había resuelto en mi mente que crear a otro como el demonio que primero hice sería un acto del

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

más bajo y atroz egoísmo, y desterré de mi mente todo pensamiento que pudiera llevar a conclusión distinta.

Entre las dos y las tres de la madrugada salió la luna; y entonces, poniendo mi cesta a bordo de un pequeño esquife, navegué unas cuatro millas mar adentro. La escena era perfectamente solitaria; unas pocas barcas volvían hacia tierra, pero yo me alejé de ellas. Me sentía como a punto de cometer un crimen espantoso y evitaba con ansiedad estremecida cualquier encuentro con mis semejantes. En un momento la luna, que antes estaba clara, fue cubierta de repente por una espesa nube, y aproveché el momento de oscuridad para arrojar mi cesta al mar; escuché el sonido gorgoteante al hundirse y luego me alejé del lugar. El cielo se nubló, pero el aire era puro, aunque enfriado por la brisa del nordeste que entonces se levantaba. Pero me refrescó y me llenó de sensaciones tan agradables que resolví prolongar mi estancia sobre el agua y, fijando el timón en posición directa, me tendí en el fondo del bote. Las nubes ocultaban la luna, todo era oscuro, y solo oía el sonido del bote al cortar la quilla las olas; el murmullo me arrulló y en poco tiempo dormí profundamente.

No sé cuánto tiempo permanecí en esta situación, pero al despertar encontré que el sol había subido ya considerablemente. El viento era fuerte, y las olas amenazaban continuamente la seguridad de mi pequeño esquife. Vi que el viento era del nordeste y debía de haberme llevado lejos de la costa de la que había zarpado. Procuré cambiar el rumbo, pero descubrí pronto que, si

volvía a intentarlo, el bote se llenaría al instante de agua. Así situado, mi único recurso era dejarme llevar por el viento. Confieso que sentí algunas sensaciones de terror. No llevaba brújula y conocía tan escasamente la geografía de esta parte del mundo que el sol me servía de poco. Podía ser arrastrado al ancho Atlántico y sentir todos los tormentos de la inanición, o ser tragado por las aguas inmensurables que rugían y me golpeaban alrededor. Llevaba ya muchas horas fuera y sentía el tormento de una sed ardiente, preludio de mis otros sufrimientos. Miré los cielos, cubiertos de nubes que volaban ante el viento para ser sustituidas por otras; miré el mar; iba a ser mi tumba. «Demonio —exclamé—, ¡tu tarea ya está cumplida!» Pensé en Elizabeth, en mi padre y en Clerval, todos dejados atrás, sobre quienes el monstruo podría satisfacer sus pasiones sanguinarias y despiadadas. Esta idea me sumió en una ensoñación tan desesperada y espantosa que aun ahora, cuando la escena está a punto de cerrarse ante mí para siempre, me estremezco al reflexionar en ella.

Pasaron así algunas horas; pero poco a poco, al declinar el sol hacia el horizonte, el viento murió en una suave brisa y el mar quedó libre de rompientes. Pero estas dieron lugar a un fuerte oleaje; me sentí enfermo y apenas capaz de sostener el timón, cuando de repente vi una línea de tierra alta hacia el sur.

Casi agotado como estaba por la fatiga y el espantoso suspenso que había soportado durante varias horas, esta súbita certeza de vida se precipitó como un torrente de cálida alegría a mi corazón, y brotaron lágrimas de mis

ojos.

¡Cuán mudables son nuestros sentimientos, y cuán extraño es ese amor aferrado que tenemos a la vida aun en el exceso de la desdicha! Construí otra vela con una parte de mi ropa y dirigí ansiosamente mi rumbo hacia la tierra. Tenía un aspecto salvaje y rocoso, pero al acercarme percibí fácilmente las huellas del cultivo. Vi embarcaciones cerca de la orilla y me hallé de repente transportado de vuelta a la vecindad del hombre civilizado. Seguí con cuidado las sinuosidades de la costa y saludé un campanario que al fin vi surgir de detrás de un pequeño promontorio. Como estaba en un estado de extrema debilidad, resolví navegar directamente hacia la ciudad, como lugar donde más fácilmente podría procurarme alimento. Afortunadamente llevaba dinero. Al doblar el promontorio percibí una pequeña y aseada ciudad y un buen puerto, en el que entré con el corazón saltando de alegría por mi inesperada salvación.

Mientras estaba ocupado en asegurar el bote y arreglar las velas, varias personas se agolparon hacia el lugar. Parecían muy sorprendidas por mi aspecto, pero en lugar de ofrecerme ayuda, cuchicheaban entre sí con ademanes que en cualquier otro momento habrían podido producirme una leve sensación de alarma. Tal como era, solo noté que hablaban inglés, y por tanto me dirigí a ellos en esa lengua. «Mis buenos amigos —dije—, ¿tendrían la amabilidad de decirme el nombre de esta ciudad e informarme dónde estoy?»

«Lo sabrá bastante pronto —respondió un hombre de voz ronca—. Quizá haya llegado a un lugar que no será muy de su gusto, pero no se le consultará sobre su alojamiento, se lo prometo.»

Me sorprendió sobremanera recibir una respuesta tan ruda de un desconocido, y me desconcertó también percibir los semblantes ceñudos y airados de sus compañeros. «¿Por qué me responde tan rudamente? —repliqué—. Seguramente no es costumbre de los ingleses recibir a los forasteros tan inhospitalariamente.»

«No sé —dijo el hombre— cuál pueda ser la costumbre de los ingleses, pero es costumbre de los irlandeses odiar a los villanos.»

Mientras continuaba este extraño diálogo, percibí que la multitud aumentaba rápidamente. Sus rostros expresaban una mezcla de curiosidad y de ira que me molestaba y en cierto grado me alarmaba. Pregunté el camino a la posada, pero nadie respondió. Avancé entonces, y se alzó un murmullo de la multitud, que me siguió y me rodeó, cuando un hombre de mala catadura se acercó, me dio un golpecito en el hombro y dijo: «Vamos, señor, debe seguirme a casa del señor Kirwin para dar cuenta de usted».

«¿Quién es el señor Kirwin? ¿Por qué debo dar cuenta de mí? ¿No es este un país libre?»

«Sí, señor, bastante libre para la gente honrada. El señor Kirwin es magistrado, y usted debe dar cuenta de la muerte de un caballero que apareció asesinado aquí anoche.»

Esta respuesta me sobresaltó, pero me recobré pronto. Yo era inocente; eso podía probarse fácilmente; así que seguí a mi conductor en silencio y fui llevado a una de las mejores casas de la ciudad. Estaba a punto de desfallecer de fatiga y hambre, pero, al estar rodeado por una multitud, juzgué prudente reunir todas mis fuerzas, para que ninguna debilidad física se interpretara como aprensión o culpa consciente. Poco esperaba yo entonces la calamidad que en pocos momentos iba a abrumarme y a extinguir en horror y desesperación todo temor a la ignominia o a la muerte.

Debo detenerme aquí, pues requiere toda mi entereza evocar en el recuerdo, con el debido detalle, los espantosos sucesos que estoy a punto de relatar.

CAPÍTULO XXI

Fui introducido pronto en presencia del magistrado, un anciano benévolo de modales calmos y suaves. Me miró, sin embargo, con cierto grado de severidad y, volviéndose hacia mis conductores, preguntó quiénes comparecían como testigos en esta ocasión.

Se adelantaron media docena de hombres; y, elegido uno por el magistrado, declaró que había estado pescando la noche anterior con su hijo y su cuñado, Daniel Nugent, cuando, hacia las diez, observaron que se levantaba una fuerte ráfaga del norte, y entraron por consiguiente en el puerto. Era una noche muy oscura, pues la luna aún no había salido; no desembarcaron en el puerto, sino, como acostumbraban, en una caleta unas dos millas más abajo. Él fue por delante, llevando parte de los aparejos de pesca, y sus compañeros lo siguieron a cierta distancia. Mientras avanzaba por la arena, tropezó con el pie en algo y cayó cuan largo era al suelo. Sus compañeros acudieron a ayudarlo, y a la luz de su linterna vieron que había caído sobre el cuerpo de un hombre, que estaba a todas luces muerto. Su primera suposición fue que era el cadáver de alguna persona ahogada que las olas habían arrojado a la orilla, pero al examinarlo hallaron que la ropa no estaba mojada e incluso que el cuerpo no estaba aún frío. Lo llevaron al instante a la casita de una anciana cercana al lugar y procuraron, en vano, devolverle la vida. Parecía un joven apuesto, de unos veinticinco años. Había sido

estrangulado, al parecer, pues no había señal de violencia alguna salvo la marca negra de unos dedos en el cuello.

La primera parte de esta declaración no me interesó en lo más mínimo, pero cuando se mencionó la marca de los dedos recordé el asesinato de mi hermano y me sentí extremadamente agitado; me temblaron los miembros y una niebla cubrió mis ojos, lo que me obligó a apoyarme en una silla. El magistrado me observó con ojo penetrante y, por supuesto, sacó un augurio desfavorable de mi actitud.

El hijo confirmó el relato de su padre, pero cuando se llamó a Daniel Nugent, juró positivamente que justo antes de la caída de su compañero vio un bote, con un solo hombre dentro, a corta distancia de la orilla; y, hasta donde podía juzgar por la luz de unas pocas estrellas, era el mismo bote en que yo acababa de desembarcar.

Una mujer declaró que vivía cerca de la playa y estaba de pie a la puerta de su casita, esperando el regreso de los pescadores, cerca de una hora antes de enterarse del hallazgo del cuerpo, cuando vio un bote con un solo hombre dentro alejarse de aquella parte de la orilla donde se encontró después el cadáver.

Otra mujer confirmó el relato de que los pescadores habían traído el cuerpo a su casa; no estaba frío. Lo pusieron en una cama y lo frotaron, y Daniel fue a la ciudad en busca de un boticario, pero la vida se había ido por completo.

Se interrogó a varios otros hombres sobre mi desembarco, y coincidieron en que, con el fuerte viento

norte que se había levantado durante la noche, era muy probable que yo hubiera estado dando bordadas durante muchas horas y me hubiera visto obligado a volver casi al mismo lugar del que había partido. Además, observaron que parecía que yo había traído el cuerpo de otro lugar, y era probable que, como no parecía conocer la costa, hubiera entrado en el puerto ignorante de la distancia de la ciudad de —— al sitio donde había depositado el cadáver.

El señor Kirwin, al oír esta evidencia, deseó que me llevaran a la sala donde yacía el cuerpo para la sepultura, a fin de observar qué efecto produciría en mí su vista. Esta idea fue probablemente sugerida por la extrema agitación que yo había mostrado cuando se describió el modo del asesinato. Fui conducido, pues, por el magistrado y varias otras personas, a la posada. No pude menos de sorprenderme por las extrañas coincidencias que habían tenido lugar durante esta noche azarosa; pero, sabiendo que había estado conversando con varias personas en la isla que había habitado hacia la hora en que se había encontrado el cuerpo, estaba perfectamente tranquilo respecto a las consecuencias del asunto.

Entré en la sala donde yacía el cadáver y fui llevado hasta el ataúd. ¿Cómo describir mis sensaciones al contemplarlo? Aún siento la reseca del horror, y no puedo reflexionar en aquel terrible momento sin estremecimiento y agonía. El interrogatorio, la presencia del magistrado y de los testigos, pasaron como un sueño de mi memoria cuando vi la forma sin vida de Enrique Clerval tendida

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

ante mí. Jadeé buscando aliento y, arrojándome sobre el cuerpo, exclamé: «¿También a ti, mi queridísimo Enrique, te han privado de la vida mis homicidas maquinaciones? A dos he destruido ya; otras víctimas aguardan su destino; pero tú, Clerval, mi amigo, mi benefactor...».

El cuerpo humano no pudo soportar más las agonías que sufría, y me sacaron de la sala en fuertes convulsiones.

A esto siguió una fiebre. Estuve dos meses al borde de la muerte; mis desvaríos, según supe después, eran espantosos; me llamaba asesino de Guillermo, de Justina y de Clerval. A veces rogaba a mis cuidadores que me ayudaran a destruir al demonio por el que era atormentado; y otras sentía ya los dedos del monstruo aferrando mi cuello, y gritaba en voz alta de agonía y terror. Por fortuna, como hablaba mi lengua natal, solo el señor Kirwin me entendía; pero mis gestos y mis amargos gritos bastaban para espantar a los demás testigos.

¿Por qué no moría? Más miserable de lo que hombre alguno haya sido, ¿por qué no me hundí en el olvido y el reposo? La muerte arrebata a muchos niños florecientes, única esperanza de sus padres que los idolatran; ¡cuántas novias y jóvenes amantes han estado un día en la flor de la salud y de la esperanza y al siguiente presa de gusanos y de la decadencia de la tumba! ¿De qué materiales estaba hecho yo para poder resistir tantos golpes que, como el girar de la rueda, renovaban continuamente la tortura?

Pero estaba condenado a vivir y a los dos meses me encontré como despertando de un sueño, en una prisión, tendido en un lecho miserable, rodeado de carceleros,

llaveros, cerrojos y todo el miserable aparato de un calabozo. Era de mañana, recuerdo, cuando desperté así a la conciencia; había olvidado los pormenores de lo ocurrido y solo sentía como si una gran desgracia me hubiera abrumado de repente; pero cuando miré alrededor y vi las ventanas enrejadas y la sordidez de la habitación en que estaba, todo cruzó fulgurante mi memoria y gemí amargamente.

Este sonido perturbó a una anciana que dormía en una silla junto a mí. Era una enfermera contratada, la esposa de uno de los carceleros, y su semblante expresaba todas aquellas malas cualidades que a menudo caracterizan a esa clase. Las líneas de su rostro eran duras y toscas, como las de las personas acostumbradas a ver sin simpatizar escenas de miseria. Su tono expresaba su total indiferencia; me habló en inglés, y la voz me impresionó como una que había oído durante mis sufrimientos.

«¿Está mejor ahora, señor?», dijo.

Respondí en la misma lengua, con voz débil: «Creo que sí; pero si todo es verdad, si en verdad no soñé, lamento estar aún vivo para sentir esta miseria y horror».

«En cuanto a eso —replicó la anciana—, si se refiere al caballero que usted asesinó, creo que sería mejor para usted estar muerto, ¡porque me imagino que le irá duro! Sin embargo, eso no es asunto mío; me han mandado a cuidarlo y ponerlo bueno; cumplo mi deber con la conciencia tranquila; estaría bien que todos hicieran lo mismo.»

Me aparté con repugnancia de la mujer que podía pronunciar un discurso tan insensible a una persona recién salvada, al mismo borde de la muerte; pero me sentía lánguido e incapaz de reflexionar sobre todo lo ocurrido. Toda la serie de mi vida me parecía un sueño; a veces dudaba de que fuera todo verdad, pues nunca se presentaba a mi mente con la fuerza de la realidad.

A medida que las imágenes que flotaban ante mí se hacían más distintas, me puse febril; una oscuridad me oprimía alrededor; nadie estaba cerca de mí que me calmara con la voz suave del amor; ninguna mano querida me sostenía. Vino el médico y recetó medicinas, y la anciana me las preparó; pero en el primero era visible un descuido total, y en el rostro de la segunda estaba fuertemente marcada la expresión de brutalidad. ¿Quién podía interesarse por la suerte de un asesino sino el verdugo que ganaría su paga?

Estas fueron mis primeras reflexiones, pero pronto supe que el señor Kirwin me había mostrado extrema bondad. Había hecho preparar para mí la mejor habitación de la prisión (miserable en verdad era la mejor); y fue él quien había procurado un médico y una enfermera. Es cierto que rara vez venía a verme, pues, aunque deseaba ardientemente aliviar los sufrimientos de toda criatura humana, no quería estar presente en las agonías y miserables desvaríos de un asesino. Venía, pues, a veces a ver que no se me descuidara, pero sus visitas eran cortas y con largos intervalos.

Un día, mientras me iba recuperando gradualmente, estaba sentado en una silla, con los ojos medio abiertos y las mejillas lívidas como las de la muerte. Me vencían el abatimiento y la desdicha y a menudo pensaba que más me valía buscar la muerte que desear permanecer en un mundo que para mí estaba repleto de desventura. En un momento consideré si no debía declararme culpable y sufrir la pena de la ley, menos inocente de lo que había sido la pobre Justina. Tales eran mis pensamientos cuando se abrió la puerta de mi aposento y entró el señor Kirwin. Su semblante expresaba simpatía y compasión; acercó una silla a la mía y me habló en francés:

«Temo que este lugar le resulte muy chocante; ¿puedo hacer algo para que esté más cómodo?»

«Se lo agradezco, pero todo lo que menciona me es indiferente; en toda la tierra no hay consuelo alguno que yo sea capaz de recibir.»

«Sé que la simpatía de un extraño solo puede ser de poco alivio para alguien abatido como usted por una desgracia tan extraña. Pero pronto, espero, dejará esta melancólica morada, pues sin duda pueden aportarse pruebas para librarlo de la acusación criminal.»

«Eso es lo que menos me preocupa; por un curso de extraños sucesos me he vuelto el más miserable de los mortales. Perseguido y torturado como estoy y he estado, ¿puede la muerte ser un mal para mí?»

«Nada, en verdad, podría ser más desafortunado y agonizante que las extrañas casualidades que han ocurrido últimamente. Fue usted arrojado, por algún

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

sorprendente accidente, a esta orilla, renombrada por su hospitalidad, apresado de inmediato y acusado de asesinato. La primera visión que se presentó a sus ojos fue el cuerpo de su amigo, asesinado de manera tan inexplicable y puesto, por así decir, por algún demonio en su camino.»

Mientras el señor Kirwin decía esto, a pesar de la agitación que soportaba en esta retrospección de mis sufrimientos, sentí también considerable sorpresa por el conocimiento que parecía poseer sobre mí. Supongo que alguna extrañeza se mostró en mi semblante, pues el señor Kirwin se apresuró a decir:

«Inmediatamente después de caer usted enfermo, todos los papeles que llevaba encima me fueron traídos, y los examiné para descubrir algún rastro por el que pudiera enviar a sus parientes noticia de su desgracia y enfermedad. Encontré varias cartas y, entre otras, una que descubrí desde su comienzo ser de su padre. Escribí al instante a Ginebra; han transcurrido casi dos meses desde la partida de mi carta. Pero usted está enfermo; aun ahora tiembla; no está en condiciones de agitación alguna.»

«Este suspenso es mil veces peor que el más horrible suceso; dígame qué nueva escena de muerte se ha representado, y ¿a quién asesinado debo lamentar ahora?»

«Su familia está perfectamente bien —dijo el señor Kirwin con gentileza—; y alguien, un amigo, ha venido a visitarlo.»

No sé por qué cadena de pensamiento se presentó la idea, pero me cruzó al instante la mente que el asesino

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

había venido a burlarse de mi desdicha y a zaherirme con la muerte de Clerval, como nuevo incentivo para que cediera a sus infernales deseos. Me puse la mano ante los ojos y grité de agonía:

«¡Oh! ¡Llévenselo! No puedo verlo; ¡por Dios, no lo dejen entrar!»

El señor Kirwin me miró con semblante turbado. No pudo menos de considerar mi exclamación como presunción de mi culpa y dijo en tono bastante severo:

«Habría pensado, joven, que la presencia de su padre le sería bienvenida en lugar de inspirarle tan violenta repugnancia.»

«¡Mi padre! —grité, mientras cada rasgo y cada músculo se aflojaban de la angustia al placer—. ¿Ha venido de veras mi padre? ¡Qué bondad, qué extremada bondad! ¿Pero dónde está, por qué no se apresura a venir a mí?»

Mi cambio de actitud sorprendió y agradó al magistrado; quizá pensó que mi anterior exclamación había sido un retorno momentáneo del delirio, y ahora volvió al instante a su anterior benevolencia. Se levantó y salió de la habitación con mi enfermera, y en un momento entró mi padre.

Nada, en este momento, podría haberme dado mayor placer que la llegada de mi padre. Le tendí la mano y grité:

«¿Estás, pues, a salvo... y Elizabeth... y Ernesto?»

Mi padre me calmó con seguridades de su bienestar y procuró, insistiendo en estos temas tan interesantes para mi corazón, elevar mi abatido ánimo; pero pronto sintió

que una prisión no puede ser morada de alegría. «¡Qué lugar es este que habitas, hijo mío! —dijo, mirando tristemente las ventanas enrejadas y el miserable aspecto de la habitación—. Viajaste en busca de felicidad, pero una fatalidad parece perseguirte. Y el pobre Clerval...»

El nombre de mi desventurado y asesinado amigo fue una agitación demasiado grande para soportarla en mi estado débil; derramé lágrimas.

«¡Ay! Sí, padre —respondí—; algún destino del más horrible tipo pende sobre mí, y debo vivir para cumplirlo, o ciertamente habría muerto sobre el ataúd de Enrique.»

No se nos permitió conversar largo tiempo, pues el precario estado de mi salud hacía necesaria toda precaución que pudiera asegurar la tranquilidad. Entró el señor Kirwin e insistió en que no se agotaran mis fuerzas con demasiado esfuerzo. Pero la aparición de mi padre fue para mí como la de mi ángel bueno, y recobré gradualmente la salud.

A medida que me dejaba la enfermedad, me absorbió una melancolía lúgubre y negra que nada podía disipar. La imagen de Clerval estaba siempre ante mí, espectral y asesinado. Más de una vez la agitación en que me arrojaban estas reflexiones hizo temer a mis amigos una peligrosa recaída. ¡Ay! ¿Por qué conservaban una vida tan miserable y detestada? Seguramente era para que cumpliera mi destino, que ahora se acerca a su fin. Pronto, oh, muy pronto, extinguirá la muerte estos latidos y me aliviará del enorme peso de angustia que me abate hasta el polvo; y, al ejecutar el fallo de la justicia, también me

hundiré en el reposo. Entonces la apariencia de la muerte estaba distante, aunque el deseo estaba siempre presente en mis pensamientos; y a menudo me sentaba durante horas inmóvil y sin habla, deseando alguna poderosa revolución que nos sepultara a mí y a mi destructor en sus ruinas.

Se acercaba la estación de las sesiones judiciales. Ya llevaba tres meses en prisión, y aunque seguía débil y en continuo peligro de recaída, me vi obligado a viajar casi cien millas hasta la ciudad del condado donde se celebraba el tribunal. El señor Kirwin se encargó de todo el cuidado de reunir testigos y organizar mi defensa. Se me ahorró la deshonra de comparecer públicamente como criminal, pues el caso no se llevó ante el tribunal que decide sobre la vida y la muerte. El gran jurado rechazó la acusación al probarse que yo estaba en las islas Orcadas a la hora en que se halló el cuerpo de mi amigo; y a las dos semanas de mi traslado fui puesto en libertad de la prisión.

Mi padre se extasió al verme libre de las vejaciones de una acusación criminal, de que se me permitiera respirar de nuevo la atmósfera fresca y de que se me autorizara a volver a mi país natal. Yo no participé en estos sentimientos, pues para mí los muros de un calabozo o de un palacio eran igualmente odiosos. La copa de la vida estaba envenenada para siempre, y aunque el sol brillaba sobre mí, como sobre los felices y los alegres de corazón, no veía a mi alrededor sino una densa y espantosa oscuridad, penetrada por ninguna luz sino el resplandor de

dos ojos que me miraban fijamente. A veces eran los ojos expresivos de Enrique, lánguidos en la muerte, las oscuras órbitas casi cubiertas por los párpados y las largas pestañas negras que las orlaban; a veces eran los ojos acuosos y nublados del monstruo, tal como los vi por primera vez en mi cuarto de Ingolstadt.

Mi padre trató de despertar en mí los sentimientos de afecto. Hablaba de Ginebra, que pronto visitaría, de Elizabeth y de Ernesto; pero estas palabras solo me arrancaban hondos gemidos. A veces, en verdad, sentía un deseo de felicidad y pensaba con melancólico deleite en mi amada prima o anhelaba, con una devoradora *maladie du pays* (añoranza de la tierra), ver una vez más el lago azul y el rápido Ródano, que tan queridos me habían sido en la primera infancia; pero mi estado general de sentimiento era un sopor en el que una prisión era una residencia tan bienvenida como la más divina escena de la naturaleza; y estos accesos rara vez eran interrumpidos sino por paroxismos de angustia y desesperación. En estos momentos procuraba a menudo poner fin a la existencia que aborrecía, y se requería asistencia y vigilancia incesantes para impedirme cometer algún espantoso acto de violencia.

Sin embargo, me quedaba un deber, cuyo recuerdo triunfó finalmente sobre mi egoísta desesperación. Era necesario que volviera sin demora a Ginebra, para velar allí por las vidas de los que tan tiernamente amaba y acechar al asesino, a fin de que, si alguna casualidad me llevaba al lugar de su escondite, o si osaba volver a

abrasarme con su presencia, pudiera, con puntería infalible, poner fin a la existencia de la imagen monstruosa a la que había dotado con la burla de un alma aún más monstruosa. Mi padre aún quería retrasar nuestra partida, temeroso de que no pudiera soportar las fatigas de un viaje, pues yo era una ruina deshecha: la sombra de un ser humano. Mis fuerzas se habían ido. Era un mero esqueleto, y la fiebre día y noche se cebaba en mi cuerpo consumido.

Aun así, como insistía en que dejáramos Irlanda con tal inquietud e impaciencia, mi padre juzgó mejor ceder. Tomamos pasaje a bordo de un buque con destino a Havre-de-Grâce y zarpamos con viento favorable de las costas irlandesas. Era medianoche. Me tendí en la cubierta mirando las estrellas y escuchando el chocar de las olas. Saludé la oscuridad que ocultaba Irlanda a mi vista, y mi pulso latía con una alegría febril al reflexionar que pronto vería Ginebra. El pasado se me aparecía a la luz de un sueño espantoso; sin embargo, el buque en que estaba, el viento que me alejaba de la detestada costa de Irlanda y el mar que me rodeaba me decían con demasiada fuerza que no me engañaba visión alguna y que Clerval, mi amigo y queridísimo compañero, había caído víctima de mí y del monstruo de mi creación. Repasé en mi memoria toda mi vida: mi tranquila felicidad mientras residía con mi familia en Ginebra, la muerte de mi madre y mi partida a Ingolstadt. Recordé, estremeciéndome, el loco entusiasmo que me arrastró a la creación de mi horrendo enemigo, y evoqué la noche en que cobró vida por primera vez. No podía proseguir el hilo del pensamiento; mil sentimientos

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

me oprimían, y lloré amargamente.

Desde mi recuperación de la fiebre había tenido la costumbre de tomar cada noche una pequeña cantidad de láudano, pues solo por medio de esta droga podía lograr el descanso necesario para la conservación de la vida. Oprimido por el recuerdo de mis diversas desgracias, tragué ahora el doble de mi cantidad habitual y pronto dormí profundamente. Pero el sueño no me dio respiro del pensamiento y la desdicha; mis sueños presentaban mil objetos que me asustaban. Hacia la mañana me poseyó una especie de pesadilla; sentí la garra del demonio en mi cuello y no podía librarme de ella; gemidos y gritos resonaban en mis oídos. Mi padre, que velaba por mí, al percibir mi inquietud, me despertó; las olas chocantes estaban alrededor, el cielo nublado arriba, el demonio no estaba aquí: una sensación de seguridad, un sentimiento de que se había establecido una tregua entre la hora presente y el irresistible y desastroso futuro me comunicó una especie de calma olvidadiza, de la que la mente humana es por su estructura peculiarmente susceptible.

CAPÍTULO XXII

El viaje llegó a su fin. Desembarcamos y seguimos a París. Pronto descubrí que había excedido mis fuerzas y que debía reposar antes de poder continuar mi viaje. Los cuidados y atenciones de mi padre eran infatigables, pero no conocía el origen de mis sufrimientos y buscaba métodos erróneos para remediar el mal incurable. Quería que buscara diversión en la sociedad. Yo aborrecía el rostro del hombre. ¡Oh, no aborrecía! Eran mis hermanos, mis semejantes, y me sentía atraído incluso hacia los más repulsivos de ellos, como a criaturas de naturaleza angelical y mecanismo celestial. Pero sentía que no tenía derecho a compartir su trato. Había desencadenado entre ellos a un enemigo cuya alegría era derramar su sangre y regodearse en sus gemidos. ¡Cómo me aborrecerían, todos y cada uno, y me expulsarían del mundo, si conocieran mis actos impíos y los crímenes que tenían su fuente en mí!

Mi padre cedió al fin a mi deseo de evitar la sociedad y se esforzó con varios argumentos por desterrar mi desesperación. A veces pensaba que yo sentía hondamente la degradación de verme obligado a responder a una acusación de asesinato, y procuraba probarme la futilidad del orgullo.

«¡Ay, padre! —dije—, qué poco me conoces. Los seres humanos, sus sentimientos y pasiones, estarían en verdad degradados si un desdichado como yo sintiera orgullo. Justina, la pobre infeliz Justina, era tan inocente como yo,

y sufrió la misma acusación; murió por ella; y yo soy la causa de esto: yo la asesiné. Guillermo, Justina y Enrique: todos murieron por mis manos.»

Mi padre me había oído a menudo, durante mi encarcelamiento, hacer la misma aseveración; cuando me acusaba así, a veces parecía desear una explicación, y otras parecía considerarlo hijo del delirio, y que, durante mi enfermedad, se me había presentado en la imaginación alguna idea de este tipo, cuyo recuerdo conservaba en mi convalecencia. Evité la explicación y mantuve un continuo silencio respecto al desdichado que había creado. Tenía la persuasión de que se me tendría por loco, y esto en sí mismo habría encadenado para siempre mi lengua. Pero, además, no podía decidirme a revelar un secreto que llenaría de consternación a mi oyente y haría del miedo y del horror antinatural huéspedes de su pecho. Reprimí, pues, mi impaciente sed de simpatía y callé cuando habría dado el mundo por confiar el fatal secreto. Sin embargo, aún palabras como las que he registrado brotaban incontrolablemente de mí. No podía ofrecer explicación de ellas, pero su verdad aliviaba en parte la carga de mi misteriosa desdicha.

En esta ocasión mi padre dijo, con una expresión de ilimitado asombro: «Queridísimo Víctor, ¿qué obcecación es esta? Hijo mío, te suplico que nunca vuelvas a hacer tal aseveración».

«No estoy loco —grité enérgicamente—; el sol y los cielos, que han visto mis operaciones, pueden testimoniar mi verdad. Soy el asesino de aquellas víctimas

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

inocentísimas; murieron por mis maquinaciones. Mil veces habría derramado mi propia sangre, gota a gota, para salvar sus vidas; pero no pude, padre, en verdad no pude sacrificar a toda la raza humana.»

La conclusión de este discurso convenció a mi padre de que mis ideas estaban trastornadas, y cambió al instante el tema de nuestra conversación y procuró alterar el curso de mis pensamientos. Deseaba en lo posible borrar la memoria de las escenas que habían tenido lugar en Irlanda y nunca aludía a ellas ni me permitía hablar de mis desgracias.

A medida que pasaba el tiempo me fui calmando; la desdicha tenía su morada en mi corazón, pero ya no hablaba del mismo modo incoherente de mis propios crímenes; me bastaba la conciencia de ellos. Con la mayor violencia sobre mí mismo refrené la voz imperiosa de la desdicha, que a veces deseaba declararse al mundo entero, y mis modales eran más calmos y compuestos de lo que habían sido desde mi viaje al mar de hielo.

Pocos días antes de que dejáramos París camino de Suiza, recibí la siguiente carta de Elizabeth:

«Mi querido amigo:

»Me causó el mayor placer recibir una carta de mi tío fechada en París; ya no estás a una distancia formidable, y puedo esperar verte en menos de quince días. Mi pobre primo, ¡cuánto debes de haber sufrido! Espero verte aún más enfermo que cuando dejaste Ginebra. Este invierno lo he pasado miserablemente, torturada por el ansioso suspenso; sin embargo, espero ver paz en tu semblante y

hallar que tu corazón no está totalmente vacío de consuelo y tranquilidad.

»Sin embargo, temo que existan ahora los mismos sentimientos que te hicieron tan desdichado hace un año, quizá incluso aumentados por el tiempo. No te perturbaría en este momento, cuando tantas desgracias pesan sobre ti, pero una conversación que tuve con mi tío antes de su partida hace necesaria alguna explicación antes de que nos veamos.

»¡Explicación! Quizá digas: ¿Qué puede tener Elizabeth que explicar? Si de veras dices esto, mis preguntas están respondidas y todas mis dudas satisfechas. Pero estás lejos de mí, y es posible que temas y a la vez te alegres con esta explicación; y ante la probabilidad de que así sea, no me atrevo a posponer más el escribir lo que, durante tu ausencia, he deseado a menudo expresarte pero nunca he tenido el valor de comenzar.

»Bien sabes, Víctor, que nuestra unión había sido el plan favorito de tus padres desde nuestra infancia. Se nos dijo esto de jóvenes, y se nos enseñó a esperarlo como un suceso que ciertamente tendría lugar. Fuimos afectuosos compañeros de juegos durante la niñez y, creo, queridos y apreciados amigos el uno del otro al crecer. Pero así como hermano y hermana a menudo sienten un vivo afecto el uno por el otro sin desear una unión más íntima, ¿no podría ser también nuestro caso? Dime, queridísimo Víctor. Respóndeme, te lo suplico por nuestra mutua felicidad, con simple verdad: ¿no amas a otra?

»Has viajado; has pasado varios años de tu vida en Ingolstadt; y te confieso, amigo mío, que cuando te vi el otoño pasado tan desdichado, huyendo a la soledad de la sociedad de toda criatura, no pude menos de suponer que podrías lamentar nuestro vínculo y creerte ligado en honor a cumplir los deseos de tus padres, aunque se opusieran a tus inclinaciones. Pero este razonamiento es falso. Te confieso, amigo mío, que te amo y que en mis sueños aéreos del futuro has sido mi constante amigo y compañero. Pero es tu felicidad la que deseo tanto como la mía cuando te declaro que nuestro matrimonio me haría eternamente desdichada a menos que fuera dictado por tu libre elección. Aun ahora lloro al pensar que, abatido como estás por las más crueles desgracias, puedas ahogar, con la palabra honor, toda esperanza de ese amor y felicidad que solo podrían devolverte a ti mismo. Yo, que te tengo un afecto tan desinteresado, puedo aumentar diez veces tus desdichas siendo un obstáculo a tus deseos. ¡Ah! Víctor, ten por seguro que tu prima y compañera de juegos te tiene un amor demasiado sincero para no ser desdichada con esta suposición. Sé feliz, amigo mío; y si me obedeces en esta única petición, quédate satisfecho de que nada en la tierra tendrá poder para interrumpir mi tranquilidad.

»No dejes que esta carta te perturbe; no respondas mañana, ni pasado mañana, ni siquiera hasta que vengas, si te causa dolor. Mi tío me enviará noticias de tu salud, y si veo siquiera una sonrisa en tus labios cuando nos encontremos, ocasionada por esto o por cualquier otro esfuerzo mío, no necesitaré otra felicidad.

»Elizabeth Lavenza.

»Ginebra, 18 de mayo de 17—.»

Esta carta reavivó en mi memoria lo que antes había olvidado, la amenaza del demonio: «¡Estaré contigo en tu noche de bodas!». Tal era mi sentencia, y esa noche el demonio emplearía todo arte para destruirme y arrancarme del vislumbre de felicidad que prometía consolar en parte mis sufrimientos. Esa noche había determinado consumar sus crímenes con mi muerte. Bien, que así sea; entonces tendría lugar ciertamente una lucha mortal, en la cual, si él resultaba victorioso, yo estaría en paz y su poder sobre mí habría terminado. Si era vencido, yo sería un hombre libre. ¡Ay! ¿Qué libertad? La que disfruta el campesino cuando su familia ha sido masacrada ante sus ojos, su casita quemada, sus tierras asoladas, y es lanzado a la deriva, sin hogar, sin dinero y solo, pero libre. Tal sería mi libertad, salvo que en mi Elizabeth poseía un tesoro, ¡ay!, contrapesado por aquellos horrores de remordimiento y culpa que me perseguirían hasta la muerte.

¡Dulce y amada Elizabeth! Leí y releí su carta, y algunos sentimientos más suaves se deslizaron en mi corazón y osaron susurrar sueños paradisíacos de amor y alegría; pero la manzana ya estaba comida, y el brazo del ángel desnudo para arrojarme de toda esperanza. Sin embargo, moriría por hacerla feliz. Si el monstruo ejecutaba su amenaza, la muerte era inevitable; sin embargo, de nuevo consideré si mi matrimonio aceleraría mi destino. Mi destrucción podía, en efecto, llegar unos meses antes,

pero si mi torturador sospechaba que yo la posponía, influido por sus amenazas, ciertamente hallaría otros medios de venganza, quizá más espantosos. Había jurado estar conmigo en mi noche de bodas, pero no consideraba aquella amenaza como una obligación de paz entretanto, pues, como para mostrarme que aún no estaba saciado de sangre, había asesinado a Clerval inmediatamente después de enunciar sus amenazas. Resolví, pues, que si mi unión inmediata con mi prima contribuía a la felicidad de ella o de mi padre, los designios de mi adversario contra mi vida no la retrasarían ni una hora.

En este estado de ánimo escribí a Elizabeth. Mi carta fue serena y afectuosa. «Temo, mi amada —dije—, que nos queda poca felicidad en la tierra; sin embargo, todo lo que pueda gozar un día se centra en ti. Ahuyenta tus vanos temores; a ti sola consagro mi vida y mis esfuerzos por el contento. Tengo un secreto, Elizabeth, terrible; cuando te sea revelado, te helará el cuerpo de horror, y entonces, lejos de sorprenderte de mi desdicha, solo te maravillarás de que sobreviva a lo que he soportado. Te confiaré este relato de miseria y terror al día siguiente de nuestro matrimonio, pues, mi dulce prima, debe haber perfecta confianza entre nosotros. Pero hasta entonces, te lo suplico, no lo menciones ni aludas a él. Esto lo ruego con el mayor fervor, y sé que accederás.»

Aproximadamente una semana después de la llegada de la carta de Elizabeth volvimos a Ginebra. La dulce muchacha me recibió con cálido afecto, aunque había lágrimas en sus ojos al ver mi cuerpo demacrado y mis

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

mejillas febriles. Vi también un cambio en ella. Estaba más delgada y había perdido mucha de aquella celestial vivacidad que antes me había encantado; pero su gentileza y sus suaves miradas de compasión la hacían una compañera más apta para alguien tan arruinado y miserable como yo.

La tranquilidad de que ahora gozaba no duró. La memoria trajo consigo la locura, y cuando pensaba en lo ocurrido, una verdadera demencia me poseía; a veces estaba furioso y ardía de rabia, a veces abatido y desanimado. No hablaba ni miraba a nadie, sino que me sentaba inmóvil, aturdido por la multitud de desdichas que me abrumaban.

Solo Elizabeth tenía el poder de sacarme de estos accesos; su voz gentil me calmaba cuando me transportaba la pasión y me inspiraba sentimientos humanos cuando me hundía en el sopor. Lloraba conmigo y por mí. Cuando volvía la razón, me reconvenía y procuraba inspirarme resignación. ¡Ah! Es bueno para los desafortunados estar resignados, pero para los culpables no hay paz. Las agonías del remordimiento envenenan el deleite que a veces se halla, de otro modo, al entregarse al exceso del dolor.

Poco después de mi llegada, mi padre habló de mi inmediato matrimonio con Elizabeth. Permanecí callado.

«¿Tienes, pues, algún otro apego?»

«Ninguno en la tierra. Amo a Elizabeth y espero nuestra unión con deleite. Que se fije, pues, el día; y en él me consagraré, en vida o en muerte, a la felicidad de mi

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

prima.»

«Mi querido Víctor, no hables así. Pesadas desgracias han caído sobre nosotros, pero aferrémonos más estrechamente a lo que queda y transfiramos nuestro amor por los que hemos perdido a los que aún viven. Nuestro círculo será pequeño, pero estrechamente ligado por lazos de afecto y de mutua desgracia. Y cuando el tiempo haya suavizado tu desesperación, nacerán nuevos y queridos objetos de cuidado para reemplazar a aquellos de quienes hemos sido tan cruelmente privados.»

Tales eran las lecciones de mi padre. Pero a mí me volvía el recuerdo de la amenaza; ni puedes extrañarte de que, omnipotente como había sido el demonio en sus obras de sangre, yo casi lo considerara invencible, y de que, cuando había pronunciado las palabras «Estaré contigo en tu noche de bodas», considerara inevitable el destino amenazado. Pero la muerte no era mal alguno para mí si se la contrapesaba con la pérdida de Elizabeth, y por lo tanto, con un semblante contento e incluso alegre, convine con mi padre en que, si mi prima consentía, la ceremonia tuviera lugar en diez días, poniendo así, como imaginaba, el sello a mi destino.

¡Gran Dios! Si por un instante hubiera pensado cuál podía ser la intención infernal de mi diabólico adversario, antes me habría desterrado para siempre de mi país natal y vagado como paria sin amigos por la tierra que consentir en este miserable matrimonio. Pero, como si poseyera poderes mágicos, el monstruo me había cegado a sus verdaderas intenciones; y cuando creía haber preparado

solo mi propia muerte, apresuré la de una víctima mucho más querida.

A medida que se acercaba el período fijado para nuestra boda, ya fuera por cobardía o por un presentimiento profético, sentí que el corazón se me hundía dentro. Pero oculté mis sentimientos con una apariencia de hilaridad que trajo sonrisas y alegría al semblante de mi padre, pero apenas engañó al siempre vigilante y más fino ojo de Elizabeth. Ella esperaba nuestra unión con plácido contento, no sin mezcla de un poco de miedo, que las pasadas desgracias le habían impreso, de que lo que ahora parecía felicidad cierta y tangible pudiera disiparse pronto en un sueño aéreo y no dejar rastro sino hondo y eterno pesar.

Se hicieron los preparativos para el acontecimiento, se recibieron visitas de felicitación y todo tenía un aspecto sonriente. Encerré, lo mejor que pude, en mi propio corazón la ansiedad que allí se cebaba y entré con aparente seriedad en los planes de mi padre, aunque solo pudieran servir de decorado a mi tragedia. Por los esfuerzos de mi padre, el gobierno austríaco había devuelto a Elizabeth una parte de su herencia. Una pequeña posesión a orillas de Como le pertenecía. Se acordó que, inmediatamente después de nuestra unión, iríamos a la Villa Lavenza y pasaríamos nuestros primeros días de felicidad junto al hermoso lago cerca del cual se alzaba.

Entretanto tomé todas las precauciones para defender mi persona en caso de que el demonio me atacara

abiertamente. Llevaba constantemente conmigo pistolas y una daga y estaba siempre alerta para evitar artificios, y por estos medios gané un mayor grado de tranquilidad. En efecto, a medida que se aproximaba el período, la amenaza me parecía más una ilusión, no digna de perturbar mi paz, mientras la felicidad que esperaba de mi matrimonio tomaba mayor apariencia de certeza conforme se acercaba el día fijado para su solemnización y lo oía mencionar continuamente como un suceso que ningún accidente podía impedir.

Elizabeth parecía feliz; mi porte tranquilo contribuía mucho a calmar su ánimo. Pero el día que debía cumplir mis deseos y mi destino, estaba melancólica, y la invadía un presentimiento de mal; y quizá pensaba también en el terrible secreto que yo había prometido revelarle al día siguiente. Mi padre estaba entretanto jubiloso y, en el bullicio de los preparativos, solo reconocía en la melancolía de su sobrina la timidez de una novia.

Tras celebrarse la ceremonia, se reunió una gran concurrencia en casa de mi padre, pero se acordó que Elizabeth y yo comenzaríamos nuestro viaje por agua, durmiendo esa noche en Evian y continuando nuestro viaje al día siguiente. El día era hermoso, el viento favorable; todo sonreía a nuestro embarque nupcial.

Aquellos fueron los últimos momentos de mi vida en que gocé del sentimiento de felicidad. Avanzamos rápidamente; el sol era caliente, pero nos protegía de sus rayos una especie de toldo mientras gozábamos de la belleza de la escena, unas veces en un lado del lago, donde

veíamos el Mont Salève, las agradables orillas de Montalègre y, a lo lejos, dominándolo todo, el hermoso Mont Blanc y el conjunto de montañas nevadas que en vano se esfuerzan por emularlo; otras veces, costeando las orillas opuestas, veíamos el poderoso Jura oponiendo su lado oscuro a la ambición que quisiera abandonar su país natal, y una barrera casi insuperable para el invasor que quisiera esclavizarlo.

Tomé la mano de Elizabeth. «Estás triste, amor mío. ¡Ah! Si supieras lo que he sufrido y lo que aún puedo soportar, procurarías dejarme saborear la quietud y la libertad de desesperación que este solo día al menos me permite gozar.»

«Sé feliz, mi querido Víctor —replicó Elizabeth—; no hay, espero, nada que te angustie; y ten por seguro que si una viva alegría no está pintada en mi rostro, mi corazón está contento. Algo me susurra que no dependa demasiado de la perspectiva que se abre ante nosotros, pero no escucharé una voz tan siniestra. Observa con qué rapidez avanzamos y cómo las nubes, que a veces oscurecen y a veces se alzan sobre la cúpula del Mont Blanc, hacen esta escena de belleza aún más interesante. Mira también los innumerables peces que nadan en las aguas claras, donde podemos distinguir cada guijarro del fondo. ¡Qué día divino! ¡Qué feliz y serena parece toda la naturaleza!»

Así procuraba Elizabeth apartar sus pensamientos y los míos de toda reflexión sobre temas melancólicos. Pero su temple era fluctuante; la alegría brillaba por unos instantes en sus ojos, pero cedía continuamente el lugar a

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

la distracción y la ensoñación.

El sol descendía en los cielos; pasamos el río Drance y observamos su curso por las simas de las colinas más altas y las cañadas de las más bajas. Los Alpes se acercan aquí al lago, y nos aproximamos al anfiteatro de montañas que forma su límite oriental. El campanario de Evian brillaba bajo los bosques que lo rodeaban y la cadena de montaña sobre montaña por la que estaba dominado.

El viento, que hasta entonces nos había llevado con asombrosa rapidez, descendió al ponerse el sol a una ligera brisa; el aire suave apenas rizaba el agua y causaba un agradable movimiento entre los árboles al acercarnos a la orilla, de la que traía el más delicioso aroma de flores y heno. El sol se hundió bajo el horizonte cuando desembarcábamos, y al tocar la orilla sentí revivir aquellos cuidados y temores que pronto habían de aferrarme y adherirse a mí para siempre.

CAPÍTULO XXIII

Eran las ocho cuando desembarcamos; caminamos un corto rato por la orilla, gozando de la luz transitoria, y luego nos retiramos a la posada y contemplamos la hermosa escena de aguas, bosques y montañas, oscurecida por las tinieblas, pero que aún mostraba sus negros contornos.

El viento, que había caído por el sur, se levantó ahora con gran violencia por el oeste. La luna había alcanzado su cenit en los cielos y empezaba a descender; las nubes la barrían más veloces que el vuelo del buitre y empañaban sus rayos, mientras el lago reflejaba la escena de los cielos atareados, aún más atareados por las olas inquietas que empezaban a alzarse. De repente descendió una pesada tormenta de lluvia.

Había estado calmo durante el día, pero en cuanto la noche oscureció las formas de los objetos, mil temores surgieron en mi mente. Estaba ansioso y vigilante, mientras mi mano derecha empuñaba una pistola escondida en mi pecho; todo sonido me aterraba, pero resolví vender cara mi vida y no retroceder del combate hasta que mi propia vida o la de mi adversario se extinguiera.

Elizabeth observó mi agitación durante algún tiempo en tímido y temeroso silencio, pero había algo en mi mirada que le comunicó terror, y, temblando, preguntó: «¿Qué es

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

lo que te agita, mi querido Víctor? ¿Qué temes?».

«¡Oh! Paz, paz, amor mío —respondí—; esta noche, y todo estará a salvo; pero esta noche es terrible, muy terrible.»

Pasé una hora en este estado de ánimo, cuando de repente reflexioné cuán espantoso sería para mi esposa el combate que esperaba de un momento a otro, y le rogué encarecidamente que se retirara, resuelto a no reunirme con ella hasta haber obtenido algún conocimiento sobre la situación de mi enemigo.

Ella me dejó, y continué algún tiempo caminando de un lado a otro por los pasillos de la casa e inspeccionando cada rincón que pudiera ofrecer retiro a mi adversario. Pero no descubrí rastro de él y empezaba a conjeturar que alguna afortunada casualidad había intervenido para impedir la ejecución de sus amenazas cuando de repente oí un grito agudo y espantoso. Venía de la habitación a la que se había retirado Elizabeth. Al oírlo, la verdad entera irrumpió en mi mente, mis brazos cayeron, el movimiento de cada músculo y fibra quedó suspendido; podía sentir la sangre goteando en mis venas y hormigueando en las extremidades de mis miembros. Este estado duró solo un instante; el grito se repitió, y me precipité en la habitación.

¡Gran Dios! ¿Por qué no expiré entonces? ¿Por qué estoy aquí para relatar la destrucción de la mejor esperanza y de la más pura criatura de la tierra? Estaba allí, sin vida e inanimada, arrojada sobre la cama, con la cabeza colgando y los rasgos pálidos y desfigurados medio cubiertos por su

cabello. Dondequiera que me vuelvo veo la misma figura: sus brazos exangües y su cuerpo laxo, arrojados por el asesino sobre su lecho nupcial. ¿Podía contemplar esto y vivir? ¡Ay! La vida es obstinada y se aferra más donde es más odiada. Solo por un momento perdí el conocimiento; caí sin sentido al suelo.

Cuando me recobré, me encontré rodeado por la gente de la posada; sus semblantes expresaban un terror sin aliento, pero el horror de los otros me parecía solo una burla, una sombra de los sentimientos que me oprimían. Escapé de ellos a la habitación donde yacía el cuerpo de Elizabeth, mi amor, mi esposa, tan recientemente viva, tan querida, tan digna. La habían movido de la postura en que la vi por primera vez, y ahora, tendida con la cabeza sobre el brazo y un pañuelo echado sobre el rostro y el cuello, podría haberla supuesto dormida. Me lancé hacia ella y la abracé con ardor, pero el mortal abandono y la frialdad de los miembros me dijeron que lo que ahora sostenía en mis brazos había dejado de ser la Elizabeth a quien había amado y cuidado. La marca homicida de la garra del demonio estaba en su cuello, y el aliento había cesado de salir de sus labios.

Mientras seguía inclinado sobre ella en la agonía de la desesperación, alcé casualmente la vista. Las ventanas de la habitación habían estado antes oscurecidas, y sentí una especie de pánico al ver la pálida luz amarilla de la luna iluminar la estancia. Los postigos habían sido abiertos y, con una sensación de horror indescriptible, vi en la ventana abierta una figura la más horrenda y aborrecida.

Había una mueca en el rostro del monstruo; parecía burlarse, mientras con su dedo diabólico señalaba el cadáver de mi esposa. Me lancé hacia la ventana y, sacando una pistola de mi pecho, disparé; pero me eludió, saltó de su sitio y, corriendo con la velocidad del relámpago, se zambulló en el lago.

El estampido de la pistola trajo una multitud a la habitación. Señalé el lugar donde había desaparecido, y seguimos el rastro con botes; se echaron redes, pero en vano. Tras pasar varias horas, volvimos sin esperanza, la mayoría de mis compañeros creyendo que había sido una forma conjurada por mi fantasía. Tras desembarcar, procedieron a registrar el campo, partidas yendo en distintas direcciones entre los bosques y las viñas.

Intenté acompañarlos y avancé una corta distancia desde la casa, pero me daba vueltas la cabeza, mis pasos eran como los de un borracho, caí al fin en un estado de total agotamiento; una tela cubrió mis ojos y mi piel estaba reseca por el calor de la fiebre. En este estado fui llevado de vuelta y colocado en una cama, apenas consciente de lo ocurrido; mis ojos vagaban por la habitación como en busca de algo que hubiera perdido.

Tras un intervalo me levanté y, como por instinto, me arrastré hasta la habitación donde yacía el cadáver de mi amada. Había mujeres llorando alrededor; me incliné sobre él y uní mis tristes lágrimas a las suyas; durante todo este tiempo ninguna idea distinta se presentaba a mi mente, sino que mis pensamientos vagaban por varios temas, reflexionando confusamente sobre mis desgracias y

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

su causa. Estaba aturdido, en una nube de asombro y horror. La muerte de Guillermo, la ejecución de Justina, el asesinato de Clerval y, por último, de mi esposa; aun en aquel momento no sabía que mis únicos amigos restantes estuvieran a salvo de la malignidad del demonio; mi padre podía estar aún retorciéndose bajo su garra, y Ernesto podía estar muerto a sus pies. Esta idea me hizo estremecer y me devolvió a la acción. Me levanté de un salto y resolví volver a Ginebra con toda la rapidez posible.

No había caballos que procurar, y debía volver por el lago; pero el viento era desfavorable y la lluvia caía a torrentes. Sin embargo, apenas era de mañana, y podía razonablemente esperar llegar por la noche. Contraté hombres para remar y tomé yo mismo un remo, pues siempre había experimentado alivio del tormento mental en el ejercicio corporal. Pero la desdicha desbordante que ahora sentía y el exceso de agitación que soportaba me volvían incapaz de todo esfuerzo. Arrojé el remo y, apoyando la cabeza en las manos, me entregué a toda idea sombría que surgía. Si alzaba la vista, veía escenas que me eran familiares en mi tiempo más feliz y que había contemplado solo el día anterior en compañía de la que ahora no era sino una sombra y un recuerdo. Las lágrimas brotaban de mis ojos. La lluvia había cesado por un momento, y vi a los peces jugar en las aguas como lo habían hecho pocas horas antes; los había observado entonces Elizabeth. Nada es tan doloroso para la mente humana como un cambio grande y repentino. El sol podía brillar o las nubes oscurecer, pero nada podía parecerme como había sido el día anterior. Un demonio me había

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

arrebatado toda esperanza de felicidad futura; ninguna criatura había sido jamás tan miserable como yo; un suceso tan espantoso es único en la historia del hombre.

Pero ¿por qué habría de detenerme en los incidentes que siguieron a este último y abrumador suceso? El mío ha sido un relato de horrores; he llegado a su cumbre, y lo que debo relatar ahora solo puede serle tedioso. Sepa que, uno a uno, me fueron arrebatados mis amigos; quedé desolado. Mis propias fuerzas están agotadas, y debo contar, en pocas palabras, lo que resta de mi horrenda narración.

Llegué a Ginebra. Mi padre y Ernesto aún vivían, pero el primero sucumbió ante las noticias que traía. Lo veo ahora, ¡excelente y venerable anciano! Sus ojos vagaban en el vacío, pues habían perdido su encanto y su deleite: su Elizabeth, más que hija, a quien idolatraba con todo el afecto que siente un hombre que, en el declive de la vida, teniendo pocos afectos, se aferra más ansiosamente a los que le quedan. ¡Maldito, maldito el demonio que trajo la desdicha sobre sus canas y lo condenó a consumirse en la miseria! No pudo vivir bajo los horrores acumulados a su alrededor; los resortes de la existencia cedieron de repente; fue incapaz de levantarse de su lecho y en pocos días murió en mis brazos.

¿Qué fue entonces de mí? No lo sé; perdí la sensación, y las cadenas y la oscuridad fueron los únicos objetos que me oprimían. A veces, en verdad, soñaba que vagaba por prados floridos y valles amenos con los amigos de mi juventud, pero despertaba y me hallaba en un calabozo.

Siguió la melancolía, pero poco a poco logré una clara concepción de mis desdichas y mi situación y fui entonces liberado de mi prisión. Pues me habían llamado loco, y durante muchos meses, según entendí, una celda solitaria había sido mi morada.

La libertad, sin embargo, habría sido un don inútil para mí si, al despertar a la razón, no hubiera despertado al mismo tiempo a la venganza. Al pesar sobre mí la memoria de pasadas desgracias, empecé a reflexionar sobre su causa: el monstruo que había creado, el miserable demonio que había enviado al mundo para mi destrucción. Me poseía una rabia enloquecedora al pensar en él, y deseaba y rogaba ardientemente tenerlo al alcance de mi mano para descargar una gran y señalada venganza sobre su maldita cabeza.

Mi odio no se limitó mucho tiempo a vanos deseos; empecé a reflexionar sobre los mejores medios de apresarlo; y con este fin, hacia un mes de mi liberación, acudí a un juez criminal de la ciudad y le dije que tenía una acusación que hacer, que conocía al destructor de mi familia y que le requería que ejerciera toda su autoridad para la aprehensión del asesino.

El magistrado me escuchó con atención y amabilidad. «Tenga por seguro, señor —dijo—, que no se escatimarán por mi parte esfuerzos ni diligencias para descubrir al villano.»

«Se lo agradezco —respondí—; escuche, pues, la declaración que tengo que hacer. Es en verdad un relato tan extraño que temería que no le diera crédito si no

hubiera algo en la verdad que, por maravillosa que sea, fuerza la convicción. La historia es demasiado coherente para confundirse con un sueño, y no tengo motivo para la falsedad.» Mi actitud al dirigirme así a él era impresionante pero calma; había formado en mi corazón la resolución de perseguir a mi destructor hasta la muerte, y este propósito aquietaba mi agonía y por un intervalo me reconciliaba con la vida. Relaté entonces mi historia brevemente pero con firmeza y precisión, señalando las fechas con exactitud y sin desviarme nunca a la invectiva o la exclamación.

El magistrado pareció al principio perfectamente incrédulo, pero a medida que yo continuaba se volvió más atento e interesado; lo vi a veces estremecerse de horror; otras veces una viva sorpresa, sin mezcla de incredulidad, se pintaba en su semblante.

Cuando hube concluido mi narración, dije: «Este es el ser a quien acuso y para cuya aprehensión y castigo le requiero que ejerza todo su poder. Es su deber como magistrado, y creo y espero que sus sentimientos como hombre no se rebelen contra la ejecución de esas funciones en esta ocasión».

Este discurso causó un cambio considerable en la fisonomía de mi oyente. Había oído mi historia con esa especie de medio creer que se concede a un relato de espíritus y sucesos sobrenaturales; pero cuando se le requirió actuar oficialmente en consecuencia, volvió toda la marea de su incredulidad. Respondió, sin embargo, suavemente: «Con gusto le prestaría toda ayuda en su

persecución, pero la criatura de que habla parece tener poderes que desafiarían todos mis esfuerzos. ¿Quién puede seguir a un animal que puede atravesar el mar de hielo y habitar cuevas y guaridas donde ningún hombre se aventuraría a entrar? Además, han transcurrido algunos meses desde la comisión de sus crímenes, y nadie puede conjeturar a qué lugar ha vagado o qué región puede habitar ahora».

«No dudo de que ronda cerca del lugar que habito, y si en verdad se ha refugiado en los Alpes, puede ser cazado como la gamuza y destruido como bestia de presa. Pero percibo sus pensamientos; usted no cree mi narración y no se propone perseguir a mi enemigo con el castigo que merece.»

Al hablar, la rabia chispeaba en mis ojos; el magistrado se intimidó. «Se equivoca —dijo—. Me esforzaré, y si está en mi poder apresar al monstruo, tenga por seguro que sufrirá un castigo proporcionado a sus crímenes. Pero temo, por lo que usted mismo ha descrito como sus propiedades, que esto resultará impracticable; y así, mientras se sigue toda medida adecuada, debería hacerse a la idea de un desengaño.»

«Eso no puede ser; pero todo lo que pueda decir servirá de poco. Mi venganza no tiene importancia para usted; sin embargo, aunque admito que es un vicio, confieso que es la devoradora y única pasión de mi alma. Mi rabia es indecible cuando reflexiono en que el asesino, a quien he soltado sobre la sociedad, sigue existiendo. Usted rehúsa mi justa demanda; me queda un solo recurso, y me

consagro, en vida o en muerte, a su destrucción.»

Temblaba de exceso de agitación al decir esto; había un frenesí en mi actitud, y algo, no lo dudo, de aquella altiva fiereza que se dice poseían los mártires antiguos. Pero para un magistrado ginebrino, cuya mente estaba ocupada por ideas muy otras que las de devoción y heroísmo, esta elevación de ánimo tenía mucho aspecto de locura. Procuró calmarme como una niñera a un niño y volvió a mi relato como efecto del delirio.

«¡Hombre! —grité—, ¡cuán ignorante eres en tu orgullo de sabiduría! Basta; no sabes lo que dices.»

Salí de la casa enfurecido y perturbado y me retiré a meditar sobre algún otro modo de acción.

CAPÍTULO XXIV

Mi situación presente era una en que todo pensamiento voluntario quedaba absorbido y perdido. Me arrastraba la furia; solo la venganza me dotaba de fuerza y compostura; moldeaba mis sentimientos y me permitía ser calculador y calmo en períodos en que de otro modo el delirio o la muerte habrían sido mi parte.

Mi primera resolución fue abandonar Ginebra para siempre; mi país, que cuando era feliz y amado me era querido, se hizo ahora, en mi adversidad, odioso. Me provisté de una suma de dinero, junto con unas pocas joyas que habían pertenecido a mi madre, y partí.

Y ahora comenzaron mis andanzas, que solo cesarán con la vida. He recorrido una vasta porción de la tierra y he soportado todas las penalidades que suelen encontrar los viajeros en desiertos y países bárbaros. Cómo he vivido apenas lo sé; muchas veces he tendido mis miembros desfallecientes sobre la llanura arenosa y rogado por la muerte. Pero la venganza me mantuvo vivo; no osaba morir y dejar a mi adversario en existencia.

Cuando dejé Ginebra, mi primera labor fue obtener alguna clave por la que pudiera rastrear los pasos de mi diabólico enemigo. Pero mi plan era incierto, y vagué muchas horas por los confines de la ciudad, indeciso sobre qué camino seguir. Al acercarse la noche me encontré a la entrada del cementerio donde reposaban Guillermo,

Elizabeth y mi padre. Entré y me acerqué a la tumba que marcaba sus sepulturas. Todo estaba en silencio salvo las hojas de los árboles, suavemente agitadas por el viento; la noche era casi oscura, y la escena habría sido solemne y conmovedora aun para un observador desinteresado. Los espíritus de los difuntos parecían revolotear alrededor y proyectar una sombra, sentida pero no vista, sobre la cabeza del doliente.

El hondo dolor que esta escena había excitado al principio dio paso pronto a la rabia y la desesperación. Ellos estaban muertos, y yo vivía; su asesino también vivía, y para destruirlo debía arrastrar mi cansada existencia. Me arrodillé en la hierba, besé la tierra y con labios temblorosos exclamé: «Por la tierra sagrada en que me arrodillo, por las sombras que vagan cerca de mí, por el hondo y eterno dolor que siento, juro; y por ti, oh Noche, y por los espíritus que presiden sobre ti, perseguir al demonio que causó esta desdicha, hasta que él o yo perezcamos en mortal combate. Con este fin conservaré mi vida; para ejecutar esta querida venganza volveré a contemplar el sol y a pisar la verde hierba de la tierra, que de otro modo debería desvanecerse de mis ojos para siempre. Y los invoco, espíritus de los muertos, y a ustedes, errantes ministros de la venganza, para que me ayuden y me conduzcan en mi obra. Que el maldito e infernal monstruo beba hondo la agonía; que sienta la desesperación que ahora me atormenta».

Había comenzado mi adjuración con solemnidad y un temor reverente que casi me aseguraba que las sombras

de mis amigos asesinados oían y aprobaban mi devoción, pero las furias me poseyeron al concluir, y la rabia ahogó mi pronunciación.

Me respondió, a través de la quietud de la noche, una fuerte y diabólica risa. Resonó en mis oídos larga y pesadamente; las montañas la repitieron, y sentí como si todo el infierno me rodeara con burla y risas. Seguramente en aquel momento me habría poseído el frenesí y habría destruido mi miserable existencia si mi voto no hubiera sido oído y yo no hubiera sido reservado para la venganza. La risa se extinguió, cuando una voz bien conocida y aborrecida, aparentemente cercana a mi oído, me habló en un susurro audible: «Estoy satisfecho, miserable. Has determinado vivir, y estoy satisfecho».

Me lancé hacia el lugar de donde procedía el sonido, pero el diablo eludió mi garra. De repente se alzó el ancho disco de la luna y brilló de lleno sobre su espectral y deforme figura mientras huía con velocidad más que mortal.

Lo perseguí, y durante muchos meses esta ha sido mi tarea. Guiado por una leve clave, seguí los meandros del Ródano, pero en vano. Apareció el azul Mediterráneo y, por una extraña casualidad, vi al demonio entrar de noche y esconderse en un buque con destino al mar Negro. Tomé pasaje en el mismo barco, pero escapó, no sé cómo.

En medio de los páramos de Tartaria y Rusia, aunque aún me eludía, he seguido siempre su rastro. A veces los campesinos, asustados por esta horrible aparición, me informaban de su camino; a veces él mismo, que temía que

si yo perdía todo rastro suyo me desesperaría y moriría, dejaba alguna señal para guiarme. Las nieves descendieron sobre mi cabeza, y vi la huella de su enorme pisada en la llanura blanca. A usted, que entra por primera vez en la vida, para quien el cuidado es nuevo y la agonía desconocida, ¿cómo puede comprender lo que he sentido y aún siento? El frío, la necesidad y la fatiga eran los menores dolores que estaba destinado a soportar; estaba maldito por algún demonio y llevaba conmigo mi infierno eterno; sin embargo, un espíritu de bien seguía y dirigía mis pasos y, cuando más murmuraba, me sacaba de repente de dificultades al parecer insuperables. A veces, cuando la naturaleza, vencida por el hambre, se hundía en el agotamiento, se me preparaba en el desierto una comida que me restablecía y animaba. El alimento era, en verdad, tosco, como el que comían los campesinos del país, pero no dudaré de que lo habían puesto allí los espíritus que había invocado para ayudarme. A menudo, cuando todo estaba seco, los cielos sin nubes y me abrasaba la sed, una ligera nube empañaba el cielo, derramaba las pocas gotas que me reanimaban y se desvanecía.

Seguía, cuando podía, el curso de los ríos; pero el demonio generalmente los evitaba, pues era aquí donde se reunía principalmente la población del país. En otros lugares rara vez se veían seres humanos, y yo subsistía generalmente de los animales salvajes que cruzaban mi camino. Llevaba dinero conmigo y me ganaba la amistad de los aldeanos distribuyéndolo; o traía alguna comida que había cazado, la cual, tras tomar una pequeña parte,

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

presentaba siempre a quienes me habían proporcionado fuego y utensilios para cocinar.

Mi vida, así transcurrida, me era en verdad odiosa, y solo durante el sueño podía gustar la alegría. ¡Oh bendito sueño! A menudo, cuando más miserable estaba, me hundía en el reposo, y mis sueños me arrullaban hasta el arrobamiento. Los espíritus que me guardaban habían procurado estos momentos, o más bien horas, de felicidad para que conservara fuerzas para cumplir mi peregrinación. Privado de este respiro, habría sucumbido bajo mis penalidades. Durante el día me sostenía y animaba la esperanza de la noche, pues en el sueño veía a mis amigos, a mi esposa y a mi amado país; de nuevo veía el semblante benévolo de mi padre, oía los tonos de plata de la voz de mi Elizabeth y contemplaba a Clerval gozando de salud y juventud. A menudo, cansado de una marcha fatigosa, me persuadía de que estaba soñando hasta que llegara la noche y gozaría entonces de la realidad en brazos de mis queridísimos amigos. ¡Qué agonizante ternura sentía por ellos! ¡Cómo me aferraba a sus queridas formas, cuando a veces rondaban incluso mis horas de vigilia, y me persuadía de que aún vivían! En esos momentos la venganza que ardía en mí moría en mi corazón, y perseguía mi camino hacia la destrucción del demonio más como una tarea impuesta por el cielo, como el impulso mecánico de algún poder del que no era consciente, que como el ardiente deseo de mi alma.

Cuáles eran los sentimientos de aquel a quien perseguía no puedo saberlo. A veces, en verdad, dejaba marcas

escritas en las cortezas de los árboles o talladas en piedra que me guiaban e instigaban mi furia. «Mi reinado no ha terminado aún» —estas palabras eran legibles en una de esas inscripciones—, «vives, y mi poder es completo. Sígueme; busco los hielos eternos del norte, donde sentirás la miseria del frío y la escarcha, a los que soy impasible. Encontrarás cerca de este lugar, si no me sigues con demasiada tardanza, una liebre muerta; come y refréscate. Ven, enemigo mío; aún tenemos que luchar por nuestras vidas, pero muchas horas duras y miserables habrás de soportar hasta que llegue ese momento».

¡Demonio burlón! De nuevo juro venganza; de nuevo te consagro, miserable demonio, a la tortura y la muerte. Nunca abandonaré mi búsqueda hasta que él o yo perezcamos; ¡y entonces, con qué éxtasis me reuniré con mi Elizabeth y mis amigos difuntos, que aun ahora me preparan la recompensa de mi tedioso trabajo y horrible peregrinación!

Mientras proseguía mi viaje hacia el norte, las nieves se espesaron y el frío aumentó hasta un grado casi insoportable. Los campesinos estaban encerrados en sus chozas, y solo unos pocos de los más recios se aventuraban a salir para cazar los animales que el hambre había obligado a abandonar sus escondrijos en busca de presa. Los ríos estaban cubiertos de hielo y no podía conseguirse pescado; así quedé privado de mi principal sustento.

El triunfo de mi enemigo crecía con la dificultad de mis trabajos. Una de las inscripciones que dejó decía así:

«¡Prepárate! Tus fatigas apenas comienzan; envuélvete en pieles y provéete de comida, pues pronto entraremos en un viaje donde tus sufrimientos satisfarán mi odio eterno».

Estas palabras burlonas avivaron mi valor y mi perseverancia; resolví no fallar en mi propósito y, invocando al Cielo para que me sostuviera, continué con inalterado fervor atravesando inmensos desiertos, hasta que el océano apareció a lo lejos y formó el límite extremo del horizonte. ¡Oh, cuán distinto era de los mares azules del sur! Cubierto de hielo, solo se distinguía de la tierra por su mayor salvajismo y aspereza. Los griegos lloraron de alegría cuando vieron el Mediterráneo desde las colinas de Asia y saludaron con arrobo el término de sus fatigas. Yo no lloré, pero me arrodillé y, con el corazón lleno, di gracias a mi espíritu guía por conducirme a salvo al lugar donde esperaba, a pesar de la burla de mi adversario, encontrarlo y trabarme con él.

Algunas semanas antes me había procurado un trineo y perros, y así atravesaba las nieves con una velocidad inconcebible. No sé si el demonio disponía de las mismas ventajas, pero comprobé que, así como antes perdía terreno cada día en la persecución, ahora ganaba sobre él, tanto que cuando vi el océano por primera vez me llevaba solo una jornada de ventaja, y esperaba interceptarlo antes de que alcanzara la playa. Con nuevo valor, pues, avancé, y en dos días llegué a una miserable aldea de la costa. Pregunté a los habitantes por el demonio y obtuve información exacta. Un monstruo gigantesco, decían, había llegado la noche anterior, armado de un fusil y

muchas pistolas, y había puesto en fuga a los habitantes de una cabaña solitaria por el miedo que causaba su terrorífico aspecto. Se había llevado su provisión de comida de invierno y, colocándola en un trineo, para cuyo tiro se había apoderado de una numerosa recua de perros amaestrados, los había uncido y, esa misma noche, para alegría de los aldeanos aterrados, había proseguido su viaje a través del mar en una dirección que no conducía a ninguna tierra; y conjeturaban que sería destruido muy pronto por la rotura del hielo o helado por las escarchas eternas.

Al oír estas noticias sufrí un acceso pasajero de desesperación. Se me había escapado, y yo debía emprender un viaje destructor y casi interminable por los hielos montañosos del océano, entre un frío que pocos de los habitantes podían soportar mucho tiempo y que yo, nativo de un clima suave y soleado, no podía esperar sobrevivir. Sin embargo, ante la idea de que el demonio viviera y triunfara, volvieron mi rabia y mi venganza y, como una poderosa marea, arrollaron todo otro sentimiento. Tras un breve reposo, durante el cual los espíritus de los muertos revoloteaban a mi alrededor y me instaban al esfuerzo y a la venganza, me preparé para el viaje.

Cambié mi trineo de tierra por otro fabricado para las desigualdades del océano helado y, comprando una abundante provisión de víveres, partí de la costa.

No puedo calcular cuántos días han transcurrido desde entonces, pero he soportado una miseria que nada más

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

que el sentimiento eterno de una justa retribución ardiendo en mi corazón podría haberme permitido sufrir. A menudo inmensas y ásperas montañas de hielo cerraban mi paso, y a menudo oía el trueno del mar de fondo, que amenazaba mi destrucción. Pero de nuevo venía la helada y volvía seguros los caminos del mar.

Por la cantidad de provisiones que había consumido, calculo que pasé tres semanas en este viaje; y la continua dilación de la esperanza, que volvía sobre el corazón, arrancaba a menudo de mis ojos amargas gotas de abatimiento y dolor. La desesperación casi había asegurado su presa, y pronto habría sucumbido bajo esta miseria. Una vez, después de que los pobres animales que me conducían ganaran con increíble esfuerzo la cima de una montaña de hielo en pendiente, y uno de ellos, rendido por la fatiga, muriera, contemplé con angustia la extensión que tenía delante, cuando de pronto mi vista captó una mancha oscura sobre la llanura sombría. Forcé la vista para descubrir qué podía ser y lancé un grito salvaje de éxtasis al distinguir un trineo y las proporciones distorsionadas de una forma bien conocida en su interior. ¡Oh! ¡Con qué ardiente oleada volvió la esperanza a mi corazón! Cálidas lágrimas llenaron mis ojos, que enjugué apresuradamente para que no estorbaran la vista que tenía del demonio; pero mi visión seguía empañada por las gotas ardientes, hasta que, cediendo a las emociones que me oprimían, lloré a gritos.

Pero no era momento de demoras; libré a los perros de su compañero muerto, les di una abundante porción de

comida y, tras una hora de descanso, que era absolutamente necesaria y sin embargo me resultaba amargamente fastidiosa, continué mi ruta. El trineo seguía visible, y no volví a perderlo de vista salvo en los momentos en que, por breve tiempo, alguna roca de hielo lo ocultaba con sus riscos interpuestos. En verdad ganaba terreno perceptiblemente, y cuando, tras casi dos días de viaje, vi a mi enemigo a no más de una milla de distancia, el corazón me dio un brinco en el pecho.

Pero ahora, cuando parecía estar casi al alcance de mi enemigo, mis esperanzas se extinguieron de repente, y perdí todo rastro de él más completamente que nunca. Se oyó un mar de fondo; el trueno de su avance, mientras las aguas rodaban y se hinchaban bajo mí, se volvía a cada momento más ominoso y aterrador. Seguí adelante, pero en vano. Se levantó el viento; el mar rugió y, como con el poderoso choque de un terremoto, se hendió y se resquebrajó con un estruendo tremendo y arrollador. La obra se acabó pronto; en pocos minutos un mar tumultuoso rodó entre mi enemigo y yo, y me quedé a la deriva sobre un trozo de hielo suelto que menguaba continuamente y me preparaba así una muerte horrible.

De este modo pasaron muchas horas espantosas; varios de mis perros murieron, y yo mismo estaba a punto de sucumbir bajo la acumulación de la desgracia cuando vi su buque anclado, que me ofrecía esperanzas de socorro y de vida. No tenía idea de que los buques llegaran tan al norte y me quedé atónito ante la vista. Destruí rápidamente parte de mi trineo para construir remos y, por este medio,

pude con infinita fatiga mover mi balsa de hielo en dirección a su barco. Había decidido que, si ustedes iban hacia el sur, seguiría confiándome a la merced de los mares antes que abandonar mi propósito. Esperaba inducirlos a concederme un bote con el que perseguir a mi enemigo. Pero su rumbo era hacia el norte. Me recogieron a bordo cuando mi vigor estaba agotado, y pronto habría sucumbido, bajo mis multiplicadas penalidades, a una muerte que todavía temo, pues mi tarea no está cumplida.

¡Oh! ¿Cuándo permitirá mi espíritu guía, al conducirme hasta el demonio, el descanso que tanto deseo? ¿O debo morir y que él viva aún? Si es así, júreme, Walton, que no escapará, que lo buscará y satisfará mi venganza con su muerte. ¿Y me atrevo a pedirle que emprenda mi peregrinación, que soporte las penalidades que yo he sufrido? No; no soy tan egoísta. Y sin embargo, cuando yo esté muerto, si él apareciera, si los ministros de la venganza lo condujeran hasta usted, júreme que no vivirá; júreme que no triunfará sobre mis acumulados pesares ni sobrevivirá para añadir a la lista de sus negros crímenes. Es elocuente y persuasivo, y en una ocasión sus palabras tuvieron poder aun sobre mi corazón; pero no confíe en él. Su alma es tan infernal como su forma, llena de traición y de malicia diabólica. No lo escuche; invoque los nombres de Guillermo, Justina, Clerval, Elizabeth, mi padre y del desdichado Víctor, y hunda su espada en su corazón. Yo revolotearé cerca y guiaré el acero.

Walton, en continuación.

26 de agosto de 17—.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Has leído esta extraña y terrible historia, Margarita; ¿y no sientes que se te hiela la sangre de horror, como me ocurre aún ahora a mí? A veces, asaltado por una súbita agonía, no podía continuar su relato; otras, su voz, quebrada pero penetrante, pronunciaba con dificultad las palabras tan llenas de angustia. Sus ojos, hermosos y amables, se iluminaban ahora de indignación, ahora se sometían a un dolor abatido y se apagaban en infinita desdicha. A veces dominaba su semblante y su tono y relataba los incidentes más horribles con voz tranquila, suprimiendo toda marca de agitación; luego, como un volcán que estalla, su rostro cambiaba de repente a una expresión de la más salvaje rabia mientras chillaba imprecaciones contra su perseguidor.

Su relato es coherente y se cuenta con apariencia de la más sencilla verdad, y sin embargo confieso que las cartas de Félix y Safie, que me mostró, y la aparición del monstruo vista desde nuestro barco me trajeron una convicción mayor de la verdad de su narración que sus aseveraciones, por serias y coherentes que fueran. ¡Tal monstruo existe, pues, realmente! No puedo dudarlo, y sin embargo estoy perdido en la sorpresa y la admiración. A veces procuré obtener de Frankenstein los pormenores de la formación de su criatura, pero en este punto era impenetrable.

«¿Está usted loco, amigo mío? —dijo—. ¿O adónde lo lleva su insensata curiosidad? ¿Querría también crear para sí y para el mundo un enemigo demoníaco? ¡Paz, paz! Aprenda mis desdichas y no busque aumentar las suyas.»

Frankenstein descubrió que yo tomaba notas sobre su historia; pidió verlas y luego él mismo las corrigió y amplió en muchos pasajes, pero principalmente dando vida y espíritu a las conversaciones que sostuvo con su enemigo. «Ya que ha conservado mi narración —dijo—, no querría que pasara a la posteridad una mutilada.»

Así ha transcurrido una semana, mientras escuchaba el relato más extraño que imaginación alguna haya formado. Mis pensamientos y todo sentimiento de mi alma han sido absorbidos por el interés que por mi huésped han creado este relato y sus propios modales elevados y gentiles. Deseo consolarlo, y sin embargo ¿puedo aconsejar que viva a alguien tan infinitamente desdichado, tan desprovisto de toda esperanza de consuelo? ¡Oh, no! La única alegría que puede conocer ahora será cuando componga su espíritu quebrantado hacia la paz y la muerte. Goza, sin embargo, de un consuelo, hijo de la soledad y el delirio: cree que cuando en sueños conversa con sus amigos y obtiene de esa comunión consuelo para sus miserias o excitaciones para su venganza, estos no son creaciones de su fantasía, sino los seres mismos que lo visitan desde las regiones de un mundo remoto. Esta fe confiere a sus ensueños una solemnidad que me los hace casi tan imponentes e interesantes como la verdad.

Nuestras conversaciones no se limitan siempre a su propia historia y desgracias. En todo punto de literatura general despliega un conocimiento ilimitado y una aprehensión rápida y penetrante. Su elocuencia es vigorosa y conmovedora; ni puedo oírlo, cuando relata un

incidente patético o procura mover las pasiones de la piedad o del amor, sin lágrimas. ¡Qué criatura gloriosa debió de ser en los días de su prosperidad, cuando es así noble y divino en la ruina! Parece sentir su propio valor y la grandeza de su caída.

«Cuando más joven —dijo—, me creía destinado a alguna gran empresa. Mis sentimientos son profundos, pero poseía una frialdad de juicio que me hacía apto para hazañas ilustres. Este sentimiento del valor de mi naturaleza me sostenía cuando otros se habrían visto abatidos, pues juzgaba criminal malgastar en un dolor inútil los talentos que podían ser útiles a mis semejantes. Cuando reflexionaba en la obra que había completado, nada menos que la creación de un animal sensible y racional, no podía ponerme en la fila de la manada de los proyectistas comunes. Pero este pensamiento, que me sostuvo al comienzo de mi carrera, solo sirve ahora para hundirme más en el polvo. Todas mis especulaciones y esperanzas no son nada y, como el arcángel que aspiró a la omnipotencia, estoy encadenado en un infierno eterno. Mi imaginación era vívida, y sin embargo mis poderes de análisis y aplicación eran intensos; por la unión de estas cualidades concebí la idea y ejecuté la creación de un hombre. Aun ahora no puedo recordar sin pasión mis ensueños mientras la obra estaba incompleta. Pisaba el cielo con el pensamiento, ora exultando en mis poderes, ora ardiendo con la idea de sus efectos. Desde mi infancia estuve imbuido de altas esperanzas y una ambición elevada; pero ¡cuán hundido estoy! ¡Oh, amigo mío!, si me hubiera conocido como fui, no me reconocería en este

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

estado de degradación. El abatimiento rara vez visitaba mi corazón; un alto destino parecía llevarme, hasta que caí, para nunca, nunca volver a levantarme.»

¿Debo perder, pues, a este ser admirable? He anhelado un amigo; he buscado a alguien que simpatizara conmigo y me amara. He aquí que, en estos mares desiertos, he hallado uno, pero temo haberlo ganado solo para conocer su valor y perderlo. Quisiera reconciliarlo con la vida, pero rechaza la idea.

«Se lo agradezco, Walton —dijo—, por sus bondadosas intenciones hacia un miserable como yo; pero cuando habla de nuevos lazos y afectos frescos, ¿cree que alguno puede reemplazar a los que se fueron? ¿Puede algún hombre ser para mí lo que fue Clerval, o alguna mujer otra Elizabeth? Aun donde los afectos no son movidos fuertemente por una excelencia superior, los compañeros de nuestra infancia poseen siempre cierto poder sobre nuestra mente que apenas puede obtener ningún amigo posterior. Conocen nuestras disposiciones infantiles que, por más que luego se modifiquen, nunca se erradican; y pueden juzgar nuestras acciones con conclusiones más ciertas sobre la integridad de nuestros motivos. Una hermana o un hermano nunca puede, a menos que tales síntomas se hayan mostrado de temprano, sospechar del otro fraude o doblez, cuando otro amigo, por fuertemente apegado que esté, puede, a pesar suyo, ser contemplado con sospecha. Pero yo gocé de amigos queridos no solo por hábito y asociación, sino por sus propios méritos; y dondequiera que esté, la voz suave de mi Elizabeth y la

conversación de Clerval me serán siempre susurradas al oído. Están muertos, y un solo sentimiento en tal soledad puede persuadirme de conservar la vida. Si estuviera empeñado en alguna alta empresa o designio, preñado de extensa utilidad para mis semejantes, entonces podría vivir para cumplirlo. Pero tal no es mi destino; debo perseguir y destruir al ser a quien di la existencia; entonces mi suerte sobre la tierra se habrá cumplido y podré morir.»

Mi querida hermana:

2 de septiembre.

Te escribo rodeado de peligro e ignorante de si estoy condenado a volver a ver la querida Inglaterra y a los aún más queridos amigos que la habitan. Estoy rodeado de montañas de hielo que no admiten escape y amenazan a cada momento aplastar mi buque. Los valientes que he persuadido de ser mis compañeros me miran en busca de ayuda, pero no tengo ninguna que ofrecer. Hay algo terriblemente espantoso en nuestra situación, y sin embargo mi valor y mis esperanzas no me abandonan. Con todo, es terrible reflexionar que las vidas de todos estos hombres están en peligro por mi causa. Si perecemos, mis locos proyectos son la causa.

¿Y cuál, Margarita, será el estado de tu ánimo? No sabrás de mi destrucción y esperarás con ansiedad mi regreso. Pasarán los años, y tendrás visitas de desesperación y sin embargo te verás torturada por la esperanza. ¡Oh, mi querida hermana!, el penoso desfallecer de tus expectativas más sentidas es, en

perspectiva, más terrible para mí que mi propia muerte. Pero tienes un esposo y hermosos hijos; puedes ser feliz. ¡Que el Cielo te bendiga y te haga serlo!

Mi desdichado huésped me mira con la más tierna compasión. Procura llenarme de esperanza y habla como si la vida fuera una posesión que él estimara. Me recuerda cuántas veces los mismos accidentes han ocurrido a otros navegantes que intentaron este mar y, a pesar mío, me llena de agüeros alegres. Aun los marineros sienten el poder de su elocuencia; cuando habla, ya no desesperan; despierta sus energías y, mientras oyen su voz, creen que estas vastas montañas de hielo son montículos que se desvanecerán ante las resoluciones del hombre. Estos sentimientos son transitorios; cada día de expectación postergada los llena de temor, y casi temo un motín causado por esta desesperación.

5 de septiembre.

Acaba de ocurrir una escena de tan extraordinario interés que, aunque es sumamente probable que estos papeles nunca lleguen a tus manos, no puedo dejar de consignarla.

Seguimos rodeados de montañas de hielo, aún en inminente peligro de ser aplastados en su conflicto. El frío es excesivo, y muchos de mis desdichados camaradas han hallado ya una tumba en medio de esta escena de desolación. Frankenstein ha decaído diariamente en salud; un fuego febril aún centellea en sus ojos, pero está exhausto y, cuando se lo despierta de repente a algún esfuerzo, se hunde pronto de nuevo en una aparente falta

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

de vida.

Mencioné en mi última carta los temores que albergaba de un motín. Esta mañana, mientras estaba sentado observando el semblante macilento de mi amigo —los ojos entornados y los miembros colgando sin fuerza—, me despertó media docena de marineros que pidieron ser admitidos en el camarote. Entraron, y su jefe me habló. Me dijo que él y sus compañeros habían sido elegidos por los demás marineros para venir en diputación a hacerme una requisición que, en justicia, no podía rehusar. Estábamos emparedados en el hielo y probablemente nunca escaparíamos, pero temían que si, como era posible, el hielo se disipaba y se abría un paso libre, yo fuera tan temerario como para continuar mi viaje y llevarlos a nuevos peligros, después de que quizá hubieran superado felizmente estos. Insistían, por tanto, en que me comprometiera con una promesa solemne de que, si el buque quedaba libre, dirigiría al instante mi rumbo hacia el sur.

Este discurso me turbó. No había desesperado, ni había concebido aún la idea de volver si quedábamos libres. Con todo, ¿podía yo, en justicia, o siquiera en posibilidad, rehusar esta demanda? Vacilé antes de responder, cuando Frankenstein, que al principio había guardado silencio y apenas parecía tener fuerza suficiente para atender, se despertó ahora; le centellearon los ojos y se le encendieron las mejillas con un vigor momentáneo. Volviéndose hacia los hombres, dijo:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«¿Qué quieren decir? ¿Qué exigen de su capitán? ¿Tan fácilmente se desvían de su designio? ¿No llamaron a esto una expedición gloriosa? ¿Y por qué era gloriosa? No porque el camino fuera liso y plácido como un mar del sur, sino porque estaba lleno de peligros y terror, porque a cada nuevo incidente se pondría a prueba su entereza y se mostraría su valor, porque el peligro y la muerte la rodeaban, y a ellos habían de hacer frente y vencer. Por eso era una empresa gloriosa, por eso era honrosa. Habían de ser saludados en lo sucesivo como los benefactores de su especie, sus nombres adorados como los de hombres valientes que afrontaron la muerte por el honor y el beneficio de la humanidad. Y ahora, vean, a la primera imaginación del peligro, o, si quieren, a la primera poderosa y terrible prueba de su valor, se encogen y se contentan con pasar a la historia como hombres que no tuvieron fuerza para soportar el frío y el peligro; y así, pobres almas, tuvieron frío y volvieron a sus cálidos hogares. Pues bien, para eso no hacía falta tanto aparato; no necesitaban haber venido tan lejos y arrastrado a su capitán a la vergüenza de una derrota solo para probar que son cobardes. ¡Oh! Sean hombres, o más que hombres. Sean firmes en sus propósitos e inquebrantables como una roca. Este hielo no está hecho de la materia de que pueden estar hechos sus corazones; es mudable y no puede resistirles si ustedes dicen que no lo hará. No vuelvan a sus familias con el estigma de la deshonra marcado en la frente. Vuelvan como héroes que han luchado y vencido y que no saben lo que es dar la espalda al enemigo.»

Habló con una voz tan modulada a los diversos sentimientos expresados en su discurso, con una mirada tan llena de elevado designio y heroísmo, que ¿puede extrañar que aquellos hombres se conmovieran? Se miraron unos a otros y no pudieron responder. Hablé yo; les dije que se retiraran y consideraran lo que se había dicho, que no los llevaría más al norte si lo deseaban con insistencia, pero que esperaba que, con la reflexión, su valor volviera.

Se retiraron y yo me volví hacia mi amigo, pero estaba hundido en el languidecimiento y casi privado de vida.

Cómo terminará todo esto, no lo sé, pero preferiría morir antes que volver vergonzosamente, sin cumplir mi propósito. Sin embargo, temo que tal será mi suerte; los hombres, sin el apoyo de ideas de gloria y honor, nunca pueden continuar de buen grado soportando sus presentes penalidades.

7 de septiembre.

La suerte está echada; he consentido en volver si no somos destruidos. Así se frustran mis esperanzas por la cobardía y la indecisión; vuelvo ignorante y desengañado. Se requiere más filosofía de la que poseo para soportar esta injusticia con paciencia.

12 de septiembre.

Todo ha pasado; vuelvo a Inglaterra. He perdido mis esperanzas de utilidad y gloria; he perdido a mi amigo. Pero procuraré detallarte, mi querida hermana, estas amargas circunstancias; y mientras me llevan hacia

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Inglaterra y hacia ti, no me abatiré.

El 9 de septiembre el hielo empezó a moverse, y se oyeron a lo lejos rugidos como de trueno mientras las islas se hendían y resquebrajaban en todas direcciones. Corríamos el más inminente peligro, pero como solo podíamos permanecer pasivos, mi principal atención se ocupó de mi desdichado huésped, cuya enfermedad aumentó en tal grado que quedó confinado del todo a su lecho. El hielo crujió a nuestra espalda y fue empujado con fuerza hacia el norte; se levantó una brisa del oeste y, el día 11, el paso hacia el sur quedó perfectamente libre. Cuando los marineros lo vieron y que su regreso a la patria parecía asegurado, estalló en ellos un grito de alegría tumultuosa, fuerte y prolongado. Frankenstein, que dormitaba, despertó y preguntó la causa del tumulto. «Gritan —dije— porque pronto volverán a Inglaterra.»

«¿Vuelve usted, entonces, de veras?»

«¡Ay, sí! No puedo resistir sus demandas. No puedo llevarlos contra su voluntad al peligro, y debo volver.»

«Hágalo, si quiere; pero yo no. Usted puede abandonar su propósito, pero el mío me ha sido asignado por el Cielo y no me atrevo. Estoy débil, pero seguramente los espíritus que ayudan mi venganza me dotarán de fuerza suficiente.» Diciendo esto, intentó saltar de la cama, pero el esfuerzo fue demasiado para él; cayó hacia atrás y se desmayó.

Pasó mucho tiempo antes de que se recobrara, y a menudo pensé que la vida se había extinguido por completo. Al fin abrió los ojos; respiraba con dificultad y

no podía hablar. El cirujano le dio una poción calmante y nos ordenó dejarlo sin perturbar. Entre tanto me dijo que mi amigo ciertamente no tenía muchas horas de vida.

Su sentencia estaba pronunciada, y yo solo podía afligirme y tener paciencia. Me senté junto a su cama, observándolo; tenía los ojos cerrados y pensé que dormía; pero pronto me llamó con voz débil y, diciéndome que me acercara, dijo: «¡Ay! La fuerza en que confiaba se ha ido; siento que moriré pronto, y él, mi enemigo y perseguidor, puede estar aún con vida. No piense, Walton, que en los últimos momentos de mi existencia siento ese odio ardiente y ese vivo deseo de venganza que antes expresé; pero me siento justificado al desear la muerte de mi adversario. Durante estos últimos días me he ocupado en examinar mi conducta pasada, y no la encuentro reprochable. En un acceso de locura entusiasta creé una criatura racional y estaba obligado hacia ella a asegurar, hasta donde estaba en mi poder, su felicidad y bienestar. Este era mi deber, pero había otro todavía superior. Mis deberes hacia los seres de mi propia especie tenían mayores títulos a mi atención porque comprendían una mayor proporción de felicidad o de desdicha. Instado por esta consideración, me negué, y hice bien en negarme, a crear una compañera para la primera criatura. Mostró una malignidad y un egoísmo en el mal sin igual; destruyó a mis amigos; consagró a la destrucción a seres que poseían sensaciones exquisitas, felicidad y sabiduría; ni sé dónde puede terminar esta sed de venganza. Desdichado él mismo para no hacer desdichado a otro, debe morir. La tarea de su destrucción era mía, pero he fracasado.

Cuando, movido por motivos egoístas y viciosos, le pedí que emprendiera mi obra inconclusa, y renuevo ahora esta petición, es porque solo me induce la razón y la virtud.

»Con todo, no puedo pedirle que renuncie a su país y a sus amigos para cumplir esta tarea; y ahora que vuelve a Inglaterra, tendrá pocas probabilidades de encontrarlo. Pero la consideración de estos puntos, y el sopesar bien lo que usted estime sus deberes, se lo dejo a usted; mi juicio y mis ideas están ya perturbados por la cercana aproximación de la muerte. No me atrevo a pedirle que haga lo que yo creo justo, pues aún puedo ser extraviado por la pasión.

»Que él viva para ser instrumento de maldad me inquieta; en otros respectos, esta hora, en que espero momentáneamente mi liberación, es la única feliz que he gozado en varios años. Las formas de los queridos muertos revolotean ante mí, y me apresuro hacia sus brazos. ¡Adiós, Walton! Busque la felicidad en la tranquilidad y evite la ambición, aunque sea la aparentemente inocente de distinguirse en la ciencia y los descubrimientos. Pero ¿por qué digo esto? Yo mismo he sido arruinado en estas esperanzas, y sin embargo otro puede triunfar.»

Su voz se hizo más débil mientras hablaba y al fin, agotado por el esfuerzo, se hundió en el silencio. Media hora después intentó hablar de nuevo, pero no pudo; me apretó débilmente la mano y sus ojos se cerraron para siempre, mientras la irradiación de una suave sonrisa se apartaba de sus labios.

Margarita, ¿qué comentario puedo hacer sobre la prematura extinción de este glorioso espíritu? ¿Qué puedo decir que te permita comprender la hondura de mi dolor? Todo lo que expresara sería inadecuado y débil. Mis lágrimas fluyen; mi mente está ensombrecida por una nube de desengaño. Pero viajo hacia Inglaterra, y allí quizá encuentre consuelo.

Me interrumpen. ¿Qué presagian estos sonidos? Es medianoche; la brisa sopla favorable y la guardia de cubierta apenas se mueve. De nuevo suena algo como una voz humana, pero más ronca; viene del camarote donde aún yacen los restos de Frankenstein. Debo levantarme y examinar. Buenas noches, hermana mía.

¡Gran Dios! ¡Qué escena acaba de tener lugar! Aún estoy mareado con su recuerdo. Apenas sé si tendré poder para detallarla; y sin embargo el relato que he consignado quedaría incompleto sin esta final y maravillosa catástrofe.

Entré en el camarote donde yacían los restos de mi malhadado y admirable amigo. Sobre él se inclinaba una forma que no encuentro palabras para describir: gigantesca de estatura, pero tosca y distorsionada en sus proporciones. Mientras se inclinaba sobre el ataúd, su rostro estaba oculto por largos mechones de pelo desgreñado; pero extendía una vasta mano, en color y aparente textura como la de una momia. Cuando oyó el sonido de mi aproximación, cesó de proferir exclamaciones de dolor y horror y saltó hacia la ventana. Nunca contemplé visión tan horrible como su rostro, de una fealdad tan repugnante y a la vez espantosa. Cerré los

ojos involuntariamente y procuré recordar cuáles eran mis deberes con respecto a este destructor. Lo llamé para que se detuviera.

Se detuvo, mirándome con asombro y, volviéndose de nuevo hacia la forma sin vida de su creador, pareció olvidar mi presencia, y cada rasgo y gesto parecía instigado por la más salvaje rabia de alguna pasión incontrolable.

«¡Esta es también mi víctima! —exclamó—. ¡En su asesinato se consuman mis crímenes; la miserable serie de mi ser se enrolla hasta su término! ¡Oh, Frankenstein! ¡Ser generoso y abnegado! ¿De qué sirve que te pida ahora que me perdones? Yo, que te destruí irremediablemente al destruir todo lo que amabas. ¡Ay! Está frío, no puede responderme.»

Su voz parecía ahogada, y mis primeros impulsos, que me habían sugerido el deber de obedecer el último ruego de mi amigo destruyendo a su enemigo, quedaron ahora suspendidos por una mezcla de curiosidad y compasión. Me acerqué a este ser tremendo; no me atrevía a alzar de nuevo los ojos a su rostro, había algo tan aterrador y sobrenatural en su fealdad. Intenté hablar, pero las palabras murieron en mis labios. El monstruo continuó profiriendo salvajes e incoherentes reproches contra sí mismo. Al fin reuní resolución para dirigirme a él en una pausa de la tempestad de su pasión.

«Su arrepentimiento —dije— es ahora superfluo. Si hubiera escuchado la voz de la conciencia y atendido a los aguijones del remordimiento antes de llevar su diabólica

venganza a este extremo, Frankenstein viviría todavía.»

«¿Y sueña usted? —dijo el demonio—. ¿Cree que yo estaba entonces muerto a la agonía y al remordimiento? Él —continuó, señalando el cadáver— no sufrió en la consumación del hecho. ¡Oh! Ni la diezmilésima parte de la angustia que fue la mía durante el lento detalle de su ejecución. Un egoísmo espantoso me arrastraba, mientras mi corazón estaba envenenado de remordimiento. ¿Cree usted que los gemidos de Clerval eran música para mis oídos? Mi corazón fue hecho para ser sensible al amor y a la simpatía y, cuando la miseria lo arrancó al vicio y al odio, no soportó la violencia del cambio sin una tortura que usted ni siquiera puede imaginar.

»Después del asesinato de Clerval volví a Suiza, desolado y abrumado. Compadecí a Frankenstein; mi compasión llegaba al horror; me aborrecí a mí mismo. Pero cuando descubrí que él, autor a la vez de mi existencia y de sus inefables tormentos, osaba esperar la felicidad, que mientras acumulaba sobre mí la desdicha y la desesperación buscaba su propio goce en sentimientos y pasiones de cuyo disfrute yo estaba para siempre excluido, entonces una envidia impotente y una amarga indignación me llenaron de una sed insaciable de venganza. Recordé mi amenaza y resolví que se cumpliría. Sabía que me preparaba una tortura mortal, pero yo era el esclavo, no el amo, de un impulso que detestaba y sin embargo no podía desobedecer. ¡Y sin embargo, cuando ella murió! No, entonces no fui desdichado. Había desechado todo sentimiento, sometido toda angustia, para saciarme en el

exceso de mi desesperación. El mal se convirtió desde entonces en mi bien. Llevado hasta aquí, no tuve otra opción que adaptar mi naturaleza a un elemento que había escogido voluntariamente. La consumación de mi designio demoníaco se convirtió en una pasión insaciable. Y ahora ha terminado; ¡ahí está mi última víctima!»

Al principio me conmovieron las expresiones de su desdicha; sin embargo, cuando recordé lo que Frankenstein había dicho de sus poderes de elocuencia y persuasión, y cuando volví a posar los ojos en la forma sin vida de mi amigo, se reavivó en mí la indignación. «¡Miserable! —dije—. Está bien que venga aquí a gemir por la desolación que ha causado. Arroja una antorcha a un montón de edificios y, cuando se han consumido, se sienta entre las ruinas y lamenta la caída. ¡Demonio hipócrita! Si aquel a quien llora viviera aún, seguiría siendo el objeto, volvería a ser la presa, de su maldita venganza. No es compasión lo que siente; se lamenta solo porque la víctima de su malignidad ha sido sustraída a su poder.»

«¡Oh, no es así, no es así! —interrumpió el ser—. Sin embargo, tal debe de ser la impresión que le transmite lo que parece ser el propósito de mis acciones. Y sin embargo no busco un sentimiento compartido en mi miseria. Nunca podré hallar simpatía. Cuando la busqué por primera vez, era el amor a la virtud, los sentimientos de felicidad y afecto de que rebosaba todo mi ser, lo que deseaba que fuera compartido. Pero ahora que la virtud se ha vuelto para mí una sombra, y que la felicidad y el afecto

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

se han convertido en amarga y repugnante desesperación, ¿en qué habría de buscar simpatía? Me contento con sufrir solo mientras duren mis sufrimientos; cuando muera, quedo muy satisfecho de que la abominación y el oprobio carguen mi memoria. En otro tiempo mi fantasía se arrullaba con sueños de virtud, de fama y de goce. En otro tiempo esperé falsamente encontrar seres que, perdonando mi forma exterior, me amaran por las excelentes cualidades que yo era capaz de desplegar. Me nutría con altos pensamientos de honor y devoción. Pero ahora el crimen me ha degradado por debajo del más vil animal. Ninguna culpa, ningún mal, ninguna malignidad, ninguna miseria puede compararse con la mía. Cuando repaso el espantoso catálogo de mis pecados, no puedo creer que sea la misma criatura cuyos pensamientos estuvieron una vez llenos de sublimes y trascendentes visiones de la belleza y la majestad de la bondad. Pero así es; el ángel caído se convierte en demonio maligno. Sin embargo, aun ese enemigo de Dios y de los hombres tenía amigos y compañeros en su desolación; yo estoy solo.

»Usted, que llama amigo a Frankenstein, parece tener conocimiento de mis crímenes y de sus desgracias. Pero en el relato que él le hizo no pudo sumar las horas y los meses de miseria que soporté consumiéndome en pasiones impotentes. Pues mientras destruía sus esperanzas no satisfacía mis propios deseos. Eran siempre ardientes y ávidos; aún deseaba amor y compañía, y aún era rechazado. ¿No había injusticia en esto? ¿Habré de ser considerado el único criminal, cuando toda la humanidad pecó contra mí? ¿Por qué no odia a Félix, que echó de su

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

puerta a su amigo con ultrajes? ¿Por qué no execra al rústico que intentó destruir al salvador de su hijo? ¡No, estos son seres virtuosos e inmaculados! Yo, el miserable y abandonado, soy un aborto, para ser despreciado, y pateado, y pisoteado. Aun ahora me hierve la sangre al recordar esta injusticia.

»Pero es cierto que soy un miserable. He asesinado a la hermosa y al indefenso; he estrangulado a los inocentes mientras dormían y apretado hasta la muerte la garganta de quien nunca me hizo daño a mí ni a ninguna otra cosa viviente. He consagrado a la desdicha a mi creador, el ejemplar escogido de todo lo que es digno de amor y admiración entre los hombres; lo he perseguido hasta esa ruina irremediable. Ahí yace, blanco y frío en la muerte. Usted me odia, pero su aborrecimiento no puede igualar el con que yo me miro a mí mismo. Miro las manos que ejecutaron el hecho; pienso en el corazón en que se concibió su imaginación y anhelo el momento en que estas manos se encuentren con mis ojos, en que esa imaginación no hechice ya mis pensamientos.

»No tema que vaya a ser el instrumento de males futuros. Mi obra está casi completa. Ni la muerte de usted ni la de hombre alguno es necesaria para consumar la serie de mi ser y cumplir lo que debe hacerse, sino que requiere la mía. No piense que seré lento en realizar este sacrificio. Dejaré su buque en la balsa de hielo que me trajo hasta aquí y buscaré el extremo más septentrional del globo; reuniré mi pira funeraria y consumiré hasta las cenizas este miserable armazón, para que sus restos no

proporcionen luz a ningún curioso e impío desdichado que quisiera crear otro como yo he sido. Moriré. Ya no sentiré las agonías que ahora me consumen ni seré presa de sentimientos insatisfechos y sin embargo inextinguibles. Ha muerto quien me llamó al ser; y cuando yo ya no sea, el recuerdo mismo de ambos se desvanecerá pronto. Ya no veré el sol ni las estrellas ni sentiré los vientos jugar en mis mejillas. Luz, sentimiento y sensación pasarán; y en esta condición debo hallar mi felicidad. Hace algunos años, cuando las imágenes que este mundo ofrece se abrieron por primera vez ante mí, cuando sentí el alentador calor del verano y oí el susurro de las hojas y el gorjeo de los pájaros, y esto era todo para mí, habría llorado de morir; ahora es mi único consuelo. Contaminado por crímenes y desgarrado por el más amargo remordimiento, ¿dónde puedo hallar reposo sino en la muerte?

»¡Adiós! Lo dejo, y en usted al último de la humanidad que estos ojos contemplarán jamás. ¡Adiós, Frankenstein! Si aún vivieras y aún abrigaras un deseo de venganza contra mí, se saciaría mejor en mi vida que en mi destrucción. Pero no fue así; buscaste mi extinción para que yo no causara mayor desdicha; y si aún, de algún modo que ignoro, no hubieras cesado de pensar y sentir, no desearías contra mí una venganza mayor que la que yo siento. Arruinado como estabas, mi agonía era aún superior a la tuya, pues el amargo aguijón del remordimiento no dejará de enconarse en mis heridas hasta que la muerte las cierre para siempre.

»Pero pronto —exclamó con triste y solemne entusiasmo— moriré, y lo que ahora siento no se sentirá más. Pronto se extinguirán estas ardientes miserias. Subiré a mi pira triunfante y exultaré en la agonía de las llamas torturadoras. La luz de esa conflagración se desvanecerá; mis cenizas serán barridas al mar por los vientos. Mi espíritu dormirá en paz, o si piensa, seguramente no pensará así. Adiós.»

Dijo esto y saltó desde la ventana del camarote a la balsa de hielo que estaba junto al buque. Pronto lo arrastraron las olas y se perdió en la oscuridad y la distancia.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Notas de la traducción

Título. *The Modern Prometheus* alude al titán que robó el fuego a los dioses para dárselo a los hombres y fue castigado por ello; Víctor, que roba el secreto de la vida, sufre un castigo parecido.

Texto de 1818. Se tradujo la primera edición (1818), no la revisada de 1831. Hay diferencias de matiz, sobre todo en el papel del destino y en la familia de Elizabeth, que aquí es prima de Víctor.

Versos. Los versos citados son de Coleridge («La balada del viejo marinero»), de Wordsworth («Tintern Abbey») y de Shelley («Mutabilidad»). Se tradujeron como verso libre, sin forzar rima ni métrica.

Fechas incompletas. Las cartas llevan años tapados («17—») como en el original, que oculta el año con una raya.



LeyThra

Lee. Comprende. Crece.

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Frankenstein o el moderno Prometeo · Mary Shelley (1818) · Obra de dominio público. Traducción al español latinoamericano preparada por LeyThra.

leythra.com